

© del autor. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

ENRIQUE CASAS

**CREENCIAS, COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES
RELACIONADAS CON EL NACIMIENTO**

Edición limitada de 250 ejemplares numerados

MADRID
EDITORIAL PAEZ
1932

CREENCIAS, COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES
RELACIONADAS CON EL NACIMIENTO

CREENCIAS, COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES
RELACIONADAS CON EL NACIMIENTO

014

CREENCIAS,
COSTUMBRES Y SUPERSTICIONES
RELACIONADAS CON EL NACIMIENTO

POR

ENRIQUE CASAS



IMPRESA «EDITORIAL CATÓLICA TOLEDANA»

CALLE DE JUAN LABRADOR, NÚMERO 6

1932

**Es propiedad del autor, quien
se reserva todos los derechos.**

CAPÍTULO PRIMERO

Creencias patológicas de los salvajes

El alumbramiento de la mujer civilizada, por los cuidados que la rodean, prontos a intervenir eficazmente una comadrona y un tocólogo, provisto de instrumental, ha perdido mucho de su intenso dramatismo. La casi seguridad de un desenlace feliz, infunde resignación a la sufriente y rebaja la emoción de la tragedia. No obstante, la parturienta se prepara con cierta angustia para el calvario de la maternidad y reprisa las viejas supersticiones por un atavismo psicológico, que no logra destruir del todo la nueva fe en la ciencia obstétrica.

No hace aún un siglo el drama terminaba tantas veces con la muerte de la protagonista, que era regla general confesarla y comulgarla al principio de su trabajo, como si estuviese *in articulo mortis*.

En 1842 morían en la clínica de Viena, a cargo de Smeiweis, el 51 por 100 de paridas, ¡la tercera parte! A los trabajos de aquel clínico genial se debe la disminución de la mortalidad al 1 por 200, proporción que arroja la estadística de Fuhrmann de 1916, referente a Alemania, donde la cirugía hace milagros.

Por estos datos puede juzgarse lo que será la mortalidad obstétrica en los pueblos primitivos, que desconocen las maniobras de versión fetal, la pituitrina, el forceps y la cesárea. Es un concepto equivocado el que tiene mucha gente de que la salvaje da a luz con más facilidad que la civilizada, achacando a los refinamientos de la vida el quebranto de las fuerzas de expulsión y la flojedad de los nervios para soportar el dolor. Esa supuesta facilidad animal de la parturienta salvaje para dar a luz, existirá a no dudar en un buen tanto por ciento de casos, suficiente y más que suficiente para asegurar la repoblación sin auxilio de la obstetricia; pero no se concibe tampoco que pueda instalarse un escenario de intenso terror sobre un fenómeno fisiológico que tan fácil y sin importancia se nos quiere pintar. Y como el lec-

tor irá viendo, el parto ha tenido su época terrorista en el pasado (1).

La causa mística de las enfermedades

En una de sus sapientísimas obras (2) ha consagrado Frazer un capítulo muy extenso a probar la creencia de los primitivos y de los salvajes en la omnipresencia de los demonios o espíritus malignos. Ríos y montañas, árboles y rocas están poblados de seres invisibles para todo el mundo, que sólo pueden ver y combatir los médicos y magos. Esos espíritus malvados rodean al hombre, penetran en su carne, le roban la salud y son los supuestos tramoyistas del teatro de la naturaleza y los autores de todas las calamidades públicas y de todas las desgracias personales. Artesanos del dolor humano, mantienen en perpetua aprensión al hombre primitivo, que no tiene noción siquiera de

(1) La mitología egipcia, una de las de mayor calado en la prehistoria, conserva vestigios del miedo al parto. La diosa Nut tuvo relaciones íntimas con Cronos, y su padre, indignado, la castigó a no poder dar a luz en ningún mes ni año. Compadecido Thot añadió cinco días a los 360 que tenía el año, y la diosa los aprovechó bien, pues en el primero dio a luz a Osiris, en el segundo a Harnetis, en el tercero a Sit, en el cuarto a Isis y en el quinto a Nebhait.

Es evidente que al reajustar el año lunar con el solar, sobraron días, *días de nadie*, que rompen el hilo de la existencia cotidiana, y que la humanidad, oprimida todo el año por los tabús sexuales, tomó de vándula de seguridad de sus pasiones. Lo cierto es que se convirtieron en días de licencia en casi todos los pueblos del mundo. Uno de los pilares del orden social entre los primitivos es el tabú sexual, y, por consiguiente, al quedar éste en suspenso, no tiene que hacer vigilancia la policía de los espíritus. Pudiendo en tales días, no corría la diosa Nut el peligro de ser perseguida por éstos. Y a ello se debe la preferencia manifiesta de los dioses por nacer en el solsticio de invierno (Adonis, Mitra, etc.)

(2) Frazer: *Le bouc emissaire*, 1927.

la muerte natural (1). En su creencia, el guerrero que fallece de resultas de una herida, estaba embrujado; el cazador que cae en las garras de una fiera, ha sido entregado por un espíritu; «*siempre y en todos los casos la enfermedad y la muerte son obra de demonios*» (2). Por esto de vez en cuando los primitivos y los salvajes realizan una desinfección general de espíritu, que reviste todo el aspecto de una cacería o de una expulsión, y en ella toma parte el vecindario en masa, golpeando como locos las paredes de las cabañas, el suelo y el aire, desde el centro del poblado a las afueras (3).

Espíritus especializados en malograr partos

Los antiguos (griegos, germanos y galos) creían que las almas de los muertos prematuramente, por muerte violenta, suicidio o ejecución, vagaban en torno a los vivos, haciéndoles víctimas de su persecución y venganza, hasta que les llegaba la hora de su muerte natural y definitiva. Las losas mortuorias acreditan el deseo de impedir que se escapen las almas de su sepultura; el descuartizamiento, la decapi-

tación—enterrando lejos la cabeza para que el cuerpo no la encuentre—, la cremación y dispersión de cenizas, no representan agravantes en la aplicación de la pena capital, sino impedimentos para que reen-carren las almas de los ajusticiados (1).

Es lógico infundar iguales temores las almas de las mujeres muertas de parto, puesto que mueren prematuramente. Y en todas partes su especialidad es malograr partos. De este género son los *churel*, de la India; los *Fanaua*, de las islas Marquesas; los *sawn*, de los Katchins; la *labartu*, de Babilonia; la *Karina*, de los mahometanos; la *Cioapipiltis*, de los aztecas, etcétera, etc.

De algunas tenemos distintas descripciones. Karina, tal como la representan los amuletos para el parto, es vieja y feísima, con el pelo suelto; otros artistas la ven como un diablo de dientes de elefante, pelo como hojas de palmera y llamas en la boca; también se la representaba con alas y armada de fuertes garras.

Labartu, la enemiga de la natalidad babilónica, era concebida por los artífices de amuletos como un feroz demonio que rugía como un león y aullaba como un chacal. A veces se acercaba a la parturienta con el aspecto de ama o niñera para apoderarse del recién nacido.

Las parturientas tagalas temen al *patianac*, que se esconde en un árbol cercano para desgraciar los partos (2).

(1) En Egipto antiguo, dice Maspero, el hombre moría siempre asesinado. El autor del asesinato era un hombre o un animal, un objeto inanimado, un ser invisible o un alma desencarnada.

Campbell Thomson, en su obra de gran aliento «*Semitia magic, its origins and development*» 1908, sostiene que los semitas asimilaban todas las enfermedades a casos de posesión, desde la locura al dolor de cabeza; la enfermedad es el acaparamiento del hombre por un espíritu malvado.

(2) Levy Bruhl: *La mentalité primitive*, 1922.

(3) Entre los Dieri, australianos, los médicos tienen la obligación de expulsar los demonios de una epidemia barriendo el suelo con la cola de un canguro. En China meridional el médico encabeza la procesión que ejecuta el desahucio de los demonios productores del cólera. Va goteando sangre por haberse traspasado la lengua, y los papeles que mancha se los disputa el gentío para usarlos como amuletos, pegados a los muros de las puertas de sus casas o llevándoles encima, pues se cree confieren inmunidad.

(1) Ernest Klein-Der Ritus des Tötens bei den nordische Völkern (Arch. Religions, 1930). Rudolf His-Der Totenglaube in der Geschichte des germanischen Strafrechts 1929. Emile Jobbé Duval-Les morts mal faisants, «larvae, lemures, d'après le droit et les croyances populaires des Romains 1924, Clemens-Das Leben nach dem Tode im Glauben der Menschheit 1920—dice que la frase «la tierra te sea leve» es un testimonio de la antiquísima creencia en la supervivencia del cadáver.

(2) El pájaro llamado Tictic, servidor del brujo Usuang, le encamina a las casas de las paridas, y desde un tejado inmediato alarga el brujío la lengua en forma de hilo y le saca al niño las tripas. Otras veces, dicen que adopta figura de perro, de gato o de cucaracha, para arrimarse al recién nacido y

CAPITULO II

Lo que entienden por profilaxis los salvajes

Su aplicación a los partos

Hemos de confesar que la denominación es inexacta, porque nada de cuanto hacen los primitivos y salvajes para prevenir los riesgos del parto, tiene valor profiláctico; pero no hay duda que esa intención llevan las prácticas que vamos a referir.

La medida profiláctica más racional es reducir a la impotencia a los malos espíritus, que amenazan la vida de las parturientas. En este sentido señalaremos la medida que toman en Bengala de cortar los pies o retorcerlos a los cadáveres de las mujeres muertas de parto.

La confesión

Y lo mismo que nosotros nos creemos en falta higiénica al caer enfermos, los primitivos en los partos dificultosos sospechan la comisión de pecados sexuales, que es necesario purgar por la confesión, si se quiere que la mujer dé a luz con felicidad.

Los indígenas sudafricanos, cuando el parto es laborioso, creen que la parturienta tuvo relaciones ilícitas y la atosigan para que confiese. En las islas Fidji y Rosset, la comadrona pronuncia una retahíla de nombres de presuntos amantes, hasta que acierta con el del verdadero padre, que ayuda mágicamente al bebé a salir de su clausura. Entre los Dagari y los Oulé, la parturienta, al sentir los primeros dolores del alumbramiento, confiesa a las personas que la asisten las faltas de que se acusa, y en particular los adulterios que haya cometido (1).

matarie. Paterno. *La antigua civilización tagalog*, 1889.

(1) Los primitivos—dice Walter Addisson Jayne—no distinguen entre el mal moral y el físico. Crimen y enfermedad derivan de las mismas cau-

Estas medidas han tenido que ser inspiradas por el tabú sexual, esto es, por la creencia en que las relaciones ilícitas influyen desfavorablemente sobre el parto.

Soborno

También está muy extendido el soborno. La embarazada salvaje procura tener propicios a los espíritus vengativos haciéndoles repetidas ofrendas. Los ejemplos son tan abundantes y conocidos, que no vale la pena traerlos aquí y hacerle pagar exceso de equipaje al lector.

Desfiguración

En la India antigua, el rito de *sacar la raya del pelo* es un sacramento que prescriben todos los rituales domésticos para la protección de la mujer encinta. La raya se sacaba con una púa de puercoespín. Este rito no se celebraba más que el primer embarazo, el que suele ser más peligroso. ¿A qué se debe? ¿Qué tienen que ver los cabellos en el asunto? Pues sencillamente es un medio de cambiar la fisonomía para hacerla irreconocible de los espíritus (1). Las embarazadas moras toman la precaución de fignarse la cara de hollín para que no la reconozcan los espí-

sas; aparecen como ligadas una a otra; el mismo hombre es a la vez un enfermo, un malvado y un desgraciado. Y las mismas purificaciones le curan desde los tres puntos de vista. *The Healing Gods of ancient Civilizations*, 1925 (obra fatigante y embrollada, pero rica en documentación).

El abate Charles F. Jean (*Le Peché chez les Babyloniens et les Assyriens*—1925) llega a la misma conclusión: «En los textos cuneiformes, al describir el estado de alma del pecador, sortilegio, pecado, enfermedad y sufrimiento, parecen prácticamente sinónimos. El pecado es concomitante con la enfermedad, es la enfermedad misma.»

(1) Victor Henry. *La magie dans l'Inde antique*.

ritus; las japonesas se afeitan las cejas, y esta es la marca de la maternidad.

Las embarazadas Massai se cubren el rostro con una máscara de hierro y espantan a los espíritus con el estrépito de sus herrajes (el hierro tiene la virtud mágica de espantar a los espíritus).

Thomson relata así su encuentro con una embarazada de Ndjiri: «Of un ruido de campanillas y anillos de hierro. Delante iba una vieja con un barrote para tener distanciada la chiquillería. Detrás de esta ruina venerable una joven como de veinte años, rechoncha, lleva en la frente una correa de cuero, adornada de herretes, la cual sostiene un velo calado de hierro que la cubre casi por completo la cabeza y descende al pecho. Sobre el cuello, sobre el busto, perlas y cadenas de metal. Brazos y piernas desaparecen bajo rollos de alambres, gruesos como los de telégrafos. Lleva encima un cargamento de bisutería y ferretería. —¿Quién es? —Una dama en estado interesante».

¡El trousseau!

Las primíparas de la isla Trobriand visten un manto de fibras vegetales confeccionado por su familia, y puede asegurarse trabajan más los labios musitando fórmulas mágicas que las manos confeccionadoras. Malinowski (1) supone que esas fórmulas mágicas están destinadas a aumentar la belleza, la lividez del semblante de la portadora del traje; pero es improbable que en momentos de apartamiento sexual y en que puede peligrar su vida, malgasen la hechicería en recetas de tocador. La entrega del traje es solemnísima.

Baño purificador

Otra ceremonia importante es el baño de

(1) La vie sexuelle des indigènes du sud-ouest de la Melanésie, 1961 (la monografía más notable que se ha escrito sobre la vida sexual de un pueblo primitivo).

la embarazada. Las mujeres de la misma localidad forman dos filas enfrentadas y se cogen las manos en cruz (sillita de la reina), para que pase por encima, descalza, la embarazada, apoyándose con las manos en las cabezas de aquéllas. Conforme avanza, se corren hacia adelante las parejas pasadas para continuar el puente de manos. La procesión llega a meterse



El manto mágico de las embarazadas de la isla de Trobriand.

(Foto Malinowski.)

un trecho en el mar, y cuando hay fondo suficiente la embarazada se tira al agua y todas sus amigas se zambullan detrás y la restriegan. A partir de esta ceremonia, la embarazada no [debe pisar el suelo. Su asepsia, valga la palabra, debe considerarse perfecta.

Cámaras de desinfección

En la India antigua, las que habían tenido la desgracia de abortar una vez, pre-

venían este peligro en los partos futuros, construyendo tres cabañas en fila de Oeste a Este, y con dos puertas cada una que miraban al Oeste y al Este. La embarazada, vestida de negro, entraba en la cabaña del extremo occidental por la puerta occidental; vería sobre plomos agua mezclada con sampata, y caminando sobre ellos se vería agua encima igualmente consagrada. Esta ablución tenía por objeto traspasar a los plomos y a la ropa el fluido nocivo de que se creía la mujer impregnada. Después se desnudaba y salía por la puerta oriental; de salir por la misma que entró, hubiera vuelto a atrapar las impurezas. Una vez fuera, prendía fuego a la cabaña, que ardía con todas sus impurezas. Repetía la faena en las otras dos cabañas, y ya se consideraba completamente desinfectada.

A estacazos con los espíritus

Entre los Kirguizes, los *baga-foresh*, etcétera, el marido, sin miramiento al estado delicado de su mujer, la pega una paliza para que se vayan los espíritus malignos, inquilinos presuntos de las parturientas. Proceden como los cocheros que sacuden con la fusta al caballo para quitarle las moscas de encima.

Otras prácticas

En los partos dificultosos los *bergdama* llaman a las casadas del lugar, y éstas, con los pies desnudos (lo que evidencia el carácter mágico del acto), se acercan a la parturienta y le pasan por el cuerpo la mano mojada de saliva. La saliva puede considerarse bendita por los exorcismos que pronuncia la lengua, y ahuyenta, por consiguiente, a los espíritus. A esta virtud mágica le debe el carácter universal de medicina de urgencia.

Un ejemplo curioso de infracción de un tabú con miras interesadas, es el de los pueblos islamizados del Fouta senegalés. Allí no puede la casada designar por su nombre a su marido ni a su suegro y, sin embargo, cuando el parto viene mal, la mujer que ha observado este tabú puede salir del trance pronunciando el nombre del suegro (1).

La intención que parecen perseguir faltándoles al respeto a los espíritus, es distraerles de su empresa de malograr el parto. El asesino que se hace detener por robo, puede salvar el pellejo, probando la coartada.

(1) Gaden-Du nom chez les toucouleurs (Revue d'Ethnographie, 1912).

CAPÍTULO III

Tabús alimenticios

Las embarazadas de los pueblos salvajes, se someten a restricciones alimenticias que van en crescendo conforme avanza la gestación y puede llegar a la dieta hídrica en la inminencia del parto.

De creer a los sociólogos, estas prohibiciones alimenticias han sido dictadas en interés de la madre y del hijo. Escogéremos, entre mil, un ejemplo que presenta las dos caras. La embarazada bantú no puede comer huevos porque sus hijos serían calvos, y como la gallina va de un lado para otro antes de poner, la madre estaría muy agitada al parir.

Reconocemos que la explicación que dan los salvajes de estos tabús, y que admiten los tratadistas sin juicio contradictorio, no puede ser más seductora; pero nosotros nos resistimos a creer que el tabú alimenticio haya tenido este origen, por varias razones. La primera, que la mujer salvaje se somete a iguales o parecidas dietas durante el período y en vísperas

de casarse, es decir, en aquellas circunstancias en que su sociedad la considera en estado de impureza. La segunda, que la humanidad ha pasado por una época infanticida y no es verosímil discurriera un régimen alimenticio favorable al embrión.

En mi opinión, el tabú alimenticio responde a una policía de abastos, y se aplica indistintamente a las enfermedades, períodos, ceremonias de iniciación y de casamiento, preñez y funerales; períodos todos de impureza, en los cuales puede el individuo que come los alimentos prohibidos producir su escasez por el contagio de su impureza. La sociedad tuvo la previsión de prohibir el consumo de tales alimentos a las embarazadas, y al evolucionar los sentimientos y las creencias, se cambió la etiqueta de las costumbres heredadas, una de ellas el tabú alimenticio, barnizándole con el interés posterior por la madre y por el hijo.

CAPÍTULO IV

Al aire libre o en la cabaña de maternidad

En ciertos momentos de la vida, el primitivo se preocupa enormemente de no imprimir en el suelo las huellas de sus pies; por ejemplo, al ir a casarse, la novia no debe pisar el suelo; durante las reglas, debe encerrarse la mujer en la cabaña de la sangre (1). No es absurdo pensar que ese mismo miedo les haya inspirado el parto por suspensión.

En Siam, en caso de distocia, suspenden con un lazo que la pasa por los sobacos a la parturienta, cuya cintura comprimen los que la asisten. En el Tonkin, ciertas parturientas se cuelgan por puños, o de los sobacos a cuerdas atadas a los tejados. En Estonia y Finlandia, un madero en cruz sirve de agarradero a la que pare. Antiguamente, entre los Gaurós de Persia, la embarazada no debía poner los pies en el suelo. Las iroquesas y las sioux, se suspenden del cuello de sus maridos (2).

Las mujeres de las islas Tenimberg y Timourlaout, paren en el mar; montan en una proha (embarcación) que las conduce a cierta distancia.

Para huir de los espíritus, la esquimal prepara dos fosas en la nieve. En una se instala para parir; la caldea con una hoguera; la alfombra de pieles y yerbas. En cuanto da a luz salta del hoyo y penosamente, chorreando sangre, va al otro, situado a cincuenta pasos más allá. Respira como el que se aleja del lugar donde ha cometido un crimen.

Más singular es el procedimiento que usan los kirguises de montar la parturien-

ta a caballo, y que galope; se figuran que así no las atrapará la muerte (1).

Cabañas para las puérperas

Las mujeres Kunis largan el hijo en cualquier cabaña desalquilada y en muchas tribus (citaremos los hiperbóreos, los indígenas de la costa de los Mosquitos, los piñas del Arizona, etc.), tienen para casa de parir una cabaña apartada.

Las de la Península de Malaca son de forma especial y no se alzan sobre pilotes. Esta particularidad de construcción, Stephen la cree destinada a impedir se pase por debajo y no como piensa Bartels para distinguirla de las demás cabañas. Dan la razón a Bartels las muestras de su destino que ponen a esta clase de cabañas en muchos pueblos salvajes, con el fin único de advertir a los que transiten por sus cercanías el peligro de acercarse. (En China pegan sobre la puerta un papel avisador, rojo y con un cordón en medio). En la construcción de estas cabañas no suelen poner mano los hombres, y en muchas partes son de uso individual—¡si caerá sobre ellas desgracia!—y permanecen des-

(1) En Bulgaria, dice el doctor Gountcheff Svanoff, las mujeres paren de pie, y para activar el trabajo, el marido toma de cuando en cuando a su mujer de los sobacos y la hace bailar.

Los doctores Delore y Lufand piensan que la actitud de pie ha sido tomada de las poblaciones que hicieron de sus camas una especie de armarios. Aun reconociendo existe la costumbre en Bretaña, Velay, Limoges, Cantal, etc., lo que abona su parecer, resulta inaplicable a las hordas nómadas del África septentrional, a los indios de Madras, a los Wacamba, etc., que no duermen de pie. En cambio, el doctor Verrier (*Leçons sur l'accouchement comparé dans les races humaines*, 1886), cree que esta es la primera posición de parto adoptada por la humanidad (Dr. Girón. *Attitudes des parturientes*, 1907).

(1) Puede verse en «El origen del pudor» el capítulo Pudor del pie y en «Las Ceremonias Nupciales» el titulado Ritos de tránsito.

(2) Witkowski: *Histoire des accouchements chez tous les peuples*, 1887; Engelmann y Rodier: *La pratique des accouchements chez les peuples primitifs*, 1886.

ocupadas hasta que vienen al suelo, ni aun en ruinas pueden aprovecharse sus maderos para hacer fuego (hereros).

Las reinas de Egipto, de la dinastía de los Tolomeos, tenían una casa aislada para sus partos, bajo la advocación del dios Béz, enano acondroplástico, y su decorado mural reproducía escenas de parto, coadyuvantes mágicos más bien que adornos.

En las familias plebeyas de la China feudal, el marido abandonaba su hogar a la esposa tres meses antes del parto, y no podía regresar hasta pasados tres meses del alumbramiento. La reclusión de la mujer duraba seis meses. Antes de la boda, la novia china permanecía encerrada tres meses también; sin duda se trata de estados equivalentes de impureza.

Todavía las embarazadas chinas de familia rica dan a luz en pabellones aislados, que tienen al fondo de una de sus habitaciones el *Khang*, de mampostería, alto de pie y medio, bajo el cual se enciende fuego y que sirve de lecho.

En la India, mil años antes de J. C., al comienzo del noveno mes, conducían a la embarazada a una casa especial, «*puerperarum domus*», donde se reunía un cónclave obstétrico. La casa de las puerperas tenía «cocina, retrete, cuarto de baño, buen surtido de mantas y sábanas, botiquín e instrumental de cuchillos de hierro y agujas de sutura. Disponían de agua abundante y buena calefacción» (1).

La preocupación de parir fuera del hogar doméstico ha calado hasta nuestra civilización.

(1) Fischer. *Biología y Patología de la mujer*, de los profesoras Halban y Seitz, volumen 1.º

En Polonia las driadas roban los recién nacidos y les sustituyen por los suyos feos y monstruosos. Desde que se perciben de esto, le dan una buena azotaina al intrusillo; sus lloros tocarán el corazón de la madre verdadera, que recobrará su hijo devolviendo el robado. En los alrededores de Lemberg, para evitar estos robos se aconseja a las madres pasen algún tiempo fuera de su casa, en la cual permanece el marido (1). Es la consagración mitológica del uso tan extendido en los primitivos de parir en una cabaña especial (2).

Parto dentro del templo

En Shway Dagon, la pagoda más universalizada de Asia, vió Blasco Ibáñez un grupo misterioso: «Le componían un grupo de mujeres que rodean a otra tendida en un lecho, blanca e inmóvil, como si estuviera desmayada. Veo—dice—trapos ensangrentados. Un olor de maternidad se une a la respiración de los físicos. Suena un vagido infantil, ganguante y tenaz. Es una gloria nacer en el templo y hay madres que vienen de muy lejos para que sus hijos reciban tal santificación al entrar en la vida». Y es también una *seguridad* para la madre, dar a luz en tierra santa, donde no pueden entrar los malos espíritus (3).

(1) Buglel. *La demonologie du peuple polonais*. (Revue Histoire des Religions XLV, pág. 158).

(2) Krische (*El enigma del matriarcado*) atribuye esta costumbre al deseo de proteger a la mujer y procurarla tranquilidad en momentos en que necesita reservarse.

(3) «La vuelta al mundo de un novelista».

CAPITULO V

Cómo desinfectan los salvajes la cabaña de la parturienta

Los salvajes pretenden desinfectar de espíritus malignos la cabaña de la parturienta, valiéndose de los mismos procedimientos que usarían para expulsar a seres vivos: el garrotazo, los tiros, la escoba, etcétera.

En la isla Trobriand (de la Melanesia), la embarazada pasa los dos últimos meses de embarazo en casa de la madre y sus tíos montan la guardia todas las noches, rondando la cabaña, armados de lanzas.

En el Tibet cercan con una cuerda la tienda de la parturienta y el marido de centinela golpea con un bastón, diciendo: ¡Retírate, diablo!

De Roma, cuenta Varrón, que en el umbral de la casa donde había una mujer de parto, se pasaba en vela un hombre toda la noche pegando hachazos. Se trataba de impedir a los malos espíritus arriarse a la mujer cuando está pariendo.

La parturienta judía es preservada de los diablos por la *ceremonia de los círculos*. Una persona, espada o cuchillo en mano, describe varios círculos alrededor de la cabecera de la cama de la parturienta.

Los Katchins, de Birmania, cuando toma mal cariz un parto, dan una batida a los *sawn* (espíritus de mujeres muertas de parto). Ningún rincón de la cabaña queda sin golpear, queman hojas fétidas y por fuera continúan la ceza de los *sawn* a tiros y sablazos hasta la linde del bosque. Si la parturienta fallece, se declara impuro todo el lugar; hay que purificar los alimentos, el agua y el suelo, partiendo de la casa mortuoria, a la que se llega un sacerdote de edad proveccta—un joven tendría miedo—llevando al extremo de un palo un pollito que agita en todas direcciones, mientras suplica al *sawn* le acepte. Después se saca el cadáver por una brecha condenable y se le quema junto con su ajuar. El marido es el primero en

fugarse, y se refugia provisionalmente en casa de un pariente; su miedo es tan grande, que manda demoler la casa en que murió su mujer (1).

Radde, Lepechin y otros autores se han ocupado de los disparos hechos no lejos de la mujer en trance de parir. En su opinión, tienen por objeto provocar una contracción más enérgica de los músculos uterinos, pero en este caso lo mismo daría dispararse uno que otro, y se escoge un bravo, un homicida, aparte de usarse el mismo procedimiento contra la fiebre. En Filipinas ponen un petardo debajo de la casa, y no encienden la mecha más que en el caso de ir mal el parto (2).

En Siria desinfectan la alcoba de la parturienta poniendo una hilera de carbones encendidos alrededor de sus muros (3). En Grecia se enlucían de pez las paredes,

(1) Edmond Dupony (Medecine et moeurs de l'ancienne Rome, 1885), no acierta a comentar el pasaje de Terencio en que aconseja se saque de la casa a la recién parida, tirando abajo un trozo del muro del jardín. Dupony no cayó en la cuenta que el umbral es sagrado, y la parida por su impureza no puede trasponerle sin haber hecho los ritos purificadores. Por otra parte, en los pueblos salvajes no se saca por la puerta, sino rasgando la pared, el cadáver de la mujer muerta de parto.

(2) Como el ruido asusta al hombre, se ha creído asustaría también a los espíritus, y entre los negros Kavirondo y los indígenas de las Guayanas, el hombre de la Medicina no conoce otra, para aligerar el parto, que el redoble del tambor.

El progreso no ha podido desarraigar la superstición del ruido. En Gascuña las parturientas reciben la consigna de chillar con todas sus fuerzas cuando las acometan los primeros dolores. Como al oír voces huyen los agresores, temiéndose la llegada inmediata de socorro, se cree que los espíritus levantarán el campo.

En Francia existía la costumbre de atar a la cintura de la parturienta la cuerda de la campana de la iglesia y dar tres campanadas. Se pide la ayuda celestial.

(3) Fischer opina que el fuego de la puerpera tenía a raya a los espíritus.

y en Roma se procedía a un barrido de las habitaciones. La escoba, bien se sabe, antes de llegar a ser un símbolo de la brujería, fué el instrumento de que se servían las brujas contra el demonio.

Los moros ponen en los muros, cortinas y puertas de la alcoba de la parturienta, versículos del corán escritos en papel, para paralizar la influencia de los espíritus malignos. Del dintel de la puerta se suspende una cabeza de gallo, bollos no azucarados y quemados, una escoba nueva y un trozo de tela negra. La escoba sirve para barrer el mal, la cabeza cortada es un sacrificio, el paño negro espanta al buho.

Actos que en la vida ordinaria son tabús y exponen a sus ejecutantes a un severo castigo de los espíritus, en circunstancias críticas puedan traer suerte. Tal el incesto, que es el más penado de los delitos en las sociedades primitivas; cometido al partir para una expedición peligrosa de caza o guerra, se cree afianza el éxito. Una

inversión análoga se ha operado con el desnudo, tan temido por el hombre primitivo (en la mitología la visión de las desnudaces se castiga con la ceguera), pues se supone asusta también a los espíritus o al menos se recurre a él con la intención de asustarles. En Malasia explotan este poder mágico de la desnudez en beneficio de las parturientas; pues el marido gatea en cueros por el techo de la cabaña mientras su mujer desocupa; intercepta el paso a los espíritus, a quienes, según sus creencias, asusta la desnudez (1).

(1) «Cuando la mujer está de parto—dice Juan Francisco de San Antonio en *Descripción de las Islas Filipinas*, 1738—se desnudan algunos hombres hasta quedarse totalmente en cueros, y tomando una coraza y una catana (especie de machete), se pone uno en el Silong, otro en el caballete del tejado, y están continuamente esgrimiendo al viento la catana, mientras dura el parto, para defender a la mujer del Patlanac y del Uswang, que son los brujos que vienen a impedir la felicidad del parto.»

CAPITULO VI

La falta de asistencia y la asistencia por comadronas

Sin asistencia médica

En los pueblos primitivos, la mujer suele dar a luz sin asistencia. Tal vez se escondieran por miedo a los espíritus malignos; acaso las aislara la noción de su impureza—todo enfermo es impuro, porque es un poseído de los espíritus—y haya de mirarse la primitiva casa de parto como un lazareto. Lo cierto es que en las ceremonias relativas al embarazo y parto, las gentes más expuestas se taponan los oídos con algodón «para no ser perturbados por los espíritus malignos».

El abandono de los enfermos graves

No debemos desconocer tampoco la costumbre de abandonar los enfermos a su propia suerte, que algunos viajeros tildaron de inhumana (1), siendo así que responde perfectamente a la etiología supuesta a la enfermedad. Puesto que el en-

(1) Cuenta el P. Gumilla de las tribus del Orinoco, que mientras dura la enfermedad no oye el paciente ni una frase de consuelo, nadie le anima a tomar una medicina. La familia le deja la comida cerca de la hamaca, y nada más. En el Brasil la dieta es tan absoluta que matan al paciente de hambre en las enfermedades crónicas. Los lenguas (sudamericanos), cuando se convencen de la gravedad del caso, le dan por muerto y no se ocupan de él. Cuando agoniza le sacan del lugar al aire libre y les tiene sin cuidado que le pegue el sol tropical en los ojos o le azote la lluvia; no tendrá una mano amiga; no oír una palabra de ternura. Se ocupan de los preparativos del entierro, que verifican apenas expira. En la América precolombica el abandono de los enfermos era la regla general. Costumbres semejantes se han señalado en otros continentes. Hablando de los Singaleses, dice Joinville: «Cuando un enfermo parece en estado desesperado, su familia, para evitar la impureza de la habitación común y ahorrarse la molestia de una mudanza, transporta al enfermo al bosque y le deja salir solo del mal paso de morir».

fermo grave es un maldito de los dioses o un condenado por los espíritus, sería impío oponerse a los designios de éstos intentando con medicinas y cuidados su curación. Acatan la sentencia, y lo más que se permiten es pedir el indulto con ofrendas. El europeo más humanitario no se atreve tampoco a descolgar al hombre colgado por la ley. Y así como la familia europea se queda sin colchones por comprar medicinas, los primitivos se lo gastan todo en consultar a los adivinos, en ofrendas y sacrificios (1).

Explicación ingenua

Lo extraño es que a la vista de esta semi incomunicación de los enfermos graves, se haya pretendido explicar el abandono de las parturientas a sus propias fuerzas, por una *supuesta facilidad en dar a luz*. Pí y Margall ofrece en su extensísima *Historia de América* muchos contrastes iguales; abandono del enfermo desesperado, y busca de la soledad por la parturienta; mas lejos de relacionar los dos hechos, les da explicación distinta. Tampoco los enciclopedistas de la medicina estuvieron afortunados en sus explicaciones. En efecto, la Enciclopedia de Dechambres dice: «el parto anormal, distócico, es la consecuencia lamentable de una civilización llegada a su más alto grado, y

(1) Cuando los enfermos son numerosos se abandona incluso el lugar. Así los indios de Nueva Méjico, al verse diezmados por una epidemia, la tribu se trasladaba todos los días de sitio, buscando las partes más inaccesibles de las montañas, donde los espíritus malignos no se atrevieran a seguirles. Los patagones que huyen de las epidemias, bienden sus armas para impedir les persigan los espíritus, y cuando al cabo de días creen haber llegado a un lugar seguro, ponen todas sus armas en tierra con la punta vuelta hacia el lugar abandonado.

c cuanto más se acerca la mujer al estado de naturaleza, con mayor facilidad da a luz». Hoy sabemos por las estadísticas presentadas al Congreso de Medicina Colonial, celebrado últimamente en París, cuán horrenda es la mortandad entre las parturientas negras; y, a la verdad, no necesitábamos conocer estas cifras para conjeturar que los miedos y supersticiones del parto no habían podido nacer por generación espontánea.

Están equivocados del todo los que miran como una prueba de la facilidad con que pare la mujer salvaje, su empeño en aislarse. La verdadera facilidad consiste en dar a luz donde las pille, sin esconderse ni alejarse; así desocupan algunas ciudadanas europeas en medio de la calle, por deambular atrevidas hasta el último instante. Si la primitiva se aparta de su familia y prescinde de ayudas que pueden serle necesarias, es porque a sus abuelas las expulsaban del lugar, creyendo lo impurificaban con su presencia. Y es regla sin excepciones que confirma nuestro punto de vista, el que la parida *no pueda* reincorporarse al grupo social, sin haber practicado antes algún rito purificadorio, que en el caso más sumario se reduce a un baño o lavado.

Asistencia por mujeres

En los pueblos de Oriente la asistencia a los partos está encomendada a las comadronas exclusivamente. En China está prohibida la entrada en la alcoba de la parturienta a los hombres, sin exceptuar al marido ni al médico. Los hebreos y los egipcios se valían también de comadronas, y lo prueba la orden que las diera el Faraón de matar a todos los niños varones judíos que nacieran y no conservar sino las hembras, orden que la honradez y humanidad de las matronas dejó sin cumplimiento. En Persia asistían a la parturienta diez mujeres. Cinco para preparar la cama; una para estar al lado del hombro dere-

cho; otra al izquierdo; la octava para proteger la nuca; la novena para sujetar a la parturienta por la cintura y la décima encargada de recoger al niño. En Indochina la Mò Boai (comadrona) cuando el parto va mal manda llamar a una compañera, y en último extremo a la supercomadrona, llamada Mò Boai Giac, que no se conforma con un brazalete y un manto como aquéllas, sino que ex'ge una búfala de honorarios. Existen comadrones, los Xe Boai, pero no pueden llevar nada por su intervención, por tratarse de una profesión reservada a las mujeres. Los musulmanes tampoco permiten a los médicos invadir las atribuciones de las cab'a (parteras) únicas con derecho a intervenir en partos y abortos.

¿Qué razón puede haber para que se les prohíba a los hombres la asistencia a los partos, en pueblos de cierta cultura?

Se ha culpado al sentimiento del pudor, y, en efecto, todos los pueblos han pasado por una fase aguda de separación de los sexos (los esposos comen y se acuestan separados), en la cual hasta el culto a los dioses requería sacerdotes de su mismo sexo (para las diosas Isis, Afrodita, Demeter, Venus, etc., sacerdotisas, y más tarde fueron éstas desbancadas por hombres afeminados). Es natural que el apartamiento de los sexos se extremase en un momento cumbre de impureza, como el parto, lo mismo que durante las reglas. Es la impureza de la parturienta la que hacía místicamente peligrosa la profesión de comadrona; tan es así, que en Roma antigua todas las profesiones se anunciaban con una muestra o enseña y ningún autor ha hablado de la enseña de las comadronas.

Asistencia por hombres

Cuando el papel del mago se cotizó más alto no por su saber, aunque por lo regular es el hombre más inteligente de su tribu, sino por el poder sobrenatural que gra-

tuilmente le atribuyen, el hechicero fué llamado en los partos difíciles para que destruyera con sus amuletos y exorcismos la mala faena de los espíritus enemigos de las parturientas o el mal de ojo de las brujas (1).

En muchos pueblos salvajes el mérito preferente para el cargo de jefe es ser curandero. Los Masai veneran como a santos y respetan como a jefes a sus curanderos (2). Los indios del Brasil tenían a sus curanderos en tal honor que los idolatraban. La multitud iba a su encuentro y se arrodillaba para rogarle: «Cúrame, que

no se muera mi hijo». Y ellos respondían sentenciosamente: «No caerás malo» (1).

Frazer ha demostrado concienzudamente (2) que en muchos pueblos el rey desciende directamente del mago y del curandero.

Pero nos estamos apartando del tema, seducidos por ese esplendoroso pasado, en que no necesitaba el médico más que cumplir los ritos de iniciación y de noviciado para sentar plaza de mago y ser considerado como el hombre más grande de su tribu. La ciencia médica al engrandecerse parece haber empequeñecido a los profesionales, reyes y hasta dioses ayer y hoy simples proletarios intelectuales, que son los únicos proletarios irredimibles.

(1) Las parturientas thay (Cochinchina), no llaman al brujo más que en último extremo y el brujo se reduce a preparar una especie de agua lustral que bebe la madre después que aquél sumerje un sable amenazando al niño con dividirlo por la mitad si no se apresura a salir del claustro materno. (Bourlet-Anthropos 1907.)

(2) Merker: Die Massai, 1904.

(1) Thevet: Les singularitez de la France antarctique nommée Amérique, 1558.

(2) Frazer: Les origines magiques de la royauté, 1920.

CAPITULO VII

Ayudas mágicas a la parturienta

La magia constituye uno de los capítulos más importantes de la historia de las religiones y de la Medicina, que en sus orígenes corrieron juntas por el mismo cauce. No hay de seguro una prueba más categórica y asombrosa de la *unidad mental* de la especie humana que la uniformidad increíble de sus prejuicios, tan arraigados que el progreso no logra destruirlos (1).

La creencia en la posibilidad de vencer por medios mágicos a los demonios productores de las enfermedades, es vieja como el mundo, y existe y *existirá* donde haya seres humanos.

Los hombres de ciencia desprecian por ineficaces las prácticas mágicas, no sin reconocer que pueden levantar la moral del enfermo, sugestionándole con falsas garantías de apoyo sobrenatural. En cambio, los amantes de las tradiciones, ven con pena desaparecer muchos ritos y costumbres que embellecen el nacimiento de los hombres y son los bienes raíces de la mentalidad primitiva.

Si a este capítulo trajéramos todas las prácticas mágicas, que de derecho le corresponden, zozobraría el libro por falta de estivamiento, y quedarían sin cimientos de documentación las teorías que desarrollaremos más adelante, encaminadas a explicar el origen de muchas prácticas mágicas. Por ello tenemos que repartir la carga, y aquí sólo trataremos de los amuletos y talismanes y de la magia simpática.

(1) En el capítulo 5.º de la obra de Read, *The Origin of Man and of his Superstitions*, 1920, hay mucho que aprender por su análisis penetrante—el autor es un buen psicólogo—de la actividad de imaginación de los incivilizados, a que se deben las creencias mágicas y animistas. La obra decae cuando se mete en el terreno etnográfico, que no es el fuerte del autor.

I

Amuletos y talismanes

Accesorios místicos de la vida (1)

Las embarazadas de los pueblos salvajes tienen depositada toda su fe en los amuletos y talismanes, cuyo número es infinito, y nos obliga a vadear tema tan caudaloso con unos pocos ejemplos.

La embarazada Masai ya dijimos que va materialmente blindada de amuletos de hierro, que es en todas partes un espanta demonios acreditado.

En China cuelgan sobre la cama de la parturienta cien monedas, agujereadas y enhebradas por un alambre de latón, al modo de las cuentas de un rosario. Estas monedas han de ser pedidas a cien familias, que no las niegan al saber su destino, y después del parto se repite la cuestación para hacerle un collar al niño.

En algunos amuletos bizantinos se muestra la muerte de Karina, la enemiga feroz de las parturientas, por la lanza de Salomón; en los babilónicos, Labartu es vencida por Mazdu. Por su valor mágico esta representación coacciona la realidad. Karina y Labartu están vencidas en el amuleto, y es inútil que intenten dañar a la parturienta, porque a su defensa acudirán los héroes invisibles.

Las embarazadas caldeas llevaban suspendido del cuello talismanes de piedras

(1) Saintyves (*Amulettes et talismans*. Revue Anthropologique, 1930), les llama así, y dice que son indispensables al hombre supersticioso, porque concuerdan con sus sentimientos, sus gustos y sus pasiones.

La bibliografía es inagotable. La obra más reciente es la de Wallis Budge, *Amulets and superstitions*, 1931. Crevin trató de los amuletos para embarazadas en Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris, 1902.

mujer cuando va a parir, abriendo todas las puertas de la casa (1) y las tapas de todas las cajas y desatando los nudos de sus ropas. Es lo que hacen los Szajones de Transilvania, los Lapones y los indios. En el centro de Australia, el marido de la parturienta se quita el cinturón y las ligas de los brazos para no tener aprietes que por magia simpática traben al hijo con la madre.

Entre los Tomubuluhs, del norte de Célebes, el marido de una embarazada no puede hacer nudos ni cruzar las piernas. Se cree que al obstáculo que todo nudo constituye sobre una cuerda corresponde otro semejante en el cuerpo de la mujer. La mitología nos enseña que Juno impidió durante siete días el parto de Alcmena, mujer de Anfirión, enviando a las parcas a que se cruzaran de brazos delante de ésta. La diosa tenía motivos para sus celos; el niño que iba a nacer era de su marido. La preocupación de que nos ocupamos parece haber sido universal, y en Java la exageran al extremo de desenterrar los sables cuando la mujer da a luz.

La rosa de Jericó

También busca la mujer andaluza una ayuda mágica cuando va a parir, echando en una jofaina de agua una rosa de Jericó. Con la humedad la flor comienza a abrirse y a medida que se abre va naciendo la criatura y los dolores de la parida se hacen menos intensos.

(1) En Galicia para facilitar el parto ponen la llave de la puerta debajo de la almohada; tener la llave a mano es dominar la salida.

¡Fuera los impuros!

En Nueva Bretaña, y lo mismo entre los Azande del Congo belga, se aparta de la cabaña de la parturienta a cuantos estén manchados por un comercio sexual reciente, y entre los Creek (de Norteamérica) el médico-mago mismo se encarga de cerrar el paso a quien no le declare por dos veces que no tuvo relaciones sexuales en las últimas veinticuatro horas.

A los que hayan leído los trabajos «El origen del pudor» y «Ceremonias nupciales», no les causará extrañeza este miedo al maleficio del acto sexual, que los salvajes consideran impuro, aun entre esposos.

Otras ayudas mágicas

En las regiones que profesan el budismo está muy extendido el culto a las huellas esculpidas de pies, las cuales se atribuyen a pisadas de Buda y Civa y gozan fama de fecundadoras. En la isla Kei, para facilitar el parto se da de beber a la parturienta agua en que se haya lavado los pies su marido; pies andariegos que por magia harán correr al feto. Szgonzac ha señalado la misma superstición entre los bereberes.

Los Todas son poliándricos y al llegar la mujer al séptimo mes de embarazo, el presunto padre del niño la regala un arco y una flecha, que simboliza el embrión y ayuda mágicamente a que salga éste disparado del caustro materno como sale la flecha del arco.

CAPITULO VIII

Desinfección post-partum

Origen de la cuarentena de las paridas

Levy Bruhl ha demostrado que los primitivos dan el mismo trato a las paridas que a las personas impuras, malélicas, teniéndolas apartadas de la sociedad hasta que cumplen los ritos purificadores (1).

La parida está mano sobre mano una porción de días, huída de los espíritus que la esperan en sus ocupaciones habituales (2) y por no desgraciarse con su impureza cuanto labor hagan y vean hacer a los demás. (No olvidemos que la mirada de las personas impuras es ponzoñosa) (3). Más larga y rigurosa es todavía la cuarentena, tratándose de las relaciones sexuales, que de por sí son causa de impureza.

Más adelante daremos referencias abundantes de la extremada duración del apartamiento sexual en los matrimonios salvajes cada vez que tienen sucesión. Es común que se rebajen del servicio activo amoroso todo el tiempo que dure la lactancia, y ésta en vez de acortarla la estiran dos y tres años (4).

La cuarentena (5) se hace interminable

(1) Los erlos tenían en igual consideración a las paridas que a las brujas.

(2) En el Japón se inmovilizaba a la parida entre tres sacos de arroz y había de permanecer nueve días quieta y en ayunas.

(3) En el folklore de Hesse, la parturienta no debe seguir con la vista a sus visitantes cuando salen de la alcoba. Estando infectada de malicia la mirada de la parida, es el visitante el que no debería volverse hacia ella, al dejarla. ¿Es que ha sido invertida la prescripción antigua? ¿Es una precaución caritativa que se impone con su visita la parturienta, que tiene mal de ojo? Esto es lo más probable, porque si la parturienta mira un cortejo nupcial, la fiesta acaba mal.

(4) R. Briffault. *The Mothers*, 1927 (tres volúmenes).

(5) Roscher, helenista de renombre, ha reconocido

cuando la mujer da a luz un monstruo o dos gemelos. A la que tiene esa desgracia, los Ishogo (Congo), la confinan en una cabaña—marcada con dos postes avisadores para que nadie se acerque—hasta que los mellizos cumplen los seis años. En Nuevo Calabar (Niger), la que da a luz dos mellizos queda fuera de la ley; no tiene derecho a comer ni a beber con los demás y no puede aproximarse al villorrio, que se contaminaría. Suele morir de hambre. Por esto la mayor injuria que puede dirigirse a una mujer de este país, es deseársela un parto doble (1). Los australianos no creen que una madre pueda lactar dos hijos a la vez, ni a los negros de Adra les cabe en la cabeza que los dos niños sean del mismo padre. El parto múltiple, por el mero hecho de salirse de lo normal,

do que la duración de las locuías, determinante de la cuarentena que por impureza sufre la parida, es la causa primera de la importancia del núm. 40, que aparece en los documentos cuneiformes como el número perfecto, símbolo de plenitud. La atribución a Ea, diosa caldea de las aguas, del núm. 40, se debe al carácter purificador del agua; por la misma razón, el diluvio duró 40 días, pues había de borrar el parto de la tierra. Entre los Mandeos, herederos directos de las creencias babilónicas, el núm. 40 definía la duración del período de impureza después del parto. El alma de los Mandeos tenía que aguardar 40 días antes de comparecer ante el Tribunal de Dios, igual tiempo que sufría incomunicación la parida. Los hebreos erraron 40 años por el desierto por haber invertido 40 días en reconocer la tierra prometida; un año por día, lo que prueba, para Roscher, la anterioridad del período de 40 días sobre el de 40 años.

Die Zahl 40 in Glauben, 1909.

(1) Richard en su obra *Voyages chez les peuples sauvages*-1808, dice: «Las indias, cuando se acerca el término del embarazo se retiran lejos de su habitación, a fin de que si tuvieran la desgracia de aumentar su familia con dos nuevos vástagos, tener la facilidad de quitar uno de enmedio para astraerse al castigo y a la infamia que resultaría para ellas de un parto doble». Por curiosidad exhumamos esta hipótesis, que no ha sido citada por ningún autor contemporáneo.

tuvo reglamentación especial. No dejarían de ocurrir desgracias en la comarca (sequías, hambres, epidemias) de las cuales la razón, a caza de causas, culpaba a lo único extraordinario ocurrido en el año: el parto doble. En el reino de Benín pasa por un feliz augurio el nacimiento de los mellizos; es indudable que conservan grato recuerdo de los tiempos que sucedieron a un parto doble.

La impureza de la mujer infecta la cabaña y exige su mudanza a otras que pudiéramos considerar de convalecencia. Entre los Kota de Nilghiri la parida pasa el primer mes en una cabaña, el segundo en otra y el tercero en otra. Luego se va por algún tiempo a casa de un pariente, en tanto el marido purifica el domicilio conyugal. La mujer esquimal abandona la cabaña de parir inmediatamente y se va a la de convaleciente, donde habita dos o tres meses.

Purificación

Los purificadores más extendidos son el agua y el fuego.

La mujer esquimal, en acabando de parir, se purifica todo el cuerpo con nieve en invierno y agua en verano, y corta todas las partes del vestido manchadas de sangre (1).

Las cristianas copiaron de las judías la costumbre de no cocer pan ni poner mano en ninguna industria doméstica (antiguamente muy numerosas), hasta que tomaban agua bendita en la iglesia. Pónase de ejemplo a la Santísima Virgen, que fué al templo a purificarse y presentar su hijo, e imitándola, apresurábanse sus devotas al dejar la cama a pedir la bendición del cura antes de penetrar en la iglesia. Esperaban, cirio en mano, en el atrio, a que el cura, con estola blanca y el hisopo, saliera a

recibir las y las echase agua bendita y el cable de su estola. Esta costumbre ha quedado reducida a su más mínima expresión (pago de una misa, promesa de un cirio) (1), salvo excepciones, como la del pueblecito francés de Saint Sauvent de Lorzac. El cura considera a la librada en estado de impureza. Una vecina intercede para que admita a la culpable en la iglesia, y el cura y su acólito van a ver a la impura, que, cogida a la estola, déjase conducir a la iglesia.

Antiguamente, cuando una mujer cristiana moría de parto, la comadrona iba en lugar suyo a la iglesia a recibir la bendición, para que no quedara el ánima de aquélla sin ver a Dios.

La religión trinaba contra los baños purificadores: «Señoras, decía Menot en sus sermones, cómo os portáis después de parir. Os bañáis desnudas y las amigas se reúnen en torno vuestro y Dios sabe qué tocamientos, qué palabras deshonestas.» Es que las estériles creían conseguir la ansiada fecundidad bañándose en el agua que había servido a la parida.

En Bulgaria, Madagascar, Siam y en muchas partes más se entretiene encendido fuego en la alcoba de la parida varios días. En Siberia lo hacen más a lo vivo. La parida brinca por encima de las llamas para purificarse. En la isla de Timor tiene que permanecer inmóvil junto al fuego la friolera de cuatro meses. El calor y el humo la limpian de impurezas. En San Diego (California), en la época de su descubrimiento, abrían en medio de la cabaña un hoyo, que llenaban de piedras enrojecidas al fuego y se cubría de una capa de yerba y de otra de tierra, sin dejar más que un agujero por donde echar agua. Sobre el hoyo se ponía a la madre y al hijo, envueltos en mantas de pieles. Al echar el agua, el vapor que se producía los metía en sudor, y era preciso sacarles

(1) Las tunguses (hiperbóreos también) guardan los trajes que con motivo de los nacimientos quedan en desuso para usarlos más tarde como amuletos.

(1) Doctor Cabanés.—*Moeurs intimes du passé* (6.ª serie, Nacimiento).

de cuando en cuando para que descansaran.

Los Iroqueses, Sioux y Basutos apagan el fuego del puerperio y encienden otro nuevo, por considerar agotada la potencia purificadora del primero.

Nuestra civilización se conforma con encender una bujía en la alcoba de la parida. De una costumbre romana semejante procede el nombre de la diosa Candelifera.

Desfiguración

En muchos sitios la mujer se desfigura después del parto. Los Ouland Sidi Mahomet (tribus nómadas del Africa occidental), se embadurnan la cara doble tiempo si han puesto en el mundo un niño que si una niña. Acaso haya tenido origen la diferencia en el infanticidio de las chicas; la parida creérase antes libre con la desaparición de la prueba de su pecado.

Otra forma de desfigurarse, de cambiar de personalidad, es cambiar de nombre. Como demostraremos en otro capítulo, los salvajes consideran el nombre como una parte del ser y no pronuncian el suyo por miedo a que se les vaya la vida por la boca. Pues bien, en numerosas sociedades salvajes, al nacer el primer hijo sus padres cambian de nombre. Los Ahaspacan del Norte de América y los Tupis, del Brasil, le cambian a cada hijo.

Importancia de estos ritos

Tanta importancia se da a los ritos purificadores y expiatorios, que cuando una mujer bantú por ahorrárselos guarda secreto un aborto, pone en peligro de muerte a toda la colectividad (1). Los ritos expiatorios en tal caso son: confinamiento en una cabaña alejada; lavado diario con una medicina que han de tomar todos los habitantes de la aldea cuando la mujer regrese. Y antes de reanudar las relacio-

nes sexuales con el marido ha de tenerlas con otro hombre que la quite el maleficio.

No faltan casos en que la purificación exige un sacrificio. Las paridas Mantras, de la península de Malaca, no pueden presentarse en público sin haberse sangrado antes un dedo.

La parida se reincorpora al grupo social

Una vez purificada puede la parida ingresar de nuevo en sociedad mediante los ritos de agregación usuales en cada localidad (1).

Es de todo punto imposible catalogar las infinitas variantes de estos ritos, y por ello nos limitamos a presentar dos tipos diversos, tomados de un pueblo salvaje y de un pueblo civilizado.

Los Ishogo, del Congo, celebran una fiesta que inicia la parida al salir de su encierro, acompañada de la *médica*, pues juntas recorren todo el lugar, tocando una el tambor mientras la otra baila. El pueblo en masa se invita al *lojorua*, todos cantan y bailan y aquello acaba en orgía.

La parida búgara no efectúa de un golpe su reingreso en sociedad. Primero come, en unión de todos los parientes e invitados al acto, un pastel, del que no debe sobrar ni una pizca, y el primer trozo es para la parida, en cama todavía. Pasados unos días se repite la comida en común (rito de agregación por excelencia) aportando cada invitado su parte de harina. A los cuarenta días rocía de agua bendita todos los rincones de la casa, y le es lícito ya reanudar el trato carnal con su esposo (2). Ha desaparecido su impureza y entra en posesión de sus derechos matrimoniales y sociales.

(1) Van Gennep. *Les rites de passage*, 1909. Obra de subido mérito, agotada hace años.

(2) Según *Le Spécule des pecheurs*, de fecha 1468, en tiempos de Luis XI «la parida está en cama, más peripuesta que una novia, con collares y brazaletes, más adornada que un idolo. El final de esta exposición era la misa de parida, a la que ésta iba vestida con su traje de boda, esto es, de colorado».

(1) Junod. *The life of South african tribe*.

CAPITULO IX

La covada

¿Qué es la covada?

Pocas costumbres han despertado tanta curiosidad y ejercitado más la sagacidad de los observadores, como la que el lenguaje etnográfico ha bautizado con el nombre de *covada* (1).

Inmediatamente que la mujer abipona da a luz, su marido se mete en la cama; se le asiste con solicitud; ayuna durante cierto tiempo; juraríaís que es él quien acaba de parir. Yo había leído esto otras veces, dice Dobritshoffer (*Historia de abiponibus*) y me había reído del relato, no pudiendo dar crédito a semejante locura, y suponía que tan extraña costumbre se contaba por chiste y no seriamente, pero al fin lo he visto con mis propios ojos en los abipones.

El viajero Brett observó la misma costumbre en las Guayanas (*Indian Tribes of Guiana*). «El padre se tiende en su hamaca y así permanece, como si estuviera enfermo, algunos días, durante los cuales recibe los plácemes de sus amigos y el cuidado de las mujeres de la vecindad, en tanto que la madre del recién nacido prepara la comida, sin que nadie se cuide de ella.»

En los antípodas casi, en Filipinas, el

marido ita «se mete en la cama, imita las contorsiones y quejidos del parto, y colocándose en postura lastimera, recibe las visitas de las comadres de la vecindad y los plácemes de los amigos, mientras que la madre prepara la comida y atiende la casa sin exhalar un solo quejido. (Paterino: *Los Itas*).

Area de la covada

Künich (1) asigna tres centros principales a esta curiosa costumbre: sur de Europa (mediodía de Francia), norte de España, Corcega y Cerdeña; sudeste asiático y norte de América meridional (Brasil). Y divide en dos grupos a los pueblos que practican la covada. Aquellos en que la parida sigue en la cama después de dar a luz, y donde no (por ejemplo, la mayoría de los pueblos indios de Sudamérica).

El área de la covada ha debido ser más extenso.

Cuando Aibill y Medt invadieron el Ulster (Irlanda) ninguno de los héroes del reino de Cochabar estuvo en estado de resistir porque todos, con la sola excepción de Cuchulain y su padre, «estaban de parto».

Según Lumholtz (2) la «*acobada*» existe entre los aztecas que habitan al noroeste de la ciudad de Colima (Méjico).

En las provincias bálticas de Rusia todavía se practica la covada sin trampa ni cartón, esto es, el marido se acuesta y grita (3).

(1) El sabio agustino P. Marcos cree mal escrita la palabra covada «Si la voz covada ha nacido de incubar, es más propio que la derivemos de la lengua madre, en la cual es incubare, palabra compuesta de la proposición *in* y del verbo *cupare*, echarse, acostarse, recostarse, descansar, en cuyo caso debía de escribirse *cobada*». (Crítica a nuestra obra «La covada y el origen del totemismo», publicada en «La Ciudad de Dios».)

Cabal en «Costumbres asturianas», emplea la palabra *cupada*.

La Enciclopedia Espasa relaciona etimológicamente la palabra covada con la de *encovarse*, esconderse o guardarse, y en tal sentido significaría un tabú de salida del padre en beneficio del hijo. La palabra bearnesa *couvade* deriva de *couver*, empujar, como acto de justificación de la paternidad.

(1) *Die so-gennante «Mannenkidler»*. Zt. für Ethnologie, 1912.

(2) El Méjico desconocido, 1904.

(3) Thurnston ha estudiado la covada en el sur de la India (*The couvade*, 1906), Wilken en el archipiélago indico (*De couvade by de volken van den Indischen Archipel*, 1886) y Martín en China (*La couvade en China*, Revue Scientifique, 1894-1).

Centro de irradiación

Dawson (1) sostiene que la patria de la covada es Chipre, donde Plutarco señaló su existencia hace veinte siglos, y constituía, según él, un verdadero rito religioso; pero nada prueba, y en esto hemos de dar la razón a Vinogradoff (2) que haya sido importada de un continente a otro y el hecho de encontrársela en pueblos tan distanciados constituye un ejemplo notable de esta ley: «las mismas causas, la misma situación, las mismas ideas engendran los mismos efectos.»

¿Hubo, hay covada en España?

Hasta que los viajeros modernos no confirmaron con observaciones precisas las descripciones sumarias de los antiguos, no se prestó a las de la covada el menor crédito científico. El «Boletín» de la Sociedad de Antropología de París (decenio 1880-90) está lleno de discusiones sobre la covada; para unos es algo así como la serpiente de mar de la antropología; para los más una rareza folklórica de otros tiempos, en trance avanzado de desaparición; sólo Reclus creía que es una costumbre muy extendida en el pasado. En la sabia corporación había un vasco que tomó a pecho el desmentir a Estrabón, y los lingüistas refinaban y pulían el famoso pasaje de aquel turista de la antigüedad, que parece ser dice: «Las mujeres de los lberos trabajan la tierra, y cuando paren, ceden el lecho a su marido y le asisten.»

En lo que va de siglo ha continuado el duelo de opiniones en pro y contra de la existencia de la covada entre los vascos de la antigüedad.

Opina Aranzadi (*La covada en España*, «Anthropos» agosto 1910) que es una impostura de los comentaristas del referido

paseje de Estrabón, pues en vascuence ni siquiera existe palabra para denominarla, a pesar de llamársela *parto de Vizcaya*; en leonés sí, y Aranzadi ha oído decir que ha existido la covada en Burgos y Santander. La costumbre en León, cuando una mujer pare, es darla caldo de gallina, y el marido se come el ave; probablemente por aprovechar el gesto hecho.

Según Fuset, tampoco se encuentran vestigios de covada en Ibiza; cierto que el marido permanece ocho días encerrado en casa, «pero ello está justificado por los cuidados que reclama su esposa».

Más modernamente ha dado Brissaud (*La couvade en Bearn et chez les basques*, «Revue des Pyrénées», 1900), una explicación de esta leyenda. En el siglo XVII, hubo una tradición que atribuía la costumbre de la covada tanto a los vascos como a los bernesés, tradición cuyo origen se nos escapa; pero que, según él, no corresponde a los hechos reales. Esa tradición tiene origen en el espíritu popular, y expresa de una manera irónica, chungona, la reacción contra un estado de derecho antiquísimo en ambas comarcas, favorable a las mujeres. El marido es su primer servidor. ¿Qué más se necesita para que se moqueen de él y le supongan hilando? Pues del marido que hilaba no costó mucho hacer una parturienta.

Federico Rubio, en sus cartas al traductor de la obra de Black «Medicina popular», aseguraba que «la costumbre de hacer cama el cónyuge durante el puerperio se conserva en alguna que otra población», y más adelante añade: «Cuando la primípara tiene el parto difícil y pasa tiempo sin poder verificarlo, ordena la partera al marido que yazga con la paciente.»

Recientemente Cabal, en «La mitología de Asturias», señaló la costumbre de la covada en aquellas tierras, y sobre todo en las fragosidades de Traspesñas.

De seguro se conservan en los pueblos españoles costumbres antiquísimas y raras como las que describimos en esta

(1) *The Custom of Couvade*, 1929.

(2) *Principe historique du Droit*, 1924.

obra. Nuestros lectores las conocen y pueden comunicárnoslas. Solicitamos su colaboración para el apéndice, que dedicaremos, si nos prestan su eficaz concurso, al folklore español del parto y de la primera infancia (1).

Sustitución por la ropa

En algunos sitios la parturienta se pone alguna prenda de vestir del marido. Los campesinos franceses ponen a la parturienta, cuando tarda en dar a luz, un sombrero viejo del esposo (2), que por haberse visto mil veces sepa todo el mundo que es suyo, y si no basta, la camisa y el pantalón. En Irlanda vestía el traje del marido, y en Argovina, la primera vez que la parida sale de casa lleva puestos los pantalones del esposo.

En Turingia se limitan a colgar una camisa del marido en la ventana de la alcoba de la parturienta, y en China, sobre su mismo lecho, colgaban los pantalones del esposo con una orden escrita a los espíritus de darse presos y dejar en paz al niño que naciera.

Paro absoluto

Eugenio Monseur cita un uso de las pampas, que es una forma de covada. En el momento de esquilan borregos, si una india pone en el mundo un crío, los esquiladores cesan en seguida de trabajar, y

durante el resto del día en que el acontecimiento tenga lugar, ninguno vuelve a coger las tijeras (1).

Los Jabim (Papuas) hacen un paro general por veinticuatro horas cuando una mujer pare (2).

Más generalizada es la huelga del marido durante el período avanzado de embarazo de su esposa y por descontado los días siguientes al parto. El marido no puede cazar, pescar ni guerrear, y tan severo es este tabú del trabajo, que sus mujeres pasan hambre, y alguna se hizo abortar para poder comer (ejemplos en Nueva Guinea). Entre los Chewsures, el paro y aislamiento del marido se prolonga siete semanas.

El marido ayuna

Como el marido es solidario de la impureza de la mujer, es natural le alcancen las prohibiciones alimenticias, que, como dijimos, tienden a impedir la escasez de las subsistencias. La igualdad del tratamiento dietético se lleva a rajatabla en China; la parturienta y su esposo ayunan los tres días que preceden al alumbramiento. Los Galibis de la Guayana son extremosos; el marido ayuna seis meses, y cuando abandona la hamaca parece un esqueleto. En algunos pueblos el marido se priva de muchas clases de carne durante un año entero; en otros no puede catar durante meses pescados ni aves.

Residuos literarios de la covada

Puede considerarse como residuo literario de la costumbre de la covada este pa-

(1) El folklore ha tenido gran influencia en la evolución de la Medicina, como se prueba en una obra reciente titulada «The Infancy of Medicine. An inquiry into the Influence of Folk-lore upon the Evolution of Scientific Medicine».

(2) Hablando de esta práctica obstétrica, decía el doctor Cany:

«Enfin le bonnet porté ordinairement par le mari la nuit, et non pas un mais plusieurs, doit être appliqué sur les parties génitales, pour empêcher la matrice de remonter et d'étouffer la parturiente; le même bonnet est également un bon préservatif du même accident, s'il est porté de la sorte pendant la grossesse.»

(1) *La couvade*, (Revue de l'Histoire des Religions XXXI, pág. 301).

(2) Levy Bruhl (*Le surnaturel et la nature dans les peuples primitifs*, 1931) cree que no van a trabajar al campo por miedo a desgraciar las cosechas. Su mujer es tabú y ellos por contagio pueden ser fuente de daños para la colectividad.

saje de la «*Neuvaine des Ullates*», en que todos los hombres que han oído el grito arrojado por Macha, en el momento de parir, son condenados, así como sus descendientes hasta la novena generación, a sufrir los dolores del parto durante cinco días y cinco noches.

En «*El Curandero de su honra*», Tigre

Juan, retraído en alejado desván, aguarda la noticia del alumbramiento de su esposa, de cuyos sufrimientos quiere en parte apropiarse, chamuscándose los molledos de las pantorrillas con unas tenacillas puestas al rojo. Esta covada del dolor es un acierto de nuestro novelista Pérez de Ayala.

CAPÍTULO X

Teorías explicativas del origen de la covada

Dejando para su lugar apropiado todas las teorías que se basan en la protección del recién nacido, clasificaremos en tres grupos las más acreditadas que circulan con referencia a la madre.

I

Legitimación de la paternidad

Acaso sea la teoría que disfrutó de más predicamento en la sociología clásica. Atribuida a Maurel, que la presentó con gran aparato de erudición a la Sociedad de Antropología de París el año 1886, una veintena de años antes la había expuesto Giraud Teulon (1) y seguramente de segunda mano, pues era un divulgador excelentísimo, pero escaso de originalidad.

La paternidad no es evidente, tiene un carácter en cierto modo abstracto y ficticio. Se pensó hacerla, por decirlo así, auténtica. Aparentemente no se encontró nada mejor que imitar lo que hace indesmentible la maternidad: *el parto*. Bastantes otros usos parecen nacidos de la preocupación de establecer «ad oculos» relaciones de consanguinidad entre el padre y el hijo. La paternidad en ciertos pueblos debe afirmarse por una verdadera adopción, y, a menudo, su ceremonial consiste en un simulacro del parto.

Esta es, en substancia, la teoría *legitimista*. Veamos los reparos que pueden oponérsela:

a) *Los salvajes no son exigentes de pruebas para legitimar la paternidad.*

En las tribus menos civilizadas del archipiélago indico, el marido se limita a romper con sus dientes el cordón umbilical, lazo material y visible de la maternidad. Entre los Guayakis, el que se cree padre, rocía de agua el cuerpo de la cria-

tura a poco de nacer. En Java, se plantifica el marido delante de la parturienta, para que su hijo sienta deseos de conocerle y avive el paso. Nada de esto compromete y llena sus fines. ¿Qué necesidad tenía el marido de llevar tan a lo vivo la cosa y meterse en un lecho que suponía ser mortuorio, puesto que tentaba la mala saña de los espíritus? Para el salvaje crédulo; es la covada empresa de más arrestos que para un cristiano dormir en un féretro o dentro del camposanto.

En algunas islas de la Micronesia se disputa padre de la criatura al que la emprende a golpes con la madre, y los Baga Foresh (africanos), tampoco se andan con melindres: cogen el fleje de una barrica y dan de plano sobre el vientre de la mujer embarazada, increpándola: «No sé el tiempo que llevas mi hijo y todavía no me lo has enseñado; es hora que le vea; dámelo o te reviento, ¡jegofstona!» La justificación de la paternidad cabalga algún tiempo en la necesidad de despejar el cuerpo de la mujer de malos espíritus y al cabo se queda sin montura. Así ha sucedido entre los mismos Baga. Las chicas de esta tribu de la Guinea francesa no se casan hasta que han tenido un par de chiquillos, de que se apropia el abuelo dando en el momento del parto los flejazos de reglamento.

Lo que nos afirma por completo en la creencia de que la covada servía en su origen para despistar a los espíritus, sin pretensiones por parte del padre de recabar su paternidad, es la conformidad con las designaciones de la madre (así sucedía entre los árabes antiguamente) cuando ésta confronta caras e indaga parecidos para deducir cuál de sus maridos o amantes puede ostentar el título de padre (1).

(1) La mère, 1867.

(1) Hay un proverbio árabe que dice: «Los hijos pertenecen al hombre, de quien es la cama.» Pro-

En los matrimonios «parentales» de la India (entre niños de cinco o seis años y mozas de dieciseis a veinte), el procreador es el suegro y el padre legal es el marido-niño.

Entre los bobos (africanos) la mujer no se junta con su marido hasta que ha dado a luz su primer hijo; la luna de miel la pasa ella con los amigos del esposo, que ayudaron a éste a labrar las tierras del suegro y a ganar con su sudor la mano de la chica. A veces la esposa prolonga su escapatoria y se junta a su esposo cuando tiene un lote de hijos, que se reputan de éste, porque los amantes no tienen derecho a la paternidad.

También en las islas Marianas el matrimonio surte efectos retroactivos por reconocer el marido los hijos habidos de soltera; en este caso, como en el de los árabes, la mujer otorga el título de padre, por lo común, a quien ningún merecimiento tiene, a pesar de lo cual no necesita el agraciado revalidarlo haciendo oposiciones a partos y ganándolas ante los espíritus (1).

b) *La covada no parodia el parto completo.*

Para que fuese admisible la teoría *legitimista* sería preciso que el padre se hiciese llevar a su lecho de fingido dolor al recién nacido y simulara su alumbramiento. Y no sucede así. El padre está comunicado con el hijo las primeras horas o los primeros días. Se comprende proceda así, porque afronta un puesto de peligro, desafiaba a los espíritus, y al traerse a su lado al hijo, le haría participar de los mismos riesgos, quiméricos para nosotros, pero

reales para él, porque se imagina que los corre efectivamente.

Esto explica que la covada sea siempre incompleta; remeda el parto, y no simula dar a luz nada. Porque con lo primero desvía la atención de los espíritus de la parturienta; protege la vida de ésta; y con lo segundo atraería la atención de los espíritus sobre el recién nacido.

c) *La adopción parodia el parto con más realismo que la covada.*

La adopción grecorromana efectuábase con una pantomima de alumbramiento, alejada por honestidad del lecho nupcial en tiempo de Nerva. Todavía se conoce la adopción simulando el parto entre los búlgaros y los turcos bosnianos. En Sarawak el adoptante se sienta en una silla puesta en alto y por detrás trepa hasta salir por entre las piernas de su supuesta madre el que así queda adoptado. En la Edad Media, en los pueblos germánicos y francos, el que quería adoptar a una criatura la cubría con su capa ante testigos. El símbolo de adopción que consistía en simular el parto, según Joaquín Costa, encontró eco en el refranero y se dijo en un dístico: «Entrarásle por la manga, saldrá por el cabezón», adagio de sabor nacional el más antiguo de que tenemos noticia en España. Igual opinión sustenta Ambrosio Morales.

La regla general que deducimos de estos ejemplos es que la criatura a quien se quiere adoptar *está siempre presente en la ceremonia* y en la covada, por el contrario, *nunca lo está*. En la adopción el padre no hace pamemas de dolor y en la covada sí; en la adopción se simula el alumbramiento y en la covada no.

Este contraste de costumbres demuestra el error cometido por los sociólogos clásicos al medir por el mismo rasero la adopción y la covada.

d) *La legitimación de la paternidad tiene que ser individual y la covada puede no serlo.*

viene de los tiempos en que practicaron la eugenesia—lo mismo que los lacedemonios—entregando sus esposas a los que podían engendrar hijos vigorosos.

(1) En las viejas ceremonias francesas del matrimonio se solía legitimar los hijos ilegítimos conduciéndolos al altar bajo el velo de la novia, costumbre que Bachofen en su inmortal obra *Das Mutterrecht*, 1861, relaciona con la covada.

Paon de Amatonta (1) cuenta que Ariana murió allí de parto y todos los años, ante la tumba de la diosa, un mancebo imitaba los gestos de la mujer presa de los dolores del alumbramiento.

Este rito público y solemne, insituído por Teseo, podía muy bien impetrar la protección de la diosa para todas las paritrientas del año; lo que no podía es eximir del servicio de la covada a los maridos que quisieran ganar los derechos de paternidad, porque la justificación de estos derechos ha de hacerse necesariamente a cada parto y por quien los recabe; no por otro.

II

Solidaridad en el dolor

No es necesario que el hombre martirice su carne para acompañar en el sufrimiento a una persona querida, como «Tigre Juan», pues por autosugestión puede sentirse enfermo y su enfermedad, no obstante ser imaginaria, le produce los mismos dolores físicos que la auténtica.

La identificación de los esposos puede muy bien provocar ese contagio imaginario de los padecimientos; se cuenta de un matrimonio francés que el marido tenía que guardar cama cada vez que su mujer reglaba. Aunque parezca pueril el endoso del dolor, son muchos los que anestesian los suyos con los ayes de sus personas queridas; y por ello son tónicas las conversaciones entre los que se quejan de los mismos males (2) y es una fórmula de psicología muy usada por los médicos viejos, el inventarse un dolor similar al del enfermo que les consulta.

En el mundo salvaje esta comunidad de

sufrimientos debe ser mayor. Thurnwald (1) cuenta que en Bouin encontró un día en la habitación que había alquilado al patrón tendido sobre un gran tambor de madera. Estaba enfermo y no podía localizar su mal. Los criados le informaron al día siguiente que Lngi, el patrón, se sentía enfermo porque su mujer estaba gravemente herida. Y en efecto, tan pronto como ésta curó de su herida, el marido recobró la salud.

¿Pudo tener este origen *simpático* la covada? En las muchas descripciones que hemos leído el marido es un comediante, representa la farsa del dolor, pero no le siente y chilla por llamar la atención de los espíritus, puesto que de ordinario son muy sufridos para los dolores físicos. Se trata, a mi juicio, de un caso de simulación en la lucha contra los espíritus (2).

III

El marido sirve de pararrayos a su mujer

Con los antecedentes expuestos nos será fácil esclarecer el papel del marido en la covada. Es uno de tantos espanta espíritus como ha usado la mujer. Haciendo de tripas corazón, se resignaba el hombre a recibir los golpes a ella dirigidos. De meritorio no trabajaba entonces, y menos por legitimar la paternidad. Cada pormenor que conocemos remacha nuestro pensar. La mujer de sobrepasar cocinea; él se está en la cama una porción de días recibiendo parabienes; la recién librada vuelve al trabajo como si tal cosa; todo su empeño es pasar inadvertida de los espíri-

(1) *Etnologischen Studien an Südseevolkern*, 1913.

(2) Tan sólo Reclus, en su *Geografía universal*, refiriéndose a los Mahués y a otras tribus brasileñas, dice: «ellos creen firmemente que la gestación de la mujer se acompaña en el hombre de una enfermedad latente, el padrejón, que corresponde al madrejón». Haría falta más amplios informes.

(1) Salomón Reinach: *Le rituel d'Amatonte* (C. R. de l'Académie des Inscriptions, 1916), página 387.

(2) *Corré (La mère et l'enfant dans les races)* supone esta finalidad a la covada: «hacer olvidar sus dolores a la mujer y darle como un inocente desquite del sufrimiento que ha soportado sola».

tus. Cómplices en el engaño son los deudos que prestan solícitos cuidados a quien rebosa salud, mientras gime con sordina, por no llamar la atención de los espíritus, la que está pasando la pena gorda. El marido venía a ser el pararrayos de su mujer. En su concepto atraía la cólera de los espíritus; pero como en la práctica su exposición resultaba nula, ningún motivo tenía para abolir esta costumbre que, a los ojos de todos, le consagraba de padre.

Hace muchos años, el filósofo de la etnografía, Adolfo Bastián, expuso embrionariamente esta teoría: «La covada, dijo, tiene por objeto engañar a los diablos de la fiebre puerperal».

Corresponde a un aficionado eminentísimo de la etnografía, Crawley, el honor y el mérito de haber hecho una demostración en regla de esta hipótesis, elevándola al rango de teoría, en su obra definitiva sobre el tabú sexual «*The Mystic Rose*», 1905 (1). Crawley hizo bascular todas las

opiniones y hoy priva la suya, que puede resumirse así: «*El marido sirve de pararrayos a su mujer*» (1).

En la covada el marido es un doble de su mujer, que en la escena de más peligro se encarga del papel de ésta. Por esto la covada ha nacido en sociedades matriarcales (2) donde la mujer es la estrella y el marido un extra y desaparece en las patriarcales, en las que la mujer vuelve a estar sometida al despotismo del marido. En una palabra, la *covada* no es el cambio de agujas en la filiación, como pretendía la sociología clásica, sino un pararrayos que protege a la parturienta contra los espíritus malignos.

(1) Con anterioridad A'Ried'Ko, se había aproximado a la interpretación exacta. «La experiencia, dice este autor, ha convencido que los dolores del parto son el lote de las mujeres, exclusivamente de ellas; de ahí que pensaran es más débil que el hombre frente a los espíritus malos. Los Kozaks dicen que el diablo tiene miedo de los hombres. Nada más natural que aprovechar estas ventajas.» (A'Ried'Ko. Acción de las potencias impuras en la vida de la madre. Etnografitschesko Obozrenie, 1899).

(2) Bouwman. La couvade (Revue Anthropologique, 1925, pág. 49).

(1) En la antigüedad y en nuestros días la expresión rosa mística designa a menudo el sexo femenino.

CAPITULO XI

El parto en la estatuaría

Monumentos que representan escenas de parto

Un monumento que representa una mujer en trance de parir en medio de dos hombres arrodillados lo mismo que ella, fué encontrado en Esparta y publicado por Marx (1). Es antiquísimo, probablemente del siglo VI. Consideraba absurdo Wissowa que los romanos hayan tenido divinidades viriles presidiendo el alumbramiento, pero Hygin atestigua que el parto entre los griegos era antiguamente simulado por hombres y esto confirma el papel covadesco que desempeñaron en su origen los Nixi dii (2).

Ploss ha descrito un monumento muy curioso también, procedente de las indias neerlandesas. Representa una mujer de parto, sostenida por dos hombres, de los cuales el uno señala con la mano la función que va a realizar, y el otro, con un dedo en los labios, parece invitar al silencio a los que contemplan el misterio.

En el Museo del Trocadero se conserva un idolo hallado en Onitcha (Niger). Re-

(1) *Mitteilugen des K. deutschen archaologischen Instituts*, Atenas 1885, pág. 177.

En la misma revista, volumen XXIX, comentó Proff este grupo. La mujer que pare, según él, es una divinidad y los personajes que la asisten son dos diosesillos que pudieran asimilarse a los Dactilos.

(2) O. Basiner: *Nixi dii*, (Rheinische Museum für Philologie, LX).

El Dr. Noury ha sostenido en *Chronique Médicale* que la significación primaria de *Nixi dii* es los dioses arrodillados y más tarde se convirtieron en dioses haciendo esfuerzo. Por su acfitud la superstición popular los tomó por divinidades del alumbramiento y las matronas romanas imploraban de os *Nixi dii* un parto feliz.

Los primitivos creen en la realidad de las imágenes y las atribuyen las propiedades del modelo; tienen la ilusión del niño que cree viva su muñeca.—*Levy Bruhl*.

presenta a una diosa pariendo de rodillas, agarrada a una barra transversal; el feto asoma la cabeza. Otra figura procedente de Méjico, que tal vez sea la diosa del parto *Mixtexque*, representa una mujer sentada, y sin asistencia. Sus manos en vez de apoyarse en las rodillas, cuelgan a los costados y ayudan por debajo de los muslos a la extracción del feto.

No nos proponemos hacer el repertorio



Vaso peruano que representa una escena de alumbramiento.

de monumentos antiguos que representan escenas de parto; ya lo intentó con escasa fortuna Mourgolieff (1), catalogando ejemplares muy discutibles y dejando en el ol-

(1) *Etude critique sur les Monuments antiques représentant des scènes d'accouchement*, 1894.

Witkowski: *Les accouchements dans les beaux arts, dans la littérature et au Théâtre*, 1894.

Eugen Hollander: *Plastik und Medizin*, 1912.

vido otros muchos que lo son sin discusión.

Significación de estos monumentos

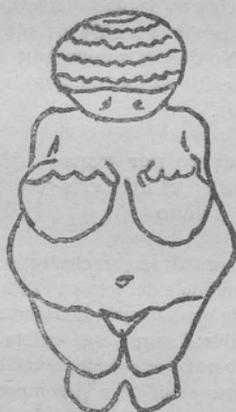
En el Museo de Volo (Grecia) se conserva una estela descubierta ha pocos años, que precisa la significación de estos monumentos. Una mujer, tendida en el lecho, acaba de expirar; desde los pies de la cama su marido la contempla con el estupor de la emoción y de la estancia sale una mujer llevando en brazos la criatura que nació dando muerte a su madre. El escultor no se contenta con exhibir un acto fisiológico que las primitivas recatan, sino que obliga a los espíritus por la fuerza mágica que tiene el arte, a que maten precisamente a esa parturienta que la ponen de b'anco. Fué una creencia general en la antigüedad que la muerte admitía sustituciones, y podía salvarse una vida, llegado su término fatal, con la ofrenda de una vida equivalente. La justicia china inspirada en estas creencias, admitía sustitutos para las ejecuciones capitales (1).

Las múltiparas sirven de escudo

Otra variante digna de estudio es el de las múltiparas. Hãriti tiene sobre sus rodillas o lacta a su último hijo, y un enjambre de chiquillos la rodea y trepa por ella como asaltándola (2). Si Hãriti tiene 500

chicos, Noiburga no tiene más que nueve, pero una y otra deben a su fecundidad el haber llegado a ser protectoras de las múltiparas. Pero ¿quién nos dice que las medrosillas primerizas no se resguardaron acusando a esas diosas que alardean de su numerosa prole? Es como si les dijeran a los espíritus: Ahí tienes a una mujer que ha parido muchas veces. ¡Atrévete con ella!

El arte prehistórico prodiga las obesas. Los barros cocidos exhumados en Ba-



Museo de Atenas.

bilonia, de la época de su decadencia, representan mujeres de amplias caderas y cuyas manos sostienen pechos enormes y flácidos. No son diosas de la fecundidad, sino protectoras del parto, que éste era temido y aquella indeseada. Es un contraste desengañador el de los ídolos de fecundidad en tiempos en que era corriente el infanticidio. Una figulina de Chipre, que reproducen Perrot y Chipiez en su monumental «*Histoire de l'art dans l'antiquité*», representa la mujer post-partum, con el vientre rajado, las arrugas de la retracción y el cordón umbilical, y por si cupiere todavía duda, al lado está la nodriza lactando al recién nacido. Esta figulina dista menos de las que representan el tra-

(1) No se crea único este ejemplar (puede vérselo reproducido en la página 91 del tomo 1.º de 1915 de la *Revue d'Art ancien et moderne*). El tema funerario de la mujer muerta de parto estaba desarrollado en una pintura de Sieyone, vista por Pausanias, que una estela de Pagasoe parece reproducir (*Epiqr. arch.* 1908, pl 1) y el mismo motivo aparece también en los leцитos funerarios áticos, como puede verse en *Monuments Piot* XII-1905, página 175.

(2) *Monuments Piot* XVII, pl. 18. Es notable la semejanza de esta madona búdica con la cristiana, sobre todo con Santa Noiburga.

bajo de expulsión del feto que las estatuas barrigonas, con pechos de estar criando, que pasan por diosas de la fecundidad. Acaso pensase el escultor que perjudicaba el efecto útil de estas estatuas su inmovilidad, y en vez de un parto interminable quisiera representar a la gestante en período avanzado para que la inminencia del parto atrajese la atención de los espíritus. En un grupo que se conserva en el Museo de Ginebra (1), el artista, con tal de ser explícito, sacrifica la realidad; una mujer embarazada en decúbito lateral, tiene junto a su pecho un niño de pie, presto a mamar. No creería convincente la figuración del embarazo y completó la idea con el lactante.

El embarazo por transparencia en el arte cristiano

El embarazo se caracteriza por la presencia invisible del feto en el claustro materno y la prominencia del vientre, que es bien visible. Luego, si el artista representa el embarazo por transparencia no siendo indispensable para la comprensión, es porque quiere remachar el servicio de la imagen, indicando la posición del feto más favorable para su expulsión. Luquet (2) ha señalado varios casos en el arte cristiano, y De Clerg (3) ha descrito una figura de mujer encinta con el feto cabeza abajo, que vió pintada sobre una puerita en Nueva Guinea.

Gesto inexpressivo que resulta expresivo

Salomón Reinach, detective de la arqueología, que tiene fichados en su me-

moria todos los monumentos de la antigüedad, ha buscado en vano un gesto de cariño en las estatuas de las diosas madres, tan populares en el mundo antiguo. En las *Kourotrophes*, el niño no rodea con sus bracitos el cuello de su madre. En



Representación de madre e hijo en el antiguo imperio de los Incas.

la estatuaria de la Edad Media, se conserva ese gesto tradicional. La Virgen no acaricia al niño ni es acariciada por él (1). No puede culparse al artista de impotencia expresiva. Se limita a seguir la escuela del gesto frío.

También tiene su razón de ser la frialdad de esas madres, sin besos ni caricias, que presentan majestuosamente sus títulos de maternidad, ofreciéndose serenas y resignadas al sacrificio por todas las madres que paren de verdad, y ganándose con ello la devoción de éstas (2).

(1) Revue Archeologique, XIII de la 4.^a serie, pág. 235.

(2) *Representation par transparence de la grossesse dans l'art chretien*, Revue archeologique, 1924, I pág. 137.

(3) *Ethnogr. Beschrijving van de Nieuw Guinea*, 1895.

(1) Reinach. *L'histoire des gestes*. Revue archeologique, 1924. II pág. 64.

(2) Al sacudirse los riesgos, no podía el hombre pensar que las estatuas aceptasen la transferencia con agrado, y para impedir desertasen del puesto

Simplificaciones en la representación

En la Venus de Villensdorf, calificada



Estatua de la maternidad de los alrededores de Loango, una obra maestra del arte negro.

de peligro en que él las puso, las ataron las piernas con cuerdas. Esas ligaduras se bastan para desmentir la espontaneidad en el origen de la protección que dispensaban las estatuas; se las retenía en las casas o templos para obligarlas a defender con su pétreo cuerpo a los que se amparaban detrás.

Algunas figurinas primitivas griegas no tienen indicadas las piernas, lo que no puede atribuirse a inexpressión artística, a baibucoo técnico, sino al deseo de impedir a la imagen correr. También abundan las estatuas con las piernas cortadas por cerca de los tobillos.

por el abate Breuil de obra maestra del arte prehistórico, se han exagerado los órganos de la fecundidad.

En Priène se han descubierto barro



La venus prehistórica de Villensdorf.

cocidos que representan mujeres sin pecho ni cabeza, de tal forma, que en el sitio del vientre, montada sobre las piernas, está modelada una cabeza, de la cual constituye el peinado las ropas vueltas hacia arriba. A veces se aconcavan las ropas en forma de copa con frutos. Es la personificación antropomórfica de Baubo, el seno materno (1).

(1) Revue archeologique 1907-II, pág. 166.

CAPITULO XII

Divinidades obstétricas

De estas divinidades no conocemos el árbol genealógico. Creadas por las necesidades de ayuda sobrenatural que sentían las parturientas, tienen equivalentes en todas las religiones superiores (1).

Diosas de Babilonia

En Babilonia tenían a Bêlit-ilê, «esposa de los dioses», la cual bajo el nombre de Nin tud, «diosa del alumbramiento», figura en los textos más antiguos (2) y más tarde con el de Mami o Mama, se invocaba en el momento de sentir la mujer los dolores del parto (3).

Dioses egipcios

La diosa Maskhonit cuidaba especialmente de la parturienta. La risa de Bés desempeñaba un papel mágico contra las fuerzas malhechoras de este mundo y del más allá. Esa risa, dice Reinach, era capaz de desarraugar el ceño de la parturienta en los dolores del alumbramiento (4).

Diosas griegas

En Creta una misma divinidad obstétrica acudía en ayuda de la parturienta y endulzaba su trabajo: era Lecho. En Micenas tenían a Hera. Pero las diosas del parto más veneradas eran las Ilicias. Daremberg y Seglio (5) citan muchos santuarios suyos de dentro y fuera de Gre-

cia, lo que prueba la extensión de su culto. En Egipto existía una ciudad denominada *Ilicia* y en Etruria otra.

En muchas leyendas griegas se supone que el parto no puede verificarse sin estar presente esta diosa. En la *Iliada* se alude al dolor con que Ilicia traspasa a la mujer encinta. En efecto, personificaba los dolores del parto, como lo demuestra la formación de su nombre (1).

La opinión dominante es que eran tres diosas, lo mismo que las Carmenta latinas, las divinidades obstétricas de los etruscos (llamadas Thanz, Thana y Uni) y las Hadas y Parcas de la Edad Media. En cambio, Bauer (2) cree su número indeterminado. Toda mujer griega, según él, tenía su Ilicia, a la que suponía rencorosa por el acompañamiento de rabiosos dolores y procuraba aplacarla con dones de todo género.

Las embarazadas, al sentir los primeros dolores, se decían: «¡Ya está aquí Ilicia!»

Grito religioso de las parturientas helenas

Entre los helenos había costumbre de acoger el *παρτικός* con un grito religioso: Ζεῦ, σάσων (exclamación con que las diosas saludan el nacimiento de Febo). Parece invocarse a Zeus, protector del parto.

La importancia de la mano en la asistencia a partos

El lenguaje certifica la importancia de la mano en la asistencia a los partos con el

(1) Se ha supuesto que Ilicia tiene etimología semítica; en fenicio *chillit* significa «que da el dolor», y *jaland* «que hace parir».

(2) P. Bauer. *Elleithya* (Philologus, suplement band VIII).

(1) Dr. P. Nourry: *Les divinités de l'enfantement* (Chronique Médicale, mayo 1919).

(2) Revue d'Assyriologie, 1909, pág. 11.

(3) Dhorme: *La religion assyro-babylonienne*, 1910.

(4) *Le rire cultuel*. Cultes, Rites, tomo IV, página 109.

(5) *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*—vocablo Ilythia.

vocablo *tocólogo*. El tocamiento o imposición de manos tienen virtud curativa y son particulares a las divinidades del nacimiento lo mismo que las sanadoras. Como dice Behm (1), es un gesto universalmente conocido; no corresponde en propiedad a ninguna civilización (2). No solamente esta acción puede ayudar al nacimiento, sino que puede provocar la concepción; tal es el caso de Zeus, en una forma del mito de Yo, por donde nació Epaplos. La mano que opera es generalmente la derecha. Las manos de Sebazio, objetos votivos o amuletos de un dios de la generación o del nacimiento, son casi todas manos derechas. La mano abierta, palma adelante, favorecía los partos, y en las figulinas de Priène acompaña al vientre femenino.

La mano simboliza la divinidad que protege y cura, y bajo esta forma se representaba a Dios en la iconografía cristiana primitiva, antes que hubiera revestido aspecto enteramente humano.

Diosas romanas

En la mitología romana son legión los dioses que acompañan al hombre desde antes que nazca hasta su muerte y cada

(1) J. Behm: *Die Handanfliegend in Urchristentum nach Verwendung*, 1911.

(2) Unas veces el enfermo se cura tocando un altar o una piedra o columna sagrada, otras es el rey-mago, el que aplica sus manos, dotadas de la gracia de curar sobre el enfermo. (Otto Weinreich: *Antike Heilungswunder*, 1909). Los reyes de Inglaterra y Francia (Waldemar I de Dinamarca también) tuvieron esa gracia de curar por tocamiento. Marc Bloch (*Les rois thaumaturges*, 1924), afirma que Roberto II fué el primer rey dotado de este poder curativo y del capeto lo tomó Enrique Beauclere, monarca Inglés. Como estos reyes fundaron las monarquías capeta y anglonormanda, el hecho tuvo influencia política.

Frazer, que ha estudiado en línea ascensional (*magos, rey-dios*) los *Orígenes mágicos de la realeza*, considera que el rey y los chirimbolos del poder están dotados de esa gracia milagrosa desde el origen de la monarquía, y cita casos de reyezuelos africanos equiparables.

uno tiene una función protectora determinada, como esos obreros de la fábrica de Ford, que no ponen a los automóviles más que una tuerca, siempre la misma. Podría decirse que los dioses mitológicos realizaban el ajustaje en serie de las vidas humanas.

Refiriéndonos concretamente al parto, Nona y Décima eran las diosas de los dos últimos meses de la gestación; Fluonia cortaba el período para darle alimentación al feto, y más tarde hace afluir al pecho el sustento del lactante con el nombre de Rumina; Pártula ayudaba al parto; Numeria era la diosa del alumbramiento fácil; Mater matuna tenía a su cargo el negociado de los dolores. Juno Lucina, frégoli de la banda, se caracterizaba distinto según el trance a que había de asistir. Ya tendremos ocasión de hablar de esta diosa transformista.

En esta relación no deben faltar las Carmenta, triunvirato mágico y profético. Cuando el feto se presentaba de cabeza se invocaba a la ninfa bajo el nombre de Antevorta, y cuando se presentaba de pies se invocaba a Postvorta. Estas invocaciones hacían innecesario el forceps. El 11 de enero las casadas ofrecían un sacrificio no sangriento a las Carmentas, porque estaba prohibido recordar la muerte a quienes procuraban los nacimientos. Ni siquiera podían llevar encima cueros de animales muertos.

Santos y Vírgenes abogados de las parturientas

Las divinidades obstétricas griegas y romanas, que la Enciclopedia Médica de Dechambres suponía comadronas endiosadas por la gratitud de las asistidas, fueron desplazadas al propagarse el cristianismo por los Santos y Vírgenes, sin que un solo día, bien puede asegurarse, haya estado vacante el puesto de protectoras de las parturientas.

Ahora bien, en los primeros siglos, los

Padres de la Iglesia, en su exaltación frenética de la castidad (1), habían hundido a la mujer y esto dificultaba la transmisión del culto por la línea femenina.

Ello ayuda a explicar la rápida difusión



Cuadro del altar de San Leonardo, cerca de Schellenberg.

del culto a San Leonardo. En la primera mitad del siglo VI, cuando aún no había llegado a Occidente el culto a la Santísima Virgen, acertó a pasar un ermitaño llamado Leonardo por el bosque en que se encontraba de parto la reina Deutheria. El comadrón no daba esperanzas de salvarla, y gracias a la milagrosa intervención del ermitaño, la reina dió a luz feliz-

(1) Asegura el historiador Masdeu que los godos hacían voto de la castidad de sus hijos y éstos nacían sin más destino que el claustro. El Código Justiniano, para contener estas costumbres, dictó penas severísimas (confiscación de bienes, destierro y hasta pena de muerte) contra los que amputaban las partes pudendas de los niños.

mente a Teodoberto. Este origen tuvo el culto a San Leonardo, extendidísimo por Francia, y sobre todo por el mediodía de Alemania. San Leonardo es un libertador; ayuda a salir del claustro materno a los hijos de los hombres y de los animales, y también a los presos de la cárcel (1).

En el siglo XII, Cataluña dió al mundo otro santo obstétrico, San Ramón Nonato. A un milagro debió la vida. El vizconde de Cardona le sacó con la punta de la daga del vientre de su madre, muerta tres días antes. A esta particularidad de su nacimiento se atribuye la devoción que le tienen a San Ramón las parturientas (2).

Las inglesas utilizan para facilitar el parto el coriaplumas, las botas y parte de la camisa de San Beckett.

En el siglo XI se extendió la devoción a Santa Margarita (3), virgen y mártir, como patrona de las parturientas. Jerónimo Vida, uno de los grandes poetas latinos moder-

(1) Septime Gorceix. *Saint Leonard accoucheur. Les vertus de ses reliques.* (Æsculape 1915, pág. 7.)

(2) Dice Rodríguez Marín: «San Ramón Nonato es abogado de las parturientas; durante el parto se le enciende una vela, a la que se llama la vela de San Ramón. Un cantar picaresco, subidillo de color, comienza de este modo:

Las mujeres cuando paren
Se acuerdan de San Ramón,
Y no se acuerdan del Santo

Federico Rubio dice que «suele ser costumbre ponerse la estampa de San Ramón sobre el abdomen.»

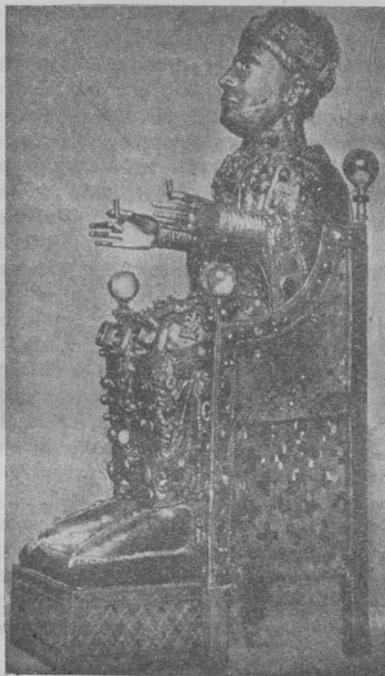
Fr. Manuel Sancho.—*Vida de San Ramón Nonato*, 1910. No tiene más fuente que las tradiciones locales.

(3) El cinturón de Santa Margarita, de Santa Honorina, el cordón de San Francisco «ligan los dolores y accidentes que pueden sobrevenir a las mujeres encintas. El cinturón de la madre de Dios se venera en Montserrat, Nuestra Señora de París, en Chartres y en Toscana.

En el norte de Escocia hay muchos cinturones con figuras misteriosas que se ciñen las embarazadas con gestos y palabras que prueban viene la costumbre de los druidas. (Saintyves. *Essai de folklore biblique*).

nos, compuso dos himnos en honor de la santa, recordando sus virtudes obstrícticas.

Te matrem facilem partum jam mensibus actis
Implorant, mediáque vocant In morte jacentes.



Estatua de madera del siglo XI que se venera en la abadía de Conques. El cinturón de esta santa (Santa Foy), procura un parto feliz a las devotas que se lo ponen en el momento necesario.

Al propagarse el culto a la Santísima Virgen, sus infinitas devotas la rezaron en el trance del alumbramiento como en todas las situaciones apuradas de su vida. Cuando Juana de Albret puso en el mundo al futuro Enrique IV, ella cantó la canción bearnesa de la mujer de parto (1).

Nouste done deou cap deou poun,
Adyoudat me a d'aqueste hora.

(Nuestra Señora, ayúdame en esta hora).

En Bretaña (Cornouaille), las madres que se comprometen en medio de los dolores van a depositar su anillo nupcial sobre el altar de la Virgen y lo recobran en la subasta que tiene lugar cuando puede ir a misa (2).

En Lieja ponen sobre el lecho de la parturienta un librito intitulado «*Le trépas de la Vierge*».

Oraciones de la parturienta judía

La mujer judía reza antes del parto: «En este momento supremo no te acuerdes de mis pecados y faltas, y concédeme tiempo para expiarles, etc., etc.»; y después del parto: «Oh, padre celeste, desde el fondo de mi corazón emocionado, yo me asocio a las santas palabras del profeta para ofrecerte la expresión más profunda de mi eterno reconocimiento por tu socorro y tu misericordia para conmigo y mi hijo».

(1) Cuzacq. *La naissance, le mariage et le décès*.

(2) E. Herpin. *Noces et baptêmes*.

CAPITULO XIII

La madre tierra

El niño es depositado en el suelo

Al segundo Congreso internacional de Historia de las Religiones, celebrado en Basilea, presentó Dieterich una memoria interesantísima, en la cual demostraba que la *levatio de terra*, es decir, la costumbre de tender al recién nacido en el suelo, que ha existido en infinidad de pueblos, simbolizaba el alumbramiento del hombre por la tierra (1). De las divinidades romanas, Levana era la encargada de sacar el chico de las entrañas de la tierra.

Un grupo calcáreo del siglo VI, hallado en Magoula, cerca de Esparta, representa una mujer desnuda, flanqueada por dos hombrecillos, desnudos también, de los que uno se lleva un dedo a los labios como si recomendara silencio, y el otro pone la mano sobre el sexo de la mujer. Se ha querido ver en esta estatua una *loxia* o diosa del parto, pariendo de rodillas. Otros creen que la diosa representa la tierra, asistida en el trance de parir por dos genios litofálicos (2).

¿Cómo pudo formarse esta creencia en el parto de la tierra?

Dieterich relaciona el gesto ritual de depositar el recién nacido en el suelo, con la prohibición de incinerar los cadáveres de los niños y la costumbre de salir los agonizantes de su lecho a fin de expirar en contacto de la tierra (3).

En países donde hay costumbre de que-

mar los cadáveres, decía, sólo se enterrarán los de los niños, para volverles a tierra y que su alma reviva en otro cuerpo. El horror que inspiraba a los antiguos los cuerpos insepultos, proviene de que el desgraciado ha perdido toda posibilidad de volver a la vida. De ahí que el supremo castigo a los suicidas fuera negarles la tierra bendita. Dieterich no olvidaba, por supuesto, esgrimir a favor de su tesis la vieja explicación de Troyon, según el cual ligaban los cadáveres acurrucados, rodillas con vientre y talones con nalgas, por imitar la posición del feto dentro del claustro materno (1). Dieterich persigue con sagacidad las aplicaciones de la creencia en la maternidad de la tierra a través de las religiones de la antigüedad; el falo y las representaciones obscenas que acompañan a las sepulturas son encantaciones miméticas destinadas a incitar la potencia generatriz de la tierra.

Y deduce de estas relaciones la creencia primitiva (2) en la madre tierra, no en el sentido figurado, sino pariendo los hombres, dándolos a luz vivos, después de haberlos concebido en sus entrañas estando muertos.

Samter opina que las primitivas, por falta de mobiliario, parían en el suelo, y conservaron esta postura en la creencia de que transmitían al niño la fuerza que en la tierra reside. Anteo recobraba fuerzas cada vez que pisaba la tierra, y por ello se le supuso hijo de la misma. Por consiguiente, no pudo ser en el origen la costumbre de que venimos ocupándonos una consagración del niño a la tierra de donde viene, un modo de interesarla en la con-

(1) Albrecht Dieterich. *Mutter Erde*, 1904.

(2) En la *Revue de l'Histoire des Religions*, volumen XCVII, lámina II, está reproducida esta estatua.

(3) G. Schoper: *Los moribundos deben ser puestos en tierra*. (Archiv für Religionswissenschaft XVI).

W. Caland: *Costumbre de colocar los agonizantes en el suelo*. Idem id.

(1) Congrès scientifique internationale des Catholiques, 1891.—Abbé Wosinsky: *L'Attitude repliée des morts*.

(2) Según la tradición bíblica el primer hombre fué hecho de un puñado de tierra.

servación del recién nacido que pasaba por su hijo, como piensa Dieterich. Tampoco es admisible que se tratara de ponerle bajo la protección de los dioses del hogar, pues para que esta explicación de Samter fuese valedera sería preciso que se depositase el niño junto al fuego.

La discusión de Dieterich y Samter fué muy interesante, y en ella expuso este último una explicación ingeniosa de la costumbre que nos ocupa.

No es el cuerpo del recién nacido, sino el alma que viene a animarle, lo que sale de la tierra y a ella vuelve cuando recobra por muerte su libertad. Para que esta transmisión de alma pueda verificarse, es necesario el contacto. Entre los antiguos, golpear el suelo era ponerse en comunicación con el otro mundo (1).

No es un gesto de reconocimiento del niño

Según la costumbre aria, al padre corresponde alzar al recién nacido del suelo, y en ello ha visto Monseur (2) un gesto tradicional de reconocimiento del crío por su padre, gesto que exige como condición previa que aquél sea puesto en tierra. (En Francia llaman *leveuse* a la comadrona, y en Cataluña *llevadora*).

Monseur toma por causa el resultado. Ignoraba que en China no se contentan con dejar al niño en el suelo unos instantes, sino que le tienen abandonado tres días sin darle siquiera el pecho (3). Y al cuarto día, no es el padre, sino un vasallo, *purificado y vestido de ceremonial*, quien coge a la criatura en brazos y la entrega a la nodriza o a la madre. El niño no es presentado a su padre hasta que cumple los tres meses.

En China, por consiguiente, no se per-

sigue el reconocimiento del hijo por el padre al levantarlo del suelo (1).

Una explicación de conjunto

Nosotros no podemos hacer una llave para cada puerta, esto es, una explicación para cada costumbre relacionada con el nacimiento. La hipótesis de Dieterich es una buena llave para esta cerradura, pero no abre ninguna más, y nosotros creemos haber encontrado una llave para todas, que nos dispensa de tener que llevar como los serenos un llavero cargadísimo, si queremos entrar en la explicación de todas las costumbres del nacimiento.

La llave que hemos encontrado es el endoso del parto. Para burlar la persecución de que se cree víctima por parte de los espíritus, la parida se adelanta a señalarles una falsa parturienta, les da una pista equivocada, simulando que su hijo no ha nacido de su vientre, sino del vientre de la tierra.

Hemos de reconocer que todas las precauciones y disimulos tomados durante el parto, los echaba a rodar el nuevo ser, pregonando con sus vagidos lo que había ocurrido y se había tratado de ocultar a los espíritus. Era necesario rematar el engaño con un nuevo engaño, hacer ver a los espíritus que el niño nacía de la tierra (2).

(1) A los niños varones se les deja sobre la cama, en la parte sagrada de la casa, donde se guardan las simientes, escogiendo el sitio menos alumbrado, y a las niñas sobre el suelo.

(2) Los incas «tenían a la tierra por especial abogada de las mujeres que están de parto, y cuando hablaban de parir la hacían sacrificios».

En «Archiv fuer Religionswissenschaft» se han publicado estos trabajos sobre la tierra madre: Nöldcke estudia las creencias análogas en los semitas, y Dorme en los sirios (tomo VIII); Sütterlin, *La tierra madre en sanscripto* (tomo IX).

Prümm en «Biblica» 1930 ha criticado las diversas teorías de los arqueólogos e historiadores modernos sobre el origen de la tierra madre.

(1) Ernest Samter. *Die Familien feste der alten*.

(2) Eugene Monseur. *La proscription religieuse de l'usage recent*, 1905.

(3) Granet. *Le depot de l'enfant sur le sol*. (Revue Archeologique 1921, vol. XIV, pág. 305).

El parto de rodillas

En la plaza pública de Tegeo había un templo consagrado a Ilicia, diosa del parto, y una estatua de la misma que los tegeanos llamaban *la arrodillada*, por tener esta actitud.

¿Por qué pare de rodillas, postura que debió ser vulgar en Grecia, si se juzga por lo que la censuraron los médicos de aquel tiempo? (1).

A no dudar, la madre perseguía uno de estos dos fines: que al recién-nacido no le descalabrara el porrazo contra el suelo, o que de tanto arrimarse a éste no pudiesen los espíritus distinguir cuál de los dos era quien había dado a luz.

Origen de la geofagia

Entre las hebreas del Cáucaso, cuando se retrasa el parto, beben mezclada con

(1) Gerhard, La tierra madre (Arch. Relig. XVI) dice que Pedro atestigua el uso de colocar la mujer de parto sobre la tierra. La fábula que ha servido de modelo pertenece a una colección griega esópica.

agua un poco de tierra sacada de la tumba de una persona muerta cuarenta días antes, y si no basta, la sacan de mayor profundidad. En Damasco, las embarazadas comen el polvo de una piedra olorosa, llamada *tubaret homra*. En la India meridional y en Ceilán, creen que la tierra cogida de debajo de los conos donde se abrigan las serpientes, sirve para favorecer los trabajos de expulsión del feto. ¿De dónde podía venirle a la tierra este papel de pituitrina? Desde luego, su acción en tal sentido no ha podido sugerir dicha creencia por un experimento casual. Lo que ha podido notarse de resultados de su ingestión inmoderada, es el abombamiento considerable del vientre, tal que podría confundirsele con un embarazo avanzado (2).

(2) En la India meridional, las grandes comedoras de arcilla son las mujeres (comen más de una libra por día). Thurston. *Ethnographic Notes in Southern India*. 1906.

Mancini.—*Los comedores de tierra* (Nuova Antologia, I-1910).

CAPÍTULO XIV

El parto de las piedras

No faltan vestigios de esta creencia.

Todavía existe en algunas comarcas la costumbre de pasar los recién nacidos por los boquetes de los monumentos megalíticos. Los tragaluces inexplicados de los dólmenes, acaso se abriesen expreso para el parto de las piedras.

En su estudio de las «*Légendes et superstitions préhistoriques*», asegura Fonju que el pase de los chiquitines por la brecha del dolmen de Trie, tenía por objeto preservarles de la fiebre. Un detalle cuenta que merece nuestra atención. A los niños se les pasa con la cabeza por delante, tal como resulta favorecida su salida del claustro materno. Otro detalle valioso nos proporciona un grabado antiguo publicado por la revista «*Aesculape*». El paso de la criatura se efectúa de dentro afuera, de modo que para los espíritus situados al exterior del altar druídico del bosque de Trie, son las piedras las que verifican el alumbramiento.

Costumbres análogas se han señalado en una piedra horadada, existente en el bosque de Fouvent-le-bas, y en los dólmenes del departamento de Eure y Loira (1). En Villers St. Sépulcre (Oise) hay otro dolmen con ventana redonda; ya no se practica en él el rito de que estamos hablando; pero en la iglesuela del lugar se conserva una piedra, probablemente del dolmen, por debajo de la cual se pasa a los niños enfermos.

Los menhires taladrados de Cerdeña, que algunos suponen bisexuados (2), es posible tuvieran igual destino que los referidos dólmenes.

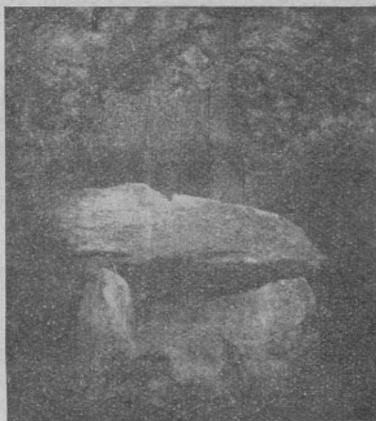
Un miembro de la Academia celta des-

(1) Pablo Sebillot.—*El paganismo contemporáneo en los países celto-ibéricos*. (Edición francesa, 1908).

(2) Cartailhac: *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*.

cribía, a comienzos del siglo pasado, la costumbre landesa de curar a los paralíticos y reumáticos haciéndoles pasar por las rendijas practicadas en los pilares de las iglesias. No sabemos si Reinach estará mejor informado cuando asegura que las madres insinúan sus hijos por tales hendiduras (1).

En este caso, los impedidos habrían tenido la superstición de renacer, recupe-



Dolmen de Trie.

rando la agilidad de movimientos por los niños desplegada al oponerse a que les criben.

Las sillas obstétricas

En las pirámides de la VI dinastía (5.000 años antes de J. C.) se habla de los lechos obstétricos. Consistían en tres piedras paralelepipedas, reunidas de modo que las dos menores se apoyaban perpendicularmente, con espacio por medio, sobre los extremos de la mayor.

(1) S. Reinach: *Cultes, Mithes et Religions*,

En el templo de Erment, demolido hace cincuenta años, estaba representado el nacimiento de Tolomeo XVI, hijo de Julio César y de Cleopatra. Lepsius ha conservado el dibujo de este bajorrelieve. Cleopatra pare de rodillas y sentada sobre los talones encima de las tres piedras. Delante suyo, la comadrona recoge al niño. En el templo de Luxor, la reina Moutemouâa da a luz el futuro Amenofis III. Está sentada sobre las tres piedras y sostenida por dos diosas.

Se ha creído que el lecho obstétrico tenía por objeto levantar el plano en que había de manipular la comadrona, y facilitar su trabajo, pero en los textos egipcios el jeroglífico *ladrillo* (el uso del ladrillo es anterior al de la piedra) despierta la idea de parto, y hasta el nombre de la diosa Maskhonit, diosa del alumbramiento, deriva de ladrillo. El lenguaje, pues, arrastra la creencia en el parto de los ladrillos.

A Ploss (1) le extrañaba que usasen la silla obstétrica en pueblos que no acostumbra a servirse de sillas para sentarse. Ello prueba que no adoptaron la obstétrica por comodidad.

Las piedras paren dioses y hombres

Rebuscando en las mitologías de los pueblos salvajes, podríamos traer un cargamento de testimonios de esta creencia. Sólo queremos inventariar el bajorrelieve de Mérida, en que se ve al dios Mithra naciendo de la roca y con una fórmula de consagración que lo declara (2).

(1) Ploss: *Beber die Lage und Stellung der Frau während der Geburt bei verschiedenen Voelkern*, 1872.

(2) J. Ramón Mélida: *Cultos emeritenses de Serapis y de Mithra* (Boletín de la Academia de la Historia, abril 1914).

Pierre Paris: *Restes du culte de Mithra en Espagne* (Revue Archeologique I 1914, pág. 1).

CAPITULO XV

El bautismo

Lo que significa el gesto de sumergir al niño en el río

De viaje Voisin por las Guayanas, parió una *galibi* en la casa en que estaba hospedado. La mujer no exhaló un grito siquiera, y muy de madrugada llegóse al río a echar varias veces al pequeñuelo al fondo del agua para recibirle cuando se remontaba a la superficie. Escenas análogas se han observado en muchos pueblos.

Es tan grande la semejanza de este gesto con el de depositar el niño en el suelo y el de alzarle hacia el sol, que debemos considerar hermanos los tres y buscarles un origen común.

Supuesto en la parturienta el deseo de no afrontar la responsabilidad del parto ante los espíritus, es generalizable la hipótesis emitida para explicar el rito de alzar el niño del suelo, ya que la inmersión en el agua, entregando breves instantes el niño al río, viene a tener el significado de un alumbramiento del mismo; significación confirmada por el hecho de sumergirse al niño *innominado*, lo que equivale a decir *privado de existencia* (1), pues en opinión de los primitivos y de los salvajes lo que no tiene nombre no existe; y sacarle del agua con nombre, de modo que dentro de ella nace (2). Por otra parte, la madre no lleva al niño a bautizar, acaso porque se viera retratada en el agua, y creyera que esta imagen la delataba ante los espíritus, y la acusaba ante su conciencia del engaño que realizaba (3).

Presenta este rito la ventaja de borrar del cuerpecito del recién nacido las huellas sanguinolentas y los rastros olorosos de la madre, y esta limpieza corporal tan visible, sublimada por obra de la religión, convirtió en purificador este rito (1), ganándole de paso la inmortalidad.

Afrodita personifica el parto de las aguas

Las afroditas anadiómenas (es decir, salidas del seno de las olas), se desatan la cabellera a fin de liberar su cuerpo de todos los lazos que le aprietan y evitar la presencia nefasta de algún nudo que pudiese comprometer el parto. Por consiguiente, estas estatuas divinizan un gesto mágico de protección a las parturientas, que por el carácter marino de estas diosas, tiene gran importancia para nuestra tesis.

De Witte ha visto en la Venus arrodillada en la concha una actitud simbólica que caracteriza a la diosa como protectora del parto (2). Las semiestatuas funerarias del arte griego dan la ilusión de una figura que se eleva de las profundidades subterráneas y surge como una aparición entre los vivos. Pues así también la actitud de Venus saliendo de la concha, dice Jamot (3), da la impresión que se trata del nacimiento y no de su viaje marítimo.

Las representaciones más antiguas de

In Kult und Leben der Alten, 1921, dice que la imagen que reflejan las aguas es el alma desprendida, el *eidolon*, que revela el porvenir.

(1) Scheftelowitz: Purificación de los pecados por el agua (Arch. für Religions, XVI).

(2) J. Witte: La naissance d'Aphrodite. (Gazette archeologique V).

Deonna: Aphrodite a la coquille. (Revue archeologique II-1917, pág. 392).

(3) Jamot: Monuments Piot II-178.

(1) Aportaremos la prueba en los capítulos que consagraremos a la imposición de nombre.

(2) Los fueginos sumergen en el mar a los niños inmediatamente que nacen y les dan el nombre del lugar de su nacimiento. (Ratzel: *Razas humanas*).

(3) Martin Ninck: *Die Bedeutung des Wassers*

Afrodita chipriota, dice Dussaud (1), la muestran con un niño; es una diosa madre. El gesto de la diosa, cogerse los senos o el vientre con las manos, debía ser un gesto ritual que repelían los adoradores en las Asambleas y expresaba las ideas de alumbramiento y maternidad.

Nos creemos autorizados para afirmar, con tan valiosos testimonios, que el parto de las aguas ha cristalizado en el mito de Afrodita (2) y en el de Freya, diosa afrogenia también, y en el de Má, Tso Pó, la afrodita china, que es representada de pie sobre las olas y apadrina de consuno a marineros y parturientas (3).

Carácter originario de las ninfas

A muchos recién nacidos les costaría la vida la sumersión total, por breve que fuera, y de estas muertes se culpaba a las ninfas. Tenemos formado un concepto equivocado de las mismas; el genio griego las convirtió de crueles en amorosas; pero en mitologías más arcaicas, como la eslava (4), las *vilas* ahogan a los que se bañan en los cursos de agua o se permiten beberla sin pedirles consentimiento.

Las ninfas, diosas que dan la vida

Ballentine (5) ha probado que las ninfas fueron adoradas como divinidades del

(1) René Dussaud: *L'aphrodite chypriote*. (Revue de l'histoire des Religions LXXXIII, pág. 245).

En su *Repertoire de statuaire grecque*, Reinach representa más de 60 réplicas.

(2) Los romanos tenían una diosa del parto de carácter marcadamente marítimo, que era un genio de la navegación: *Mater matuta*. En su templo no podían entrar más que las casadas.

(3) De Groot.—*Les religions populaires de la Chine*.

(4) Louis Leger.—*Mythologie slave*, 1901.

(5) Ballentine.—*Algunas fases del culto de las ninfas* (Harvard Studies in classical Philology XV-1904.)

agua, del matrimonio y del nacimiento. Lamábalas Esquilo diosas que dan la vida; protegían y nutrían al niño en el seno materno, y por esto a su nacimiento se les daban las gracias con un sacrificio.

En el Léxico de Roscher (1) hallamos su etimología relacionada con una raíz indoeuropea, que se encuentra en el latín *nubere* y en el alemán *Knospe*, y expresa la idea de balonamiento. Después, por extensión de este término, designó a la mujer en estado interesante. La imaginación popular se representó en el origen a las divinidades de la reproducción y del crecimiento bajo la figura de mujeres encinta.

¿Quedan vestigios en el bautismo?

Los primeros cristianos no desconocieron la costumbre de dejar sueltos los cabellos y retirar los adornos y anillos de metal en la ceremonia del bautismo (2); es decir, tomaban las mismas disposiciones que para asistir a un parto, no teniendo sobre sí nada que por magia trabase al niño con la madre.

Los padres no asisten a la ceremonia bautismal

Es manifiesta la ocultación de los padres en la ceremonia bautismal; se nos cristianiza en brazos extraños porque a nuestros antepasados les faltó valor para presentar sus hijos a los espíritus.

En Líbano los padres ni siquiera comparecen por la iglesia y ésta otorga a los padrinos consideraciones de padres desde el momento que mira como inces-

(1) Lehnerdt.—*Flussgotter* (Lexikon de Roscher.)

(2) W. Kroll.—*Ritos antiguos del bautismo*. (Archiv für Religionswissenschaft VIII.)

tuosa su boda con los que han tenido en brazos junto a la pila bautismal. (Al idioma ha pasado la palabra *compadre* en la acepción de acuerdo perfecto de voluntades.)

Explicación de las carreras de los padrinos dentro del templo

Los padrinos, apenas cometida su heroicidad, emprendían veloz carrera (1), que suele interpretarse como legado mágico que de su fuerza hacían a favor de su ahijado, cuando era fuga vergonzosa ante los espíritus.

Evolución forzada

El bautismo comenzó por inmersión en agua viva, corriente (etimológicamente bautizar es sumergir) y como en una religión nueva no se puede contar con los niños, durante cinco o seis siglos hubo que bautizar a los adultos en fuentes y ríos (2). La decencia mandaba apartar de las miradas de los transeuntes el pelotón de catecúmenos—hombres y mujeres mezclados—que acudía a las fuentes bautismales a iniciarse en la nueva religión, completamente desnudos, como exigía el sacramento (desnudos vinieron al mundo y desnudos volvían a nacer para la fe) (3).

Fué necesario bautizarles en las fuentes de las catacumbas, en las termas, en piscinas construídas expreso; mas la avalancha creciente de conversos superaba la capacidad de los bautisterios y los enfermos en cama tenían que ser sumergi-

dos con ella; obstáculos que determinaron la reducción del sacramento a una infusión (1).

Tuviera más o menos años el catecúmeno, al ser bautizado, *nacía de nuevo*, era un *neófito* (2) y es este significado el que pretendemos poner de manifiesto para que nos ayude a comprender el rito bautismal de los pueblos salvajes.

Es evidente que se superpone al nacimiento fisiológico—el cual es costumbre disimular u ocultar en los pueblos salvajes—, un nacimiento ficticio, y a éste se le da todo el valor religioso y social que al otro—al natural—se niega.

Cuando llegue el momento de hablar de los diferentes expedientes de ocultación de las consecuencias del parto, se harán más ostensibles las razones de esta extraña conducta.

¿Por qué se saló el agua del bautismo?

Para combatir a las ninfas se saló el agua del bautismo (la sal crepitante al fuego se consideró por sus detonaciones un espantador de espíritus) (3) y el remojón del cuerpecillo desnudo se redujo suma-

(1) En los pueblos salvajes se practica también el bautizo por aspersión. Los Jumanas del Brasil, los Yomba del Africa occidental, los Indígenas de Nueva Zelanda, se encuentran en este caso. Entre los Yomba el encargado de administrar el bautismo es el médico; y lo hace proyectando con una rama sobre el rostro del niño agua de un vaso colocado al pie de un árbol sagrado (*Clodd-Magic in Names*). En Gabón (Africa) es el jefe del lugar o de la familia quien rocía de agua al niño y le da nombre.

(2) En Saboya la comadrona es la encargada de llevar el niño a bautizar, y le lleva metido en su cunita, adornada con cintas de colorines. A la cabecera de la cuna se pone una corona de flores—blancas para las niñas, blancas y rosas para los niños—idéntica a las que se usan en los entierros. ¿Qué significación tiene? Indudablemente al niño se le considera muerto hasta que recibe las aguas bautismales.

(3) J. Schleiden. *Das Salz*, 1878. (La sal considerada en la vida y en el culto.) Eitrem. Creencias relativas a la sal.

(1) En Turingia apretaba el paso el padrino al salir de la iglesia. Entre los estonios, el padre tomaba de pista el templo, figurándose, dice Reinach, que gracias a esta carrera aprendería pronto su hijo a andar. En Grecia, galopaba el padre con su pequeño a cuestas.

(2) Rendtorff.—*Die Taufe in Urechristentum*, 1905.

(3) Heckenbach.—*De nuditate sacra sacrisque vinculis*, 1911.

riamente a la mojadura de la cabeza, la primera en asomar al mundo casi siempre (1).

En el agua bautismal echan: agujas, en Portugal; un carbón encendido o agujas enrojecidas al fuego, en Inglaterra y Alemania; en Suecia, la alianza de la madre o dinero para que el niño sea rico.

El bautismo borra el pecado original

La necesidad de interponer falsas madres en el nacimiento de los hombres trajo la inmersión del niño en el agua, que luego se ha creído indispensable para la vida religiosa de la criatura (2). Se ha operado

(1) A. Gastoué. *L'eau benite*, 1907. La bendición del agua bautismal apareció por primera vez en Africa el siglo II y en Oriente el IV. No parece haya conocido la Iglesia otra agua bendita litúrgica.

(2) Los viejos tratados de obstetricia describen los modelos de jeringas con que se bautizaba *in utero* a los fetos en peligro mortal.

San Claudio, San Leoncio, Santo Tomás de Aquino, Santa Rosalia, Santa Cunegunda y otros santos han resucitado niños nacidos muertos para que pudieran ser bautizados. El niño daba algunas señales de vida, movía las manos mientras le adm-

ministraban el bautismo, y en seguida su vida se extinguía. Estos milagros se multiplicaron en Francia y su principal autora es la Virgen. (Saintyves. *Les resurrections d'enfants morts-nés*). (Revue d'Ethnographie 1911, pág. 65.)

En una leyenda oriental, titulada *La madre desnaturalizada*, el niño habla a su madre desde dentro del claustro materno y le dice: «Mamá, ya sé que me matarás lo mismo que a mis cinco hermanitos; pero al menos no me hagas morir sin bautizar.»

En *Los nietos de los celtas*, López de Haro relata el bautizo en el vientre de la madre la noche de San Juan. Dos desconocidos cogen al azar a uno cualquiera que pase por el camino y le obligan a ser padrino de un hijo deseado.

Una mujer preñada espera al que la casualidad designó defensor del fruto de su vientre contra los maleficios que malograron otros hijos anteriores.

El padre del hijo no nacido y un amigo se apostan en el camino y el viandante que al filo de las doce pase por allí será el padrino. Este vierte el agua sobre el vientre.»

CAPITULO XVI

Bautismo por el fuego

Ademán de entrega de
los hijos al sol

El gesto de alzar los recién nacidos hacia el sol no ha tenido, como el de posarles sobre el suelo, quien le estudie con ahínco y sepa descubrir su nativo significado. Faltos de pruebas, a tientas de analogías más seductoras que convincentes, hemos de reducirnos a buscar los resultados que interesan a nuestra tesis.

La imposición del nombre a los niños Hapis (1), se efectúa a los veinte días de nacer, con el ademán de acercarlos al astro del día.

Los aztecas alaban al recién nacido con ambas manos al cielo, diciendo: «Atí, oh sol, ofrezco esta criatura.»

Los aerolitos y el fuego
asisten como apoderados del sol al alumbramiento

A los aerolitos, embajadores sidéreos, nuestra atmósfera les recibe con carrozas de llamas y salvas de trueno; el ímpetu de su caída hendiendo árboles e incrustándose en la tierra y su ignición circunstancial, les acredita de enviados extraordinarios del sol (2). Tallar una hacha de estas piedras es aliviar la fatiga del leñador con un socorro providencial, y de paso ejecuta el desahucio de los espíritus de los árboles un instrumento contra el que nada puede la cólera de aquellos. Pues bien, las

islandesas (antiguamente a las suecas les pasaba lo mismo), procuran tener, junto a sí, sobre su cama, al sobrevenirles los dolores de parto, la piedra del rayo. No necesitan los hijos ser aupados con gesto solemne hacia el astro del día para imputar a éste la paternidad, pues por delegación realizaba el endoso en condiciones parecidas al telúrico, la piedra del rayo.

La mente humana concebía las llamas como credenciales del embajador del sol, y no por otro motivo ni con otro título se posesionó el fuego de su papel substitutivo en los partos humanos. Las Roncoueyas de la Guayana, acostumbra a colocar debajo de la hamaca en que se tumban para dar a luz una piedra enrojecida al fuego, sobre la cual vierten agua. Envuelta en vapores queda invisible a los espíritus y pare dentro de una nube ocultadora. En la raza mongólica proceden con la variante, obligada por la distinta postura del parto (paren de rodillas), de tener un ladrillo caliente entre los muslos. Los birmanes y annamitas encienden fuego en la habitación de la parturienta y no cesan de atizarle hasta que la temperatura y el humo son insoportables. Las indias pasonas paren en cuclillas, fumigadas con tabaco y al son de calabazas huecas. En el Congo, se ponen de costado, y mientras el padre se encarga de las fumigaciones, las comadres pegan empujones sobre la pared abombada del vientre al compás de una especie de tamboriles.

Bautismo por el fuego

En la antigüedad, los Pársis pasaban por las llamas al recién nacido. En el archipiélago de Tenimber (Oceanía); las madres cunan a sus hijos sobre un fuego que dé mucho humo. Y en Madagascar el fuego encendido junto a la puerta de la

(1) J. G. Owens. *Natal ceremonies of the Hapi Indians* (Journal of the American Ethnology II-1892, pág. 161).

(2) Ch. Blinkenberg. *The Thunderweapon in religion and Folklore*, establece la existencia de muchas variedades del culto de la piedra del rayo, de los que precisa los dominios etnográficos.

Memoire de Mahudel sur les pierres de foudre (Revue Archeologique I-1906, pág. 239).

alcoba, purifica al recién nacido en su primera salida al mundo.

La práctica de este bautismo resulta peligrosa, y es natural se haya tratado de atenuarle. Y como una atenuación hemos de mirar la costumbre de los indios Wopai, del Noroeste de Arizona, de frotar los recién nacidos con ceniza; es decir, con el fuego apagado (1). Los guaraicuas y pericuas de Méjico cubrían a los recién nacidos de ceniza.

Muchos interpretan las carreras que daban los griegos con el recién nacido en brazos alrededor del altar, en que ardía el fuego, como un resto del bautismo por el mismo.

En la mitología encontramos vestigios de este bautismo. Herakles no tuvo acceso entre los dioses hasta después de haber pasado la llama. Demofoon adquirió la inmortalidad templándose en el fuego.

(1) Schufeldt: *A maid of Wopai* (Proceedings U. S. National Museum, 1895).

Cómo se operó la transferencia del carácter sagrado de este bautismo al del agua

Las quemaduras producidas por el bautismo del fuego hicieronle perder las ventajas que debía a su alcurnia solar; el fuego no pudo soportar la competencia con el agua bautismal el día que se miró el pase por aquél como una lustración de los recién nacidos. Pero el agua adquirió su carácter sagrado apagando el tizón sacado del fuego del sacrificio (en el agua bendita se conserva la moda griega, pues hay infusión simulada del fuego por el cirio pascual) y la mitología nos enseña que Tetis sumergió a su hijo en el agua para hacerle invulnerable y en el fuego para hacerle inmortal, dotes con que agraciaron a Aquiles los interpretadores de este doble bautismo. No hay que perder de vista que cada bautismo era un seguro de vida y lo más prudente es asegurarse en varias compañías a la vez.

CAPITULO XVII

La luna en el parto

Además de entrega de los hijos a la luna

Las mujeres botocudas exponen sus hijos recién nacidos a la luna «para que ésta los reconozca por suyos y les proteja». Es como un bautismo lunar, dice Réville (1). En Kiriwana (Nueva Guinea) se aguarda para este rito a la primera luna llena. En la India, al tercer día de la tercera luna creciente, después del parto, el padre teniendo a su hijo en brazos le hacía adorar al astro de la noche.

Salta tan a la vista la semejanza de este rito con el de exposición de los niños al sol, que valen los razonamientos hechos en el capítulo anterior.

La diosa Lucina del parto, personificaba la luna

En Roma eran de la competencia de la diosa Lucina, que personificaba la luna, los asuntos privativos del sexo femenino (reglas, embarazo y parto); en el Perú antiguo la luna era la divinidad protectora de las mujeres casadas; en los Vedas desempeña el papel de protectora del matrimonio y cose con hilo irrompible el traje de boda; y, en fin, en China es también el

astro de la noche patrono del sexo femenino y emblema del matrimonio.

La diosa Juno, divinidad de nacimiento, ¿es de origen lunar?

Ciñéndonos a la diosa Juno, que es la que mejor conocemos, ¿fué en su origen una divinidad lunar? Walter Otto lo niega (1). Aunque se le consagrara la luna nueva (conella), esta palabra, según él, está en relación con entrada, apertura, lo cual demuestra que es una divinidad de nacimiento. Antes, pues, de agenciársele la personalidad lunar ya tenía papel en los partos y es demostrativo el sacrificio que le hacían: una cerda embarazada.

Las gestantes visitaban a la diosa con la ropa y el cabello suelto, sin ningún nudo que mágicamente trabase al hijo con la madre. Tan pronto nacía el niño, y durante una semana, se le servía la mesa a la diosa Lucina como si estuviese presente.

(1) Juno es para las mujeres, lo que el genio para los hombres. El genio es la fuerza inmaterial que engendra cada individuo. Se le festeja el día de nacimiento, se le llama en el momento de casarse, es decir, cuando una nueva vida va a crearse. Juno designa el alma femenina, como creadora y conservadora de vida, como un principio divino del sexo femenino. Le están consagradas las cejas como la frente al genio, porque en estos sitios reside la vida. (Walter Otto: *Contribución a la dilucidación de los hechos más importantes y antiguos del culto a Juno*. Philologus LX).

(1) *Les religions des peuples non civilisés*. Obra clásica.

En Andalucía existió la costumbre de presentar los niños a la luna y las extremeñas temen tender los pañales después de salir la luna, creyendo será lunático el niño que envuelvan en ellos.

CAPITULO XVIII

El parto de los árboles

El mito de Mirra

La mitología nos proporciona un testimonio valioso: Mirra, princesa de Tesalia, instigada por Afrodita, aprovechó la ocasión en que su padre, embriagado, no pudiese reconocerla en la obscuridad de la noche. Vuelto el borracho a la razón, e indignado del fraude amoroso de que había sido objeto, quiso matar a la incestuosa, y ésta invocó la ayuda de los dioses, obligados a sacarla del mal paso en que la habían metido sus consejos, y los dioses la transformaron en árbol—el que después se ha llamado como la princesa— y a los nueve meses entreabrióse para dar a luz un niño de prodigiosa belleza: Adonis. Esta es la versión del poeta griego Panyasis (siglo V, antes de Jesucristo).

Las embarazadas del Congo ponen en acción el mito de Mirra, vistiéndose con corteza de árbol sagrado, de modo que para los espíritus alumbra, no una mujer, sino un árbol. Las suecas, acordes con las congolezas en atribuir a los árboles influencia bienhechora sobre el alumbramiento, se abrazan a ellos en tal trance como si quisieran identificarse.

Artemisa es la diosa
protectora de las mu-
jeres

Artemisa es la diosa que presidía un jardín de plantas mágicas, de las que una, la artemisa de Dioscóride, es soberana contra las enfermedades de las mujeres. Considera Rendel Harris (1) muy natural que si una planta resulta útil a las parturientas, la bruja que la use se convierta en sacerdotisa de un culto y aquella sea pro-

yectada al mundo de las divinidades (1).

A llicia, la diosa griega del parto, se la representaba con una corona de plantas que tenían fama de facilitar el alumbramiento.

El recién nacido es
llevado al bosque

Escasísimos comprobantes tenemos de este endoso, pero de seguro aumentarán en cuanto exista interés en buscarlos.

Cuando la mujer *toda está* en meses mayores va a pasar una noche al fondo del bosque, al pie de uno de los árboles más hermosos, bajo la protección del cual pone la criatura que va a nacer. Cuando nace, su padre toma hojas de tal árbol, y plegándolas a modo de copa, vierte en ellas algunas gotas de agua; después deben humedecerse los labios del recién nacido y de sus padres con el líquido, y por esta especie de comunión mística queda la familia definitivamente fundada.

La cuna de los niños
en el árbol

Las mujeres Kulaman, de Mindanao, depositan al recién nacido sobre un árbol para que cargue con la responsabilidad de haberle dado a luz. En Laponia y Alasca cuelgan las cunas de los árboles, como ofrenda a los genios tutelares del niño, según dicen.

Cribado de los niños
entecos

En Provenza, Ardenas y Vosgos los troncos carcomidos de las encinas cente-

(1) *The origin of the cult of Artemis*, 1916.

(1) También Egeria, divinidad favorable al parto, era un espíritu de los árboles.

narias criban a los chiquitines desmirriados o enfermizos (1). Es de suponer que, abandonada esta costumbre al ocurrir el nacimiento del niño, la superstición de haber incurrido en falta revalidaría su uso para los enclenques (2).

Wagler (3) dice que se pasan los niños raquícos por el árbol la víspera de San Juan, del Viernes Santo o de Navidad. Cortar un árbol que ha servido a esta práctica, es poner en peligro la vida del niño. Como dice Mannhardt: el hombre,

al pasar por la encina, establece un lazo místico entre su destino y el del árbol.

En algunos pueblos (islas Ambon, Ullia y otras) se identifica todo lo posible el árbol con la mujer, y a este fin le dotan de sexo; graban sobre la corteza el órgano femenino. No aireviéndose nadie—por el tabú sexual—a robar el fruto de los árboles así señalados, vino a resultar este signo un estimulador de la frutescencia. En los Molucas, cuando el alelí está en flor, se le trata como a una mujer encinta, prohibiendo meter ruido en las inmediaciones, acercar luz o fuego o permanecer cubierto en su presencia (1).

(1) H. F. Freiberg: *Sobre el uso de pasar los chicos a través de un árbol* («Zeitschrift des Vereins für Volkskunde», 1896, pág. 42).

(2) Sebillot: *Passage à travers l'arbre* (Revue des Traditions populaires, 1901).

(3) «Die Eiche in alter und neuer Zeit», 1891.

(1) J. H. Philpot: *The sacred Tree or the Tree in Religion and Myth*, 1897.

CAPÍTULO XIX

Los animales y el parto humano

Del endoso del parto a los animales son tantas las pruebas subsistentes, que no se explica permanezca sin descubrir más que por la cortedad del pensamiento a generalizar las aplicaciones de los hechos bien conocidos. Perdóneseme si habiendo de abrazar en mis investigaciones espacio tan dilatado, me veo a menudo en la precisión de no tomar, aunque sean importantes, ciertos detalles que me parecen suficientemente esclarecidos y que supongo conocen los estudiosos.

Los eslavos vocean que ha parido un lobo

Entre los eslavos del Sur, al nacer un varón vístente con pieles de lobo y anuncia su venida al mundo una comadre que sale de la casa para vocear: «Una loba ha parido un lobezno» (1). O mucho me equivoco o esto es un endoso del parto con las deficiencias de ejecución inevitables al no prestarse el lobo a desempeñar el papel que le reparten. Por si los espíritus no dieran crédito a la declaración pública de parentesco, y se acercasen a comprobar de visu la verdad, visten al bebé de lobezno.

El niño depositado sobre pieles

En Islandia el niño que nace sobre una piel de oso, creen se distinguirá más tarde por su bravura. Esta es la opinión actual, que no impide haya tenido otro origen la costumbre.

Muchas podríamos señalar parecidas. Los natchez de América envuelven a los

varones con pieles de pantera y a las hembras con cueros de búfalo de su mismo sexo. En la bahía de Baffín visten al roorro con el plumaje de un pájaro. Recuérdese que los esquimales cuelgan las cunas de los árboles; como en éstos se posan los pájaros, a idéntica estancia identificación de parentesco.

El niño es envuelto en pieles

Las betchuanas, de Africa, paren en casa de sus padres, y no salen sin purificarse con el sacrificio de un animal, cuya carne se llevan a la choza del marido, y cuya piel sirve de envoltorio a la criatura para tenerla colgada a la espalda. De un lugar desaparece el animal entero, y en el otro aparece su piel rellena por el crfo. Se ha dado el cambiazo a los espíritus.

Al nacer un niño Kirguiz se sacrifica una oveja o un cordero; parte echan al fuego y de la otra hacen caldo para la parturienta; con la piel se envuelve al recién nacido después de bañarle en la espuma que deja la carne al cocer.

La sangre de los animales sirve para bautizar personas

Miss Stevenson (1) ha visto entre los Nubas un rito bautismal. El niño de quince días es llevado al jefe, que mata un pollo, recoge su sangre en un vaso, y con ella rocía al niño y a sus padres. Después de lo cual lleva al niño a la cabaña, escupe encima de él y pronuncia en voz alta el nombre escogido por la familia.

(1) Angelo Gubernatis: *Mythologie zoologique*. Es una de las pocas obras que sobreviven a su época.

(1) Miss Stevenson.—*My Soudan year*, 1913.

Al nacimiento de los personajes asisten animales

En las tradiciones religiosas antiguas, dice Austin West (1), la presencia de animales en el natalicio de los personajes, es un hecho común. Así las leyendas iránicas cuentan que una vaca asistió al nacimiento de Zoroastro; toros, asnos, caballos y otras bestias figuran en las tradiciones indias y en el arte budístico en el

nacimiento de Gotana. En el de Jesús, el buey y el asno.

El patronato de parturientas a cargo de animales

Pruebas concluyentes del endoso que venimos estudiando son las imágenes del dios egipcio Bés, que presidía el parto y contenía momias de fetos humanos revueltos con restos de animales momificados (1).

(1) Austin West.—*El buey y el asno en las leyendas de Navidad* (España moderna, marzo 1908, pág. 180.)

(1) Lortet y Gaillard.—*La faune momifié de l'ancienne Egypte*, 1905.

Lortet.—*Les momies animales de l'ancienne Egypte*.

CAPITULO XX

Imposición al recién nacido del nombre de un animal o de una planta

Dice San Juan: «En el principio era la palabra y la palabra estaba en Dios», y dice que por ella fueron hechas todas las cosas y que la palabra se hizo carne y hábito en nosotros.

Maragall. *Elogio de la Palabra*.

«Nada existía antes de ser nombrado. En el papiro de Nesmin, el Demiurgo proclama: Yo he creado todas las formas con lo que ha salido de mi boca, cuando no había ni cielo ni tierra.»

(La creación por el Verbo, en las creencias egipcias. A. Moret. *Le nil et la civilisation égyptienne*, 1926.)

Como la imposición de nombre es fundamental en el nacimiento de los hombres, necesitaremos consagrarle varios capítulos, y por de pronto uno especial dedicado a la toma de nombres de animales y plantas.

La importancia del nombre

Como el capricho del padre decide hoy el nombre que ha de llevar su hijo toda la vida, no le damos a este rito importancia mayor y nos cuesta trabajo comprender la que tiene para el salvaje.

Cree éste que puede causarle un daño corporal el uso malévolo de su nombre por un enemigo. Si una prenda de uso personal o un cabello caído, pueden transmitir a su ex dueño las torturas que quiera infligirle un poseedor perverso por artes de hechicería, con más razón se presta el nombre a servir de instrumento a la perversidad, puesto que el nombre no es una parte de la persona, sino la persona misma, entera y verdadera.

Por esto es una medida de previsión muy extendida en el mundo salvaje guardar el incógnito, usando un nombre postizo (1),

(1) La costumbre de reservar el nombre para que un mal intencionado no pueda aprovecharle, ha sido estudiada por Contenau, *De la valeur du nom chez les Babyloniens*. (Revue de l'Historie des Religions LXXXI, pág. 316, y por Levy-Bruhl, *Les*

un alias, llamémoslo así, que ni prenda a la persona para el maleficio ni esté visada por la policía de los espíritus y permita vivir con más licencia.

Los Ona, primitivos habitantes de Tierra de Fuego, no se llaman nunca por su nombre, y se valen de rodeos como éste: «la persona que está al oeste del fuego», si efectivamente se encuentra en dicho sitio. Los indios de la Guayana usan los términos de parentesco para encubrir el nombre.

No sólo el nombre personal, sino los del clan y sus subdivisiones se guardan secretos en muchas tribus Sioux, y nunca se les emplea en las conversaciones corrientes.

El mismo miedo a la revelación del nombre propio, sintieron los dioses (1). Si los

funciones mentales oans les sociétés inferieures.

Los indígenas de ciertas regiones de Australia, según Brough Smith, tienen el derecho de vender su nombre. Si un nombre o pronombre puede ser vendido, si encuentra comprador, es evidente que representa algo más que una apelación.

En las islas Marquesas existe la creación artificial de parentesco mediante el intercambio de nombres, que ratifica la amistad y da derecho al apoyo mutuo y al disfrute de sus recíprocas esposas.

(1) Los dioses de Babilonia tenían dos nombres; el verdadero era el secreto y estaba unido a él el poder mágico que su conocimiento confería. En Italia se tenía oculto el verdadero nombre de los dioses protectores de la ciudad para que no pudiese invocarlos en su daño el enemigo.

En una leyenda egipcia sobre el dios Rà éste

hombres supieran el verdadero nombre de sus dioses, obtendrían de ellos cuanto quisieran.

Así pensaban los egipcios, y los hindúes creían que, repitiendo infinitas veces al día los nombres de Krishna o Ram, les sería imposible a estos dioses hacerse los sordos a sus ruegos. Los dioses ocultaban su nombre a los mortales, por no verse forzados a prodigar sus beneficios o acaso porque temiesen una mala pasada de la soberbia humana. Y la medida que usaban los romanos de cambiar el nombre de las ciudades conquistadas, no era por mal agüero, como generalmente se cree, sino para preservarlas del peligro de tener un nombre ya conocido.

Cuando la adversidad se ceba sobre un salvaje o acaba de salir de una enfermedad grave, sospecha le han adivinado el nombre o que se lo han cogido para su mal, y en consecuencia se lo cambia (1); también es corriente en los ritos de iniciación, de casamiento, es decir, en los cambios de estado, que maten el nombre usado hasta entonces y se adjudiquen uno nuevo (2).

El sino modificable por la palabra

Esto nos lleva a decir algo de la fuerza correctora que tiene sobre el destino el cambio de un nombre de mal agüero por otro de bueno.

declara que su nombre ha sido pronunciado por su padre y su madre, y después ocultado en su seno por quien le engendró, a fin de no dar poder sobre él a un hechicero.

(1) P. Sartori (*Der Sitte des Namensänderung*, «Globus» LXIX, pág. 224) se ocupa de los cambios de nombre para ponerse al abrigo de influencias demoníacas.

(2) E. Cood, en *Tom-Tit-Tof*, estudia las propiedades maravillosas del nombre y de las palabras; cambios de nombre en la ceremonia de la fraternización; palabras y fórmulas dotadas de valor mágico; palabras creadoras de dioses; encantamientos para curar enfermedades.

Entre los Incas el padre llamaba al hijo *churi* y la madre le llamaba *Uaua*, y no podían trocarlos «so pena de hacerse el varón hembra y la hembra varón».

Los romanos se valían de eufemismos en sus fórmulas oficiales y en los textos jurídicos para expresar las ideas desagradables, y, en cambio, eran pródigos, a más no poder, de votos de felicidad. Por esa vieja e incurable fe en la virtud mágica de las palabras ritualizaron los memoriales el *Dios le guarde muchos años*, y el lenguaje conserva un resto de su poder evocativo en la frase: hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

En su libro *La sorcellerie au Maroc*, dice el Dr. Mauchamp: «Hablando de una bestia no hay que decir que es negra; así, si quiere hablarse de una mula negra, se dice una mula verde, por miedo a que se muera. Hay cosas que no pueden designarse francamente, palabras que no pueden pronunciarse por miedo a que traigan desgracia o se llame al diablo». Nosotros, los civilizados, no estamos curados de tales supersticiones, y cuando se elogia a un niño hay que apresurarse a decir: Dios le guarde. Si en la conversación se nombra alguna región del cuerpo es menester agregar: Salva sea la parte.

Dar nombre es como dar existencia

El hecho de dar nombre a una cosa (1) equivale a conferirle existencia; anunciar un hecho es empezar a realizarle; puesto que el nombre es igual a la cosa; conocerle es tener conocimiento de la cosa nombrada; por ello, dice Zimmern, no hay ningún medio de poder más eficaz que los ruegos y la simple pronunciación del nombre de las cosas (2).

(1) Zimmern: *Zum babylonischen Neujahrsfest*, 1906.

(2) Fred Cornwallis Conybease en *Myth, magic and morals*, 1909, con sencillez que encubre mucha ciencia, expone la magia de los nombres, los nom-

El padre Wing, hablando de los Bakongo, dice: «Recibir un nombre es el principio real de la vida. Darle al niño nombre es el deber más serio de los padres, y tan indispensable es la ceremonia que el niño sin nombre no se cuenta, y si fallece antes de recibirle, ni le lloran».

Equivale, pues, la imposición del nombre al nacimiento social y religioso de la criatura, y conocido el empeño de la parturienta salvaje en disimular el parto, por endoso a la tierra, al agua, a las piedras, a los astros, etc., usos al parecer distintos pero enlazables en teoría, quedaría frustrado su propósito de disimulo si a la hora de dar vida social al niño, le diesen el nombre de sus padres. Confirmando nuestra hipótesis, han tomado para sus hijos el nombre de un animal o de una planta, de un antepasado difunto, del lugar o de una circunstancia cualquiera, y sólo el progreso volvió las cosas a su cauce natural, que era dar a los hijos el nombre de sus padres.

«En todas partes, dice Meyer (1), existe la costumbre de denominarse según los animales, sin que se añada el menor culto al animal en cuestión; a menudo estos nombres no son más que remoqueques; a veces son nombres honoríficos que reconocen en el hombre, en la tribu en cuestión, la fuerza o la bravura del animal. Puede ocurrir que se sientan más estrechamente unidos a esta especie sin que dé nacimiento a un culto o a la creencia en el parentesco real con esta especie».

Lo mismo a la toma simple del nombre, sin más consecuencias (2), que a la que

bres secretos o tabús, el poder de los nombres en los exorcismos. Véase también A. Lefebure, *La vertu et la vie du nom*. (Melusine 1897).

(1) Meyer: *Histoire de l'antiquité*.

(2) Los nombres de los celtas consistían muchas veces en el de un animal o planta y la terminación genos, que significa *nacido de o hijo de*, como por ejemplo, Antígenos, hijo del oso; Branógenos, hijo del cuervo; Cunágenos, hijo del perro.

Entre los latinos ha existido la costumbre de dar

produce por acumulación de intereses (gratitud, admiración, veneración) lezos de parentesco con la especie animal o vegetal prestamista de su nombre, les conviene nuestra hipótesis, sin necesidad de arreglos ni enmiendas, ya que presupone la existencia de un interés inicial circunscrito al encubrimiento del parto, y todo lo demás es superpuesto, acarreo del tiempo.

El totemismo

Cuando la toma del nombre de un animal o de una planta alcanza su pleno desarrollo y crea un estado cultural diferenciado, éste se caracteriza y distingue por tres cosas fundamentales; a saber:

1.ª Una fraternidad imaginaria entre un grupo de hombres y un grupo de animales o plantas; *totem* se llama al animal o planta con el cual créese identificado el hombre. Spencer y Gillen, los dos grandes exploradores del Centro de Australia, mostraron a un indígena el retrato que le habían sacado y aquél les dijo: Se parece a mí tanto como a un canguro (su totem). Sin proponérselo, este salvaje había definido el totem.

2.ª Una reglamentación inquebrantable prohibiendo el matrimonio entre los que tengan el mismo totem, así vivan separados por cientos de leguas y no sean parientes (exogamia que sólo por excepción encontramos desvinculada del totemismo, pero cuyas excepciones bastan para descartar las hipótesis fundadas en su coincidencia).

3.ª El totemismo no es un conato religioso (por aquí se opera otro descarte de teorías) porque el hombre no considera al totem como a un dios, sino como a un

sobrenombres de animales a ciertos individuos: el de *lupus* era corriente entre las gentes Rutilia de Roma; y lo mismo los de *Falco*, *Aquilo*, etc.

Son casos evidentes de toma de nombre sin evolucionar a totemismo, estrangulado por formas religiosas superiores.

semejante y amigo, en plano de igualdad aunque con respeto (1).

El totemismo es antiquísimo, no tanto, sin embargo, que su cuna se confunda con la de la humanidad (2).

Area del totemismo

Para Swanton hay en América del Norte cuatro o quizás cinco grupos geográficos de totemismo caracterizado, fuera de los cuales hay numerosos grupos sin fenómenos totémicos verdaderos ni verdaderas divisiones exogámicas; en América Central hay otro grupo; otro en la del Sur; al menos uno en África; uno o dos en la India; uno en Sumatra; uno en Nueva Guinea y en Melanesia y uno en Australia. La verdad es que la delimitación de áreas totémicas no puede ser, por ahora, más aleatoria.

Sidney Hartland dice que el totemismo no existe en tribus inferiores a los australianos centrales, a saber: bosquimanos, vedas de Ceilán, insulares de Andamán, tribus del centro del Brasil.

Tampoco se ha probado su existencia

(1) Doctor Cabrera y Warleta. *La hipótesis de una primitiva religión totémica ante la prehistoria y la etnología*. (Anales de la Universidad de Valencia, 1923-24.)

(2) Frazer, maestro de cuantos estudiamos estas materias, pone el totemismo en el piso bajo de la cultura; Wünderlind, el aristóteles alemán, le sube al segundo piso (en la edad del totemismo, según él, el hombre se encuentra «bajo la dominación del animal» y todas sus concepciones, sus instituciones y sus ocupaciones están influidas por la idea de que el animal le supera en inteligencia y poder); y el padre Schmidt, ordenador del método comparado, lleva el totemismo al tercer piso, y le llama ciclo de *decadencia religiosa, moral y social*. El desacuerdo entre estos tres colosales es un indicio de lo intrincado del problema.

en las tres grandes familias humanas, que más brillante papel han desempeñado en la historia: Arios, Semitas y Turanios. No le faltan buenos abogados defensores al supuesto contrario, los cuales esgrimen con habilidad dialéctica mitos, leyendas y supersticiones relacionados con animales y plantas, pero Frazer dice que no le convencen (1).

Lo que es el lazo del nombre para Durkheim

Nadie ha ensalzado mejor que Durkheim (2) el lazo del nombre al decir: «los individuos del clan se consideran parientes, y su parentesco no proviene de lazos de consanguinidad; los miembros del clan son parientes, porque llevan el mismo nombre... Puede decirse, de una manera general, que el clan es un grupo familiar en el que el parentesco resulta únicamente de la comunidad de nombre».

El mayor servicio que ha prestado a la humanidad el totemismo es haber solidificado tribus que de vivir en discordia habrían perecido. Su tendencia más acusada es ligar los grupos humanos con lazos más fuertes que los de la sangre. Cada miembro es responsable, incluso al precio de su vida, de los actos de sus camaradas y está obligado a vengarles.

(1) La bibliografía se ha hecho imponente en pocos años. La obra más reciente es de Maurice Besson. *Le totemisme* 1929, cuya traducción española saldrá pronto.

Para el totemismo europeo véase el trabajo de la señora Pancritius-*Europoischer Totemismus*, en *Anthropos* 1917-18, pág. 338.

(2) Durkheim. *Formes elementaires de la vie religieuse*. (La 1.ª edición es de 1912 y la 2.ª de 1922).

CAPITULO XXI

Teorías nominalistas

¿Qué origen ha podido tener la toma del nombre de un animal o de una planta al bautizar a un niño?

Para Lubbock proviene de que los niños de un hombre llamado oso o león adoptaron este nombre como de tribu (1).

Del mote se saca el apellidado

Spencer (2) piensa que es el mote de los hombres de temple el que se toma a los animales, y a las pocas generaciones se confunden los últimos con el antepasado sobresaliente.

Si el llamado lobo se ha hecho una reputación de guerrero intrépido, llegando a ser todopoderoso entre los suyos y temido de sus enemigos, sus hijos, orgullosos de serlo, no echarán en olvido que descienden de él, y claro es, que cuanto mayor haya sido el poder y la celebridad del tal lobo, con más razón se conservará en la familia y entre los descendientes de los que se plegaron a su dominación el recuerdo del nombre que ilustró su raza. Y si esta familia se desarrolla y agranda en una tribu nueva, los miembros de esta tribu se llamarán a sí mismos lobos. El lenguaje rudimentario y grosero de los salvajes les incapacita para distinguir en sus relatos el antepasado que se apodaba lobo de un lobo de veras, y transcurrido algún tiempo, la confusión es completa, sobre todo en los chiquillos, y a fuerza de oír hablar de su abuelo como de un lobo, llegan a considerarse vástagos de un lobo.

Ni Lubbock ni Spencer tuvieron presente que en la mayoría de los clanes totémicos no puede transmitirse el nombre del padre a los hijos por la sencilla razón de que ni siquiera se creen parientes; en la

mayoría de los casos sólo está reconocida la filiación por la línea materna y la familia del tipo patriarcal no se constituyó verosímilmente hasta época muy posterior a la en que se formaron y propagaron las creencias y costumbres que se pretende explicar (1).

La hipótesis spenceriana por buena la aceptó Lang (2) en la época de su enunciación; pero más tarde se desdijo, emitiendo estotra (3). Los sobrenombres dados por los vecinos de un grupo han sido aceptados por éste en un sentido no de injuria, sino de honor (algo por el estilo les ocurre a los estudiantillos que se ven forzados a responder por el remoquete que les ponen sus condiscípulos). El deseo de explicar este sobrenombre ha podido dar nacimiento a diversas especies de leyendas, destinadas a justificar para las generaciones nuevas la creencia en un parentesco real entre el grupo humano y la especie animal. De sobra comprendía Lang que es más sencillo decir la *gentes de la montaña o de la ribera*, que no las gentes del lobo o de la rana.

Enmienda de Reuterskiöld a la explicación utilitaria

¿Por qué los grupos humanos se han sentido ligados a especies animales? A esto responde el sueco Reuterskiöld: La animales dispensan al primitivo la mayoría de las cosas de que tiene necesidad; los dientes, los huesos, las garras, la piel,

(1) Sidney Hartland: *Matrilíneal Kinship and the Question of its Priority* (Memoires of the American Anthropological Association, tomo IV).

(2) Lang (Críticas al libro de Lubbock en «Folk Lore» 1911-12).

(3) Andrew Lang: *A theory of Arunta Totemism* («Man» mayo 1904).

Andrew Lang: *Theory of the origin of Exogamy and Totemism* (Folk Lore 1913).

(1) *Le mariage, le totemisme et la religion*, 1911.

(2) *Principes de sociologie*, 1879.

etcétera, etc., son los materiales más ordinarios de sus armas, de sus utensilios domésticos y de su cabaña. El primitivo se siente ligado a la especie animal, con la cual reparte su domicilio. ¿No es ésta, acaso, la explicación utilitaria de Haddon, pero sin poner en primer término la utilidad alimenticia? (1).

¿El mote se dió por pobreza de lenguaje?

A persona versada en filología, como Raúl de la Grasserie (2), es chocante se le ocurriera achacar a pobreza de lenguaje la designación de los grupos humanos con nombres de animales. Probado está, por los estudios de Larchs (3), que los primitivos carecen de expresiones correspondientes a conceptos abstractos, pero tienen enorme abundancia de términos corrientes que se refieren a la vida cotidiana, y aun dando por cierta la escasez no explica Grasserie por qué razón bautizaron primero a los animales que a los hombres y su poca inventiva la gastaron fuera de casa.

Objeciones de Lalo y Van Gennep

Nimios parecen los motivos iniciales de la usurpación de apelativos a los animales si se juzga por las consecuencias. Más en razón se ponen los que fundamentan el totemismo en necesidades económicas que al fin y a la postre se han sentido en toda la redondez de la tierra. Pero las hipótesis emitidas necesitan llevar de muletas las

(1) El primer origen del totemismo hay que buscarlo, según Graebner, en un sentimiento de camaradería entre el hombre primitivo y tal o cual especie animal (la planta totem es posterior) al contacto de la cual hacía su vida ordinaria. Dr. F. Graebner.—*Totemismus als Kulturgeschichtliches Problem* (Anthropos, 1915-16, pág. 248).

(2) Grasserie.—*Lé totemisme dans ses rapports avec la formation du clan, la zoolatrie et la métempsicose* (Premier Congrès international de l'Histoire des Religions, 1900).

(3) R. Larchs.—*La forma primitiva del lenguaje* (Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft, Viena, 1907).

nominalistas. Haddon, autor de la más famosa, supone que la abundancia de una especie comestible determinó la institución de ceremonias para conservarla; que se hizo comercio, y por comer y comerciar con ella fueron denominados por sus vecinos con el nombre de dicha especie alimenticia. Lang acogió calurosamente esta hipótesis, que era la suya medida en el comercio, pero Lalo ha reparado en que la inmensa mayoría de las especies totémicas no son comestibles.

Por otra parte, es natural que los animales se reúnan con preferencia en los lugares consagrados que les sirvan de asilo, puesto que, gracias a las prohibiciones totémicas y también al carácter sagrado de la localidad misma, están menos expuestos a destrucción. Si las palomas pululan en la Plaza de San Marcos, de Venecia, ello es un efecto y no una causa de la prohibición de matarlas. Otras objeciones formula van Gennep (1), a saber: las especies acuáticas no están delimitadas territorialmente; los animales y plantas que se producen en cada territorio (en Australia, el que ocupa cada grupo totémico es muy pequeño) no difieren de los del vecino; finalmente, no viven de un solo producto, sino que comen indiferentemente de todo, a excepción de la especie totémica, de la que se abstienen, por regla general, aunque sea abundante.

* * *

Las hipótesis nominalistas probarán a lo sumo la existencia prehistórica de un interés real en adoptar padres de especie animal o vegetal y la posibilidad de que bastase la apropiación del nombre para consagrar este parentesco; de modo que de rechazo viene su absurdo a confirmar nuestra hipótesis de que el hombre fué el solicitante de ese parentesco, y no porque se engañase sobre su propio origen, sino para engañar a los espíritus.

(1) *Etat actuel du problème totémique*, 1920. Resume medio centenar de teorías que critica sagazmente.

CAPÍTULO XXII

Lucina sine concubito

«El primitivo no para atención en la causa verdadera de la concepción y acaso por ello son confusas y contradictorias sus ideas, pudiendo admitir a la vez que el acto sexual es la condición ordinaria de la concepción y que ésta tenga lugar sin aquél. Los cuentos, mitos y leyendas están llenos de concepciones extraordinarias, que no causan sorpresa a la mentalidad primitiva, Levy Bruhl: *La mentalité primitive*.

La presunta ignorancia de los australianos sobre la causa de la concepción

A Baldwin Spencer y Gillen (1) les corresponde la gloria de haber hecho el descubrimiento más sensacional de nuestra época en etnografía, y es que los australianos ignoran que la gestación es consecuencia de la synousia.

Textualmente dicen estos autores:

«Las australianas que tuvieron un amante blanco y ponen en el mundo un mestizo, dicen que porque han comido mucha harina del hombre blanco. La principal diferencia entre la existencia que llevaban en su tribu y la que llevan con el blanco, no es que tengan relaciones con un hombre de uno u otro color, continuándolas con negros, sino que comen harina blanca y pan blanco, lo que influye sobre el color del niño. Por esto los maridos indígenas admiten entre los propios esos niños mestizos sin establecer diferencias.»

El primitivo no podía sospechar la relación de causa a efecto entre el comercio sexual y el hecho del nacimiento, por el gran intervalo que puede separarles y lo que embarullan los juicios con su apariencia contradictoria, el alumbramiento de las viudas y la esterilidad de las casadas en tanto son impúberes o se relacionan con

un infecundo. Algunos síntomas madrugadores del embarazo, son puramente digestivos; el estómago es el primero en enterarse de que hay un nuevo comensal y protesta airado de la sobrecarga de trabajo, poniendo en práctica el sabotage de los alimentos, que devuelve inutilizados. El estreñimiento pertinaz y la hinchazón creciente del vientre se presentan a los ojos del primitivo como consecuencia de la alimentación. Inmediatamente, después del parto, se aplanan el vientre; esta relación es tan evidente como la del embarazo con los trastornos digestivos, y entrambas eslabonan lógicamente al feto con la manducatoria.

Sobre esta supuesta ignorancia de los australianos de las causas de la concepción (1), ha levantado el eminente antropólogo inglés Frazer, su teoría concepcional de los orígenes del totemismo.

En opinión de Frazer (2), las mujeres, sumamente sugestionables, se imaginan

(1) Roth: *Superstition Magic und Medicine*, 1903, bajo el título «Sexual History» se ocupa de la ignorancia de los australianos.

También Van Gennep: *Religions, Mœurs et Legendes*, 1908.

(2) Frazer: *The beginning of religion & totemism among the Australian aborigines* (Fortnightly Review, julio, septiembre 1910), expuso la teoría concepcional del totemismo, que luego ha desarrollado en los cuatro voluminosos tomos de su obra «*Totemism and Exogamy*», cantera inagotable de materiales para este género de libros y confirmada recientemente (1913) en «*The Belief in Immortality*». Existe una edición abreviada en francés, muy accesible, con el título «*L'origine de la famille et du clan*». «Críticas a esta teoría», por

(1) *The Northern Tribes of Central Australia of South East Australia*, 1904.

que la señal o antojo y el ser que paren son una misma cosa, y como a menudo el cuerpo del recién nacido tiene manchas que recuerdan lo antojado, hallan confirmación tales prejuicios. Entre los Guayaquis así parece que sucede (1), pues la madre elige para su hijo el nombre del alimento por el cual sintió predilección (2). Supuesto el origen manducatorio de los hijos, se comprende declarasen totems casi todos los comestibles. El individuo creyóse descendiente de tal o cual animal, sólo porque su madre así se lo imagina. Las mujeres de un lugar sugestionábase entre sí en cuanto a las causas de sus concepciones, y una vez local el totem, se convierte en hereditario; los miembros del clan se figuran emparentados con el animal totem por el lazo de un antepasado común, y, en su consecuencia, se abstienen rigurosamente de matarle, y en caso de necesidad, le piden mil excusas y hacen sacrificios expiatorios.

Prohibición de matar el animal totem

A veces comen de estos animales cuando han sido muertos por otros, pero lo

Alejandro Bruno, en *Rivista italiana di sociologia*, 1911; por Marcelo Hébert, en *Coenobium*, 1910, fascículo V; por A. C. Haddon en «*Sociological review*», enero 1911; por Loissy, en «*Revue d'Histoire et littérature religieuses*», enero y febrero 1911 y tomo IV de 1913; por E. S. Hartland, en *Folklore*, tomo XXII; por A. Goldenweiser, en *Current anthropological literature*, tomo II, 1913.

(1) En cambio, los Sinaugolo, de Nueva Guinea, piensan que la concepción tiene lugar por el pecho, porque el pecho es lo primero que se ensancha y después el feto desciende al vientre.—Seligman. *The medicine, surgery and midwifery of the Sinaugolo* (Journal Anthropol. Institute XXXII, página 300).

(2) En los cuentos populares, dice Van Gennep, la madre queda encinta por haber comido alguna cosa. Entre los eslavos y esquimales por haber comido un pescado; en la India una fruta; en otras partes una hoja, un trozo de corteza o haber bebido un agua milagrosa. A menudo los objetos comidos deben su poder fecundante a la intervención de un sacerdote, mago o fakir, o de un animal benévolo.

general es que sea su carne sagrada para ellos y que represente una concesión a las necesidades el restringir la prohibición a un trozo del animal totémico. Los omahas, de Norteamérica, según del clan que sean, respetan tal o cual parte del búfalo. No comen su lengua los del clan de los hombres negros, no tocan la cabeza los del clan del águila y el clan Hanga respeta las paletillas. En las ceremonias religiosas se visten con la piel o el plumaje de los animales totémicos, llevan puestas sus imágenes en las armas e insignias e imitan sus movimientos en las solemnidades y danzas.

Crítica de la teoría concepcional

Heape (1), conocido por sus estudios de los problemas sexuales, ha criticado la teoría concepcional. Suponer que los hombres en una época cualquiera de su historia no han sabido evaluar la relación entre el acto sexual y la concepción, es inadmisibles para este autor, porque todos los animales, por las precauciones que adoptan para defender su prole de futuros ataques, se anticipan a los resultados del acto sexual, y estarían más adelantados en la materia que los australianos de Frazer. En vez de creer verdaderos su ignorancia, Heape mira como más probable que sus costumbres, sus creencias, su sistema ético, si se quiere, les obliga a negar este conocimiento, habiéndose formado así una creencia superior que sería herético discutir, pues equivaldría a arrojar la sospecha en los espíritus que son más poderosos que los hombres. Según esto, los australianos se comportan con los espíritus lo mismo que nosotros con los niños, a los que hacemos creer vienen los chiquitines de París (2).

(1) Walter Heape: *Sex antagonism*, 1913.

(2) Cuando los niños preguntan de dónde vienen a los mayores, éstos satisfacen su curiosidad diciéndoles: los alemanes, que de estanques, fuen-

Heape argumenta con lógica, pero no aporta una explicación convincente de que es voluntario el olvido de los conocimientos generativos. Yo creo haberla encontrado al demostrar el interés grandísimo que tenía la primitiva en disimular el parto para no correr sus riesgos. Probado queda con numerosos ejemplos que se ha valido del mismo procedimiento que los quintos ricos usaban antes de implantarse el servicio obligatorio para no ir a la guerra; buscarse substitutos. Habiendo de engañar a los espíritus sobre la procedencia de los chicos, no sería discreta la madre que se desmintiese con palabras que aquéllos podían coger, ni es lógico vaya a confiar a los extranjeros el fondo de sus pensamientos.

Los Aranda centroaustralianos que sirvieron de base a la teoría concepcional, son oriundos de Nueva Guinea, como ha probado la lingüística; descienden de una emigración secundaria o tal vez terciaria de estos pueblos que conocen el lazo que une el nacimiento y la concepción. De lo cual deduce el P. Schmidt (1) que la ignorancia de los Aranda, en la medida que existe realmente, no puede haber aparecido sino más tarde bajo la influencia de ideas ultraespiritualistas.

Los estudios emprendidos por Rivers en la Melanesia hicieron ganar terreno a la teoría concepcional. «En las islas Banks, dice este autor, muchos indígenas se identifican con ciertos animales o frutos y creen participar de los caracteres y cualidades de estos animales o frutos. De conformidad con esta creencia, se niegan a comer animales o frutos de la misma especie, diciendo que eso sería canibalismo y se comerían en cierto modo a ellos mismos.

tes o del mar; en Odemburgo una cigüeña los va a buscar; en Suiza los hacen salir de los monolitos; en algunos sitios de Alemania, de los árboles huecos; en Grecia, los pájaros traen los niños, etcétera, etc.

(1) *L'origine de l'idée de Dieu*, 1910.

El fundamento que dan de su creencia es que sus madres fueron impregnadas por la entrada en su seno de un espíritu-animal o espíritu-fruto, y ellos no son al fin y al cabo sino ese mismo espíritu que se alojó en su madre y vino al mundo bajo la apariencia superficial y engañosa de un ser humano. Por esto participan del carácter del animal o de la planta» (1).

El profesor de antropología de la Universidad de Londres Malinowski, en una monografía definitiva sobre la vida sexual de los insulares de Trobriand, afirma que estos indígenas no creen necesaria la unión sexual para concebir; y se fundan en que las mujeres más horrosas dan a luz—como si no hubiera siempre un roto para un descosido—; y también en que las mujeres separadas de sus maridos no se quedan atrás en las tareas de repoblación y éstos reconocen por suyos los hijos habidos en su ausencia, resultando algo así como padres de oficio de los hijos que tenga su mujer. No hay que ir a la isla Trobriand para ver ejemplos de igual mansedumbre. Algunos emigrantes europeos se felicitan de la descendencia que encuentran al regresar a su hogar largos años abandonado.

Los trobrianos consideran necesarias las relaciones sexuales previas, porque la virginidad opone un obstáculo material a la penetración del espíritu fecundante; y el propio Malinowski se asombra de esta creencia, porque los trobrianos no deberían de saber que existe la virginidad, pues sus mujeres la pierden en plena niñez.

La ruina de la teoría concepcional

Recientemente, el doctor Herbert Basedow, en una obra notabilísima sobre los aborígenes australianos (2) ha descrito la parte secreta de sus misterios, y es tan

(1) Rivers. *The History of Melanesian Society*, 1914.

(2) *The Australian aboriginal*, 1925.

normalmente sexual, que hasta puede hablarse de un culto al falo. Por lo pronto, el domicilio de las almas de los niños, el *ratapa*, es fálico y es el órgano viril el que por virtud de un símbolo determina la procreación. Spencer y Gillen sólo tuvieron conocimiento de la parte esotérica de los misterios australianos; mientras que Basedow ha conocido la parte secreta.

Van Gennep, uno de los más brillantes adeptos de la teoría concepcional, reconoce que el libro de Basedow le asesta el golpe de gracia (1).

Lo que no se explica por la teoría concepcional se explica por la nuestra

Son de peso las objeciones opuestas por Lang a la teoría concepcionista. Se-

(1) *Mercur de France*, 1 de julio 1926.

En 1911, Brown (*Anthropos*) se fué a comprobar sobre el terreno las creencias que se forman los aborígenes de Australia Occidental acerca del origen de los niños. Y sus averiguaciones fueron fundamentales para la teoría de Frazer. Entre otras cosas, dijo que los kaeira celebran el deseo sexual antes que las ceremonias de multiplicación de los niños, lo que prueba no desconocen las causas de la concepción.

gún este crítico sagaz, deja sin explicar dos hechos importantes del totemismo, a saber: 1.º, que un ser humano no sea sino por rara excepción un totem; 2.º, que este ser humano es siempre macho. No se concibe por qué la primitiva no explica su embarazo como resultado de sus relaciones con un hombre, puesto que sus hijos son siempre humanos. ¿Es posible que todos los pueblos se hayan engañado de la misma manera, atribuyendo la concepción a influencias de un ser no humano, cuando todas las probabilidades son de que debieran haber mirado al hombre como causa de su concepción, más bien que a los objetos materiales con los cuales están las mujeres en relaciones aparentes? ¿Por qué no se ha mirado al hombre y sobre todo al marido, como un totem?

El raciocinio tenía que conducir al hombre a antropomorfizar sus antepasados, a menos que deliberadamente se rehuyese aceptar sus deducciones lógicas en el proceso de la reproducción; esto es, lo que ha pasado; por donde la objeción de Lang viene en apoyo de nuestra teoría, que se diferencia de la Frazer en que creemos *intencionada* la ignorancia de los primitivos sobre la causa de la concepción.

CAPITULO XXIII

Las vírgenes madres

No ya en pueblos atrasados de poca firmeza en sus razonamientos y despistados siempre por las creencias heredadas, sino en pueblos de alta cultura puede avalar la fe concepciones y partos milagrosos, los primeros sin obra de varón y los últimos por vías extraordinarias, que distinguen al nacido de todos los mortales (1). Huyendo de todo lo que pueda lastimar las creencias religiosas, acudiremos para la demostración a un pueblo que puede presumir de poseer una cultura más antigua que la nuestra: China.

«Todo hombre al nacer—dice Hoson—desgarra el seno de su madre y le causa los más vivos dolores. Kiang-yuen dió a luz el suyo sin desgarro, lesión ni dolor; porque el Tien quiso que brillara su poder y mostrar cuánto se diferencia el santo de los hombres». Igualmente los autores chinos refieren que el gran Yu salió del *pecho* de su madre; Sie, por la *espalda*; Lao-Tsee por el *costado* izquierdo; She-Kia por el derecho, y Heou-ist por la vía ordinaria, sólo que permaneció cerrada la puerta (2).

Siempre el miedo al parto

La mitología nos dice que la diosa Trivia, testiga de los dolores del parto de su

madre Latona, pidió y obtuvo de Júpiter la gracia de guardar una virginidad perpetua y fué la virgen blanca (la luna) que domina la gestación de las mujeres y de las hembras de los animales.

Alumbramientos sobre-naturales

¿Podía venir al mundo un dios por el camino vulgar del pecado? Huyendo del sexo tuvieron que abrirle puertas en los costados, en los muslos, en la cabeza (1) de la madre por donde jamás se dió a luz una criatura. Parece imposible que pueda formarse esta creencia, en fragante contradicción con la experiencia; sin embargo, aguanta impertérrita siglos y siglos el mentís diario de la fisiología. Más fácil resulta el establecimiento de la creencia en la concepción mística, sin ayuda de varón, por ser menos aparente el proceso de la fecundación (2).

(1) En los cuentos y leyendas de los pueblos semicivilizados los héroes dotados de cualidades extraordinarias nacen milagrosos. Si son hijos de una virgen son hijos únicos—Sidney Hartland—*The Legend of Perseus*.

Innumerables son también los reyes indostánicos que nacieron de la mano, del brazo derecho, del talón o del occipucio de su padre.

(2) F. Von Reitzenstein. *Der Kausalzusammenhang zwischen Geschlechtsverkehr und Empfängnis* (creencias de los primitivos sobre las causas de la concepción) *Zeitschrift für Ethnologie*, 1909.

Asegura este autor que los griegos tuvieron conocimientos fisiológicos de la concepción, mientras nuestra civilización ignoró los elementos esenciales de la fecundación hasta el siglo XVII, en que dió a conocer sus estudios Schwammerdan (1685).

Daremberg. *Théorie des philosophes grecs sur la génération*. (Revue Scientifique, junio 1881.)

J. Robert. *Principales theories en cours sur la fécondation dans la première moitié du XVIII siècle*. (France Medicale, julio 1908.)

Maupertuis. *La Venus physique ou les lois de la génération*. 1789. Se tradujo a varios idiomas y obtuvo un éxito enorme, que su título puede explicar

(1) Saintyves: *Les vierges mères et les naissances miraculeuses*, 1908. Sebillot: *Conceptions miraculeuses* (Revue des Traditions populaires, oct. 1900). De Charency: *Les naissances miraculeuses d'après la tradition américaine* (Revue des Religions, 1892).

(2) Jacolliot en *Histoire des Vierges* ha estudiado las leyendas de Nari, la virgen india; Muth-Isis, la virgen egipcia; Astaroth, la hebrea; Astarté, la siria; Afrodita Anadiomena, la griega; Vesta, la romana; Luonnotar, la fineza; Herta, la virgen de los germanos; Dea, de los galos; Ina, la virgen madre oceánica, e Iza, la virgen japonesa.

Ahora bien; si los pueblos cultos han tenido fe en las concepciones y partos milagrosos, sin que puedan ser tachados de ignorantes de las causas de la concepción, ¿por qué ha de negárseles a los primitivos, más fanáticos de sus creencias que los civilizados, y por tanto más dispuestos a ver lo que su fe les manda que vean, aunque no exista, esa misma creencia en las concepciones místicas?

El nacimiento de N. S. J.

Un autor especializado en el descubrimiento de evangelios apócrifos, James, en su obra *Latin infancy Gospels* (1927) nos da a conocer el Evangelio de la Natividad de María, que contiene el relato de la comadrona. Creemos es el único que existe. Y por curiosidad reproducimos el siguiente pasaje:

«Para dar a luz, María entra en una

en parte, sin ser uno de esos libros que excitan la insana curiosidad del público. Trae una exposición interesante de las doctrinas emitidas sobre la generación desde la antigüedad al siglo XVIII y las experiencias, poco conocidas, de Harvey sobre la generación.

Jean Rostand. *La formation de l'être*, 1930, estudia las ideas sobre la generación que se formaban los antiguos y los asombrosos descubrimientos de la biología moderna.

gruta que en seguida se ilumina como por el sol del mediodía. Mientras que José y su hijo Simeón deliberan para decidir quién irá a buscar una comadrona, llegó una llamada Zachel, avisada por un jovencillo que parecía ser un ángel. Delante de la comadrona iba su sirvienta portadora de la *cathedra*, sobre la cual las mujeres tenían costumbre de parir. La comadrona no se atrevía a penetrar en la gruta viendo aquel resplandor, pero María con una sonrisa la invitó a entrar.

Después de haber examinado a María durante horas (per horarum spacium) la comadrona salió de la gruta y se puso a gritar: «He visto lo que nunca ví, entendí ni supuse. ¡Un niño varón que nace dejando a su madre virgen! ¡Una virgen ha concebido, una virgen ha dado a luz y después de parir sigue virgen!»

La comadrona contempla llena de estupor y admiración la luz que nace. Poco a poco esta luz toma la apariencia de un niño recién nacido. «Tuve la audacia, dice la comadrona, de cogerle entre mis brazos. Me asusté, porque no pesaba. Le inspeccioné y no tenía ninguna inmundicia encima. Su cuerpo brillante, ligero, era un ascua de luz». Aquí el relato de la comadrona engrana con los textos ya conocidos de los evangelistas.

CAPÍTULO XXIV

La reencarnación

«El nacimiento a los ojos del primitivo consiste esencialmente en el cambio de lugar y de estado de un alma que abandona el mundo invisible para tomar o volver a tomar su sitio entre los vivos».—*S. Hartland* (1).

La idea central de la doctrina de la reencarnación es que los seres pasan sin término del mundo de los vivos al mundo de los muertos y viceversa.

Levy Bruhl dice que en opinión de los primitivos el recién nacido no muere como el adulto, porque no ha vivido su vida; sigue en las puertas de la vida, en el período terminal que conduce a la reencarnación. La muerte no le hace retrogradar. Sigue siendo un candidato inmediato a la vida próxima.

Tumbas aéreas

Cuando una mujer Bahau pare antes de término o ha tenido malos sueños, puede rehusar el niño y devolverlo vivo al árbol, de donde salió demasiado pronto. La madre cree que el niño volverá a reencarnar en su seno y podrá hacer su entrada en el mundo bajo mejores auspicios.

Los dayaks y papuas entierran los niños en los árboles, creyendo que de allí provienen y allí deben volver.

En el África austral es corriente encontrar a orillas de los ríos una especie de canastilla, de vivos colores, que se balancea graciosamente en las ramas de alguna palmera y encierra los restos de un recién nacido.

En el centro de Australia (tribus Unmatjera y Kaitish) depositan los cadáveres de los niños en plataformas o en las ramas de los árboles, a fin de facilitar el reingreso del alma infantil en el claustro materno.

Los algonquines y mongoles dejan los cadáveres de los menores de siete años al borde de los caminos frecuentados para que sus almas puedan fácilmente reencarnar.

Toma directa de las almas de los muertos

Las algonquinas hacen la toma directa de las almas de los muertos cuando desean concebir; acuden presurosas a la cabecera de los moribundos con la esperanza de coger su alma y quedar encinta.

Las eslavas del Sur tratan de aprovechar las almas malogradas en su anhelo de volver a la vida. Para ello se llegan a la tumba de la mujer que fracasó en ese empeño, muriendo de parto o durante el embarazo, invocan su nombre y roen las hierbas que han crecido encima de su sepultura, y conjuran a la difunta para que les dé progenitura (1).

En China, en tiempos remotísimos, se daba sepultura temporal a los muertos en el recinto doméstico, en el sitio precisamente que se guardaban las semillas y disponían el lecho conyugal en el cual la mujer concebía nuevas vidas. Todo nacimiento era una reencarnación de un antepasado (2).

(1) En algunos cuentos eslavos, la virgen concibe un hijo por haber tragado cenizas de un muerto. En un cuento lituano, una chica ha comido en secreto el corazón de un ermitaño recientemente inclinerado; da nacimiento dos horas después a un hijo heroico.

Van Gennep: *La formation des legendes*, 1914.

(2) Granet: *Danses et legendes de la Chine ancienne*.

(1) *Primitive Paternity*, 1911.

Personificación de la muerte

En la antigüedad, los chinos, para hacer más sensible a los ojos de los oficientes la presencia de la muerte, encargaban de su representación a una persona; lo corriente es que desempeñara este papel un nieto del difunto, y por una ficción, aceptada de todos, era tratado como si fuera el antepasado redivivo, que hubiese vuelto con los suyos. Se le otorgaban los mismos honores y ocupaba su puesto en la mesa.

Estaciones de salida de los embriones en Australia

Los australianos suponen que los embriones de niños, que llaman *ratapa*, estacionados en las rocas y árboles *nanja*, tratan de penetrar por el ombligo en el cuerpo de las mujeres a fin de renacer. Invisibles para el vulgo, los magos se precian de verlos. Observada la predilección de los embriones por asaltar a las mozas, éstas han tomado el partido de fingirse viejas al pasar por un sitio frecuentado por aquéllos; creen engañar a los espíritus ancestrales andando encorvadas y con bastón. Con voz cascada murmuran: No vengáis a mí, que soy vieja (1).

Piensen los australianos que existe un *stock* de almas, cuyo número no puede ser aumentado ni en una sola unidad y que reencarnan periódicamente.

Cada individuo es un nuevo avatar de un antepasado determinado.

(1) A veces el antepasado en persona opera. En un momento dado, dice Durkheim, sale de su retiro subterráneo y lanza sobre la mujer que pasa un pequeño churinga, de forma especial, llamado *namatuna*, que penetra en el cuerpo de la mujer y toma forma humana, en tanto que el antepasado desaparece bajo el suelo.

El humo libertador de almas

Antes de reencarnar el alma reside cierto tiempo en el imperio de los muertos (1), el cual es subterráneo donde haya costumbre de enterrar los cadáveres, y donde se les queme, con la humareda del fuego sepulcral el alma del muerto libre de su envoltura terrenal sube a los cielos (2).

En la India creen que las almas desencarnadas habitan la luna.

Las almas pueden entrar por la respiración

Según una creencia comprobada en diferentes sitios, las almas de los muertos pueden permanecer en el aire y pasar por la respiración al cuerpo de los hombres, sobre todo de los recién nacidos.

La polvareda que levanta el viento hace temer a las australianas que arrastre los embriones de niños, y por esto huyen de las corrientes de aire, que gozan fama de embarazantes.

El viento es el ejemplo más evidente de la actividad de las fuerzas inciertas; se le siente, se le oye, se comprueba su poder, pero sin verle verdaderamente. Se supuso que ciertos espíritus, las harpías, desencadenaban los vientos de tempestad, y la creencia popular estableció relación entre estos espíritus y las almas; los vientos den la vida. Recuérdese las yeguas de Virgilio, *vento gravidæ*, y lo que a propósito de esto dijo San Agustín (3).

(1) Hertz ha recopilado muchas descripciones detalladas del mundo de ultratumba y de los viajes que han de realizar los muertos para llegar a él. (*Contribution à l'étude d'une représentation collective de la mort.* (Année sociologique, 1907).

(2) En este hecho ha creído encontrar Eitrem el origen posible de los dioses uránicos. (*Hermes und die Totem*, 1907).

(3) Sobre los vientos zoógonos y psicótrofos, como agentes de fecundación o como vehículos de almas ancestrales, véase Harrison.—*Prolegomena to the study of the Greek Religion.*

Los indígenas de Mentawai, hablaron a A. Maas

En Hotentocia después de la fiesta de la pubertad, las chicas corren desnudas cara al viento que debe fecundarlas.

El agua vehículo de almas

En la isla de Trobriand creen que el espíritu del moribundo se va a Tuma, isla invisible de los muertos, donde lleva vida análoga a la terrestre y más feliz. Con todo, llega un momento en que añora volver al mundo de los vivos y se convierte en un bebé prenatal que a bordo de una hoja flotante, o a nado, llega a Trobriand, invisible para los ojos mortales, y penetra en el cuerpo de la mujer cuando se está bañando.

La pesca de almas en los pozos

En Alsacia la comadrona va a echar un terrón de azúcar al pozo para pescar el niño (1). Se ha dicho que esto era una precaución contra las preguntas indiscretas de la chiquillería. Pero olvidan que la palabra Surbrunnen designa esa pesca de niños en los lagos y en las fuentes, que no está circunscrita a Alsacia, y acredita la supervivencia de una creencia paralela a la de la tierra madre: la del agua madre.

Embarazos por el agua del río

Los Dusii, genios que embarazaban a las celtas, eran los cursos de agua, los Dhuyos actuales. En tiempos de Homero, se creía en Grecia que los cursos de agua podían embarazar a las mujeres (2). Las

de un país en que las mujeres tenían por único esposo al viento sudoeste.—Ploss y Bartels.—*Das Weib* (8.^a edición, pág. 631).

(1) R. Eisler: *Los pozos de las almas* (Archiv für Religionswissenschaft-XVI).

(2) R. Gardner: *Greek river worship* (Transactions of the royal society of literature-1878, página 173).

ninfas de la fuente de Artigueluge, en Arcadia, conferían la fecundidad a las estériles, como lo acreditaron dotando a Hebe de tan extraordinaria facultad prolífica que dió a luz treinta semidioses. Las ninfas de Agua Domitiano tenían al obscuro Priapo de dios tutelar. De prestar crédito a los filólogos, iguales creencias debieron existir en Egipto, pues Nil significa fecundidad (1).

El agua sucia y las almas

El agua sucia tiene un papel particular; las almas de los muertos viven en ella y la impurifican con su contacto, aun cuando antes fuera pura. Las almas aman la suciedad tanto como los vivos la aborrecen; por esto el agua, en la cual se lava uno, es echada a tierra para que sirva de alimentación a las almas de los muertos.

En Alemania, Bretaña, Escocia y España, cuando una persona fallece hay la costumbre de firlar el agua de todas las tinajas, barreños y recipientes de la casa, creyendo que el alma del difunto se zambulle en este agua, que sería temeroso beber.

Fecundación por el Sol

La fecundación por el astro del día no es rara en las leyendas (2). En una siciliana; un adivinador pronostica al Rey

(1) Cerca de Mogador en el santuario de Moulay bou Zergtoun, existe una peregrinación el 15 de octubre. Las mujeres se bañan en el mar sin ropas y reciben el choque de siete olas sucesivas que deben hacerlas madres.—Montagne: *Coutumes de la côte berbère du Maroc* (Hesperis IV).

(2) Probenius: *Das Zeitalter des Sonnengottes*, 1904, ha encontrado el mito de la inmaculada concepción en muchos pueblos. Una joven traga el dios solar bajo una forma cualquiera, y a consecuencia de este hecho da a luz un niño. En Hawái, por ejemplo, una chica es fecundada por dos bananos maravillosos que ocultaba en su seno; en Samoa, una virgen queda preñada por haber recibido los rayos del sol poniente; en Africa, la fecundación resulta, sea de un baño en el mar o en el río, sea de haber comido hierba.

tendría una hija, la cual, cumplidos los catorce años, concebiría del sol, y para impedir este mal que le auguraban, mandó el monarca encerrar a la recién nacida en una torre sin puertas ni ventanas. Llegó la fecha fatal y tuvo el Rey la ocurrencia de obsequiar a su hija con un pedazo de cabrito asado, dándola con los huesos de esta comida el instrumento con que pudo agujerear la pared y recibir el rayo de sol que había de fecundarla. La historia de Danae, encerrada por su padre en un subterráneo, y encintada por Zeus, bajo la forma de lluvia de oro, admite una explicación semejante (1).

Entre los Natchez (de América) el totem de las clases privilegiadas es el sol y en todos sus mitos se le considera como un ser humano capaz de tener hijos.

En la india antigua (2), las solteras tenían recelo de desnudarse al sol, por creer que las encintaría. La vestal romana y la acila peruana (vírgenes consagradas al sol), convictas de tener relaciones con un hombre, eran emparedadas vivas. La peruana no escapaba a este castigo más que en el caso de no podersele probar el delito, y entonces se la consideraba encinta del sol—que era el *pacarisa* (3) de los incas.

Los hijos del fuego

Estando al cuidado del fuego real la vestal Ocrisia, una llamarada saltó hacia ella y la reina creyó ver en ello una señal de enamoramiento del fuego y mandó a su

(1) Elien cuenta que el rey caldeo Sakharos, advertido que un niño de su hija le privaría del trono, la encierra en un torreón, a fin de que no pueda tener comercio con ningún hombre. La precaución fué inútil; el sol la encintó y los guardianes tiraron al abismo el niño—el futuro héroe Gilgamés—que fué sostenido en su caída por un águila.—W. Deonna: *La légende d'Octave Auguste*. (Revue Histoire des Religions, LXXXIV, pág. 77).

(2) Costumbres indias: concepción por el sol (Folklore VII).

(3) Garcilaso llamaba así al totem.

servienta se vistiera de novia y se acostara junto a él. En efecto, la vestal quedó encinta y dió a luz a Servio Tulio, futuro rey de Roma. Plutarco refiere una leyenda análoga del fundador de Roma, Rómulo; Vulcano tuvo a su hijo Cœculus haciendo saltar una chispa sobre el seno de una virgen; Erichthonios, rey de Atenas, debía la vida a los amores de Hephœstes, dios del fuego, con Atena, diosa virgen. Frazer deduce de estas leyendas que los antiguos reyes romanos se creían hijos del fuego y de las Vestales.

Fecundación por la luna

Los esquimales creen que los antepasados residentes en la luna envían el germen del niño al cuerpo de la mujer por intermedio de un sacerdote o directamente (1). Para los euahlayi, de Australia, los gérmenes de los niños provienen de la luna, de donde los trae la corneja o el lagarto, según sean chico o chica (2).

Las eslavas del sur atribuyen la fecundación a los rayos plateados de la luna y las lugareñas bretonas todavía se esconden de la claridad lunar para festonear de deyecciones las tapias de su corral; temen quedar embarazadas por nuestro satélite.

El animal totem generador

Sostenía Spencer que el animal totem es considerado en realidad, en la mayoría de los casos, como generador y miembro del clan que lleva su nombre y que su culto afecta en bastantes aspectos el de un culto ancestral. También para Mac Lenan

(1) Neieuwenhuis: *Las concepciones de los pueblos primitivos relativas a la vida sexual del hombre* (Int. Arch. für Ethnogr., 1927).

(2) Frazer ha publicado varias leyendas de Fidjianos, Carolinos, Hotentotes, etc., relacionando la inmortalidad—mejor dicho, la muerte y la resurrección—con las fases de la luna (*The Belief in immortality*). Van publicados tres volúmenes, que corresponden a Australia, Micronesia y Polinesia.

el totem es adorado como antepasado, y «si se tiene más confianza en él, es porque se le supone de mayor poderío, en el rango de los espíritus de los jefes de más renombre y de los magos más habilidosos». Pero la cuestión es precisamente saber cómo el totem de un clan ha llegado a ser mirado como su antepasado por los que de él esperan ayuda y protección (1). Nosotros lo hemos explicado por una invención del parentesco de la cual no ha llegado la humanidad a olvidarse en ningún momento, como lo prueban estas palabras de Alfredo Loissy, de reconocida autoridad en estas materias: «Haya una afinidad tan estrecha como se quiera entre el australiano y su totem, el clan y la especie totémica no arrancan de un tronco común, que será hablando con propiedad, la especie totémica misma, como si el clan no tuviera primer antepasado humano. El clan tiene sus antepasados humanos que están claramente determinados, que han existido, si nos atrevemos a decirlo, por sí mismos; es la especie totémica, cuyo origen sigue vago, la que depende más o menos de estos grandes antepasados de los clanes humanos».

Por su parte Thurwald (2), reconoce que

(1) «Si habláis con un melanésico de su antepasado totémico del cual se cree dependiente, habla en un momento de este antepasado como si fuese un ser humano y al rato como si fuese un animal. Si tratáis de determinar en qué sitio se produce el cambio, vereis que no le ha habido hablando en propiedad, sino que piensan al héroe del relato como siendo a la vez, y de continuo, humano y animal». Rivers: *The History of Melanesian Society*, 1914.

En algunas sociedades totémicas americanas se figuran al antepasado epónimo como un ser humano, el cual, a consecuencia de diversas peripecias tuvo que vivir largo tiempo entre los animales de la especie que da nombre al clan. Ese trato le identificó tanto con ellos, que al regresar junto a sus compañeros no le reconocieron, y le pusieron el nombre del animal, al cual se parecía.

(2) Thurwald: Die Denkar als Wurzel des Totemismus (Sitzungsberichte der XLII.^a Versammlung der Deutschen Anthropologischen Gesellschaft in Hilbronn, 1911).

al designar como causa primera del totemismo ciertas condiciones locales, por ejemplo, la importancia de los animales o plantas para la nutrición, no se define sino una ocasión o una coincidencia externas, pero no se dice por qué los hombres han interpretado los hechos así y no de otro modo, y por qué han elaborado intelectualmente este asunto de una manera y no de otra. Si se busca entonces cuál puede ser el carácter esencial de la «manera de pensar totémica», se nota que las opiniones sobre la procreación son fundamentales.

La metempsicosis

El sabio holandés Wilken, conocedor sin igual de la etnografía del archipiélago de las Indias orientales, se inclina a pensar que en estos pueblos la doctrina de la transmigración de las almas (1) ha conducido a la idea del parentesco del hombre con ciertos animales o a creerse descendiente de animales promovidos al rango de antepasados y reverenciados por este título como los antepasados humanos. No les falta más que llamarse como el animal reverenciado y diríamos que es totemismo (2). Frazer ha hecho muy serias objeciones a esta teoría. Los pueblos inconfundiblemente totémicos—como los indios de América septentrional y los indígenas australianos—no tienen noción de la transmigración de las almas, idea que florece en un tramo superior de la evolución social, y por otra parte, es obligado el pensar que la especie animal, a la que se van las almas después de la muerte, posee ya un carácter sagrado que determina la elección. Durkheim, hace una objeción análoga: «Es preciso que el cuerpo del animal

(1) Para el estudio de esta doctrina puede verse Eric de Henseler. *L'âme et le dogme de la transmigración dans les livres sacrés de l'Inde ancienne*, 1928.

(2) Wilken.—*Het aminisme bij de Volken van den Indischen archipel*, 1884.

sea considerado como la verdadera patria del alma humana, puesto que se supone vuelve allí en cuanto recobra la libertad.»

Wundt (1) adereza el mismo argumento de la metempsícosis, dándole más bien aspecto de novela que de hipótesis científica. En los campos de batalla, cuando muere un hombre, ciertos animales se arrian a su cadáver; son el halcón, el cuervo, la serpiente, etc. Los supervivientes imaginaron que el alma de los héroes muertos se refugiaba en estos animales y les acordaron por ello respeto especial (2).

El árbol como instrumento generador

Los helenos llamaban a las encinas las primeras madres; para la mitología escandinava, los primeros hombres fueron robles, y esto mismo creían haber sido los arcadios antes que hombres. En los tiempos presentes, los alemanitos se creen salidos de un árbol carcomido, y los chiquillos del Piamonte piensan que sus madres les extraen de las encinas. Está muy extendida la creencia popular que considera el árbol como instrumento generador (3). Esta creencia ha llegado a ser un dogma

(1) Wundt.—*Totemismus und Stammesorganisation in Australia* (Anthropos, 1914).

(2) Un autor muy documentado, dice:

El muerto reencarna en los vegetales que crecen sobre su tumba, en los carniceros y aves de presa que han comido al hombre o devorado su cadáver, y en los gusanos y culebras que salen de la tierra. Por deducción, se cree posible el renacimiento bajo la forma de animales que no devoran a los muertos. Torgny Segerstedt.—*Sjaelavandringslaeráns Ursprung*, 1910.

Muchas veces en los cuentos, basta el contacto con un animal para que la mujer quede embarazada.

En las sagas se encuentran las mismas causas de fecundación que en los cuentos.

El primer antepasado de la dinastía Manchú, nació porque su madre vió al salir del baño un gusano rojo sobre sus vestidos y se lo tragó.

(3) Igual creencia se tiene de la hierba. La madre del emperador de China Chang (veinticinco

religioso, la doctrina del pecado original, y dió el segundo golpe con la cruz, convirtiendo el árbol generador en regenerador, en opinión de Gubernatis (1).

Espíritus alojados en los árboles

El entierro en los huecos de los árboles, ha convertido a éstos en féretros de almas. El eminente mitólogo alemán Gölther, dice que «el espíritu del árbol, proviene en muchas leyendas germánicas, del alma de un hombre enterrado en él. El árbol que abriga la casa, llega a ser el domicilio del espíritu de la casa. No se distinguen claramente las almas de los árboles y de los hombres» (2).

Infinidad de pueblos salvajes (citaremos los bayandas, bosquimanos, hereros), se consideran descendientes del árbol sagrado, al que saludan enternecidos cuando le divisan desde lejos, y cuyo nombre toman para su tribu. Todavía a la sombra del árbol de Guernica, se realizan los actos solemnes de la vida política de los vascos.

La noción del alma no es primitiva

El pensamiento de los primitivos puede ser llamado «mágico». Tratan a la tierra

años antes de nuestra era), quedó encinta por haber aspirado el perfume de una hierba olorosa.

En Andalucía, es creencia popular que

Hay una hierba en el campo
que se llama la borraja,
toda mujer que la pisa
luego se siente preñada.

Cabal cita esta poesía popular:

...Allí nace un arboleado
que Azucena se llamaba;
cualquier mujer que la come,
luego se siente preñada.

(1) *Mythologie des plantes*, 1878.

(2) La tribu Dyeerie (de Australia) considera sagrados ciertos árboles, en los que ve a sus padres transformados, y en las islas Filipinas creen que el alma de sus antepasados difuntos, anidan en ciertos árboles.

como a una persona, cada especie como a un solo ser. Una parte reemplaza al todo; una pluma equivale al pájaro y los cabellos o las uñas al hombre entero; la sombra, la imagen vale lo que la persona. Esta mentalidad permite las asociaciones de ideas que reclama la magia; el primitivo pretende hacer nubes y lluvia con el humo de su pipa o de un tizón e identifica el fuego con el sol. Esto no lo ha tenido en cuenta, según Preuss (1), la explicación animista de la religión cuando ha querido deducir de ciertas experiencias la creencia en el alma o en los espíritus. La idea del alma, como ha demostrado Preuss, más bien que el principio del pensamiento religioso, es su resultado.

Origen de la reencarnación

El temor a la muerte, aguijoneó la imaginación del hombre primitivo en la invención de medios de defensa, fundamentales en los ritos funerarios, y a la zaga o delante de éstos, explicándoles o alterándoles, fué creciendo el concepto del alma, tan mísero en un principio que no pasaba en tiempos de Homero (y nos referimos a Grecia, porque es donde ha podido seguirse, a través de los siglos, las variaciones de la idea del alma) de ser un soplo, una sombra, una imagen impalpable, como la visión de un sueño, hasta llegar a convertirse esa sombra impotente, en los tiempos históricos, en almas dotadas de gran poder (2), influyentes sobre los vivos, inmortales y viajeras (3).

(1) *Der Ursprung der Religion* (Globus, 1904 y 1905). Hubert y Mauss: *Esquisse d'une théorie générale de la magie*: *Année sociologique* (VII). La teoría preanimista ha destronado a la animista de Tylor (*Culture primitive*) que reinó sin oposición durante más de treinta años.

(2) Rhodé: *Psyché*, 1890. Es una perla de erudición y de galanura de estilo. Existe una edición italiana muy accesible.

(3) L. de Félice: *L'autre monde, mythes et légendes, le purgatoire de saint Patrice*, 1906. Puede decirse que este libro es el Bedeker de los viajes al otro mundo.

No es verosímil que las creencias reencarnacionistas ahormasen los ritos de nacimiento, porque reclaman la prioridad las necesidades de protección de las parturientas, motivo fundacional de tales ritos, y es indiscutible que para adoptar estas defensas no necesitaron los primitivos aguardar a que se aclarase la noción del alma, tan confusa en los primeros tiempos (1), ni importaba saber si la muerte de las parturientas era ocasionada por el mal de ojo de un hechicero o por el ánima vengativa de una mujer muerta de parto. Como no se esperó a conocer los microbios para huir de los pestosos.

Engarce con nuestra hipótesis

Todo lo que se refiere a orígenes de ritos es incierto, pero dentro de esta incertidumbre hay ciertas probabilidades de que estuvieran establecidos los ritos de nacimiento—o por lo menos su núcleo inicial de protecciones a la madre y al recién nacido—cuando empezaron a gravitar en la vida social de los primitivos las creencias reencarnacionistas. Admítasenos como prueba de que éstas llegaron con retraso el que se encontraran vuelto del revés el endoso del parto. La mujer había imputado a los árboles, a los animales, a los astros, etc., el parto de los hombres, y esta imputación falsa troqueló los mitos y las leyendas, que acuñaron la nueva moneda ideológica que circuló como legítima en tiempos posteriores. Insensiblemente lo falso se convirtió en verdadero, autorizado por la leyenda, la tradición y la religión, que acreditan de consuno el parto

(1) A. Bastian: *Zum Seelenbegriff in der Ethnologie* (Ethnologische Notizblatt, 1901), revista bastante completa de las concepciones del alma en distintos pueblos). Georges Henderson: *Survivals in Belief among the Celts*, 1911, que hace historia de la creencia en el alma. H. B. Alexander: *The Conception of the Soul* (Journal of Philosophy, 1912) concepto del alma como vida, como aliento, humo, fuego, sombra, fantasma, etc.

de seres humanos por los árboles, los animales, los astros, etc.

Los embusteros acaban por creerse sus propios embustes, y esto mismo debió sucederle a la humanidad con el endoso del parto, pues habiéndose propuesto engañar a los espíritus sobre la procedencia de los niños, a la postre resultó ella la engañada.

La creencia en la generación extrahumana había arraigado mucho cuando las ideas reencarnacionistas tomaron la hegemonía, pues éstas no pudieron moldear a su gusto los ritos de nacimiento, que tenían ya los huesos duros, y se conforma-

ron con un arreglo que salvara las apariencias. Este arreglo ha consistido en suponer que los árboles, los astros, la tierra, etc., no tienen el poder de engendrar y parir seres humanos, sino que son simples intermediarios, vehículos tomados por las almas de los antepasados para llegar a las mujeres y hacerlas concebir.

Sociólogos y etnógrafos encontraron el negativo del pensamiento de los primitivos, y no se les ocurrió volver lo blanco negro para sacar la positiva, que había de darnos el verdadero retrato de lo que pensaban los primitivos sobre estos problemas.

CAPÍTULO-XXV

Imposición a los niños del nombre de un antepasado

¡Ojo con lo que se dice!

Los salvajes ponen especialísimo cuidado en eludir de las conversaciones el nombre de sus muertos; si alguna palabra le comprendiera entre sus sílabas, la desfiguran, castrándola o injeriéndola sílabas convencionales. Al morir el rey de los Sakalaves (de Madagascar) la palabra *masoandro*, que era su nombre, y quiere decir sol, quedó tabuada, y para designar el astro del día, recurrieron a una perifrasis, y le llaman *Mahamay*, que significa *el que calienta*. Los Massai se valen del mismo subterfugio para hablar de sus muertos sin peligro de que se les aparezcan en sueños. Les cambian de nombre cuando mueren y en lo sucesivo no pronuncian el que tuvieron en vida; así, no oyéndose llamar, el muerto no responde.

Ese miedo insensato a los muertos tuvo necesariamente que reprimirse cuando se llegó en muchos pueblos a facilitar pasaje para una nueva travesía por el mundo a las almas de los antepasados, curándoles así de sus odios y envidias a los vivos.

En muchas sociedades salvajes (negros, australianos, malayos, polinésicos, esquimales, indios, etc.), el muerto reencarna y su nombre se hereda. El clan tiene un número limitado de almas, de nombres, que pasan y repasan por el escenario de la vida, como esos comparsas que simulan un desfile de tropas interminable, dando vueltas a la decoración.

El nombre del muerto en cuarentena

Por lo común no se toma el nombre del muerto hasta que pase el período de luto, durante el cual se supone por lo vivo del recuerdo que aquél ronda aún este mundo.

En Australia el nombre del muerto es

tabú cuatro años; en las tribus del Estado de Washington dos o tres; entre los Sioux, Iroqueses, etc., menos aún (1).

Resurrección del nombre de un difunto

En algunas tribus indias, sobre todo cuando se trata de un jefe, el nombre, después de estar algún tiempo enterrado con el cadáver, le adopta un notable, que *resucita* al difunto y ocupa su puesto entre los vivos, apropiándose de todos sus derechos.

Cómo se averigua el nombre del antepasado que debe ponerse al niño

Entre los Bagas, una matrona tiene al niño en las rodillas y hace sobresalir una moneda del borde de una mesa, a punto de caerse. Pronuncia los nombres de toda la parentela difunta del chiquillo y el pronunciado cuando la moneda cae es el que le ponen.

Los Tchwi del Golfo de Guinea, muestran al niño diversos objetos que hayan pertenecido a miembros difuntos de la familia, y aquel que parezca escoger por algún ademán de preferencia, le identifica con uno u otro de sus antepasados.

En Nueva Zelanda se lleva el niño al mago, quien le mete en un oído un idollito a fin de que penetre el espíritu del dios en la criatura, y la dice: «Escucha, que

(1) En Annam las madres dan de mamar a sus hijos durante tres años, y por reconocer este beneficio se adoptó el luto del mismo tiempo. Durante el luto por su padre, el annamita come un alimento grosero, lleva trajes de cáñamo, duerme sobre paja, no puede casarse. En cambio los padres no llevan luto por sus hijos.

voy a decir tu nombre. ¿Cuál es tu nombre? Te llamas...» Y repite los nombres de todos los antepasados hasta que el niño interrumpe la letanía con un estornudo; el nombre pronunciado en aquel instante es el que le ponen.

Entre los Khonds, bautiza el sacerdote adivinando qué antepasado ha reencarnado en el niño por la manera de caer los granos de arroz en un vaso lleno de agua.

La madre Backerewe sostiene en brazos a la criatura bajo techado, y desde fuera, alto para que aquélla lo oiga, pronuncia su marido, con los ojos fijos en la lanza, los nombres de sus abuelos. Si en el momento preciso de pronunciar uno de estos nombres el niño mea, ese es el nombre que hay que darle; los antepasados lo quieren así.

Podía multiplicar las referencias de esta consulta que se les hace, lo que prueba no es un homenaje al muerto, sino un disfavor que le encolerizaría con quien osara tomarle el nombre sin pedirle consentimiento.

Los mismos muertos proponen su candidatura

En algunos pueblos los muertos se aparecen en sueños a las embarazadas para pedirles que pongan su nombre al niño que va a nacer. Las laponas reciben estos ruegos de sus parientes difuntos, y como se duermen con ese anhelo, no es maravilla se vean complacidas, porque los sueños suelen dar la réplica a nuestras aspiraciones inconfesadas (1).

La toma del nombre está reglamentada por el uso

Hasta donde el azar decide la forma de consultar la voluntad de los muertos, la

perseverancia en el mismo uso, puede decirse que le reglamenta, y en culturas más altas el azar se elimina y la costumbre manda dar al infante el nombre de su abuelo y a la infantita el de la abuela. Así procedían en la antigüedad los israelitas — que es muy discutible practicasen el culto a los muertos — los árabes y los chinos.

En Grecia daban el nombre del abuelo al niño mayor. Demóstenes nos hace saber que el segundo hijo recibía el nombre del abuelo materno y el tercero el de un pariente de la madre. *Rara vez se imponía el nombre del padre.*

Equivocaciones

Quando no aciertan sus padres a darle el nombre que le corresponde, el niño esquimal está intranquilo, llora, no quiere mamar; se consulta al mago, que advierte el error cometido al denominar al niño con el nombre de un antepasado mal dispuesto a reencarnar en él. Le ponen al niño otro nombre, y si se tranquiliza señal que se afinó con el antepasado deseoso de reencarnar.

Como en la península de Labrador es reglamentaria la toma del nombre del último antepasado difunto, puede ocurrir que sea de distinto sexo que el niño, y esto no les apura. Al niño le dan el nombre de su abuela, si fué la última en fallecer; le visiten de mujer, y *su madre no le llama hijo, sino MAMÁ*, porque encarna a la abuela. Lo mismo se truecan las ropas de la niña si la casualidad le obliga a heredar el nombre de su abuelo. Y esto por toda la vida.

Estos ejemplos nos dispensan de encarecer la importancia que reviste en las sociedades atrasadas la toma del nombre de un antepasado.

Goethe con intuición genial ya dijo que «el nombre no es un vestido que se pone uno para quitárselo en seguida; sino que envuelve al individuo y crece con él como una piel».

(1) H. Ellis: *L'apparition des morts dans les rêves*. (Revue des Idées, Febrero, 1911).

¿Cuándo reencarnan los muertos en un ser humano?

Smith y Dale, exploradores del Norte de Rodesia, pretendieron concretar este punto. Entre los Ba-ila las opiniones están divididas. Unos creen que al serle impuesto el nombre, el niño se convierte en el fulano difunto; otros les contestaron: «Yo soy mi abuelo; yo entré en el vientre de mi madre para nacer».

Reencarnación temporal

Los esquimales del estrecho de Bering celebran grandes fiestas de difuntos, a las que éstos son invitados, anunciándose por medio de unos postes rematados con la imagen del animal totémico del muerto, que se plantifican ante su sepultura. Se da por descontado que los muertos aceptan la invitación y acuden a la fiesta *metidos* en el cuerpo de sus homónimos. Lo que éstos coman, beban y vistan en tan señalados días no es para ellos, sino para los antepasados que son sus huéspedes, y que aprovechan estas visitas para abastecerse para todo el año. Todo cuanto se ofrece al homónimo lo recibe el muerto.

El culto a los muertos

Este culto no cuaja más que en sociedades de alta cultura; chinos, egipcios,

griegos y romanos (1); falta en las rudimentarias de Australia, Micronesia y Polinesia, que tienen ritos funerarios, inconfundibles con un culto, porque no se repiten de tiempo en tiempo con el fin de estrechar los lazos con los antepasados (2). Las tribus inferiores no suelen preocuparse de sus muertos más que en el momento de fallecer y el tiempo de luto.

Es indudable que la toma del nombre de los antepasados, establece relaciones continuas entre vivos y muertos, y esto puede alimentar la creencia en la reencarnación y producir tal hipertrofia en los ritos funerarios que llegue a florecer un culto a los muertos.

Pero a nosotros lo que nos importa es dar una nueva prueba del marcadísimo interés que tuvieron los padres en *no dar su nombre a los hijos*. No será la última.

(1) Para el manísmo, o culto a los muertos, véase la amplia exposición de la *Encyclopediæ of Religion and Cult of the Dead*.

(2) En Tonkin hay una industria muy próspera de baratijas para ofrendas funerarias. A los cien días justos de ocurrir el fallecimiento, se quema en una gran fiesta la reproducción exacta de la morada del difunto, y billetes falsos, vestidos, esclavos, muebles, etc., todo de juguete. El humo los transporta a la mansión de los muertos. Después las ceremonias se reducen al aniversario, hasta la 5.^a generación, en que se extingue el culto de la posteridad a su antepasado.

Además, en el altar doméstico y encerrado en un tabernáculo, tienen las tabletas de las cuatro generaciones de antepasados. Delante de ese altar se celebran todos los acontecimientos de la vida.

CAPITULO XXVI

La adopción

El fundador de la paleontología jurídica Sumner Maine (1) demostró la importancia de las ficciones legales en la infancia de la sociedad. Una de las ficciones legales más usadas era la que permitía crear artificialmente relaciones de familia, y «a ninguna otra, según él, debe estar más reconocido el género humano».

La ficción de la adopción imita tan perfectamente el parentesco real, que ni la ley ni la opinión establecen diferencia entre el parentesco de sangre y el que nace de la adopción.

Fórmulas de adopción

En los pueblos cultos de la antigüedad, lo mismo que entre los salvajes, estuvo muy extendida la adopción. Las fórmulas no difieren gran cosa y pueden ser clasificadas en tres grupos, a saber:

A) *Simulación del parto*. Es un caso particular de la magia imitativa, según la cual, en opinión de los salvajes, el acto simulado se realiza realmente.

Al hablar de la *Covada* describimos algunos ritos de adopción incluibles en este apartado porque son remedos del parto. Nos limitaremos por ello a indicar una variante, que consiste en recibir al niño que quiere adoptarse sobre las rodillas. Como en la antigüedad, la mujer germana daba a luz sobre las rodillas de su esposo, no puede ser más transparente el simbolismo del gesto de adopción de los germanos, el cual también conocieron los hebreos y los helenos. Jacob, para adoptar a los hijos de José, los tomó sobre sus rodillas, y Ulises al nacer fué colocado

sobre las de su abuelo materno, quien le dió nombre.

Adoptio imitatur naturam, y con arreglo a esta máxima en Roma antigua el padre adoptivo había de llevarle dieciocho años de edad al niño adoptado, y estaba prohibido a los eunucos adoptar, por ser impotentes para engendrar hijos (1).

B) *Lactancia*.—En muchos pueblos se tuvo la relación basada en el amamantamiento por tan sagrada como la de consanguinidad.

En China, las ceremonias de poner al niño en ama, son análogas al rito de adopción (tetar es uno de los procedimientos de emparentar) y las dos familias se unen desde aquel momento como *pên-chia*, (miembros del mismo clan).

Egipcios, hebreos, etruscos y musulmanes han conocido el parentesco de leche.

En Circasia la adopción se hacía simulando la lactancia; en Mingrelia no lactan a los hijos, y la nodriza y su familia son del niño más queridos que su familia natural. Chicas jóvenes aceptan este parentesco ficticio con muchachos a los que dan a morder su pecho. La palabra latina *filius* la derivan algunos filólogos de una raíz que significa tetas, chupar, e infieren de ello que designó primitivamente el niño de teta. ¿Por qué no un parentesco basado en la lactancia?

Cosquin ha investigado el origen y difusión del tema «La leche de la madre».

En un cuento del Cairo, un joven enviado a una expedición peligrosa ve a una ogresa, con las mamas vueltas a la espalda, que se dispone a moler grano. El joven se acerca sin hacer ruido, succiona la mama derecha primero, luego la izquierda

(1) *L'ancien droit*, 1874. Los ingleses superan a los alemanes en estas materias; tan sólo Ihering puede ser comparado a Sumner Maine y a distancia.

(1) Para la historia de la adopción Kohler, en *Zf. für vergleichende Rechtswissenschaft*, tomo V; estudio sólido y brillante.

y dando la vuelta se presenta a la ogresa y le dice: «La paz sea contigo, madre ogresa». Ella le contesta: «Has bebido de mi mama derecha; eres igual que mi hijo Abderrahim», y le ayuda en su expedición (1).

C) Verbalista.

La fuerza mágica de la palabra se basa para crear los vínculos de parentesco inherentes a la adopción. El israelita pronunciaba estas sacramentales palabras: «Tú eres mi hijo; te he engendrado hoy».

El poco uso de estas fórmulas verbalistas, sin acompañamiento de gestos representativos del parto o la lactancia, claramente denota que en los orígenes de la adopción lo importante era el fingimiento del parto *por persona distinta que la madre*. Y ello nos conduce a pensar que la adopción entró en las costumbres y suplantó a la verdadera paternidad como tal endoso del parto, porque daba resuelto, en forma conservadora para la vida de la infancia, el problema de más urgencia para la parturienta, que era escamotear el alumbramiento.

Otra fórmula, la testamentaria, usual en la adopción *in articulo mortis*, como recurso supremo para dejar herederos del nombre y rezadores por el alma del moribundo, es inaprovechable en un estudio de orígenes, porque representa un progreso del derecho, a la vez que implica una adulteración de los principios de la costumbre.

Por el mismo motivo hemos de descartar la adopción póstuma. En las sociedades antiguas, al que moría sin hijos, su viuda se los proporcionaba contrayendo nuevas nupcias. Los Pársis tenían una clase de matrimonio, llamado *Yogan Zan*, en el cual la mujer estipulaba que el primer

hijo no sería mirado como de su marido, sino de su padre o de su madre, fallecidos sin dejar hijos varones.

La adopción contrapartida del abandono

La adopción es la contrapartida del abandono de los hijos, y aunque se practicara en menor escala que éste, basta para demostrar la existencia de un intercambio de hijos, mucho más desorganizado y libre de reglamentación entre los griegos y romanos de la antigüedad que entre los salvajes de Oceanía.

En efecto, lo que en Grecia se dejaba a la inspiración de los buenos sentimientos —tocaremos extensamente este punto al tratar del abandono de los hijos— en Samoa está perfectamente reglamentado y da motivo a un movimiento de riqueza.

El marido samoano da su hijo a su hermano contra la entrega de cierta cantidad, tal como si vendiera el chico. La costumbre de la adopción en Samoa, lejos de corresponder a una necesidad de afección natural, implica un sacrificio de esta afección «a la organización de un tráfico de propiedad. El niño adoptado sirve de canal para la circulación de la riqueza» (1).

Creemos que este trasiego de riqueza fué un resultado imprevisto del intercambio de niños. Rara vez habría existencias para trocar *taz a taz*, y el matrimonio que inauguraba la operación, tomaría fianza para devolverla el día que los adoptantes de su hijo tuvieran a su vez descendencia y cumplieran el requisito esencial del trueque. Los movimientos de riqueza son, por consiguiente, dobles, y si ello tuvo consecuencias de orden mercantil y dió nacimiento al contrato, como piensa Davy (*La foi jurée*), bien ajenos estarían de buscarlas al proponerse como finalidad inmediata el intercambio y tener que arbitrar garantías para su cumplimiento, pues al hijo re-

(1) En las cábilas del Rif el que se encuentra en peligro de muerte puede salvarse pidiendo protección a una mujer. Una de las maneras consiste en simular que la mujer le da de mamar. Es el *anata* descrito por Leon el Africano en el siglo XVI.

(1) Turner. *Nineteen years in Polynesia*.

cién nacido se le cambia por otro que no se sabe aún cuándo nacerá.

En las islas Marquesas, cuando una mujer está embarazada, discute con su marido a quién le darán el niño que nazca, y empiezan a recibir solicitudes de los vecinos, las cuales son desinteresadas, por cuanto corresponden con regalos a los que reciben de la familia del niño adoptado y consisten en ropas y cerdos.

Sociedades inescrituradas de salvamento de expósitos

A los cuatro días del nacimiento si se trata de una niña, a los seis si es varón, la madre Kavirondo saca a la criatura de la aldea y la abandona en un camino. Es recogida y devuelta a la madre por otra mujer que se considera desde entonces madrina.

Entre los Sakalaves Vezo (de Madegascar) las familias se convienen para salvar al nacido en día aciago. Le llevan al bosque, mas apenas le han dejado en el suelo, abandonado, acude presurosa la parienta avisada para salvarle. Origen semejante debió tener la crianza de hijos en el extranjero que conocieron y practicaron en la antigüedad los germanos, irlandeses y celtas, observable todavía en los pueblos atrasados.

En la antigua Irlanda alcanzó magnífico desarrollo la familia adoptiva entre las tribus célticas; los celtas de cierto rango, los bardos notablemente, agrupaban en torno suyo niños y hasta adultos en calidad de hijos adoptivos y los jefes de tribu concedían a estas colectividades porciones de terreno para permitirles vivir (1).

La adopción en Grecia antigua

Los griegos exponían sus hijos y adoptaban los del prójimo. Los filósofos de la época quisieron explicárselo como una

(1) Sophie Bryant. *Liberty, order and Law under nativ Irish Rule*, 1925. Revela una erudición vastísima.

medida egoísta, económica. Educar hijos decía Demócrito, es un negocio arriesgado. «El éxito se obtiene por una vida de lucha y de inquietudes. El fracaso se paga con dolores. ¿Qué hacer? No tener hijos. ¿Y si se quiere morir con sucesión? Muy sencillo. Se adopta uno bien educado».

Preferían desembarazarse de las chicas, porque en las ideas religiosas y sociales de los antiguos, el nacimiento de una niña no responde al fin esencial del matrimonio (dejar tras sí un niño que pueda cada día sacrificar a sus manes por sus antepasados y endulzar por este culto funerario su triste estancia en la tumba); el hijo es el que perpetúa la raza. Un autor de comedias, Prosidipe, indica crudamente las reglas de conducta de los atenienses. «A un hijo se le educa siempre, aunque sea pobre; a una chica se la expone, aunque se viva en la opulencia» (1).

No será negocio el criar los niños propios, pero no sabemos qué ventaja se sacará de criar los extraños. Los filósofos se encontraron con una costumbre establecida por sus antepasados y de la cual se habían llevado el secreto al sepulcro. De sus reflexiones, muy juiciosas por cierto, no hay que hacer caso.

En el Japón existe la adopción del yerno. El hombre que no tiene más que hijas adopta un extranjero y le casa con una de ellas. Los hijos de este matrimonio son los herederos del abuelo (2).

Significación primaria

En el traspaso de hijos, los padres verdaderos tenían que sacrificar sus senti-

(1) La adopción de adultos al exclusivo fin de perpetuar el nombre e impedir la desgracia de que se extinga el culto doméstico, aparece en el más antiguo derecho griego.

En China es tal el temor que sienten de no dejar sucesión, que algunos maridos privados de ella inducen a sus mujeres a fingirse encinta y van por la noche con todo sigilo a buscar un niño expósito, al cual hacen pasar por hijo.

(2) Fusamaro Tsugaru: *Die Lehre von der japanischen adoption*, 1905.

mientos naturales, y los adoptivos, por el contrario, habrían de fingirlos, si bien a la larga el trato concluyera por hacerlos efectivos. Sólo el miedo al parto ha podido doblegar los sentimientos maternales, induciendo a los matrimonios salvajes a establecer una cooperación para adoptar y criar hijos ajenos.

Los gestos de adopción conservan la marca de fábrica, pues simulan el parto o la lactancia, y en cierto modo, e'los protocolizan la intención de los fundadores de esta costumbre de endosar las funciones intransferibles de la maternidad. Endoso todo lo irreal y forzado que se quiere, pero real y efectivo para los que creían en él.

Mucho han debido enmascarar la adopción el egotismo de ultratumba y la codicia de los captadores de herencias (1), pero

(1) Este interés ha hecho proliferar la adopción entre los Hovas de Madagascar. Allí la adopción es elefantíásica, y no requiere otra formalidad que la presencia de las familias y de testigos. El hijo puede adoptar a sus padres para darles derecho

aún quedan testimonios vivos del sentido original de la adopción, que nosotros intentamos reivindicar, anexionándola al grupo de los endosos del parto.

Si a la esposa de un bramán, que es la aristocracia de la India, se le han muerto uno o dos hijos al nacer o de poco tiempo, cuando tiene otro, para ponerle a salvo, llama a una mujer Koregarl, una paria, sacrificando su inmenso orgullo de casta, y la soborna con regalos para que coja en brazos al chiquillo y le dé el pecho. La Koregarl, se saca un anillo de hierro, lo pone en la muñeca de la criatura y en voz alta dice: «Te llamarás Koregaret». Le da de mamar y le devuelve a la madre. Con esta adopción pone al niño a cubierto de las divinidades Koregares, que han sido tan funestas para los hermanitos.

La adopción en este caso es un endoso del parto, para burlar a los espíritus que malgraron los anteriores.

sobre la fortuna que el abuelo le legara a él. Hasta el Tesoro ha encontrado una mina en la adopción, imponiéndole un tributo.

CAPITULO XXVII

Animales y plantas son reproducidos por el comercio sexual humano

Los indígenas del Centro de Australia, conservadores del totemismo en su mayor pureza, en las ceremonias consagradas a incrementar la reproducción del animal o de la planta totem, hacen ostentación de su desenfreno, practican el intercambio de esposas y hasta el incesto, castigado severamente en la vida cotidiana, goza de ilimitada tolerancia en estas explosiones de lujuria.

Los primitivos son de una castidad increíble en su vida ordinaria—remitimos para la prueba a nuestra obra «Ceremonias nupciales»—y en las bacanales de sus fiestas de siembra no tratan de divertirse, sino de enardecer las fuerzas reproductoras de la naturaleza y multiplicar la especie animal o vegetal, patrona del grupo totémico (1).

Ahora bien, si los aborígenes australianos ignoran la finalidad del acto sexual, como asegura la escuela de Frazer, ¿de dónde han podido deducir su eficacia mágica sobre la reproducción de animales y plantas?

En China antigua, en las fiestas de primavera, los jóvenes de clanes distintos se emparejaban—respetando las leyes exogámicas—y a estas bodas sin ceremonias, estimulantes de la reproducción de las semillas, seguía una cuaresma sexual rigurosísima hasta el otoño; las parejas se apartaban, respetando el embarazo de la tierra.

En aquellos remotísimos tiempos, los matrimonios chinos, formados por tales usos, tenían su acercamiento sexual en la habitación donde guardaban el grano y las semillas, con el fin de que se operase una inducción mágica recíproca, benefi-

cosa para la fecundidad de las esposas y la germinación de las semillas. En China no parece que hayan conocido el totemismo, pero en la época a que nos referimos hay que suponer en estado naciente la creencia en concepciones y partos sobrenaturales.

También entre los Bantú (cafres) del Africa del Sur, las fiestas agrarias son orgías en que están permitidas todas las licencias sexuales y no despiertan la menor reprobación ni el adulterio ni la obscenidad del lenguaje porque ayudan a la abundancia de la cosecha.

En ciertas tribus marroquíes pasan una noche del año en completa promiscuidad para influenciar los fenómenos de la vegetación (1).

Los indios Pililes de América verifican su unión ritual de suerte que coincida con la deposición de la simiente en la tierra.

Los thoitgars de la India meridional, en la época de siembra, alzaban a los bordes del camino unas chozas de paja, donde los esposos instalaban a sus mujeres y ellos salían al camino a implorar a los transeuntes: «Por el bien público; por la abundancia de pan» (2).

(1) Laoust ha visto entre los Ida Oukensous del AntiAtlas una ceremonia, en el curso de la cual dos personajes de carne y hueso, esposos de una hora, se unen ritualmente en la mezquita. Estos personajes, mediante ritos y fórmulas, han sido puestos previamente en relación mágica con la cosecha futura. (*Mots et choses berbères*, 1920).

(2) En los ritos agrarios de Europa sobrevive la creencia en el poder fertilizante del acto sexual.

En Ukranla (Rusia) el día de San Jorge, el párroco de pontifical, bendecía las mieses y las parejas matrimoniales se entregaban al amor en los campos. Los aldeanos de Alemania y Holanda procuran no dejar de tener trato con sus mujeres en los campos después de la siembra.

En *Golden Bough*, de Frazer, se describen infinidad de ritos agrarios. La 1.ª edición de 1890 constaba de dos volúmenes; la 2.ª de 1890 de tres, y la

(1) Van Gennep: *Légendes d'Australie* (en las páginas LV a LVI se ocupa con acierto de la significación de estos ritos sexuales.)

Reproducción de los animales totémicos

Los Mandan y los Hidatsa, de América del Norte, celebran en las fiestas de primavera la danza del bisonte, para lo que empiezan por vestirse con pieles de este animal. Cierta número de bailarines representan bisontes hembras, y uno, provisto de un miembro viril artificial enorme, hace de toro. Debe éste atraparlas a todas sucesivamente, y cuando ha desempeñado a conciencia el papel de fecundador, mujeres y chicos le injurian, le tiran basuras y acaban por ponerle en fuga. Mujeres y chicos corren tras él, le alcanzan y cogen por cansancio, y una casada le arranca el descomunal postizo, y envuelto en hierbas lo llevan, con acompañamiento de dos matronas, al lugar.

En este ejemplo la cópula se verifica entre actores que representan animales, pero son más numerosas las ceremonias cuyo rito central es el cumplimiento del acto sexual por personajes de calidad. Estas uniones no conducen a la conclusión de bodas, están exentas de carácter jurídico y quedan al margen de la vida moral. Se cree que el comercio sexual está dotado en ciertas condiciones (1) de poderosa eficacia mística sobre la propagación de animales y plantas. ¿Es admisible que los primitivos hayan atribuído a la unión del hombre y de la mujer una influencia ferti-

lizante universal, salvo en lo que concierne a la reproducción de la misma especie humana?

Los seres, cuya multiplicación se provoca, son tabú alimenticio

Caminamos de sorpresa en sorpresa. Los animales y plantas que se complacen en multiplicar los primitivos, por magia mimética, son de su totem y no se les puede comer. Entonces ¿para qué los multiplican? Para los demás, contesta Frazer, no muy convencido de que el mutualismo se remonte a la prehistoria (1). Este escollo que abriría vías de agua en todas las teorías, no ofrece peligro para la nuestra. Porque nosotros hemos probado que el primitivo no perseguía, al instaurar tales costumbres, un plan de abastos, sino de defensa contra los riesgos del parto, si bien por huir de un peligro se metía en otro.

Voy a conceder por un momento que esas ceremonias daten del período pre-totémico, libre de restricciones alimenticias. ¿Cómo se dió el paso al estado totémico, caracterizado por ellas? Schmidt, que elaboró una teoría completa del totemismo

(1) Es poco probable, dice el propio Frazer, que una comunidad de salvajes se reparta los reinos de la naturaleza en provincias, asigne a cada una una banda particular de magos, y ordene a todas estas bandas hacer obra mágica en oro del bien común. No es que no existan en Australia, pero las comunidades cooperativas de magos totémicos son más bien desarrollos del totemismo que su germen.— Frazer: *Observations on Central Australian Totemism* (Journal Anthropological Institute XXVIII, 281).

R. Krellinger: *Etudes sur l'origine et le développement de la vie religieuse*; 1919, pág. 149. Con gran decisión acoge Krellinger la idea de un reparto de productores y le pone de base al totemismo, que considera una institución esencialmente económica, implicando la división de la tribu en cierto número de clanes, de los que cada uno es identificado a ciertas especies animales o vegetales. El clan del casoar sería en la división del trabajo social el clan de los productores de casoar.

3.ª de 1919 tiene doce. La traducción francesa de la 2.ª edición se titula *Rameau d'Or* y data de 1905-1911. El año pasado comenzó la publicación de la 5.ª en doce volúmenes.

Frazer es un Balzac o un Zola de la ciencia; trabaja a lo grande y su obra, como dijo *The Times*, es la tragicomedia de la superstición humana.

(1) La idea fundamental de la casi totalidad de los ritos fálicos, dice Van Gennep (*Religion, Moeurs et Légendes*, 1908) es la creencia en una relación tal entre el hombre y la naturaleza, que si aquél cumple solemnemente un determinado acto, la naturaleza ejecutará forzosamente el mismo acto y de esta manera el unirse ritualmente equivale a fecundar la tierra.

comercial (1), supone que los tabús alimenticios tuvieron por objeto primero impedir el despilfarro de materias comestibles y su institución se reforzó por el hecho de denominarse el grupo—por auto-designación o designación ajena—como el animal que más abundase en su territorio. Sayntives, con su teoría dinamista, supone que las interdicciones concernientes al totem están en relación con el mana, como fuerza mágica o mística (2), y Van Gennep lo explica simplemente como una

(1) Wilhelm Schmidt: *Die sociologische und religionsethische Gruppierung der australische Staemme* (Zeitschrift für Ethnologie, 1909, página 328).

Somlo: *Der Gueterverkehr in der Urgesellschaft*, 1909, ha demostrado que la vida económica de los australianos no es menos compleja que la religiosa. Para este autor la organización totémica tiene por efecto regularizar el movimiento de los bienes de toda índole, tanto en lo interior de cada tribu como entre tribus diversas.

Paul Descamps: *Les origines du totémisme collectif*, 1927, defiende la tesis alimenticia. En Australia, país de estepas pobres y hambres largas, se precaven con tabús alimenticios; en Arizona y Nuevo Méjico, países poco lluviosos, se escogen totems de animales cuya aparición indica humedad (por ejemplo, la rana) y su totemismo responde al intenso deseo de que llueva; en Africa, la caza tan lucrativa del elefante da origen a un totemismo comercial curiosísimo, cuyo tipo es el clan de los elefantes de los Baganda.

(2) Una de las principales ramas del arte mágico, dice Sayntives: *La force magique* (libro de gran erudición que trae la historia de la magia),

consecuencia directa de la noción de parentesco reconocido entre los miembros del clan y los de la especie, que hace que todo mal causado al totem entrañe la vendetta y cualquier utilización alimenticia no autorizada constituya un caso de endocanibalismo. Todo esto está muy bien; pero la cuestión de saber por qué el clan se cree ligado a una especie natural permanece intacta. Este punto ha quedado suficientemente esclarecido en anteriores capítulos; aquí me ceñiré a recoger dos conclusiones:

1.^a Que los primitivos creen en la influencia de su vida sexual sobre los fenómenos de reproducción del mundo animal y vegetal. Esta creencia, madre de los ritos agrarios y del carnaval, ha tenido otras derivaciones, sobre las cuales no han fijado su atención los autores y tienen su importancia. De ello hablaremos en la segunda parte de esta obra.

2.^a Que los primitivos creen también en la influencia de los animales y de las plantas sobre la generación humana. Esta creencia, antitética de la anterior, ha servido de base a la teoría concepcional del totemismo.

consiste en utilizar el fuego, el aire, la tierra y el agua para acrecer las fuerzas mágicas individuales y colectivas. El hombre puede tomar la fuerza mágica a ciertos objetos, que son los fetiches, a ciertos seres, que son los totems.

CAPITULO XXVIII

Resumen de la primera parte como introducción a la segunda

Hemos estudiado el drama sangriento del parto, mortal tantas veces, que los Antimerina (de Madagascar) consideran a la mujer encinta como muerta y la felicitan después del parto *por haber resucitado* (1). Nos entretuvimos acaso demasiado en la descripción de las estratagemas ideadas para defender a la parturienta del cerco que se cree la ponen los espíritus malvados. Lo necesitábamos para presentar nuestra teoría del endoso del parto, ajustando las piezas sueltas después de haber desarmado el folklore de muchos pueblos. En cambio, fuimos parcos al hablar de las prácticas desinfectantes y purificadoras, carentes de originalidad, y por no perder marcha, dejamos de abrir capítulo a otras costumbres curiosas, tales como el *endoso de la fiebre puerperal*, que pertenece a otro lote de hechos, muy conocido de los folkloristas: *el traspaso de las enfermedades a los animales, vegetales y cosas inanimadas* (2).

(1) Van Gennep. *Tabou et totémisme à Madagascar*, 1904.

(2) Mucho antes que existieran cuentas corrientes y el cheque representara fortunas, casas, tierras, etc., pensó la humanidad que era posible cambiar de mano las propiedades inherentes a las personas y cosas; p. e., traspasar al hombre la fortaleza del árbol o a éste la enfermedad del hombre. En Arabia cuando hay peste se pasea a un camello por toda la población para que recoja la plaga y se le estrangula en lugar sagrado, desembarazándose así de la epidemia. En Malasia construyen una barquichuela y la cargan de arroz, tabaco, huevos, etcétera. La ponen vela, y un hombre invita con voz estentórea a las enfermedades para que se embarquen y se vayan.

Entre los Baganda el hombre de la medicina confecciona una imagen en arcilla del enfermo; un paciente restriega esta imagen contra el cuerpo del paciente y después entierran aquélla en el camino o la ocultan entre la hierba, confiando en que alguien tropiece o la pise y se lleve la enfermedad. Como allí es un delito contagiar las enfermedades —y conviene decirlo para que se vea andan más adelantados esos salvajes que nosotros— al que sorprenden enterrando una de esas figuritas le cuesta la vida.

Pondremos un ejemplo.

En Tiemcen encierran un pollito negro en la habitación de la parturienta para que cargue con la fiebre puerperal, y después que la mujer da a luz sacan al volátil y le sueltan en el barrio judío. (Se sobreentiende que no pueden ver a los judíos.)

Al Sur de la isla de Célebes, la mujer que siente los primeros dolores del parto, pone su alma en seguro, confiándosela al médico o a la comadrona (1), quienes la guardan preciosamente (el alma va en un instrumento de hierro cualquiera) porque si la perdieran no podrían devolvérsela a la parida ¡ni cobrar la cuenta! La mujer se cree tan segura como el capitalista que tiene su dinero puesto en un Banco.

La noción de impureza que envolvía a la madre y al hijo en la antigüedad clásica (Apolo de Delos y Asklepios de Epidauro expulsaban a las parturientas de sus dominios), ha debido nacer del temor que infundía el parto. Eurípides pone en labios de Medea, la heroína del teatro griego, esta frase: «Los hombres dicen que dentro del hogar nuestra vida está en seguro, mientras ellos combaten con la lanza. Eso no es verdad. Yo preferiría tomar parte en tres batallas que dar a luz una sola vez.»

Los metodistas de la etnografía acaso se escandalicen de la desenvoltura con que hemos usado el método comparativo, sin respetar los padrones culturales; las singladuras velocísimas del pensamiento nos permitieron juntar continentes separados miles de leguas y épocas distanciadas por miles de años; más adrede lo hicimos para acreditar la universalidad de nuestra teoría del endoso del parto, pues como dijo el egregio filósofo Ortega Gasset en una de sus conferencias, «cuando se trata de

(1) Matthes. *Ethnologie van Zuid Celebes*, 1873, pág. 54.

una verdad fundamental no hay que buscarla por los rincones, porque entonces sí que es una verdad localizada, parcial. Las verdades básicas se encuentran en todas partes.»

* * *

Al comprobar el paralelismo entre las creencias y supersticiones relacionadas con el parto de distintos pueblos, volábamnos libremente sobre las barreras que separan las culturas, sin temor al tiroteo crítico de los guardadores del orden metodológico, ni a estrellarnos en el absurdo.

¿Qué falta hará sacar el padrón cultural de los babilónicos de hace cuarenta siglos y de los isleños de Morlock (Micronesia) contemporáneos nuestros, para advertir que el *Lukaisonup*, espíritu negro, cubierto de pelo y de aspecto repulsivo, al cual achacan los últimos las desgracias de los partos, tiene un aire de familia con *labartu*, la enemiga feroz de la natalidad babilónica? No es más necesario el casamiento previo de culturas para identificar la costumbre de Roma antigua, de defender la puerta de la alcoba de la parturienta un hombre con garrote, con la existente en la mencionada isilla, perdida en el océano, de guardar a la parturienta toda la noche seis hombres con antorchas encendidas.

¿Qué importa la diversidad de sus culturas para reconocer que la parturienta taoísta (1) y la islandesa usan el mismo amuleto: la piedra del rayo?

En Corea la mujer que ha dado a luz tiene que esconderse de los rayos del sol de veintinueve a cien días; y en la Costa noroeste de Nueva Guinea, a millares de leguas de viaje marítimo, se señala la misma precaución, prolongada varios meses.

En algunos pueblos de Francia se ata a

la cintura de la parturienta la cuerda de la campana de la iglesia y se dan varios toques; pues bien, en Marruecos el *foulard* que se lía en la cabeza la parturienta es atado, mediante una ofrenda de plata, al asta del pabellón de ruegos de la mezquita. En uno y otro caso se hace un llamamiento supremo a las potencias celestiales.

Las mujeres romanas, al acercarse el



Estatua de arenisca, de dos metros de altura, hallada en las ruinas de un templo de San Agustín (Colombia). Del bajo vientre sale una cabezita humana. Representa un parto. «La expresión es horrible; parece como si todas las facciones se hubieran disendido bajo la impresión de insufrible dolor, cuyo agudo grito casi se percibe, tan acabada es la expresión del conjunto», dice Cuervo.

parto, sacrificaban a la diosa Juno Lucina una cerda embarazada. Las egipcias tenían de protector del parto al hipopótamo (1) por su vientre imponente.

No es necesario apurar más las comparaciones. La imaginación del hombre ha tenido necesidad de resolver los mismos problemas en todas partes y es natural que llegara a soluciones semejantes. Marillier lo ha dicho: «Nada más monótono que las creaciones de la imaginación primitiva, pues parecen de un conffín a otro perpetuas réplicas unas de otras. Los mitos de todos los salvajes de la tierra pare-

(1) Wiedemann: *Die Amulette der Alten Ägypter*, 1910.

(1) He aquí dos invocaciones taoístas al usar la piedra del rayo: «Lo mismo que el Rayo, elemento poderoso e irresistible, hiende el seno de la nube para cambiarla en agua, que abra el seno de esta mujer encinta y la procure el alumbramiento». Otra dice: «Nosotros, dioses del Ministerio del Trueno, ordenamos a la matriz que se abra, sin objeciones; y que prontamente salga el fruto de sus entrañas».

cen fragmentos de una misma mitología y todos los cuentos son variaciones de los mismos temas que se encuentran en todas partes idénticos...»

En los pueblos salvajes en que está implantado el comunismo y el individuo es anulado por el clan, la muerte de una parturienta alcanza resonancias mucho mayores que en las tribus donde la solidaridad se circunscribe a la familia. En el centro de la isla de Célebes, cuando una mujer fallece de parto, todas las que están en edad de tener hijos se bañan en el río para purificarse. El espíritu de la mujer recién fallecida irá inútilmente de puerta en puerta, porque todas las mujeres al terminar la ceremonia entran en sus casas por la ventana.

* * *

En dos teorías hemos encuadrado todas las creencias, costumbres y supersticiones relacionadas con el parto. Una de ellas amplía a la estatuaria (1) la covada que hasta aquí se tuvo por exclusiva del hombre y la otra generaliza el endoso del parto a la tierra, el agua, las piedras, los astros, los animales y las plantas. Es posible que no hayamos acertado en la designación genérica de estas costumbres, pero nos ha parecido preferible la palabra endoso que la de encubrimiento, las dos valen para el caso, y con cualquiera podemos hilvanar de un modo provisional los retazos de folklore, para vestir una teoría nueva.

Con ella explicamos de soslayo el ori-

(1) Hemos sido tan moderados en las referencias de estos monumentos, que nos ha desbordado Regnault en un artículo publicado últimamente en la *Revue Scientifique*, dando por representaciones del embarazo infinidad de estatuas femeninas antiguas, que pasaban por ser imágenes de esteotopía.

Piensa este autor que eran amuletos destinados a favorecer la maternidad y asegurar un embarazo y un parto felices.

Los egipcios tenían estatuillas de gata preñada. Regnault.—*Les races humaines préhistoriques n'étaient point stéatopyges.*—*Revue Scientifique*, 1932.

gen del totemismo sin recurrir a una suposición tan temeraria como lo es pensar que los pueblos totemistas ignoren la causa de la concepción. Creemos más verosímil suponer intencionada esa ignorancia, y así no hay contradicción con la creencia anfípoda, según la cual los actos de generación humana fomentan la reproducción de los animales y plantas totémicos. Si en las teorías nominalista y conceptual de los orígenes del totemismo—que son las que están en candelero—la toma del nombre de los animales y plantas se deja a la casualidad o al capricho—siempre resultará que este capricho o casualidad es una incógnita disfrazada, y que se traslada de sitio el nudo de la dificultad, pero sin desatarle. En nuestra teoría, la toma del nombre está perfectamente justificada por el interés de encubrir el parto y que no sean los hijos al nacer denunciando de sitio a la madre ante los espíritus.

Por otra parte, se adapta a toda la escala de totemismos y pseudo totemismos, pues ya se sabe que no coincide el de los Nueva Guineanos con el de los Amerindianos ni con el de los Bantú. Por la obra de Frazer *«Totemism and Exogamy»*, verdadero *Corpus* de documentación etnográfica, desfilan todas estas formas distintas de totemismo, y como dice un crítico muy agudo, «hasta los más aguerridos en contradicciones etnográficas sienten vértigo». Resulta de ese formidable trabajo que ni los tabús alimenticios, ni la reglamentación de la exogamia, ni la herencia del totem, ni los ritos de iniciación, ni la comunión totémica, ni las marcas totémicas, son característicos del totemismo; todos estos elementos de detalle pueden faltar y no queda en firme más que la fórmula vaga de una relación totémica entre grupos humanos y grupos de animales o vegetales.

La teoría expuesta por nosotros puede explicar el arranque de esas relaciones totémicas, complicadas más tarde por la laboriosidad imaginativa de los pueblos totemistas.

No sospecharían ciertamente los inventores del endoso del parto que sus descendientes darían a estas ceremonias aparatosas, de engaña espíritus, por haberse impregnado de religiosidad al pasar de unas generaciones a otras, tanto crédito

Como supondrá el lector, no son separables las creencias, costumbres y supersticiones de la madre y del hijo; los enemigos de aquélla lo son también de éste, y las prácticas acreditadas en la defensa de la parturienta se aplican a la protección



La covada entre los Miao-tze (China). Dibujo de un indígena. Representa al padre acostado con el roño en brazos y fuera de la casa a la madre trajinando como si tal cosa.

que sobre ellas fundarían sus creencias en la generación extrahumana de sus hijos. Wündt dice en su *Ética* que siempre que ahondamos en la busca de los orígenes de una costumbre o de un rito, nos encontramos con motivos distintos de los que constituyeron más tarde su razón de existencia.

* * *

Vamos a dar un gran viraje, dejando atrás el interés de la madre para ocuparnos preferentemente de los hijos.

del recién nacido. No obstante, las variantes introducidas tienen interés suficiente para emprender su estudio; sin contar que hubo un terrible antagonismo entre la madre y el recién nacido, al que se deben muchas costumbres y supersticiones maquiñadas hermosamente por el tiempo.

La división de la obra obedece a conveniencias del método que hemos adoptado para la presentación de las materias. Se gana en claridad, y ya procuraremos orillar el inconveniente de tener que repetírnos.

SEGUNDA PARTE

SACRIFICIO Y REDENCIÓN DE LA INFANCIA

CAPITULO XXIX

El aborto criminal

Los primitivos han sido difamados

Los quincalleros de la sociología cargaron a la cuenta de la perversidad de los salvajes la práctica del aborto. No hacían sino seguir la moda traída por la escuela antropológica italiana, que deslumbró a nuestros mayores como ahora nos deslumbró el psicoanálisis, pues para atornillar la teoría del criminal nato, justificando un salto atrás de millares de años, era preciso hacer de los salvajes unos pigmeos morales, y en efecto, para pintarles el alma se tomaron los colores más sombríos de la paleta pintoresca de los viajeros.

La sociología moderna ha rehabilitado a los primitivos; honestos, monógamos, amantes de los hijos, religiosos y dulces de carácter. Ignoramos si su rehabilitador el Padre Schmidt (1) se habrá corrido en el peso de sus bondades; ya en otro vaivén de criterios Rousseau esculpió un salvaje de confitura; mas el Padre Schmidt es un príncipe de la etnografía y como director de «Anthropos» se ha erigido en guía de una legión de misioneros, que contestan sus encuestas, y son tantos los informes que recibe del mundo salvaje que su dictamen vale por el que pudiera dar un jefe de policía sobre la moralidad de costumbres de un pueblo.

Moralidad increíble de los pigmeos

Los andamanes, negritos de Filipinas, pigmeos y bosquimanos, son las marcas mínimas de cultura que han llegado hasta nosotros, y se distinguen por la dulzura de sus costumbres (2); el aborto no le

practican. Hay que subir unos cuantos peldaños de la civilización para encontrarle practicado en vasta escala.

¿En qué capa cultural se propagó el aborto?

En China se anunciaban públicamente los abortivos; en los tiempos de decadencia de Roma, la coquetería, el miedo a marchitarse, exigían inexorablemente el sacrificio de la vida que se estaba formando para prolongar las apariencias de la juventud o mentir las de virginidad (1). El teatro romano hablaba del aborto como de la cosa más natural del mundo.

En un tramo intermedio hay que buscar los orígenes del aborto criminal y no es menester empeorar la fisonomía moral de los salvajes, porque el aborto no es para ellos ni para nuestras pseudo vírgenes otra cosa que un medio de sobreseer el proceso que instruye la matriz, en el cual podía recaer un fallo condenatorio de los espíritus malvados o de la opinión pública; igual temen a los primeros los incivilizados que a la segunda los civilizados. Con el feto se hace desaparecer la pieza de convicción del parto (2).

Si hay una mujer que se sacrifique por sus hijos, es la esquimal. Han de tener diez, quince años y todavía su madre los lame amorosamente como una gata y les da el pecho cuando regresan de una expedición de pesca. Pues esa mujer tan madraza, con un mango de escoba se golpea el vientre embarncido para abortar y resueltas a consumir el aborto se hacen una

(1) Ovidio cuenta que las grandes señoras de Roma, contrariadas porque sus maridos las habían privado de la libertad de pasear en coche, no sólo les negaron el débito conyugal, sino que las embarazadas se juramentaron para abortar y no darles vástagos a sus esposos.

(2) Dicen que Aspasia de Mileto fué la primera que propuso el aborto con un fin terapéutico.

(1) *Die Stellung der Pygmaen volker*, 1910.

(2) No conocen las ferezas de la lucha por la existencia; ni riñas ni homicidios. No son antropófagos, ni cazadores de hombres; no tienen esclavos, no hacen sacrificios a sus dioses.

operación de alta cirugía (1), valiéndose de una costilla de foca muy afilada, cuyo borde cortante envuelven en cuero, y que ellas saben alejar o poner en su sitio por medio de un hilo.

Las mujeres kunis procuran con bebidas aguardentosas no tener hijos los tres o cuatro primeros años de matrimonio (2). Las viejas cuidan que esta regla, transmitida de padres a hijos, se cumpla con rigor, recordándole venga o no a pelo en sus conversaciones cotidianas.

Los formosanos no consenten lleguen a término los embarazos de sus mujeres hasta que hayan cumplido treinta y seis años.

Los partos más peligrosos son los primeros y contra todos sin distinción, se presenten bien o mal, emplean el remedio heroico de sacrificar al hijo para salvar a la madre.

Orígenes de las restricciones del aborto

Más importancia tiene averiguar el origen de las medidas de restricción del aborto.

Las gestantes que pretenden eludir los riesgos del parto pagan a veces con la vida sus maniobras abortadoras. Esto tenía que provocar una contraindicación seria, sobre todo de las reincidencias que pueden costar caras

Miedo a los derramamientos de sangre

Ya hemos dicho que la sociología ha tenido que rectificar sus primeros juicios sobre la moralidad de los primitivos. No gozan vertiendo sangre, no la beben por sabrosa venganza; al contrario, es tanto el aprecio en que la tienen que no encuen-

tran nada mejor que ofrecerle a sus dioses y el temor que les infunde verla correr les ha impuesto duras penitencias y ritos purificadores y expiatorios, cuando matan a un enemigo o a un animal.

¿Ha podido ese miedo dar origen a las medidas de represión del aborto?

Levy Bruhl sostiene que el primitivo mira al feto de pocos meses como un cuajarón de sangre (1) y las reglas son en su concepto abortos de menos tiempo aún.

Invierte a nuestro juicio los términos del problema, porque el aborto nunca ha pasado de ser un hecho anormal, sobre todo antes que la inteligencia reprodujera artificialmente el fenómeno, y, en cambio, las reglas se repiten con regularidad mayor o menor durante toda la vida genésica de la mujer. El aislamiento y reclusión de la menstruante, costumbre general en el mundo salvaje, fué decretado por la mujer misma, presa de dolores y trastornos nerviosos que mudan su facies espiritual tales días. Creemos haberlo demostrado cumplidamente en nuestra obra *El origen del pudor*, como también probamos que los matrimonios infantiles se han inspirado en el tratamiento preventivo de las reglas mediante embarazos anticipados. El aborto venía a cortar ese paréntesis de tran-

(1) ¿En qué se funda esta asimilación del feto expulsado prematuramente y la sangre catamenial? Levy Bruhl cita a los papuas Sinagololo (Nueva Guinea), los cuales creen que el feto de tres o cuatro meses no es más que sangre y sus huesos no están formados. Los esquimales piensan que el embrión es sangre espesada; los koeboes de Sumatra ni siquiera eso; para ellos el embrión de menos de tres meses es agua; después se hace sangre.

En apoyo de esta creencia menciona el sistema que usan las mujeres kakaua para abortar, el cual consiste en darse tajo en el vientre, codos, muñecas, rodillas y tobillos para desangrarse y que no pueda formarse el feto.

También aduce los cuentos y leyendas de nacimiento de los niños de un coágulo de sangre. En una leyenda de los Indios del Sudeste de América, una mujer encuentra un poco de sangre, la aparta y la cubre; poco después levanta la tapa y encuentra un niño. Levy Bruhl. *Le surnaturel et la nature dans la mentalité primitive*, 1931.

(1) Reclus. *Les primitifs*, 1885.

(2) Schlimann. *L'enfant chez les Kuni*. (Anthropos, 1911).

quilidad sexual que disfruta la mujer y es natural reaccionara contra su primera decisión de interrumpir el embarazo, por creerlo conveniente a su plan de ocultación del parto, pues tampoco la convenía restaurar los derrames periódicos de sangre.

En defensa de nuestra opinión podemos alegar los casos en que la sociedad salvaje no castiga la comisión del aborto, sino su clandestinidad (1), porque se falta a los ritos purificadores y expiatorios. De un modo paralelo, la menstruante que no cumple estos ritos es castigada, porque expone a las personas que la rodean, a los enseres que usa, a los alimentos que toca y a la tierra que pisa, a las impurezas y maleficios de su estado. No se castiga, pues, ni la menstruación ni el aborto, lo que se hace es adoptar medidas de defensa social contra las calamidades que pueden provenir de esos estados. Y en suma, la conveniencia del aborto se vió contrarrestada por la de prorrogar el embarazo, suspenso de las reglas.

El miedo a los espíritus de los fetos

Los espíritus de los niños nacidos muertos entran en la categoría de los suicidas y ajusticiados, a quienes se supone virulentísimos por el rencor que almacenan al verse imposibilitados de disfrutar las delicias de la vida.

En Java y Célebes, el espíritu de estos fetos malogrados, no va al mundo de los muertos, y se les considera como malhechores errabundos por la tierra. En Java adoptan la forma de saltamontes. En Sumatra (alrededores de Padong), les agra-

cian con la forma de rana, y creen que ataca los órganos de generación del hombre. Sin duda las muertes causadas por los abortos, provocados o espontáneos, hicieron estas malas famas.

Se produjo un círculo vicioso: El miedo a los espíritus de las mujeres muertas de parto, aconsejaba el aborto, y éste, a su vez, creaba nuevos espíritus vengativos, tan temibles como los otros porque también producen la muerte de la madre.

El aborto y las malas cosechas

En muchos pueblos existe la creencia de que la mujer embarazada influye por magia simpática en la *preñez* de la tierra y de las hembras de los animales (1).

Los cafres se separan de sus esposas estériles porque dan mal ejemplo a las tierras de su esposo, que se vuelven infecundas. Acaso tenga un abolengo parecido el refrán que dice traen los niños al nacer un pan debajo del brazo.

En una de sus notables obras, Levy Bruhl atribuye un origen místico a la división del trabajo en los pueblos primitivos. El hombre apechuga con las labores rudas de roturación, pero no pone mano en la siembra ni en la recolección. Le exime de las labores campesinas su incapacidad sexual; por bríos que ponga, la tierra, trabajada por él, se resiste a dar fruto; a la mujer, en cambio, le ayuda enormemente la magia del sexo. En Borneo hasta se van a dormir al campo, cuando germinan las semillas, para estimular su fecundidad. En Togo las gestantes llevan

(1) Los cafres consideran una maldición para su país que una mujer aborte y se lo tenga callado para ahorrarse los ritos purificadores. Los esquimales castigan a la abortadora que se calla por no sufrir las penitencias—restricciones numerosas—recluyéndola en una cabaña aislada, a la que quitan las pieles y suele morir de hambre y frío.

(1) En *Rameau d'Or* se demuestra con gran copia de ejemplos la influencia de las mujeres encinta sobre el resultado de las cosechas. Los bávaros y austriacos creen que si se ofrece el primer fruto de un árbol a una mujer embarazada, al año siguiente el árbol se recargará de fruto. En Siria, cuando un árbol no da fruta, el jardinero pide a una mujer embarazada que ate a las ramas una piedra, símbolo de la obligación que deja incumplida.

habitualmente sobre la cabeza un saquito que contiene diversas muestras de frutos «para recordar, dice Levy Brulh, que lo mismo que ella da a luz, debe dar su fruto la tierra que está labrando» (1).

Es concluyente el diálogo que sostuvo el Padre Gumilla con un indígena del Orinoco, a quien reprochaba por no ayudar a la mujer en las labores del campo. «Tú no entiendes de esto, padre. Fíjate en que las mujeres saben dar a luz y nosotros no. Lo que ellas siembran fructifica, porque saben pedir hijos y hacer parir a los granos que siembran».

Las relaciones mágicas entre las embarazadas y el campo sembrado, hubieron necesariamente de crear un ambiente hostil al aborto. Por de pronto sustrajeron este acto del interés individual, para situarle en el plano más elevado del interés colectivo. La colectividad es la que tenía que promulgar los tabús represores. Y en ello no podía estar más interesada. Porque la mujer que malogra el fruto de su vientre, por magia simpática echa a perder los frutos de la tierra. Los africanos del Sur creen que si una mujer aborta y quema el feto, produce los vientos tórridos que secan el país. Los Creeks del

Bajo Mississippi y los Batsore aíslan y sequestran a la abortadora hasta la luna nueva en que se purifique.

Legislación contra el aborto

Las leyes antiguas debieron tener sus prodromos, imposibles de descubrir, en costumbres y creencias parecidas a las que hemos descrito.

Las leyes sumerianas, descubiertas hace muy pocos años, que han eclipsado en antigüedad y mérito a las XII tablas y a la ley sálica, pasmo de nuestros mayores, prevenían en el delito de aborto la intención y el accidente; la pena es de 20 sicles de plata en el primer caso y 10 en el segundo. El Código babilónico no hace esta distinción y establece otra más importante; si el aborto provocado causa la muerte de la mujer, se mata a la hija del agresor; si no, éste paga 10 sicles.

La ley hitita (1) gradúa la pena por lo avanzado del embarazo. Tratándose de una esclava, la tara es uniforme: cinco sicles.

La ley mosaica reproduce la distinción del Código Hamurabi (2), pero con sanción distinta. Si la mujer fallece, el culpable es castigado a muerte; en otro caso, los árbitros fijan la cuantía.

En Grecia, las leyes antiguas enmudecen (3). Hay que llegar a Licurgo y Solón para encontrar penalidades contra el autor del aborto. Los médicos se adelantaron en humanidad a los legisladores griegos, aunque éstos hayan echado la fama, y en el juramento atribuido a Hipócrates y exigido a los médicos, éstos se comprometen a no provocar abortos (4).

(1) En plena civilización se encuentran fósiles de estas antiquísimas creencias.

En Prusia occidental la reina del trigo, es decir, la última en abandonar la siega, finge ser presa de los dolores del parto. Se coge un chico que se declara suyo, y fajado como un crfo le llevan metido en un saco a la granja.

En Bulgaria aún se fabrica con la última yerba una muñeca, que visten de mujer y llaman reina del trigo. Después de pasearla por la población, la echan al fuego y esparcen sus cenizas por el campo. En la alta Bretaña, esta muñeca lleva otra dentro, que representa el niño en el seno de «la madre yerba».

Mannhardt, *Antike Wald-und Feldkulte, aus nord-europaischer Ueberlieferung erlaüttert*, 1877. (Este libro descubrió el filón de ritos agrarios, que Frazer ha explotado en sus obras intensivamente).

En Bretaña, China, etc., se despedaza en los ritos agrarios la imagen arcillosa de una vaca o de otro animal preñado de cachorros.

(1) Fredericq Hrozny. *Code Hittite provenant de l'Asie Mineure*, 1922.

(2) Cucq. *Le Code Hamourabi*.

(3) E. Verrier. *L'avortement criminel chez les anciens* (Revue Scientifique, 1-1884, pág. 790.) Rene Moutin. *L'avortement chez les anciens*, 1919.

(4) Johannes Ilberg. *Zur gynakologischen Ethik der Grieschen* (Arch. für Religions, 1910). De-

De los filósofos griegos, más vale no hablar; las razones económicas que Malthus había de invocar siglos más tarde para abogar por la limitación de los nacimientos, les dictan frases acerbas contra la crianza de los hijos naturales.

En Roma no se castigó el aborto criminal hasta 200 años después de Jesucristo, bajo el reinado de Septimio Severo. El motivo que se invoca es el interés del marido, a quien se priva de posteridad. No se reconoce el derecho a la vida del niño. La pena era deportación y confinamiento en una isla o trabajos forzados en las minas. Si parecía la mujer que había suministrado el brevaie, se la condenaba a la última pena. No se prohibía el uso de abortivos (1).

En el Tai-ho-ritsu (Código japonés del siglo VIII), el embarazo motivaba el endul-

fiende la moralidad de los médicos griegos, de antes de la época Imperial, contra la acusación de haber legitimado el aborto.

(1) Nuestros últimos reyes visigodos Leovigildo, Eurico y Chindasvinto, castigaron con dureza el aborto, para impedir se diera carpetazo a las faltas de castidad. El interés por los niños, seguía ausente.

El Fuero Juzgo condenaba a muerte a la mujer libre o sierva que matere a su hijo después de nacido o antes de nacer, tomando yerbas para abortar. «Si el juez no la quisiere matar ciéguela, y si el marido se lo mandó hacer o lo consintió, debe sufrir la misma pena».

zamiento de las penas. La embarazada nunca era llevada a la cárcel; se la dejaba en libertad provisional y no cumplía su castigo hasta pasados treinta días del alumbramiento.

En Francia, el Tribunal del Terror no guillotina a ninguna mujer durante su embarazo.

¿Se adelanta o se atrasa?

La legislación que pasa por más avanzada, la soviética, ha quitado a la comisión del aborto el carácter de delito con que se le estima en casi todas las legislaciones vigentes. Los legisladores rusos creyeron—las mismas ilusiones se hacen los partidarios de la reglamentación del juego y de la prostitución—que el aborto legalizado perdería su fuerza expansiva y se contendría en cifras más bajas que declarándole ilegal. Indudablemente les ha salido al revés, porque las estadísticas acusan el alza de abortos legales practicados en Leningrado: 32.523 el año 1927; 55.262 en 1928, y 67.000 en 1929; es decir, del 21,85 por 100 ha subido a 36,61 por 1.000. Y como consecuencia de esta liberalidad, decrecen pavorosamente las cifras de natalidad: 24,7 por 1.000 en 1927; 22,6 en 1928, y 21,9 en 1929.

CAPITULO XXX

El infanticidio

En la sociedad cristiana, el niño tiene derecho a la vida; la ley le protege y la opinión cubre de oprobio a la madre infanticida. No ha sido siempre así; en los albores de la civilización, el pequeñuelo no tenía derecho a la vida.

Algunos dioses mitológicos, son infanticidas. Uranos, hunde sus hijos en las entrañas de la tierra; Cronos, devora todos cuantos le depositan sobre las rodillas; Laos, mata al hijo que tuvo con Yocasta; a Perseo, le arroja al mar su abuelo Acrisios.

A tales dioses, tales costumbres. Los griegos de la antigüedad podían condenar a muerte a sus hijos a cualquiera edad, y Solón no les coarta ese derecho cuando se trata de recién nacidos. Para pensárselo despacio disponía el padre griego del novenario del parto, días que tardaba en celebrarse la ceremonia *Anfidromia*, en la cual se comprometía a educar a su hijo y renunciaba al derecho de matarle.

Se mata a los niños intermedios

Dos reglas creyó hallar Brough Smyth (1) a la costumbre tan extendida entre los salvajes de matar los niños intermediarios:

1.^a La necesidad de traslados continuos (esta premisa inutiliza la aplicación de la regla a los pueblos que no sean nómadas) entraña el espaciamiento de los nacimientos, porque la madre no puede llevar más que un niño a la espalda, y el padre tiene que llevar las armas. Hasta que el primer niño es bastante fuerte para soportar la marcha de una etapa, o sea hasta que tiene seis o siete años, no dejan vivir un segundo hijo. De ahí que maten a los intermediarios y a los gemelos.

2.^a La imposibilidad de confeccionar

caldos de cereales, obliga a prolongar la lactancia materna hasta una edad relativamente avanzada. Entre los aborígenes de Victoria (Australia), el destete se hace a los cinco o seis años.

Descamps (1) nos da la contraprueba.

Los pueblos cazadores que por su contacto con europeos disponen de caballos, como los comanches y pampeanos, no es raro que la madre lleve dos o tres bebés. Lo mismo puede decirse de los pastores nómadas que disponen de buenos medios de transporte. Y de los pueblos sedentarios que cultivan cereales.

Otra contraprueba: los pueblos recolectores de granos propios para la confección de caldos. Pero ya advierte el propio Descamps que casi todos evolucionaron a la agricultura y faltan testimonios de pueblos que utilicen en grande los granos silvestres.

Los tres primeros hijos son los que se matan o los únicos que se conservan

Los indígenas de las islas Tahití, Marianas, Marquesas, Marshall, Sandwich, etcétera, acostumbra a dejar con vida los tres primeros hijos. A partir del cuarto, la misma madre los estrangula, y la que se enternece y falta a este deber social ya sabe le cuesta su expulsión de la *buena sociedad* y que le pongan el mote, allí infamante, de «paridora de hijos».

En otras islas proceden al revés; matan a los tres primeros hijos y respetan la vida a los restantes (2).

(1) *L'état social des peuples sauvages*, 1930, y *La natalité chez les primitifs* (Sociedad de Antropología de París, 1923).

(2) Williams afirma que cada vez que se daba muerte en las islas de Sociedad al fruto de una

(1) *The aborigenes of Victoria*, 1878.

Días aciagos para nacer

Decary ha estudiado la costumbre de matar los niños nacidos en día aciago. Los Merina tienen dos meses enteros funestos (los llaman *fady*), que son el sexto y el noveno; por lo general, en Madagascar consideran aciago para el nacimiento el jueves; los Sakalaves atribuyen la mala reputación de ese día a que murió de parto la hija de un cacique; el chiquiín, causando inocente de la muerte de su madre, fué abandonado (1).

Desde 1884 empezaron a corregirse estas bárbaras costumbres, y lo que se hace ahora en la tribu Mahafaly cuando nace un niño en jueves, es consultar a los oráculos si debe ser abandonado en una termitera o confiado a gentes de buena voluntad. En otras tribus se somete a una ordalia al niño que nace en día aciago; esta prueba temeraria consiste en dejar al niño a la puerta del gran establo para que los animales al salir en tropel le atropellen; si por un verdadero milagro ninguna vaca le pisotea, el chiquillo ha conjurado ya su mala estrella (2).

La desgracia de nacer hija

En Beluchistan ahogan en leche a las niñas recién nacidas; los todas de la India no conservan más que a la mayor (son poliándricos y así aseguran la pluralidad de maridos); los Hak-ka, de Cantón, tiran a la basura a las dos terceras partes de las niñas que nacen (3), etc., etc.

¿A qué obedece el sacrificio de niñas?

unión desigual, la madre respectiva iba subiendo en categoría hasta que, por último, lograba un rango proporcionado al número de infanticidios consumados que le permitía desde entonces dejar con vida a los hijos que tuviera.

(1) Decary, *Les infanticides rituels chez quelques tribus de Madagascar* (Sociedad de Antropología de París, 1925 y 1929).

(2) Los Toda, tribu muy primitiva de la India, practican la misma ordalia con los recién nacidos.

(3) Cuando una mujer Hak-ka da a luz sucesiva-

Hipótesis insostenibles

Sería pueril atribuirlo, como quería Mac Lennan, a la escasez de alimentos y al desprecio de sus aptitudes, impropias para la guerra. Se comprende cerrasen las bocas que comen, pero las que lactan, ¿a santo de qué? Las sequías, el empobrecimiento del suelo, la despoblación de las selvas, obligan al primitivo a levantar el campo y a establecer sus reales en comarca menos desvastada. Porque la escasez podemos conjeturarla hoy que manejamos las estadísticas de producción y consumo; para el salvaje es un hecho consumado, el castigo de los espíritus. Habría que reconocer se pasaban de listos los salvajes al deshacerse de las niñas por la inseguridad de contar con medios de mantenerlas el día de mañana. En la isla de San Martín, en la época de su descubrimiento, los indígenas robaban mujeres y criaban para la matanza la sucesión que con ellas tuvieran. Cito este caso, para que se vea cuánto simplifica el problema de las subsistencias, entre antropófagos, el exceso de población.

No es más defendible el supuesto de que desatendiesen a las niñas por ser menos capaces de bastarse a sí mismas y de contribuir con su trabajo al bienestar general. Las primeras agricultoras no recibieron ayuda efectiva sino de las hijas. La vocación irresistible por la caza soltaba a los varones de las faldas de sus madres, y con su ausencia acaso ellos mismos se desheredasen. En nuestros adolescentes germina idéntico deseo de correr aventuras, huir de la casa paterna, llevar vida nómada, como si quedase en la sangre levadura de ese pasado remolisi-

mente a varias niñas, la familia la cree *endiablada*, y considera encarnación del diablo la chica que viene al mundo. Después de muchos exorcismos se mata a la criatura a puntapiés, o a pedradas, o se le rompe la cabeza contra la pared, acompañando esta acción de imprecaciones y blasfemias para alejar de una vez al diablo,

mo. El hecho es que la propiedad, no como dominio de la tierra, sino como enseñanza del cultivo, se transfería por línea femenina. ¿Por qué habían de matar a las chicas si eran las que hacían compañía a la madre y la heredaban?

Levy Bruhl sostiene que los salvajes matan a los recién nacidos del sexo femenino para correr el albur de que vuelvan a nacer con el sexo cambiado. Esto deja sin explicar la razón de la preferencia por el sexo masculino.

No es más convincente la opinión que tiene valedores entre los sociólogos de que los salvajes sacrifican las niñas por bien de paz, para evitar pendencias con las tribus que quieren, llegada su mocedad, raptar las. Sobre que cruzándose de brazos y dejando hacer, más tendrían ganado para la concordia que para la discordia, ¿cómo no tiran el grano más tentador que las mujeres? ¿Pero acaso necesitan botín para sus trifulcas? La renuncia de todos sus bienes no conseguiría consolidar la paz, que es la vida del enemigo, y su carne apenas vestida, lo que muchas veces se disputa. Consideraba Starcke muy anómalo que no se críen niñas por miedo a que las roben, y, por otra parte, se pretende aumentar su número quitándoselas a otras tribus. Habría que admitir que la que guarda sus hijas es bastante poderosa, y, por consiguiente, las tribus faltas de mujeres no podrán proporcionárselas por ser menos fuertes, lo que aumentaría su decaimiento y ocasionaría su extinción, como probó Spencer (1).

(1) Descartamos muchas hipótesis del género pueril. Ratzel sostenía que los bramanes matan las niñas al nacer para evitarse la ignominia de tener que casarlas con un joven de casta inferior. ¿Qué necesidad había de matarlas si tienen buena salida en el servicio religioso? Pi y Margall pensaba que los indígenas americanos no se resignaban al ayuno sexual y apenas concebían trabajaban por malograr el fruto de sus amores; tampoco explica el trato desigual a los dos sexos, puesto que son impedientes por igual de los goces sexuales mientras dura la lactancia; otros dicen que los judíos se

Distinta acogida que se hace a los recién nacidos

Poseemos innumerables pruebas de la distinta acogida que se hace a los recién nacidos, según cual sea su sexo. La mujer que pare hija no sabe cómo volver a su cabaña (1), su marido coge una estaca y la muele a palos; en el caso mejor, la desprecia. A veces, en el huracán de su ira, comete el infanticidio por su mano (entierra viva a la niña, como hacían los árabes antes de Mahoma). Estando reservadas las alegrías y los festejos para los nacimientos de varones (en castellano tenemos un refrán muy despectivo: parir tarde y parir hija), parece, al primer examen, que es el padre quien sentencia a muerte a la niña, y en caso de apiadarse la madre, se convierte en ejecutor (2). Pero en la época de su poderío (matriarcado), no tuvo por qué aceptar la madre los fallos de su esposo, que ni siquiera se reconocía padre de la criatura y dejaba a su cuñada usurparle las consideraciones debidas a la paternidad. Por otra parte, la psicología tiene por averiguado, en el cariño que experimentan los padres por los hijos, la influencia de las distinciones de sexo, menos explícita en estado de vigilia que en sueños. Al apartarse los salvajes de esta

apenan cuando les nace una hembra, porque piensan en la dote que habrán de darla el día que se case, etc., etc.

(1) Moulleteras ha visto en algunas tribus marroquíes que el nacimiento de los niños se anuncia con disparos de fusil y se celebra con sacrificios, y el de las niñas gracias que se repartan frutas y pan a los amigos.

Todavía en Saboya toca la campana grande anunciando el bautizo de un chico y la pequeña el de una nena.

Cuando nace la segunda niña en una casa eslava, la llaman *Stana*, que quiere decir «ya basta».

(2) Browne. *Infanticide, its Origin, Progress and Suppression*, 1853.

H. Perrone-Capano. *Infanticidio ed esposizione d'infante nel popol selvaggi*.—Rivista di psichiatria forense II-1899.

ley psicológica, nos dejan sospechar coacciones del medio, es decir, de las ideas sugeridas por la equivocada apreciación de los fenómenos fisiológicos ligados al sexo femenino.

Es indudable que la mujer se descalificó con sus terrores. Su escondite voluntario durante las reglas, se convirtió en prisión por impureza. Todo trato carnal con ellas obliga a prácticas purificadoras. Es lógico que al reconocer el sexo de los seres que dé a luz, el prejuicio social la obligue a cargar la mano cuando se trata de hembras, impuras por sí, además de impuras por su madre. Las parturientas judías doblaban la cuarentena de cama cuando habían puesto en el mundo una niña; atarradas por lo que considerarían un castigo, prolongaron voluntariamente su postración en los primeros tiempos y en el acervo de las tradiciones quedó como un castigo real lo que empezó siendo ilusorio (1).

Mas también pudo ser dictada la elección de víctimas por el deseo de mantener la debida correspondencia sexual con los dioses; los de la fase matriarcal eran del sexo femenino y era natural se les sacrificase víctimas de su sexo (2).

Vida por vida; la del hijo es sacrificada para salvar la del padre

Steinmetz con su incomparable erudición etnográfica ha probado que entre los

salvajes alcanza gran desarrollo lo que entre los romanos se llamó «patria potestad», que es un poder de vida y muerte. El padre romano podía infligir castigos corporales a sus hijos; casarles con quien quisiera; dar en matrimonio la hija de su hijo; pronunciar el divorcio de sus hijos; pasarlos en adopción a otra familia; venderlos. Apaches, botocudos, beduinos, samoyedos, etc., tienen, como antiguamente le tuvieron los romanos, el derecho de vida o muerte sobre los hijos.

Este derecho había difuminado dulcemente las negruras de un pasado horrible, en el cual el padre aseguraba su propia vida sobre la cabeza de su hijo. Decía Polo de Oñedergado hablando de los antiguos peruanos: «Si los hechiceros o sorfilegios por sus suertes o agüeros, afirman que había de morir algún enfermo, no daban de matar su propio hijo».

Hasta mediados de la Edad Media duraron los sacrificios humanos en Escandinavia y un rey de Upsala sacrificó sucesivamente a sus nueve hijos para prolongar su vida.

En ciertas tribus del Africa austral, cuando una mujer, cuyo marido murió en la guerra, se casa por segunda vez, se acostumbra a matar al primer hijo que tenga la esposa, sea del anterior o del nuevo marido (1) para que no les ocurra nada a los padres.

Entre los Sakalaves de Madagascar, si enferma uno de los padres en la semana siguiente al nacimiento de un niño, se considera éste peligroso y es confiado a otra familia. (Es de suponer que antiguamente no andarían con estos melindres.)

Pondremos una escala de atenuaciones.

El fidjiano se corta la falange primera del dedo anular cuando ve a sus padres enfermos; y si este sacrificio no les alivia se amputan más falanges.

En Nueva Zelandia, la persona tabuada toca a un niño y toma de sus manos el

(1) Cuando la esquimal de la bahía de Hudson da a luz un niño, está recluida seis meses. No puede comer más que foca o morsa, y hasta en el té necesita poner un hueso de foca. Si el niño fallece, ha de doblar la reclusión, y lo mismo, si nace niña. Es, pues, tan impura la niña viva como el niño muerto.

(2) Stengel. *El color y el sexo de las víctimas en Grecia* (Neue Jahrbücher für Philologie CXXXIII). A los dioses chthonicos y a los muertos, víctimas negras; a Helios, se sacrificaban víctimas blancas. A Zeus y Hera, se sacrificaban víctimas de su mismo sexo; para otros dioses no se hacía distinción.

(1) Post: *Giurisprudenza etnologica*, 1906.

alimento y la bebida; el hombre queda libre y el niño con tabú para el resto del día.

Entre los Khyens de la India, dos personas destinadas coactivamente a ser marido y mujer, pueden librarse de su obligación con la promesa recíproca de que sus hijos contraerán matrimonio. Y si en la segunda generación el matrimonio no se efectúa, puede redimirse con la misma promesa, pero pagando el doble. Si en la tercera generación el matrimonio tampoco se celebra, la pena se triplica. Con la tercera generación se extingue el derecho al matrimonio coactivo.

Cuando en un incendio un hiita salvaba a otro y perecía víctima de su abnegación, la persona salvada había de dar uno de sus hijos a la familia del salvador.

Unos hermanos se sacrifican por otros

En Palestina, en la tierra santa de Gezer, se ha encontrado un cementerio de recién nacidos enterrados en vasijas de barro. Tan sólo dos esqueletos son de mayorcitos de seis años y con señales de cremación. No es una sepultura común; son los primogénitos ofrecidos a una divinidad (1). Estas inmolaciones reales datan del siglo VIII antes de nuestra era, y representan el pago de un tributo a la muerte para liberar la restante progenitura. No puede negarse que los primogénitos han conquistado con su sangre sus derechos de mayorazgo.

El derecho a la vida obtienenle unos hermanos a costa de otros; se suele mutilar a la familia en sus primeros vástagos, pero no faltan casos en que los menores son sacrificados para que vivan los mayores.

Poinssot y Lantier, descubridores del santuario de Tanit, en Cartago, el año

1924, dicen: «Del examen de estos lugares resulta que durante siglos, de un modo regular, han sido ofrecidos a la divinidad niños pequeños (1). Ni los altares ni las estelas han sido erigidos por grupos; no llenaron el recinto sagrado sino poco a poco, cada exvoto conserva su carácter propio y es distinto del vecino. Por ninguna parte hemos encontrado entierros colectivos o monumentos fabricados en serie. No puede tratarse de sacrificios humanos ofrecidos en nombre del Estado y con un fin de salvación pública. En los santuarios de Cartago y de Moytsé, nos encontramos en presencia del viejo rito sirio palestino de ofrenda del primogénito, que los padres iban a quemar ante los betilos de los santuarios. Este sacrificio de los primogénitos persistió durante toda la dominación cartaginesa».

Según relata el Mahabharata, libro sagrado de la India, el rey-Somaka no tenía sucesión de sus 100 mujeres. Por fin la tuvo de una de ellas, y deseando tener más preguntó al sacerdote qué ceremonia había de hacer mediante la cual pudiese llegar a ser padre de hasta 100 hijos. Inmole a su hijo, le contestó el sacerdote. Así lo hizo, arrojándole al fuego y las demás mujeres sintieron el olor del humo que les hizo concebir.

Es evidente que en este caso el incumplimiento del sacrificio del primogénito era castigado por los dioses con la infertilidad de las cien esposas. Vemos operada la proyección al mundo de los dioses de las ideas que tenían los antepasados sobre el valor redentor de estos infanticidios.

Motivos primarios del infanticidio

Estudio minucioso requieren las causas primeras del sacrificio de los niños. Yo he creído encontrar dos: 1.º En los partos

(1) Nielsen: *Die altarabische Mondreligion und die mosaische Ueberlieferung*, 1904.

(1) Niños recién nacidos y menores de tres años.

difíciles la muerte del feto puede ser salvadora para la madre. Este hecho fisiológico cierto, le razona el primitivo como una permuta de víctimas y saca de consecuencia el ofrecer la vida del hijo en compensación de la de la madre. 2.º El propósito, ya apuntado, de anular lo actuado en el parto con la supresión violenta de la criatura. Por comparación con las solteras que dan a luz ahogando sus quejidos y abandonando el crío a la puerta de una iglesia o en el torno de la Inclusa, podemos conjeturar el estado de ánimo de la parturienta primitiva, que experimenta tanto o más temor a los espíritus que aquélla a la opinión del mundo.

El psiquismo femenino no se deshizo aún de sus antiguos miedos y furores (1).

(1) A fuer de imparcial aportaré las pruebas que se han dado de que esas impulsiones furiosas se producen hasta en los animales. Burdach ha reunido varios casos de este género; perros, gatos, presas de furor contra sus pequeñuelos inmediatamente de parirles. Wittcke observó idéntico furor en una vaca, pero se le pasó en unas horas. «El niño puede ser matado, dice Eusebio de Salles, antes que la voz de la naturaleza haya vibrado en las entrañas maternas quebrantadas por el dolor; la razón perturbada no ha comprendido su deber, sino cuando es tarde para obedecer». E. Menault. *L'amour maternel chez les animaux*, 1874. J. Tur. *Sur la perversion de l'instinct maternel* (Bulletin Scientifique de France, 1903, pág. 477).

Marcé. *Traité de la folie des femmes enceintes*, 1858. Doctor Alex Paris. *Folie des femmes enceintes, des nouvelles accouchées et des nourrices*, 1897.

La crónica judicial (1) tiene tela cortada en los raptos melancólicos del puerperio, cuyos impulsos irresistibles al infanticidio ganaron la benevolencia de los códigos penales modernos. Mas no puedo dar crédito a las teorías de intoxicación gravídica y puerperal, porque desde que hubo partos ha debido haber toxinas y no se sabe hicieran malas a las madres sino a partir de cierta época de la historia. Las ideas infanticidas podrán ser agujoneadas por tales toxinas, no lo niego, pero se produjeron con absoluta independencia, y su obligada simultaneidad estableció las actuales concordias, que no responden a una amistad antigua, sino íntima. En prueba de que la idea infanticida no secuestraba el cerebro de las madres con el imperio de un fenómeno tóxico, diremos que hubo una época en que las niñas eran las únicas víctimas y se atenían, además, en los partos múltiples, a reglas dictadas por la superstición. La fisiología no hace distinciones en los partos que dejen sospechar el sexo que tendrá el feto. No es más aparatoso y temible el alumbramiento de hembras que el de varones y las toxinas no es de suponer estén más enteradas sobre este particular que los comadrones: cumplen su misión a ciegas y no se sabe aconsejen peor en el caso de nacer niñas. Luego ninguna razón fisiológica abona el exterminio de éstas.

(1) E. Bourdon. *L'infanticide dans les législations anciennes et modernes*, 1897.

CAPITULO XXXI

El abandono, atenuante del infanticidio

Abandono en el agua

Se ha querido ver una ordalia, esto es, un peritaje místico de la legitimidad del nacimiento en la costumbre que tuvieron en la antigüedad los galos de tirar los recién nacidos al río (1). Si las ropillas por embolsar aire le servían de flotadores, el niño demostraba la perfecta honradez de su madre; la idea de comprobar la legitimidad del niño con esta prueba temeraria, hubo de incubarse en las interpretaciones de tan casuales salvamentos; pero el impulso inicial de la madre fué ahogar a la criatura para que no quedaran señales del parto.

El desarrollo de los sentimientos humanitarios fué dando probabilidades de salvación a los niños tirados al río, se les metía en cestas flotantes que podían en su largo recorrido ser vistas por gentes misericordiosas. Así entraron en la vida los héroes de la antigüedad.

Sargon I, fundador de Babilonia, fué abandonado en un cofre a las olas del Eufrates, pero en la desembocadura del río el jardinero Akki le sacó del agua, adoptándole por hijo.

Por el mismo patrón están cortadas las leyendas del nacimiento de Edipo, Páris, Perseo, Pelias, Ciro, Hércules, Sigfredo, Lohengrin, Moisés, etc. (2).

(1) Glotz. *L'ordalie dans la Grèce primitive*, 1904.

(2) Rank, adepto de Freud, en su obra *Der Mythos von der Geburt des Helden*, 1908, analiza los mitos de nacimiento de estos héroes. Asegura que todos han sido contruidos con arreglo a este esquema. El héroe es siempre hijo de un alto personaje, generalmente de un rey. Su nacimiento es impedido por algún obstáculo; por un voto de castidad, por la esterilidad prolongada de la madre o la separación de los padres. Durante el embarazo, un oráculo o un sueño advierte al padre de un daño que le amenaza, y éste decide matar al niño que va

Al fin los sentimientos maternales triunfaron. El niño fué tirado y recogido inmediatamente.

Los chibchas, de América, meten al recién nacido en una cesta y le tiran al agua. Inmediatamente salen nadando detrás de la barquichuela algunos Indios, y cuando la ponen a salvo miran si está mojada por dentro, pues ven en la caladura un presagio de desgracia. Y lo es, porque un pequeño retraso en el salvamento de la criatura hubiera sido su muerte.

Rastros mitológicos de esta evolución

Esta evolución sentimental ha dejado rastros en la mitología. Recuérdese lo que dijimos de las ninfas; estas divinidades del río tuvieron pésima reputación en los tiempos más remotos; mataban a los niños. Los que las dieron esa mala fama eran los verdaderos culpables porque arrojaban los niños a las aguas. Más tarde las ninfas se vuelven protectoras de los niños. Homero las llamaba *bazukolpoi* (las de senos hermosos) porque se creía que amamantaban a los niños todo el tiempo que tardaban en acudir los hombres a su socorro. Otra falsedad, naturalmente, que refleja el cambio operado en los sentimientos. Al río ya no se le pide que mate al niño, sino que le transporte a los brazos de un padre de adopción. El río ha

a nacer. Generalmente se le mete en una canastilla, que se deja a merced de las aguas. Pero llega a la orilla, le recogen gentes obscuras, le amamanta un animal, y, ya mayor, vuelve a encontrar a su padre y recobra su rango.

Desde luego, se advierte el interés de explicar la crueldad de los padres de un modo satisfactorio para las generaciones criadas con sentimientos más humanitarios.

dejado de ser cruel, porque el niño es embalado en un cofre salvavidas.

Abandono en el suelo

¿Conocéis la leyenda turdetana de Gárgoris y Abidís? Era el primero rey de los Cuneles, y, avergonzado de la deshonra de su hija, mandó que expusieran a las fieras a su nietecillo. Pero ellas le criaron con su leche. Ordenó entonces que se lo entregasen a perros hambrientos, y tampoco le hicieron daño. Arrojado al mar, éste le escupió a la playa, y una cierva presentó al punto sus ubres al inmatable chiquillo. Después de tantos parricidios frustrados, el monarca le reconoció de su sangre y heredero. Abidís es un grajo que se viste con plumas de otros héroes, por concentración de leyendas que tienen de común el abandono de los hijos y la conmiseración de las fieras. Las generaciones criadas con sentimientos humanos no podían concebir en sus antecesores el abandono de los hijos, sin causa que lo justificase, y agregaron esta parte a la leyenda, y no teniendo tampoco fe en la misericordia de las fieras, miraron como milagro el comportamiento supuesto de éstas. El ser tan milagrosamente salvado estaba predestinado a reinar, y a su reinado se adjudicaban todos los progresos anónimos, cuanto habían aportado las generaciones precedentes, uncir los bueyes al arado, lanzar la semilla al surco, etc. Apartadas las capas de aluvión, queda el macizo sentimental primitivo, rocoso, el despiadado abandono de los hijos.

Evidentemente, el abandono supone un progreso sentimental. Las almas sensibles no gustaban de ejecutar el encargo de matar a los niños; los diez asesinos enviados para matar al hijo de Labda, se volvieron sin hacerle nada, desarmados por una sonrisa de la criatura. Ya dijo Lucrecio en un verso célebre, que los gemidos de los recién nacidos enseñan a los duros hijos de la tierra la compasión por los débiles.

Muestras de interés por el niño abandonado

En Grecia (1) el niño era abandonado de madrugada, porque dejándole toda la noche a la intemperie habría muerto de frío antes de llamar la atención y ser recogido; le exponían en sitios frecuentados (hipódromos, puerta de los templos o grutas sagradas); le fajaban para evitar el peligro de un enfriamiento rápido; le metían en una cesta en forma de zapato o en marmitas de arcillas, como se ofrecían las primicias a los dioses domésticos; le cargaban de amuletos de suerte; le ponían ramas de olivo conjuradores de la desgracia; y el encargado de abandonarlos, volvía sobre sus pasos para comprobar la suerte del niño. La hija real de Erechtea colgó al cuello de su hijo serpientes de oro macizo y hasta los más pobres dejaban sobre el niño abandonado alguna muestra de interés.

Un tanto por ciento elevadísimo de criaturas morían de hambre y de frío o a dentelladas de perros y cerdos, y con ser tan lastimoso este fin, era preferible a la desventura de que les recogieran esclavistas, celestinas o mendigos, los cuales recurrían como traperos los lugares habituales de exposición para traficar con aquellas *basuras humanas*. ¡Pobres niños! O se les lisiaba para pedir limosna, o se les desconjuntaba para servir de diversión a la plebe o se les destinaba a la esclavitud o a la prostitución (2).

(1) También en Roma, el padre tenía derecho de vida o muerte sobre su hijo, y al nacer uno, la comadrona lo dejaba en el suelo; si el padre quería conservar la criatura, realizaba el *tollera infantum*, lo levantaba entre sus manos al aire e invocaba a la diosa Levana; en caso contrario, le dejaba en tierra y le mataban por estrangulamiento o sumersión o le dejaban cerca de la *Columna lactaria*. El que recogía a un niño abandonado y le alimentaba, adquiría el derecho de paternidad.

(2) En el siglo XVII San Vicente de Paúl visitó en París una casa-asilo de niños, a la cual iban las sífilíticas con la pretensión de curarse transmitien-

Horrible era la suerte que aguardaba a los expósitos; poquísimos encontraban amor paternal en sus adoptantes; sin embargo, al abandonarles, sus padres se hacían la ilusión de que vivirían felices y hasta de recobrarlos cuando fueran mayores. El encuentro del niño abandonado es uno de los temas favoritos de la comedia griega.

Motivos a que se atribuye el abandono

Las solteras que habían dado un mal paso, parían solas y sin más confidente que la desgracia y el misterio. Llevaban a exponer el fruto condenado de sus amores. Sin embargo, en las leyendas griegas, las heroínas protegen sus bastardos contra la cólera homicida del abuelo.

do su enfermedad a un niño y los viejos con la de rejuvenecerse bebiendo la sangre de niños.

Este cuadro de horror es de todas las épocas. El eminente pediatra Martínez Vargas habla de los asesinatos irresponsables cometidos al enviar los recién nacidos a las aldeas inmediatas a una gran ciudad, para que allí una indigestión en verano o una bronquitis en invierno produzcan una muerte natural sin dar ocasión a que se aplique el Código. Berzosa fustiga a los industriales sin entrañas que sujetan a los chiquillos a penosos trabajos. En los cotos mineros y en las tintorerías, dice Berzosa, adquieren enfermedades graves y enfermedades de los riñones con aspecto repugnante de leprosos o avariósicos; un ejército inmenso de obreros liliputianos deshojan chimeneas; pálidos, ojerosos, esqueléticos, mueren víctimas de la antracosis o de la fisís negra; en los barcos, menores de doce años trepan a los palos y mueren físicos o despanzurcados. ¡Y a un siglo que ve esto le ha llamado Elena Key el siglo de los niños! Inglaterra hubo de suprimir el seguro para menores de cinco años. ¿A que no adivináis? Pues porque muchos de ellos—horror da estamparlo—eran sacrificados por sus propios padres para cobrar la prima de muerte. En Polonia y Moscú se descubrieron fábricas de ciegos y mutilados. En Italia, con aparatos de hierro y caperuzas se vuelve cheposos a los chicos, se les refuerce las extremidades como alambres, revistiendo su osamenta con un poco de pellejo, transformando los bebés humanos en asquerosos endriagos. ¿Para qué seguir? Ya veis que los sentimientos compasivos no han podido tomar la delantera a los paternales y servirles de molde.

Los autores antiguos reconocen que el contingente mayor de expósitos salía de los hogares honrados; eran hijos de matrimonio, mandados exponer por su padre, que *desconfiaba de su legitimidad*. Esta explicación es inadmisibles. Antes de los Antoninos, el marido tomaba su decisión mucho antes de venir el niño al mundo, y si dudaba de ser el progenitor tenía que dudar de la fidelidad de su esposa. ¿Por qué no tomaba ninguna medida contra la supuesta adúltera e indagaba quién era su cómplice, para castigarle por la afrenta recibida? ¿Es lógico que aguardara con paciencia a que naciera el niño que le escarnecía para vengarse en él?

No son más convincentes las razones económicas. Aristóteles y Platón aconsejaban el aborto voluntario y la exposición sistemática para impedir que los niños supernumerarios constituyeran un día la clase de ciudadanos famélicos y evitar la venida al mundo de seres indignos, obra de las tinieblas y de la lubricidad. Por miedo a la pobreza aconsejaba Hesiodo el hijo único; y por amor excesivo al primogénito, cuyo matrimonio menguarían los hermanos segundones, se exponía a éstos.

Por qué motivo se sustituyó el infanticidio por el abandono

El abandono es un simple derivado del infanticidio, y lo que interesa es averiguar el motivo de que se renunciara a esta bárbara costumbre para adoptar aquella otra. Los románticos de la historia, género Condorcet, creyentes en el progreso sentimental del hombre, se figuraban tener la clave de esa tenue dulcificación en las costumbres; pero el cotojo del infanticidio con el abandono, al modo que le practicaban en Laponia (cortan la lengüecita de los pequeñuelos abandonados en el bosque para no oír sus gemidos), no acusa el menor indicio de progreso sentimental.

No seríamos veraces ni justicieros atri-

buyendo la sustitución del infanticidio por el abandono a una reactivación del sentimiento maternal, como el que tratan de estimular en las Maternidades obligando a la parida a permanecer unos días junto a su hijo. El decaimiento del infanticidio reconoce una causa no sentimental: el miedo al alma del niño matado al nacer (1).

En China, cuando un niño está agonizando, se las componen de modo que su *houen* (alma), al abandonar el cuerpo, no conozca la familia del difunto. Para ello se apoderan del infeliz moribundo y le arrojan al agua, le entierran o le abandonan en un paraje oculto. El que conduce al agonizante no sigue la línea recta, sino que va haciendo eses con objeto de que el *houen* se despiste y no encuentre la casa donde se albergaba (2).

Cuando fallece de muerte natural un niño de teta iroqués, se le ponen en la mano unos pedazos de ropa empapados de leche materna, para que el espíritu del niño no moleste a su madre, quien pasa unos días presa de un miedo terrible.

En las sociedades primitivas, todo el que derrama sangre—sea de persona o de animal—necesita purificarse. De otro modo, su acción le traería desgracia y su trato sería esquivado por los aprensivos.

En el *Hércules furioso* de Eurípides, Heracles es un excomulgado, que tiene que purificarse en el extranjero, por haber dado muerte a sus hijos.

En la tribu Kathiawar, de América del Norte, para purificar a la familia, se llega el sacerdote a la habitación donde se cometió el crimen, cubierto de una capa de estiércol de vaca y allí guisa y come los manjares que le entrega la familia, tomando por su cuenta el infanticidio.

El abandono deja al ejecutor en la incerti-

dumbre de que muera el niño o sea recogido, y le dispensa de ritos purificatorios; por añadidura, traspasa la responsabilidad de la muerte del expuesto a los espíritus de la selva o del río, que siendo todopoderosos, no lo han impedido.

El abandono carga la responsabilidad del infanticidio al azar

Los *kelariens* de Bengala no matan a las niñas, sino que las dejan algunas probabilidades de salvación para cargar la responsabilidad de su muerte a los dioses. Los padres pintarrajean de rayas rojas y negras a la recién nacida y la meten en un puchero nuevo, que tapan y cubren de flores. Toman la dirección del viento para buscar el sitio, donde hunden, a medias, el puchero, y sacrifican encima un pollito.

Los nacidos en día aciago

Un legado supersticioso recibe del infanticidio su heredero universal, el abandonado. A los que nacen en día aciago, sentenciados a muerte, se les conmuta ésta por el abandono.

Antiguamente en China, los nacidos en el primero y quinto mes del año y sobre todo el día 5 del quinto mes, eran expuestos a petición de sus madres (1). El padre no tenía entonces mando en la familia.

En Madagascar, no hace un siglo, los niños nacidos en jueves eran implacablemente inmolados; un rey se propuso abolir esta costumbre y consiguió que los niños fuesen criados por familias amigas. Por los padres ni pensarlo. Esto hubiera sido demasiado salto. Esta evolución está cronometrada por la historia; no es una de tantas nebulosas que se intentan disipar con hipótesis.

(1) En Indonesia están convencidos de la malignidad de las almas de los niños muertos al nacer, que no disfrutaron de la vida.

(2) Delaplace. *Misiones de China*. (Revista Católica XXIII, pág. 168.)

(1) Marcel Granet: *La civilisation chinoise*, 1929.

Los gallas de Africa (1), cuando un niño nace el mismo día de la semana que su padre, lo consideran de mal agüero, y por no matarle, le entregan al cuidado de una familia amiga (2).

Niños de mala estrella

Firmicus Maternus, escritor del siglo VI, en su obra *Mathesis* enumera las constelaciones estimadas por los romanos de mal agüero y que aconsejaban el abandono de los niños nacidos bajo esta mala estrella. Su lista comprende 40 casos.

El abandono en abreviatura, rito de nacimiento

El gesto de entregar el recién nacido al río y el de recogerle tras una azarosa navegación en la cesta donde le embarcan sus padres, ya vimos que se han soldado, en interés del niño y de sus progenitores, que no quieren desprenderse de él. Esos dos gestos unificados constituyen un rito de nacimiento, que sumariza el proceso del abandono del niño a las aguas y de su salvamento. ¿Podía faltarle equivalente al gesto de abandonar el niño en el bosque? No, porque juegan cabalmente los mismos intereses.

En China, donde tan frecuente es el abandono de los recién nacidos que por

todas partes ponen letreros prohibiendo dejarles en aquel sitio, los padres no se hacen cargo del niño sin tenerle *abandonado* tres días seguidos. Es el modo de cumplir con los usos tradicionales sin soltar el niño. Del suelo no le levanta el padre, como en Grecia ocurría, sino un vasallo, es decir, una persona extraña a la familia y dependiente de ella, tal como si el niño hubiese ido a parar a la calle. El abandono del recién nacido es total; ni siquiera le dan el pecho, y los intérpretes de este gesto no han examinado la posibilidad de que sea una embriogenia del infanticidio y del abandono, una trampa para conservar al niño.

Por todas partes se va a Roma

Esta evolución no contradice nuestra teoría del endoso del parto, sino que más bien la complementa.

En efecto, dos intereses han luchado frente a frente: el de la madre y el del hijo. Cuando prevaleció el primero impuso hasta el sacrificio del hijo. En interés exclusivo de la madre se simulaba el parto de la tierra, del agua, de las piedras, etc. Al desarrollarse el interés por los hijos, hubo que reducir las prácticas infanticidas a símbolos.

Los dos caminos convergen, porque los dos intereses, cierto tiempo en pugna, vinieron a compenetrarse, y hoy es casi imposible encontrar un rito de parto que no esté más o menos matizado de interés por el hijo. Nosotros hemos tenido necesidad de separarlos para hacer su estudio metódico; pero es evidente que si se bautiza al niño con el nombre de un animal, la madre elude la responsabilidad de haberle parido, y el hijo llega a creerse que hereda la fuerza y astucia de su falso padre, y tan preciosa se estima esta herencia que basta para mantener la vigencia de la costumbre cuando pierde su sentido original.

(1) Gorchon y Azals: *Revue d'Ethnographie*, 1926.

(2) Hoy se valen de algunas mañan para burlar los días y horas aciagos.

Los antandroy, de Madagascar, que enterraban vivo al niño nacido en jueves, procuran ahora que la mujer no dé a luz ese día fatídico, haciendo hasta lo imposible por retrasar el parto, sumergiendo a la parturienta horas enteras en agua fría.

Los antaisaka, de la misma Isla, lo arreglan mejor. Untan al mago, que cambia la fecha... y recibe un buey.

En los Vosgos (Francia), se afanan las comadronas en adelantar o retrasar el parto para que no ocurra entre las once y las doce de la noche.

¿Qué origen tuvieron las cesáreas post-mortem?

Los sociólogos atribuyen a los antiguos el propósito de salvar a la criatura encambrada en el seno de su madre muerta por medio de la operación cesárea. El Talmud (1) y después Numa Pompilio en la *Lex Regia* ordenan que los sacerdotes abran el vientre de las moribundas que se hallen en estado de gestación. Los tratadistas cristianos sostienen que la madre está obligada a sufrir la cesárea cuando no puede dar a luz naturalmente, cuando, a juicio del médico, sin dicha laparotomía, la criatura no puede ser bautizada (2). Es evidente que en estos casos prevalece el interés del hijo, pero en los pueblos salva-

jes practican la cesárea *post-mortem*, sin importarles nada el hijo, *en interés únicamente de la madre*.

Cuando la parturienta thay, de Cochinchina, fallece antes de dar a luz, la familia llama a un cirujano para que extraiga el feto, por medio de incisión hecha al flanco del cadáver. No se recurre a esta operación, dice Bourlet, para salvar en un intento desesperado la vida del niño, sino para enterrarles por separado.

Asegura Frazer (1) que en Birmania, cuando muere una mujer embarazada, se separa a la madre del hijo y se tiene el cuidado de enterrarles aparte.

Un prejuicio análogo parece inspirar la brutalidad de las parteras musulmanas, interesadas en sacar al feto, aunque reviente la madre, para lo cual trajinan sobre el vientre de ésta como una apisonadora la masa más pesada que encuentran en la casa.

(1) Rabbinowickz (*La médecine du Talmud*, 1881) sostiene que los talmudistas practicaban la cesárea no sólo de animales o mujeres muertas, sino sobre vivas.

(2) Merkelbach: *Quaestiones de Embryologia et de ministracione baptismatis*, 1927.

(1) *La tâche de Psyché*, 1914.

CAPITULO XXXII

Infanticidio de utilidad pública

Juicio equivocado

Como en nuestra sociedad todavía se practica el infanticidio doméstico y está abolido el infanticidio público, nos horroriza pensar en este último y nos figuramos tener mejores sentimientos que los pueblos que sacrifican niños en sus ritos religiosos. Es un error de perspectiva. Miramos el pasado con los ojos de hoy, desacostumbrados a ver esos dramas de la fe religiosa y para juzgar con exactitud necesitaríamos sustituir el jurado de ideas contemporáneas por otro de la época infanticida. Nuestras leyes castigan el infanticidio, mientras que en sociedades antiguas de cierta cultura la superstición lo reglamentaba y, por consiguiente, lo ilegal, lo inmoral era no cometerlo cuando lo disponía su código de costumbres.

Cuando el Estado antiguo sacrificaba niños, lejos de extenderse o agrandarse la inmoralidad y de pervertirse las costumbres privadas, comenzaban éstas a corregirse, porque la solemnidad que revestía la ejecución de los niños sacrificados por el bien público, obscurecía y empujaba el sacrificio individual y voluntario, que sólo podía interesar en el ámbito de la familia; de modo que el ascenso del infanticidio a rito público, lejos de corromper las costumbres, contribuye a sanearlas, como una cloaca limpia de inmundicias una población. El rito público, por su solemnidad, por su concurrencia, por el linaje y escogido de las víctimas, es el homenaje caro a los dioses, según el concepto espectacular de los antiguos, que echó de ver Nietzsche, y frente al rito público los sacrificios privados se desvalorizan, faltos de solemnidad y de concurrencia. Los padres cartagineses cifraban su orgullo en abastecer de niños al Estado sacrificante, y a la espera de este honor

religioso salvaban su vida muchos niños que no hubiera desechado para el sacrificio el fanatismo religioso de las familias.

Por esto, un balance de víctimas, que es el más probatorio para nuestra sensibilidad, justificaría que ha sido un progreso el infanticidio colectivo.

Por razón de Estado

Mogk (1) ha establecido con numerosos ejemplos que los sacrificios humanos fueron en su origen un medio profiláctico de escapar a la muerte en circunstancias peligrosas; antes de un combate o de una empresa marítima se daba su parte a las divinidades ávidas de almas.

Antes de entrar en batalla, si los presagios eran funestos, los galos estrangulaban a sus hijos para comprar a este precio la victoria y otras vidas por los dioses deseadas.

Cronos, a quien los fenicios llamaban Israel, sacrificó a su hijo único Jeoud con ornamentos reales y sobre un altar, porque el enemigo amenazaba su reino; y el rey de Moab, sitiado por los israelitas, no titubeó en sacrificar a su hijo.

El año 408 un general chino puso cerco a una ciudad donde se encontraba su hijo. Los sitiados cocieron al muchacho y le mandaron el caldo al padre. Este, lejos de asustarse, se sentó convenientemente sobre un tapiz para saborear el caldo. El sacrificio le dió suerte; a poco la ciudad se rendía.

Regresiones

Cuando los cartagineses fueron vencidos por Agathocle, atribuyeron su des-

(1) *Ein Nachwort zu Menschenopfer bei den Germanen* (Arch. Religion, 1912).

gracia a la cólera de Baal, a quien no sacrificaban ya sus primogénitos, sino niños comprados, y para congraciarse con su dios sacrificaron doscientos niños de la nobleza.

Ceremonias de fundación

En la ceremonia de colocar la primera piedra de un edificio, se hacía antiguamente un sacrificio humano, rescatado hoy con monedas y recuerdos de época. En Bolivia las empalizadas de las fortalezas se hincaban en tierra, tomando de arandelas los cuerpos traspasados de vírgenes; en la tierra de Canaán estaban en honor los sacrificios de recién nacidos en las ceremonias de fundación.

Sacrificios periódicos

Todos los años se sacrificaba en Cartago a Cronos Saturno dos niños varones, tomados de las mejores familias, aparte los sacrificios extraordinarios con motivo de epidemias (1), sequías, desastres militares, etc. Los padres asistían a esta horrible escena, y con caricias impedían a sus hijos dar gemidos que hubiesen sido desagradables a los dioses (2).

En la India, en el palacio real de Kalikur, hay un templo donde se ve un ídolo gigantesco; antiguamente, después de ponerle al rojo introducían por su boca muchos niños y ponían otros sobre su mano izquierda, la cual estaba quemando por tener debajo un fízon encendido.

Moloch, fué una divinidad de los amonitas y moabitas, después de los fenicios,

y por fin pasó a Cartago. Con hechuras de hombre y cabeza de ternero y una parrilla en su diestra mano, era una estatua broncea, hueca, con combustible por vísceras, en cuyos brazos quemantes ponían criaturas que carbonizaba el calor. Doelinger ha visto las huellas de esta espantosa costumbre en el mito de Minotaur, el monstruo cretense de cuerpo humano y cabeza de toro; y el triunfo de Teso significa la destrucción del sangriento rito (1).

En el Nuevo Mundo, los peruanos y los chibchas de Colombia sacrificaban niños de corta edad al sol.

Los canaris del Ecuador tenían consagrado a Supay, genio del mal, un cerro, y en él anualmente le sacrificaban niños de pocos años, degollándoles sobre un ara de piedra y con cuchillos del mismo material.

Sacrificio de los primogénitos

La ley judía ordenaba la consagración de todos los primicias al Señor. El Eterno le dijo a Moisés: «Tú me consagrarás todos los primogénitos de Israel, lo mismo de hombres que de animales, porque me pertenece» (2).

Garcilaso de la Vega describe así el sacrificio de los primogénitos en Florida (América): «Sentábase el cacique el día del sacrificio en un escaño de madera, a corta distancia del cual había un tajo y al pie del tajo sobre los calcañares la madre de la víctima cubierta con ambas manos el rostro. No lejos se colocaba entre seis mancebos, uno gallardamente puesto, armado de lujosa clava. Adelantábase a poco, seguida de numerosas víctimas, la más próxima parienta de la madre con el niño en brazos. Le ofrecía al cacique, y ya

(1) En el siglo VI antes de J. C. existía en Grecia la doctrina universal de que los sacrificios humanos ponían fin a las epidemias y el vocabulario conserva una palabra para designar a la víctima inmolada por la salvación del pueblo: es *φαρμακ*, que los helenistas traducen por *medicina preventiva*.

(2) Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, 1913.

(1) A. Lemonnier. *Moloch* (Revue de Sciences philosophiques, julio 1913).

(2) Vigouroux. *Dictionnaire de la Bible*.

que éste lo aceptase, formaban corro las vírgenes y danzaban alegremente, y en medio del círculo la conductora de la pobre víctima. Se ponía luego al niño sobre el tajo y lo inmolaba el mancebo de la hermosa clava.»

Comunión con la carne y sangre de los recién nacidos

En Nueva Gales del Sur, al primogénito de cada mujer se lo come la tribu en una ceremonia religiosa (1).

Asegura Campbell Thonson (2) que en los tiempos prehistóricos el semita era canibal, inmolaba al primer hijo y comulgaba con su carne y su sangre (3).

En los tiempos históricos no han faltado sectas que practicasen este bárbaro rito.

El Dr. Schmidt ha descrito las ignominiosas orgías de los Gnósticos: «Después de la comida común, se acostaban juntos libremente y cuando quedaba encinta alguna de las mujeres, la hacían abortar, y machacaban al embrión, mezclando la masa con miel y pimienta. En la asamblea humedecían el dedo y cataban. Esta era su comunión más solemne».

Los Khlysty o flagelantes rusos también comulgaban con la carne y sangre de un recién nacido, primer hijo varón de una virgen elegida por ellos como madre divina en una solemnidad extático erótica. A los ocho días de nacer se le sacrificaba, amasando un pan de comunión con la sangre y el corazón del niño, harina y miel.

(1) Posiblemente con el propósito de rejuvenecerse o de prolongar su vida. Piensa Hertz que el infanticidio seguido de la consumación de la carne por los hermanos o hermano mayor tenía por objeto fortalecerles. (*La representation collective de la mort*). (Année sociologique, X).

(2) *Semitic Magic*, 1910.

(3) La placentofagia no deja de ser una comunión. Los yacutas de Siberia y los indígenas brasileños, cuando su mujer está de sobrepardo, invitan a sus amistades a una merienda de placenta.

Sacrificio de los monstruos

En Esparta los niños pertenecían al Estado más que a sus padres. Un Consejo de ancianos examinaba a todos los recién nacidos y mandaba criar a los bien conformados, reconociéndoles un derecho eventual a uno de los nueve mil lotes primitivos. Los niños raquílicos o deformes eran llevados al monte Taygete y los tiraban al golfo de Apolhestes, porque no había interés ni para el ellos ni para la ciudad en que vivieran.

En Roma, la ley de las XII tablas no permitía conservar la vida de los recién nacidos monstruosos (1).

Como tales nacimientos anunciaban alguna desdicha pública, los monstruos eran quemados o arrojados al mar y se organizaba una procesión expiatoria que pasaba por la puerta Carmental (Carmen-ta es una diosa romana del parto).

Presagios

El nacimiento de un monstruo suele ser de mal presagio. Opert tradujo las predicciones caldeas aplicables a 72 casos distintos de monstruosidades de niños (2). Véase unos cuantos.

Si al niño le falta la oreja derecha, el rey alcanzará la ancianidad; si le faltan las dos, habrá duelo en el país. Si el monstruo no tiene boca, la dueña de la casa morirá; si carece de nariz, el país estará de duelo. Si no tiene mano derecha, habrá terremotos. La lista teratológica es larguísima. Si no tiene pie derecho, la casa se arruina, prosperando la del vecino. Si nace con tres piernas, el país disfrutará de una gran prosperidad. Si el recién nacido lleva cofia, buen agüero; nace con dientes,

(1) Léon Lallemant: *Histoire des enfants abandonnés et délaissés*, 1885.

(2) Lenormant: *La divination et la science des présages chez les Chaldéens*, 1878.

malo, su casa irá a pique, en cambio el país se mostrará pujante.

Se entremezclan los pronósticos de interés general y particular. Como supondrá el lector, los pronósticos de los partos de las reinas tenían más elevada significación. Así por ejemplo: dos gemelos machos eran de buen augurio para el rey; de varón y hembra... el país se engrandecerá; dos chicas... (silencio).

Nada de eugenesia

Levy Bruhl reconoce que los primitivos no matan a los monstruos por causa de su tara física, que puede impedirles llegar a ser personas vigorosas y útiles, sino por una tara mística que constituye un peligro para el grupo social. El niño que se expone a las fieras porque nació de pie o porque echó los dientes de arriba antes

que los de abajo, puede estar bien constituido y esto no le salva (1).

Para el culto doméstico no valían los contrahechos

En China no bastaba tener hijos varones; era preciso que fueran aptos para el culto. El padre de Confucio tenía un hijo deforme y se casó a los setenta años (y tuvo a Confucio) para dejar un hijo que pudiera ser un jefe de culto.

* * *

La costumbre extendida por el mundo entero de deshacerse de los niños que nacen con ciertas anomalías no ha obedecido al propósito de eliminar a los que no prometen ser fuertes y sanos.

(1) Los tenda (africanos) suprimen a los niños que nacen con las membranas interdigitales; en cambio a los polidáctilos, les cortan los dedos supernumerarios.

CAPÍTULO XXXIII

Regateo del infanticidio

La expatriación

Para conjurar las grandes calamidades, los pueblos itálotas tenían costumbre de ofrendar a sus dioses todos los seres que naciesen en la primavera siguiente. Y como les parecía cruel sacrificar a tantos niños y niñas inocentes, los criaban hasta la edad adulta y les expulsaban de su territorio con la cabeza velada.

Infanticidio simulado

Cuando un pueblo zulú es azotado por una epidemia, las madres se juntan y van cantando a orillas del río, con su pequeñuelo a la espalda, y abren hoyos en la arena, donde meten a sus hijitos, cubriéndoles hasta el cuello. Hecho esto, rompen a llorar como si hubieran enterrado de verdad a sus pequeñuelos y los sacan luego de su falsa sepultura.

Sentimentalismo bárbaro

Los Khonds de la India, famosos por sus ritos sanguinarios, no vierten en honor de sus dioses la sangre de sus hijos. Todos los años cambian con los Panous los niños destinados al sacrificio. Estos niños trocados entran a formar parte de las familias notables, comparten la cama y la comida con los hijos propios; la comunidad los viste y los alimenta; hasta que llega el día solemne en que han de dar su vida por la colectividad que les adoptó.

Consagración del niño

Los celtas consagraban a San Patricio el primogénito de los varones. El niño ingresaba con su dote en una comuni-

dad religiosa que se encargaba de instruirle (1).

Sacrificio Pascual

Según Campbell Thomson, cuando los semitas abolieron el hábito de inmolar el primogénito y comérselo en un banquete sagrado, sustituyeron este sacrificio por la inmolación del primer hijo de los animales, fiesta que data de los tiempos más antiguos de la vida nómada y pastoral de los hebreos. En cada familia se comía un cordero, tiñendo con su sangre el dintel de la puerta de la casa (2). El cordero se sacrificaba entre la puesta del sol y la noche y tenía que comerse entero durante ésta; lo que sobrara, había de ser quemado por la mañana.

Cuando los israelitas abandonaron Egipto, el Ángel del Señor entró a degüello en las casas no señaladas con la sangre del cordero pascual, exterminando a los primogénitos de los egipcios (3).

(1) Los Nosairis consagraban a Khodr (equivalente a nuestro San Jorge, que libró el país del monstruo terrible a quien había que entregar cada año una chica), todas las niñas al nacer. Para poder casarse con estas niñas, cuando estaban en edad, era preciso discutir con el Convento la suma que había de darse a los padres, de la cual se quedaba la mitad aquél. (Dussaud, *Histoire et Religion des Nosairis*, 1900).

(2) La Biblia personifica esta evolución en el sacrificio de Isaac, conmutado por el sacrificio de un cordero.

(3) Frazer se pregunta por qué los israelitas se creyeron obligados a matar los primogénitos de sus rebaños en recuerdo de la hecatombe de los primogénitos egipcios y cree que el ángel de la Muerte bajaba a la tierra por Pascua y entraba en todas las casas y salía con la espada tinta en sangre; la que manchaba la puerta debió ser de un recién nacido, y cuando se substituyó por sangre de cordero, más se hizo por engañar al cruel visitante que como ofrenda. El ángel exterminador debía pasar de largo por delante de las puertas señaladas.

De estos sacrificios tal vez provenga la frase «hacer la pascua».

En Egipto el primer burrito era tabú, como todos los hijos primeros del hombre y de los animales domésticos; de no rescatársele había que cortarle el pescuezo. Un asnito podía rescatarse por un borrego. Nos encontramos con los últimos eslabones de la cadena de sustitutos, pero la lógica puede reconstituir el resto, suponiendo sin aventurarse gran cosa, que la vida del niño se rescató por la de un animal de precio y las demás permutaciones obedecieron a regateos. Entre los judíos se destetaba a los tres años, y para festejar el destete de su hijo Samuel, Hansa sacrificó a un novillo de tres años, edad justa de la criatura.

Fiesta de inocentes

Esta fiesta que conmemora una degollación de niños, se celebraba en algunos pueblos europeos, convirtiéndose los niños en papás (cogiendo su gorro de dormir, su paletó y su bastón) y las niñas en mamás (poniéndose su cofia, su delantal y su llavero, objetos preferidos para hacer el papel de padres). Así disfrazados, recorrían las casas, metiendo toda la bulla posible; regañaban a los padres como si fueran chiquillos, daban órdenes a los criados. ¿No sería este disfraz, en su origen, un preservativo del día peligroso en que se les degollaba sin más razón que la de ser niños?

Un ejemplo bien demostrativo de sustitución

Los Eolios de Tenedos (Grecia) sacrificaban a Melikertes un ternero en vez de un recién nacido; se ponían brodequines al becerrete y se prodigaban a la vaca los mismos cuidados que si fuera una mujer.

Opina Frazer que esta matanza debieron efectuarla primeramente enmascarados como los Mombo Jumbos del Africa occidental.

En el sitio mismo que ha nacido un niño se mata un animal

En los pueblos bálticos se mata un gallo al nacer un niño en el lugar mismo en que éste vino al mundo y después ocultan al recién nacido hasta que le bautizan.

Los Madaba (árabes) matan un cordero negro en el sitio mismo en que ha dado a luz una mujer.

El sacrificio se hace al imponerle nombre al niño

Los araucanos tendían en el suelo una llama y sobre ella depositaba cada cual su ofrenda. Se arrancaba luego el corazón a la llama y con él señalaba el padrino a su ahijado en la frente y le daba nombre, nombre que repetían tres veces los espectadores. Pasaban entonces el niño a los brazos del padre y el padrino, levantando en alto el corazón del carnero, pedía fervorosamente a los dioses que no privaran al infante de la vida, ni del valor, ni de la elocuencia.

Sacrificio aplazado

En Atenas y en el Imperio de los incas el sacrificio se aplazaba hasta el día en que junta toda la promoción de nacidos en el curso del año, hacían su ingreso solemne en sociedad. Es decir, que se traspasaba el sacrificio de corderos, desde la fecha de nacimiento fisiológico del niño al nacimiento social. Antes no existía el niño para la colectividad.

Substitución por piedras y plantas

La mitología nos cuenta que para salvar Rez a su recién nacido Zeus de la voracidad paternal de Cronos, le ocultó en una caverna y presentó al padre, en lugar de

su hijo, una piedra envuelta en lienzos que aquél se tragó como había hecho con todos sus hijos.

Por las referencias circunstanciadas de Pleyte sabemos que, al entrar el séptimo mes de embarazo, los esposos javaneses se llegan a orillas del río, desnudos hasta la cintura; ella, con una brazada de hojas de pisany. El marido coge un puñado y le deja deslizar por un pliegue del jubón de su mujer; antes que toque el suelo lo recoge un viejo, que lo acaricia como si fuera un roro. Acto seguido el marido deja escurrir por el mismo sitio un huevo que se chafa en el suelo y representa las secundinas. Después corra las hojas de pisany. ¿Qué significación tiene este parto alegórico? Desde luego, la mujer pretende librar de la muerte a su hijo primerizo echando por delante una víctima, sacrificable sin aflicción, en este caso el puñado de hojas. Además, gracias a esta estratagemma, la mujer recibe el ataque de los espíritus cuando está en buena disposición física para resistirles. Su confianza en ganar la batalla la decide a presentarla. Frazer señala ensayos de partos hechos con pedruscos, que son variantes del ejemplo que damos y prueban no es excepcional.

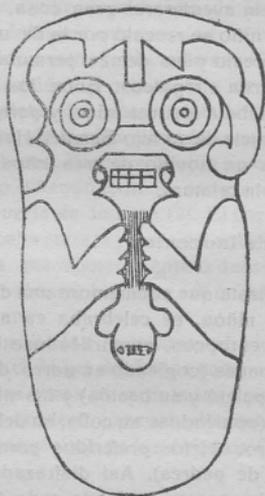
¿Qué significación tienen los carnívoros andrógenos?

Todavía se fué más lejos en las economías no sacrificando a los niños más que en imagen.

El dios mejicano Mictlanteuhli—señor del lugar de los muertos—era representado con frecuencia devorando un niño.

En San Agustín (Colombia) se han descubierto estatuas de arenisca de boca desmesurada, de la cual sale una masa informe con cabecita, que se supone quiere representar un niño vivo, medio tragado por un dios sanguinario (1).

En el Museo lapidario de Arlon (Luxemburgo belga), se guarda un relieve galorromano funerario (1) que representa una loba devorando a un niño pequeño, a juzgar por las redondeces de la parte del cuerpo aún visible. Se han descrito bronces de un asunto semejante (Museo de Angulema), con la particularidad que no hay indicación de lucha entre el niño y el animal; pende aquél de la boca del carni-



Estatua de San Agustín, de Colombia, que representa una divinidad devorando un niño.

vero más bien como tributo que como presa (según Reinach).

¿Qué significación tienen estos carnívoros andrógenos? No vamos a repetir la argumentación de los monumentos que representan escenas de parto. Nos parece evidente que se persigue el mismo objeto: salvar a los niños de carne y hueso entregando a la muerte sus imágenes.

Engelman ha descrito un vaso de Vulci (2) en que se ve una harpía llevándose co-

(1) Carlos Cuervo. *Estudios arqueológicos y etnográficos*, 1920.

(1) *Revue Archeologique*, 1911-I-pág. 57.
(2) *Jahrbuch des Kaiserlich deutschen archäologischen Institutes*, tomo 1.º

gido con cada mano un niño que forcejea y supone sea la representación del demonio de la muerte.

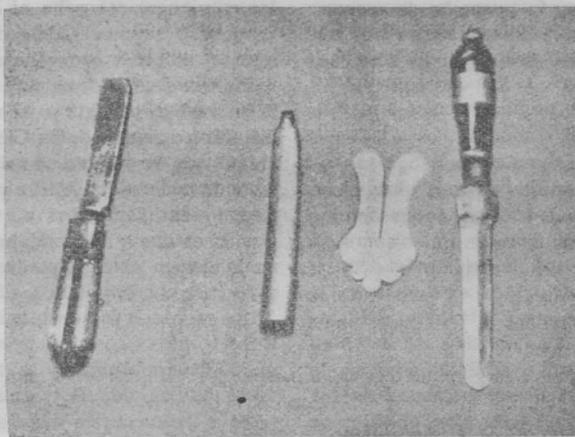
Wernicke (1) subdivide en tres grupos para su mejor estudio, las representaciones de la vida del niño en los sarcófagos.

A) Se hacen figurar los cuidados paternales, la enseñanza, diversiones, paseos.

B) Abarcan más completa la existencia

Rescate a metálico

El tributo de sangre inocente resultaba onerosísimo para las familias judías; es natural que muchas le eludieran y para castigarles se les impondría una multa, la cual gustosamente se avenían a pagar los padres que querían conservar sus primogénitos. Al propagarse el cambio de la contribución de sangre por la de dinero, sus perceptores y beneficiarios, de la cas-



Instrumentos judaicos para la circuncisión ritual. A la izquierda, un cuchillo del siglo XIII con mango de cristal de roca. A la derecha, el cuchillo, la lira y el tubo de coral pulverizado de un neceser de rabino del siglo XVIII.

del niño, pues comprenden además el baño del recién nacido, y, por el otro extremo, su amortajamiento.

C) Añaden la exposición del cadáver.

El arte se complajo en estirar el asunto a la vida entera del niño, como en el sarcófago del Museo de Campana; pero su origen fué utilitario, proveyó de substitutos los lugares de sepultura, ahorrando a los niños vivos el tener que ocuparlos.

ta sacerdotal, hicieron creer que Jehová renunciaba a la vida que en derecho le correspondía, y consentía en recibir cinco siclos por cada primogénito.

Sacrificio del dedo

Loeb (1) ha estudiado la costumbre de sacrificar dedos. Existe en muchas partes (Australia, Nueva Guinea, Fidji, Tonga, India, ciertas regiones de Africa, Para-

(1) *Archeologische Zeitung* XLIII.

(1) *The blood sacrifice complex*, 1925.

guay, Brasil, indios de las Praderas del Norte de América. Los griegos de la antigüedad conservaban recuerdo de este sacrificio) y tiene muy diversas aplicaciones. Por ejemplo, las viudas bantús no se suicidan para acompañar a su esposo al otro mundo; se mutilan un dedo y nada más. En Fidji, cuando el padre enferma, el hijo sacrifica un dedo, y si no basta este sacrificio para sanarle, prosigue cortándose falanges. Ahora bien, cuando el sacrificio se hace a los pocos días del nacimiento, hay que suponer la intención de rescatar la vida del niño mediante esa pequeña mutilación. Tal es el caso de algunos hindúes y australianos.

Sacrificios sexuales

En Méjico antiguo depositaban los recién nacidos varones sobre el altar y con un instrumento de jade les sangraban los órganos de la generación. Es un sacrificio equivalente al de la mutilación del dedo.

Un área mucho más extensa tiene la circuncisión, que en la mayoría de los pueblos salvajes se practica en las proximidades de la pubertad fisiológica, en la que pudiéramos llamar *pubertad social*, no siempre coincidente con aquélla; se trata de un pacto de sangre que liga a la tribu, y prepara al matrimonio; un rito de iniciación a la vida sexual y social de los púberes. Mas ninguna de estas finalidades persigue la circuncisión entre los judíos, toda vez que se practica a los ocho días del nacimiento y un pasaje muy discutido del Exodo (IV-24-26) ha hecho mirar esta operación como un simulacro del sacrificio del niño, como un sacrificio en miniatura, que sustituía al sacrificio real de la persona. Parece que de regreso Moisés a Egipto, en compañía de su esposa Sefora y de su hijo, para tomar la dirección de los israelitas, se le presentó Jehová a reclamarle con amenazas de muerte el sacrificio del primogénito. La esposa de Moisés, viendo el peligro que corría su marido, con una piedra cortó el prepucio de su

hijo. Si esta interpretación es exacta (1) el homenaje tributado a la divinidad hiriendo el órgano de la generación estaba relacionado entre los hebreos con el sacrificio del primogénito.

La primera tonsura

El sacrificio del pelo es el más difundido entre los ritos de nacimiento, matrimonio y funerarios, preferencia debida no tanto a que resulta inofensivo, sino al valor extraordinario que la magia (madre de todas las religiones) otorgaba al cabello. Para un bramín, según el Código Manú, la tonsura reemplaza la pena de muerte.

El primer corte de pelo se solemniza en innumerables pueblos y señala el ingreso del niño en sociedad. En China le cortan el pelo al niño cuando cumple el mes, delante de la divinidad *Madre* y de las tablas ancestrales. Todos los parientes y amigos, invitados a la fiesta, hacen regalos, cuidando no estén pintados de blanco, porque es el color de luto allí.

Los moros llevan el chiquitín al santuario, y le hacen cortar el pelo de la forma que lo llevara el santo y así ha de conservarlo toda su vida. Por eso se ven en Marruecos tantos cortes de pelo distintos. A veces los santos son tan exigentes que ha de sacrificárseles el cabello de la madre y del niño a la vez; y los *Quezzan*, cuando presentan el segundo niño, llevan también al mayor para que le corten un mechón de pelo en beneficio del recién nacido.

En Siria el niño es consagrado a San Jorge, y le llevan al santuario para que le rapen la cabeza. Al santo se le paga lo que pese en plata. También en Fenicia tenían peluqueros agregados a los templos.

En la India se tonsuraba al niño delante del fuego mágico (2) que servía de vehículo a la ofrenda y la hacía llegar a los dioses.

(1) Chantepie de la Saussaye. *Manuel de l'Histoire des Religions*, 1904, sostiene esta interpretación.

(2) Oldenburg. *Die Religion des Veda*, 1912.

CAPITULO XXXIV

El progreso sentimental ha traído la selección al revés

Legislación contra el infanticidio

Poco a poco volvieron las aguas a su cauce. El amor materno, domeñado por el instinto de conservación, sacrificado a los prejuicios sociales, que tomaron de excipiente la religión, interpuso recursos salvadores para la vida del recién nacido, reseñados con algún desorden en las precedentes páginas, y consiguió al fin conciliar las crueles tradiciones heredadas con los impulsos compasivos del corazón. No hicieron, en verdad, falta leyes misericordiosas para que los padres por espontánea decisión se fueran apartando de la obediencia ciega a los mandatos de los dioses infanticidas. En Polinesia, por ejemplo, tienen matarifes de recién nacidos que recorren las aldeas ofreciendo sus servicios a las embarazadas (1) y basta un retraso para que le llegue al niño el indulto; entre los antiguos frisones la mama practicaba el derecho de asilo, no pudiendo el padre matar ni exponer al niño que hubiese tetado.

Fué un judío de Alejandría, Philon, quien primero lanzó un anatema sobre el infanticidio, y sus argumentos los reprodujeron infatigablemente tanto los hebreos como los cristianos.

Lactancio abogó con ardor por que se privara a los padres del derecho de matar a los recién nacidos, pues «Dios da el alma para la vida, no para la muerte». Reinaba a la sazón Constantino y atendió en lo posible aquella demanda, reglamentando la suerte de los niños expuestos y recogidos y vendidos; organizó a tal fin una caridad oficial a beneficio de los padres que por su indigencia habrían de verse en la precisión de abandonar a sus

hijos. Sus medidas, por sabias que fueron, no podían cambiar costumbres tan arraigadas (1).

La Iglesia de Cristo contra el infanticidio

La religión cristiana se opuso con todas sus fuerzas al infanticidio. A Cristo le gustaba rodearse de niños, y su religión tomó a empeño el redimir la infancia.

El Concilio de Elvira (año 300) excomulgó sin reconciliación posible a la madre infanticida, pero este rigor no pudo ser mantenido «porque en una sociedad insuficientemente cristianizada, el crimen era demasiado frecuente, y el Concilio de Ancyra, catorce años después, endulzó la pena a diversos grados de penitencia durante diez años» (2). El Concilio de Lérida (año 524) se conforma con una pena más benigna: «no admitir a comunión antes de los siete años a la infanticida, que habrá de pasar el resto de su vida entre lágrimas y humildades». Y, por fin, el Concilio de Toledo (año 589) apela a la ayuda de los jueces para destruir la abominable práctica del infanticidio.

Por influencia del cristianismo Valentiniano sancionó con la pena de muerte el crimen del infanticidio.

Selección al revés

Es innegable que el cristianismo estimuló enormemente el progreso de los sentimientos compasivos. Con ello hizo mucho bien, pero ha hecho mucho mal también. Aumenta de tal modo el vicio, multi-

(1) También en China existen leyes severas contra el infanticidio, pero son letra muerta, y estos crímenes menudean y quedan impunes.

(2) Vacant y Mangenot: *Dictionnaire de théologie catholique*, volumen VII, 1921.

(1) Letourneau: *L'évolution de la morale*, 1888.

plica de tal modo el sufrimiento, hace que nazca para el vicio y el dolor poblaciones tan considerables, que Bagehot se pregunta si no es una desgracia para el mundo el desarrollo de los sentimientos compasivos.

Lo que llamamos *selección natural* o *supervivencia del más apto* no es más que una conclusión a posteriori. Cuando se ceba una epidemia sobre una población, a los individuos que curan o escapan al contagio se les considera más aptos que a los que sucumbieron, y les suponemos dotados de ciertas cualidades naturales de inmunidad o de resistencia, heredables por la descendencia y beneficiosísimas para la raza. Diametralmente opuesto es el caso de un naufragio; aquí son los fuertes los que se sacrifican por los débiles; la ley del mar, inspirada en altísima cultura sentimental, otorga prelación en el salvamento a las mujeres y a los niños. Tal es el fenómeno que Lapouge califica *selección social*.

Basta este ejemplo para que se vea lo encontrados que son los resultados de la selección natural y social. El espíritu caballeresco, la filantropía, la caridad, sentimientos loables y necesarios en las colectividades organizadas, muestran funestísima tendencia a exagerarse y traspasan los límites de la ayuda mutua para favorecer a los endebles y a los malos. De fijo si procediésemos lo mismo con los animales y plantas que nos rodean, pronto desaparecerían por deformación o esterilidad las razas domésticas. Pues cualquiera diría que hacia esa doble terminación se encaminan los pueblos más adelantados con su sistema de selección. En todas partes se quejan los médicos y los economistas de la multiplicación de los degenerados, así como del abandono en que, por el contrario, se deja a los individuos robustos y sanos. Las asociaciones filantrópicas se desviven por recoger a los niños cretinos, deformes y degenerados; para los tuberculosos se edifican sanatorios

marfíltimos, para los idiotas asilos confortables.

En cambio, viven amontonadas en pocilgas familias de mucha prole, sin que alarme su insana promiscuidad aleccionadora de vicios e impudicias. La sociedad aguarda, para ocuparse de ellos, a que enfermen o cometan acciones delictivas. Con acerbas palabras confirma estos hechos Urbano Gohier: «Sed sátiro, apache, ladrón, podéis estar seguros de haber conseguido el interés público. ¿Sois hombre honrado, esclavo de vuestros deberes, heroico en silencio? Nadie os tenderá la mano. La comunidad debiera, puesto que sois sobrio y sano, conservaros con cariño por interés de la raza, pero os deja morir de hambre. Procurad solamente atrapar alguna enfermedad, pudrirlos a medias. En el acto la filantropía os descubre, y allá van en vuestro beneficio las liberalidades privadas, las generosidades del presupuesto, el celo de los sabios, las consultas gratuitas; a cualquier precio hay que salvaros, y devolveros a la circulación y procuraros un hogar para que podáis engendrar desechos de humanidad, sujetos clínicos que, a su vez, propaguen y perpetúen vuestras taras.»

La ética nueva será incompasiva

El filósofo de la fuerza Nietzsche, desgarró la espesa red de sentimentalismos que nos tiene cogido el corazón: «¡Es preciso, dice en una de sus obras más celebradas, que los débiles desaparezcan! ¡Es preciso que les ayudemos a desaparecer! Mayor crueldad es dejar vivir a un niño deforme que tirarle al río como en Esparta y lo es no impedir que nazcan niños así.» Pero el mismo Nietzsche consideraba imposible desprenderse de la compasión. «Si alguien, dice, se atreviese a proponer que se diera muerte a los niños enfermos y raquífticos, condenados a una vida miserable antes que dejarlos vivir con daño suyo y

de la colectividad, nuestra civilización, que se tiene por humanitaria, lanzaría un grito de indignación.»

Pero esta civilización humanitaria, dice Hæckel en su *Historia de la creación natural*, encuentra muy sencillo y admite sin murmurar a cada explosión guerrera, que centenares y millares de hombres jóvenes y vigorosos, los mejores de la generación, sean sacrificados en el juego de azar de las batallas.

Algunos utopistas se han expresado con feroz energía: «El estado colectivista, para impedir la degeneración de la raza y para no sostener a los débiles, se atribuirá el antiguo poder del *pater familias*: a sus pies se depositará el recién nacido, y con un solo gesto ordenará su muerte o le de-

jará vivir. Claro es que no se procederá a la destrucción de los niños endebles sino por los medios más humanos, como el clorofcromo»—dice *Tarbouriech*.

No menos rotundo escribió Benavente: «La morfina seguirá siendo el dulce alivio que prolongue el vivir de los inútiles; y la compasión, esa engorrosa virtud sólo aplicada a lo mal nacido y a lo mal criado, seguirá cultivando, como preciosas plantas de invernadero, enfermos incurables, criminales incorregibles, idiotas y raquíticos, todo el parasitismo humano; hasta que la Ciencia, única Religión y única ley, como hoy el deber de aliviar, adquiera el derecho a suprimir, que será tanto como la suprema justicia de los fuertes, la suprema piedad con los débiles».

TERCERA PARTE
EL INTERES POR LOS HIJOS

CAPÍTULO XXXV

Eugenesia

«La especie debe sernos sagrada; habiéndolo recibido todo de ella, no viviendo sino para ella, cada vez nos daremos mejor cuenta de que unidos a todo su pasado como a todo su porvenir, nuestra vida no es grande, ni tiene valor sino por ella, por el todo de que formamos parte». *Cazalis*.

Los cruzados de la eugenesia han creído encontrar en la India y sobre todo en Grecia antigua los primeros intentos legislativos de procreación científica. En el Código de Manú se lee: «Si un hombre entrega una hija defectuosa en matrimonio sin prevenir al esposo, éste puede anular el acto del infame que le dió su hija». El famoso viajero Jacolliot refirió el siguiente preparativo de boda en la casta Valajia: La novia fué examinada desnuda por cuatro representantes de las dos familias que se unían, los cuales hicieron constar su belleza y perfección física en el registro de la casta. Aquí tienen los propugnadores de la eugenesia la prueba de que el Código de Manú no ha sido letra muerta en esta materia.

Los griegos aún fueron más lejos que los indostánicos; como sus vicios sexuales les apartaban de las mujeres (1), iban al matrimonio lo mismo que al servicio militar, por cumplir el deber patriótico de dar a la ciudad hijos sanos y fuertes; y por esto constituían impedimentos matrimoniales la edad avanzada, las enfermedades y defectos físicos. Plutarco se hacía lenguas de la pureza de sangre y de la belleza corporal de los espartanos. Los lacedemonios batieron todos los records de eugenesia habidos y por haber; cuando el marido no estaba seguro de poder engendrar un hijo irreprochable físicamente, permitía a su mujer entenderse con un buen mozo y aceptaba como suyo el fruto de ese adulterio consentido. Licurgo no aconsejaba cosa mejor para mejorar la raza (2).

(1) Dugas: *L'amitié antique*.

(2) En Roma, el austero Catón, modelo de virtudes, no tuvo inconveniente en prestar su espo-

Estos hechos, rigurosamente históricos, no tenían suficiente volumen para conceder a los griegos la palma de la eugenesia; de otro modo resultarían inexplicables las lamentaciones del poeta Theognis (500 años a. J. C): «Cuando se trata de caballos, dice, nos procuramos a cualquier precio una raza pura, sin vicios ni defectos, que nos permita obtener productos sanos y vigorosos. Y cuando de nuestros propios hijos se trata, procedemos de distinto modo; en *nuestros días los hombres sólo se casan por el dinero*. No hay que extrañarse que la raza humana degenera, progresivamente, en la forma, en el espíritu y en las costumbres.»

Esta misma nota, mejor o peor instrumentada, se toca en todas las obras de eugenesia contemporáneas. El ingenio humano es limitado.

El razonamiento príncipe

Mediante la selección ha conseguido el hombre perfeccionar ciertas razas de animales domésticos, aprovechando una anomalía accidental, cultivándola si era útil, perpetuándola en la raza.

Así es como se han creado tipos originales, como los caballos organizados exclusivamente para las carreras, bueyes sin cuernos, etc.

Víctor Mennier sostiene la posibilidad de crear instintos nuevos y cita el caso de unos lebreles, faltos de osadía y coraje, que por cruzamiento con bouledongues

sa a un amigo, mejor dotado que él en lo físico, y capaz de transmitir herencia más saneada a los hijos.

perdieron a las seis generaciones todo vestigio físico de tal cruzamiento, pero conservaron, en cambio, las propiedades morales de constancia y osadía.

Por lo que se ve, se sacan de un animal cualidades morales como de una planta principios esenciales y tan puros y aislados se consiguen, si hemos de creer al señor Mennier, que bien pudiera llamárseles extracto de perseverancia, de valor, etcétera. ¿Hay en la ciencia nada más maravilloso?

Mas sin duda el hombre tiene en menos estima su propia descendencia que la de los perros y cerdos, cuya raza procura mejorar, pues deja al azar cuanto se refiere a las relaciones sexuales. «Puesto que los hombres se hacen a la ventura y al acaso, decía Charron, no es maravilla que se encuentren tan pocos hermosos, buenos, sanos, prudentes y bien formados.»

El verdadero precursor

En su libro «De la República», decía Platón: «El Estado únicamente debe regular las uniones, no según la voluntad de los cónyuges, sino teniendo en cuenta exclusivamente los intereses generales de la nación. A los magistrados corresponde escoger los hombres más valerosos y las mujeres más bellas, para obtener productos selectos que la República deberá mantener y educar en substitución de sus padres naturales».

Tendencias modernas

En opinión de algunos pensadores (1) para perpetuar una especie vigorosa, la

(1) El filósofo italiano Tomaso Campanella, en la *Cité del Sole*, considera la procreación como un oficio de interés público por depender de él la suerte de la raza. Distingue los adaptados a la procreación y los inadaptados; y el matrimonio de los primeros se regula en una especie de Tribunal compuesto de un médico y de una comadrona.

sociedad debe establecer una especie de «haras» humano. Sería una institución del Estado en que los reproductores seleccionados realizarían un *servicio obligatorio*, como se cumple el servicio militar, si el individuo ha sido declarado útil para ello.

No sé si los socializantes de nuestra época sueñan con facilitar al Estado un nuevo monopolio, el de la reproducción humana, como si se tratase de cerillas o tabacos. Creo somos demasiado individualistas para negar a los particulares el derecho a satisfacer una función, que es, en suma, natural y con frecuencia imperiosa. En contraposición está el derecho del niño a nacer con buena salud y en defensa de ese derecho ha escrito Benavente esta hermosa frase: «La imprevisión al dar la vida debiera ser una agravante, como la premeditación al dar la muerte en un código sabio y justo en que el dar vida fuese considerado en muchas ocasiones tan criminal como el dar muerte».

Instrucción sexual

«Se dice que el amor es un don divino y que en la hora del amor el hombre se siente casi Dios. Pero que pensar de la otra hora, de la gran hora de la creación, en que se apodera del hombre un torbellino, y no sabe ya ni que crea ni lo que crea». Tiene razón Carmen Sylva; el acto de la reproducción es bárbaro, animal, instintivo; hay que educarle, hacerle consciente, inteligente, reflexivo. ¿No es una obra casi divina dar la vida? Y vamos a confiarla al azar, a dejarla a merced de una ligereza, de una sorpresa, de un capricho, una noche de juerga o un devaneo. Cada cual debiera saber lo que le está moral y socialmente permitido o vedado. No se debiera procrear sino con plena conciencia del acto que se realiza, con las mayores probabilidades de obtener un buen producto. «La edad de lo inconsciente ha pasado, dice Cazalis; la de

la ciencia ha llegado». Y en efecto, la eugénica, ciencia del acoplamiento humano, nos enseña las condiciones favorables para la buena fecundación.

Algunas tribus salvajes, particularmente las africanas, tienen organizada la instrucción sexual, en sus escuelas de iniciación.

En otros pueblos—puede servir de tipo la isla de Trobriand—la enseñanza es libre y antes de casarse se entrenan mozos y mozas para la vida matrimonial; sus matrimonios de prueba no difieren de lo que propone como un gran adelanto—ya se ve que sí!—el juez yanki Lindsey, para el drenaje de los vicios sexuales de la juventud y extirpar el cáncer de la prostitución. Los salvajes no se proponen con sus enseñanzas sexuales ningún fin eugénico y falta demostrar que le tengan las obras de Van de Velde y de sus imitadores, que con pasaporte científico franquean las aduanas de la decencia y abrigan la pretensión de ser los libros de texto de la eugenesia.

Certificado prenupcial

En lo que va de siglo se han multiplicado de un modo increíble los libros y los proyectos de ley proponiendo el certificado prenupcial, y el famoso dramaturgo Brieux tomó de púlpito la escena para predicar la higiene sexual a las masas. En su obra *Les averiés* dice: «La ley no da armas contra aquel que sabiendo su estado se casa con una chica sana, confiada, inocente, y la hace madre de un pobre ser cuyo porvenir es tal, que los que más le aman no saben si hacer votos por que viva o por que muera. Ese hombre ha infringido a la esposa el insulto supremo; la ha hecho víctima de un infame atentado; la ha envilecido imponiéndole el contacto con las mujeres de la calle, cuyas taras le ha transmitido, creando entre ellas y su esposa yo no sé qué misterioso parentes-

co; porque la sangre emponzoñada de la prostituta es la que emponzoña a la madre y al hijo».

La civilización ha suprimido las pruebas de fortaleza física y moral de los pretendientes de una moza. A falta de un reconocimiento de aptitud matrimonial, que sus escasos conocimientos no han podido sugerirles, los salvajes saben seleccionar a los fuertes de músculos y de espíritu, sometiéndoles a pruebas valerosas, como la de aguantar (ejemplo, los indígenas venezolanos), puesto sobre la carne, un chaleco, que es un presidio de hormigas venenosas, enfurecidas por su prisión.

El Romeo que aspira a la mano de una moza ha de resistir por cierto tiempo y sin quejarse esa *orquesta de dolores*.

En «El origen del pudor» hemos coleccionado ejemplos de las torturas a que se someten los enamorados de los pueblos salvajes para demostrar su amor, las cuales tienen, en cierto modo, valor selectivo.

Bibliografía

Holmes: *A. Bibliography of Eugenics*, 1924.—Roper: *Ancient Eugenics*, 1913.—Galton: *Essays on Eugenics*, 1909.—Schuster: *Eugenics*, 1912.—Carr Saunders: *Eugenics*, 1926.—Appert: *Eugénique et sélection*, 1922. Rchet *La sélection humaine*. 1922.—Guyer: *Being Well-Born*, 1927.—East: *Heredity and Human Affairs*, 1927.—Franz Boas: *Anthropology and Modern Life*, 1928.—Gates: *Heredity in Man*, 1929.—Havelock Ellis: *L'art de l'amour. La science de la procreation*, 1932.—Darwin: *¿Qué es la eugenesia?*, 1930.—F. Haro: *Eugenesia y matrimonio*, 1932.—Torrubiano: *Teología y eugenesia*, 1929.—Luis Huerta: *Eugénica*. 1918.—Doctor Madrazo: *Pedagogía y eugenesia (cultivo de la especie humana)*, 1932.

CAPÍTULO XXXVI

Maltusianismo

En los pueblos salvajes se mantiene baja la cifra de natalidad por un conjunto de causas, ajenas en absoluto al propósito de facilitar la subsistencia de la población. Las clasificaremos en los siguientes grupos:

a) Partos mortales para el feto por falta de asistencia, ignorancia de las maniobras obstétricas, etc. Sobre ello ya hemos dicho bastante en el primer capítulo.

b) Los abortos y los infanticidios se practican en vasta escala, sin que los reprobete la sociedad.

c) Las enfermedades infantiles, que el empirismo más bien agrava, producen infinidad de víctimas.

d) El tabú sexual prohíbe la reanudación de las relaciones sexuales entre los esposos, después del parto hasta que se desteta a la criatura; y su lactancia se prolonga dos, tres, cuatro y hasta cinco años. Con lo corta que es la vida genésica de la mujer salvaje, estas treguas forzosas (nadie osa desacatar un tabú), suponen un aprovechamiento mínimo de su capacidad procreadora. Este tabú se conservó en Egipto, India, Persia, China y Turquía.

Se ha señalado el uso de contraceptivos mágicos y de prácticas muy efectivas para limitar los nacimientos, en las tribus africanas, antiguos hebreos, tribus germánicas, árabes, griegos y romanos. Un manual árabe del sig^o XVI, traducido al francés en *Les Maitres de l'amour*, contiene métodos químicos y se dice que los médicos árabes conocían el papel protector de los pesarios.

Moral matrimonial antigua

Los antiguos han mirado la fecundidad como un don del cielo. En las ceremonias

nupciales se entremezclan ritos que evidencian el deseo de obtener frutos copiosos de la unión matrimonial. La novia servía al llegar a su futura vivienda, exclama: «Deseo tener tantos hijos como vigas tenga el techo» (1).

Son bien conocidos los préstamos de fecundidad que hacen las casadas cargadas de hijos asistiendo a las novias en algún momento de los preparativos o de la ceremonia nupcial y el interés que ponen las recién casadas bretonas en acompañar a sus amigas que dan a luz a la misa de paridas.

Los ritos nupciales han conservado la vieja actitud de los hombres frente a la procreación: que es aceptar todo lo que venga.

La actitud nueva es diametralmente opuesta; el matrimonio que se tiene por moderno y se sujeta a los cánones eugenistas, deja de ser alegre y confiado en la producción de nuevas vidas. Su ideal es la procreación limitada.

Maltusianismo

La humanidad se reproducía sin freno y sin medida. Los ritos milenarios de fecundidad habían anclado en el fondo del alma humana la creencia en una intervención sobrenatural. No se conocían las estadísticas, que asustan como los termómetros

(1) Aunque parezca contradictorio, en los pueblos infanticidas abundan los ritos de fecundidad. En China, a la hora en que está anunciada la salida del pelanquín que conduce a la novia, en la casa del novio, donde la aguardan, se sientan cinco hermosos niños y dos niñas sobre la cama preparada en la cámara nupcial. Se les alborra de dulces y carne de cerdo. Todo esto para obtener que sea fecundo el matrimonio que va a celebrarse.

Los Irroules de la India se casan delante de un hormiguero, a fin de conseguir por su influencia una prole numerosa.

y nada curan; no inquietaban los víveres. Las epidemias segaban las cosechas de bendición matrimonial. La imprevisión tiene sus encantos, no se atormenta pensando en el mañana, disfruta g'otonamente las emociones del presente; y los hijos, cuando no se piensa en las negruras del porvenir, son la bendición de Dios.

En medio de esa orgía procreativa, el

pavoroso balance entre la producción de vidas y la producción de subsistencias, sirvió a los discípulos de Malthus, la flor de los economistas ingleses, Stuart Mill, James Mill, Ricardo, y a un sociólogo de primera magnitud como Spencer, para combatir la procreación ilimitada.

No atreviéndose a pedir restricciones generativas en los hogares burgueses,



Un cinfurón contra la esterilidad usado por las mujeres congoleesas, y que está constituido por muñecos de trapo.

(De la Exposición de supersticiones de Budapest.)

economista Malthus tuvo cabeza para echar cuentas y se alarmó. No era para menos. Según sus cálculos, la humanidad se multiplicaba vertiginosamente, en tanto que las subsistencias aumentaban más despacio. Si la producción de vidas no se contenía, tendrían que terminar los hombres por devorarse unos a otros (1). Este

(1) Así condensó Malthus su principio:

«Mientras la población tiende a aumentar en progresión geométrica, los medios de subsistencia no pueden aumentar más que en proporción aritmética; como el aumento de la población precede al de los víveres, resulta necesariamente un déficit, un malestar, que entraña directa o indirectamente la ruina de una parte de la población. Un ser nacido en un país en exceso poblado, no tiene de derecho natural medios para vivir. Un sistema de benefi-

donde el pan sobra y sería risible la amenaza de necesidades, hicieron su primera salida contra los pobres, que han de cargar sus hijos sobre la sociedad.

Wells dice que la gente sensiblera se apiada estupidamente de los pobres carga-

—
cencia universal es un mal, porque no hace más que favorecer el crecimiento de la población y engendrar, por consecuencia, una miseria nueva. El único medio de aliviar la miseria general, es impedir el crecimiento exagerado de la población. Al gobierno corresponde proveer a ello mediante leyes, medidas de policía; en cuanto a lo demás, preciso es abandonar la pobreza a sí misma.»

Malthus. *Essai sur le principe de Population*, traducción de Prevost, 1845.

Frederic Passy. *Le principe de population*. Malthus, et sa doctrine.

dos de hijos. ¿Con qué derecho procrean seres que no pueden mantener? Para Ricardo, la ley debiera fijar el número de pobres, disminuyendo entre ellos la frecuencia de los matrimonios. Por su cuenta, Say agrega: «Esto patentiza la imbecilidad de los príncipes que consagran los acontecimientos felices de su reinado maridando a pobres, es decir, se regocijan condenando a las lágrimas y quizás a la muerte las familias que nazcan de uniones provocadas tan locamente.»

Raul de la Grasserie y Rümelin, declaran totalmente inadmisibles que todo hombre tenga derecho a poner en el mundo y por tanto sobrecargar la sociedad de los niños que quiera. Ya dijo Condorcet que si tenemos obligaciones con respecto a los seres aún no nacidos, éstas no consisten en darles la existencia, sino la felicidad; tienen por objeto el bienestar general de la especie o de la sociedad en que viven, de la familia a que están unidos, y no la pueril idea de cargar la tierra de seres inútiles y desgraciados.

Por todas partes se habla de puericultura. No es la cantidad de nacimientos lo que debe preocuparnos, no es el cultivo intensivo del fruto humano lo deseable, sino su buena calidad (1).

Esterilización de los indeseables

Sin dejarnos llevar de planes quiméricos—dice Schopenhauer—hay para reflexionar que si después de la pena de muerte se estableciese la castración como la pena más grande, se libraría a la humanidad de generaciones enteras de tunos, y esto con tanta mayor seguridad, cuanto que, como se sabe, la mayoría de los crímenes se cometen entre las edades de veinte a treinta años.

Es notorio que en todas las especies

animales, la castración da como resultado transformar de buena manera el carácter. Los seres más feroces se convierten en dulces y sociables. Muerte parcial de un órgano que pone a la sociedad al abrigo, en lo porvenir, de la multiplicación de la fauna patibularia, es la higiene social que predica Roberto Boal, de quien son estas conclusiones: La castración impone una pena que, sin privar de la vida, es terrible y horrorosa; siendo eficaz, no es cruel ni vindicativa; y modifica y mejora la naturaleza del criminal con más eficacia que el presidio.

Esta idea, que en Europa parece irrealizable, se ha puesto en práctica en varios estados de la Confederación del Norte de América, como hecho de profilaxia más que como castigo, ante la progresión creciente de la criminalidad. (En 1926 llevaban realizadas 6.000 operaciones).

Aunque la operación apenas si tiene riesgos operatorios, influye mucho en las condiciones somáticas y mentales del individuo; y por ello se la ha substituído por la resección de los conductos deferentes, operación nada peligrosa, que no exige permanencia en cama y que con anestesia local, dos incisiones de centímetro, un punto de sutura y cinco minutos, queda hecha, con menos traumatismo que la avulsión de un diente, deja intacto el poder sexual y hace imposible la fecundación.

El medio no puede ser más sencillo ni más eficaz.

Fundándose en este resultado, el Parlamento de Indiana promulgó, en 1907, la ley siguiente: «Dada la importancia que tiene la herencia en la perpetuación de los criminales y enajenados, se ordena que después de sancionada esta ley todos los establecimientos oficiales en que haya recluídos criminales y enajenados, deben completar su personal médico con dos cirujanos que, en unión del director médico, examinarán el estado físico y mental de los recluídos señalados por una comisión

(1) Leuves. *Natality and Fecundity*, 1906.
Carr Saunders. *The Population Problem*, 1922.

nombrada al efecto. Cuando de este examen resulte que el enfermo es incurable y que debe impedirse su reproducción, los cirujanos harán la operación adecuada. Pero tal intervención no debe hacerse sino cuando la curación sea absolutamente imposible.»

Según Meier, hasta fin de julio de 1911, esto es, hasta cuatro años y medio después de promulgada esta ley, habían sido esterilizados 873 hombres, casi todos criminales. En un principio la ley no comprendía a los enajenados, verdaderamente tales, sino a los idiotas congénitos. Debe advertirse que de esos ochocientos y pico de esterilizados, unos doscientos lo fueron a petición propia, petición que quita mucha fuerza a los sentimentalistas.

Resumiendo; Estados muy audaces de Norteamérica han legislado que a los degenerados, caquéticos, decadentes, alcoholizados, arruinados fisiológicamente, físicos, incluso los criminales, se les impide no el realizar el acto sexual, sino tener descendencia, y esto por medio de procedimientos discreetísimos de neutralización o de esterilización, como por ejemplo, la vasectomía o los rayos X (1).

Control de los nacimientos

La gran guerra ha arruinado la economía mundial. En todos los hogares se mira con inquietud el porvenir; pérdida por completo aquella felicísima imprevisión de nuestros antepasados, preocupa terriblemente lo que será de los hijos en la sociedad futura, sin fe y sin moral, destrozada por la lucha de clases y con ideales puramente estomacales.

Los gobiernos que durante siglos capitalizaron los incrementos de población—riqueza imponible y carne de cañón—per-

siguieron con encarnizamiento desde 1823, en que apareció en Manchester el primer folleto anticoncepcional, las propagandas de la limitación de nacimientos, y hoy, asustados con el problema irresoluble de los parados, autorizan - hasta en la pudibunda Albión —la enseñanza pública de los métodos contraconceptivos. La moral vieja es atacada rudamente por la moral nueva (1).

La finalidad eugénica es desviada por la desmoralización sin límites de la postguerra; las enseñanzas anticoncepcionales son aplicadas a la procuración de goces sin responsabilidades; y los excesos sexuales traerán al cabo la neurastenia, con su horror a las cosas del sexo. La historia de las costumbres públicas registra muchos ciclos de licencia cerrados por períodos de virtuosismo exagerado. Los reinados de Luis XIV y Luis XV se estreñaron con un vivir crepusculo, fomentado por el mal ejemplo de la Corte y terminaron por agotamiento físico de los cortesanos en una vida ascética.

El péndulo no va a un extremo sin que vuelva al otro. Estamos ahora galopando hacia un extremismo amoroso que asusta; pero la reacción vendrá. El instinto de reproducción triunfará de esta prueba, como ha triunfado de todas.

La ciencia se alza contra la libertad de amar que propugnan las escuelas avanzadas, dispuesta a reemplazar los viejos tabús sexuales con tabús higiénicos, que nadie sabe si lograrán el acatamiento universal y si durarán tantas centurias como aquéllos. Es evidente que la higiene no podrá ganar prosélitos entre los salvajes más que civilizándoles, mientras que los tabús sexuales se habían introducido en

(1) Bertrand Russell: *Vieja y nueva moral sexual*, 1930. Lo más notable que se ha escrito, desde el punto de vista apologetico, de la moral nueva. La voluminosa obra de Calverton y Schmallhausen *El sexo en la civilización* 1930, es una enciclopedia de las nuevas tendencias sexuales. Muy instructiva, pero bastante pesada.

(1) Laughlin. *Eugenical Sterilization*, 1926.
Gosnewy y Popenoe. *Sterilization for Human Betterment*, 1929.

todas partes, sin esa petición previa de un mínimo de cultura. Por otra parte, la ciencia es más inestable y cambiante en sus afirmaciones que la religión; tiene más heresiarcas y heterodoxos, y no logra imponer respeto sagrado a sus preceptos.

Bibliografía de la limitación de nacimientos

Para el aspecto médico. Cooper: *The Technique of Contraception*, 1928.—Telling, Chapple y otros: *Medical Help on Birth Control*, 1928.—Merchant: *Medical aspects of Contraception*, 1927.—

Norman Haire: *Medical Views on Birth Control*.

Para la historia de la limitación de nacimientos. *Encyclopaedia of the Social Sciences* (vocablo Birth Control).—Doctora Stopes: *Contraception, its Theory, History and Practice*, 1925.—Sánger: *Family Limitation*, 1914.

Para el aspecto ético. Joaquín Noguera: *Moral, Eugenesia y Derecho*, 1930.—Rev. Davis: *Birth Control Ethics*, 1927.

Para la posición de la Iglesia. Pío XI: *Encíclica Casti Connubii*.—Cooper: *Birth Control*, 1925.—Bruehl: *Birth Control and Eugenics in the Light of Fundamental Ethical Principles*, 1928.

CAPITULO XXXVII

Determinismo del sexo

De tiempo inmemorial data el deseo de producir a voluntad niños varones o hembras; deseo exacerbado en las épocas de plusvalía de un sexo, en que no había piedad para la mayoría de los nacidos con el contrario.

Poseemos en España unas joyas de arte rupestre, sin par en Europa, que atestiguan cuán antiguas son las inducciones mágicas sobre el feto para determinar su sexo. El ilustre explorador de arte rupestre, don Juan Cabré, descubrió en el valle de Retortillo (Soria), cinco grabados que representan: el primero, una figura de hombre desnudo (esto prueba que no desconocían el papel de procreador del padre y, por tanto, estaban los grabadores neolíticos más adelantados en conocimientos fisiológicos de la generación que los australianos del Centro); el segundo grabado representa una mujer, adornada con collar, embarazada y con el feto visible por transparencia. (Este tiene perfectamente acusado el sexo masculino, y por el valor mágico del arte, el grabador se propondría coaccionar al feto, obligándole a ser varón). En el tercer grabado, el feto que se ve como por rayos X está colocado de cabeza, la posición más favorable para el parto; encajado ya para salir. (Este grabado ahorra las maniobras de versión, pues por magia obligaba al feto a adoptar esa posición óptima para el parto). El cuarto grabado representa al infante lleno de vida y expresión con los brazos abiertos; y en el quinto, ya adolescente monta un caballo.

Este *paneau* de las distintas fases de la vida humana, calcula el señor Cabré, por la industria hallada en las inmediaciones, que debe contar por lo menos 5.000 años. Sus grabadores no conocían los metales.

El marqués de Cerralbo presentó las

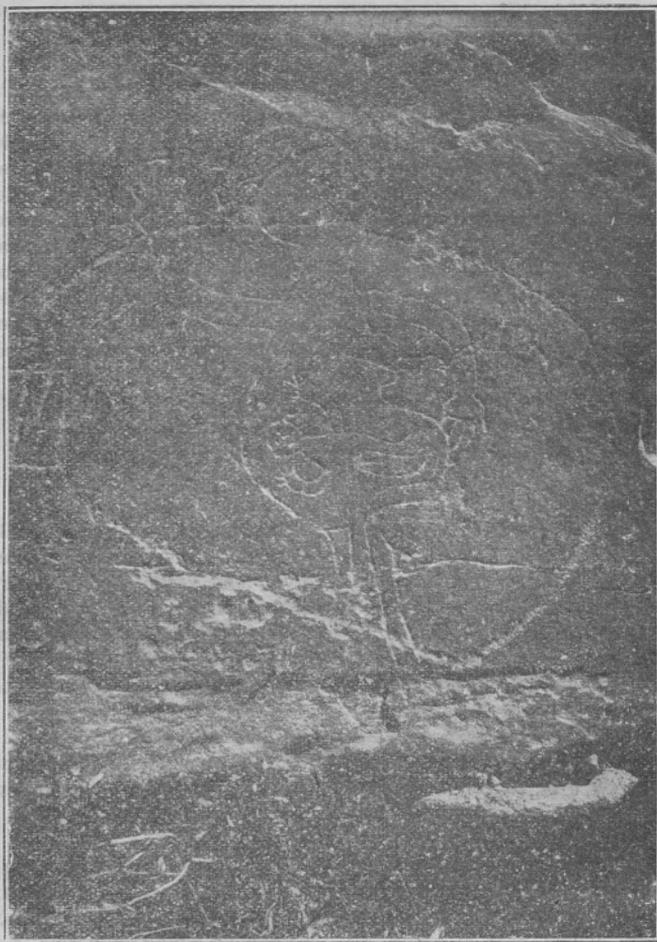
fotografías de esta roca grabada al Congreso de Antropología de Ginebra, y hasta ahora sólo se ha publicado su diseño, de modo que la gentileza del descubridor señor Cabré nos permite reproducir por primera vez las dos fotografías, que son testimonio irrecusable de los conocimientos fisiológicos y obstétricos de nuestros antepasados de la edad de piedra y del uso de la magia para el determinismo del sexo.

Procedimientos diversos para determinar el sexo

Estudiaremos primeramente los procedimientos a que se recurre para producir a voluntad varones y hembras; después hablaremos de los signos o indicios que sirven de base a los pronósticos del sexo. Ahora bien, si en lo primero ha fracasado rotundamente el empeño del hombre en violentar a la naturaleza, no ha sido más afortunado al querer adivinar el sexo que tendrá el nuevo ser, y todo cuanto aquí se diga no pasa de ser un inventario pobre de creencias y supersticiones que la ciencia no puede avalar.

En las ceremonias nupciales se inicia ese afán por tener hijos varones. En Suecia, la víspera de la boda, la novia duerme con un niño; en Servia, ha de abrazar a un chiquillo que la presentan al terminar la ceremonia; en las tribus del archipiélago indico, se coloca sobre el regazo de la recién casada un muchacho. (Lo mismo hacen en muchos pueblos eslavos).

Los antiguos creían que la matriz se compone de dos mitades y en la derecha habita el macho y en la izquierda la hembra. (Iguales creencias tuvieron los árabes, los indostánicos y tienen hoy los

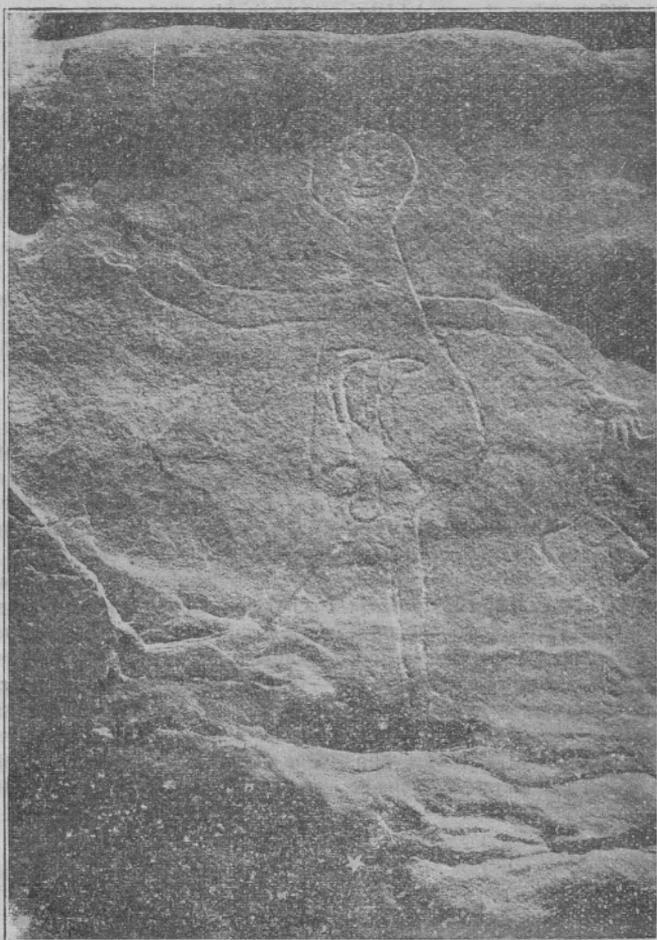


Roca grabada neolítica de Retortillo (Soria) descubierta por el Sr. Cabré.—La embarazada sobre un rueda, que quiere representar la cama. El feto es del sexo masculino.

malayos del Centro de Sumatra). Con arreglo a estas creencias, se explica el propósito de engendrar varones colocándose la mujer en el momento de la concepción sobre el lado derecho. (Procedimiento seguido en Holanda, Alemania, Hun-

gría e Italia). En decúbito supino, las probabilidades son iguales (1).

(1) Kleiweg de Zwaan. *Pronostics du sexe de l'enfant qui doit naître d'après les méthodes des indigènes de l'archipel indien*. (Congreso de antropología de Lisboa, de 30 septiembre 1930).



Roca grabada neolítica de Retortillo (Soria). Representa al feto en posición de salida del claustro materno.

Son numerosos los sacrificios que prescriben los libros sagrados de la India para asegurar el nacimiento de varones. Uno de ellos consiste en encender fuego sagrado y preparar manteca con la leche de una vaca que haya parido un ternero.

La embarazada se unta con el pulgar de manteca la ventanilla derecha de la nariz.

En la isla Murray la embarazada come pichones del sexo que quiera tener el hijo.

En Europa se cree que el uso por las

embarazadas de prendas de hombre o de mujer, puede influir sobre el sexo del feto. Cuando un matrimonio eslovaco desea un chico, la esposa se cose a la ropa un gorro de niño, y de niña si quiere esto. Los checos golpean a la recién casada con una gorrilla de niño. En Hungría la recién casada mete debajo de la almohada los calzones y el sombrero de su esposo. En Herzegovina, la casada se pone el cinturón de su esposo, lo mismo que las Papúas de Nueva Guinea, y con idéntico afán de tener hijos varones.

Ovidio en sus «Metamorfosis» pone en labios de un marido pobre la invocación, instantes antes del parto, de que su mujer dé a luz un varón.

Signos pronósticos

En Java, y en algunas comarcas europeas, pronostica hijo el buen humor de la embarazada. Otro signo es el color de la aureola de la mama; una pigmentación fuerte acusa varón, lo mismo en Sumatra que en Hungría. En Holanda y Sumatra, para averiguar el sexo que tendrá su hijo, las embarazadas se aprietan el pecho y hacen caer algunas gotas de leche en un recipiente lleno de agua. Si la leche sobrenada nacerá niña; si va al fondo, hijo. Hipócrates aconsejaba mezclar la leche de

la embarazada con harina, hacer una pasta y ponerla a la lumbre; si con el calor se hiende, la mujer lleva un hijo en su seno. En el mediodía de Italia, la embarazada deja caer una gota de leche sobre una placa de hierro al rojo; si la gota se extiende, hija segura; en otro caso hijo.

En los presagios de sexo desempeñan un papel importante los sueños. Cuando las embarazadas Dayaks (de la isla Borneo) sueñan con un gavilán, se alegran, porque es señal que tendrán un hijo; y si sueñan una red que usan las mujeres para pescar, nacerá niña. En suma, el soñar con objetos de uso varonil o femenino, se tiene por indicio del sexo que tendrá el niño que nazca.

Los Makassars, de la isla de Célebes, salen de dudas muy sencillamente. Ponen delante de la mujer, encinta de ocho meses, un plato de bananas y acercan a él un gallo y una gallina. El primero que picotea determina el sexo.

Los toumbuluks, de la misma isla, hacen sus averiguaciones por la sangre de una gallina, ofrendada a sus dioses. Si la sangre corre en línea recta, saldrá hijo.

En Andalucía, las no primerizas averiguan el sexo del feto de esta manera: si el último hijo nació en cuarto creciente, el que nazca tendrá sexo diferente; si nació en cuarto menguante, será de sexo semejante.

CAPITULO XXXVIII

Cuidados durante el embarazo

Tenemos un nombre flamante y sonoro para designar los cuidados que se prestan al ser en formación a través de la gestante: *higiene prenatal*, pero difícilmente se acomodarían en él las prácticas empíricas que vamos a describir en este capítulo, aunque pretenden cumplir idénticos fines.

Sin embargo, la higiene prenatal tiene que buscar sus pergaminos en la magia y el folklore.

En China se imponen reglas muy minuciosas a las mujeres encinta. Sus gestos, sus andares, sus palabras, la música que deben oír, la comida, los perfumes que deben oler, todo está ordenado y prescrito para que den a luz niños bien constituidos.

¿No es todo esto higiene prenatal?

Tabús alimenticios

Un fenómeno característico del embarazo, es la mala recepción que tienen los alimentos en el estómago; no parece sino que el paladar pide su extradición después de haberse complacido abriéndoles la entrada; el hecho es que se devuelve la comida con persistencia tanta, que en ocasiones alarma, aun sabiéndose cuál es su causa y que no tardará en llegar su término. Imagínese las reflexiones que se hará la mujer salvaje ante semejante fenómeno; para ella no puede ser sino obra infernal de los espíritus.

Encontramos muy natural que para combatir estos trastornos, se cambiara de régimen alimenticio. Mas no se crea que adoptaron otro a capricho. Al parecer, dominaron estos dos criterios:

1.º Proscribir las carnes de mamíferos gestantes y de animales heridos en el vientre, por miedo a que la mujer sufra en sus entrañas (creencia de los esquimales y de Abisinia, Zanzibar, India, etc.) Igual-

mente son tabuadas las entrañas de cualquier animal. En Siberia, la embarazada no puede comer la sangre, la cabeza, el corazón y el hígado de ningún animal.

2.º Prohibir las viandas que pudieran transmitir al futuro ser alguna cualidad repulsiva. Están comprendidos los animales que por la opacidad de sus ojos pudieran proporcionar cegueras o cataratas a los pequeñuelos; las aves de mal agüero son proscritas, no nazca muerto el niño; los lenguados le adelgazarían en demasía; los hipopótamos le harían horrible, etc., etc.

Origen de la veda

Matar a un animal preñado, es de mala suerte para la mujer embarazada. En las leyendas suecas, una castellana murió de parto porque su caballero mató imprudentemente a un animal en aquel estado.

Los salvajes no hubieran respetado a las hembras preñadas ni a sus crías de no temer el contragolpe mágico sobre su propia mujer y sobre sus hijos.

Las embarazadas y la caza

En los pueblos árticos, que se alimentan de caza, son curiosísimos los tabús del embarazo.

Las mujeres yacutas se esconden cuando una manada de renos se acerca al lugar, costeano el río. No deben salir de sus habitaciones ni mirar siquiera en la dirección que pasen los animales. Tampoco les está permitido atravesar un río o un camino que hayan seguido estos rumiantes (1).

(1) Nippgen. *Les rites de la chasse chez les peuples ougros finnois de l'Asie et de l'Europe septentrionales*. (Revue Anthropologique, 1930).

Los ostiaks creen que la hostilidad del oso hacia la embarazada se debe a que el animal ve un futuro enemigo en el niño que va a nacer.

La mujer no puede tomar parte en las cacerías; tampoco le está permitido despedazar las bestias ni cocer su carne. Estas operaciones se verifican en tiendas, en las cuales está prohibida la entrada a las mujeres. Los tunguzes no meten la piel y la carne del oso por la puerta, para preservarlas de todo contacto con las mujeres, sino por un agujero del techo. Y ellas se ponen guantes de piel para coger estas viandas y usan unos bastoncitos de tenedor. Las mujeres samoyedas extreman aún más las precauciones: al meterse la comida en la boca, la hacen pasar por un aro de latón con fines mágicos profilácticos.

Antojos

Los extravíos sensoriales del paladar de las mujeres encinta, rebasan lo imaginable. Al azar tomaremos algunas anécdotas de la infinidad que se cuentan.

Asegura Leblond que una mujer tuvo el antojo de morderle en la espalda a un panadero y no paró hasta obtener su consentimiento. Otra devoró los faldones de la levita de su profesor de dibujo. A principios del siglo XVIII, se le antojó a una preñada comerse a su marido, y, en efecto, le mató, comió parte y el resto le salió.

Esta depravación del gusto, que hace aborrecible la comida ordinaria, podrá tener su fundamento fisiológico, pero acusa un pasado de desórdenes alimenticios, y es una consecuencia de los tabús alimenticios del embarazo, que arrastran de la prehistoria y han desgovernado el apetito de la mujer en estado interesante.

Tabú sexual

El marido gbayá, mientras dura el embarazo de su mujer, no debe conocer ninguna otra; y ella, a su vez, no puede ser infiel a su esposo, so pena de morir con el niño dentro, a quien mataría una infidelidad.

Es un ejemplo típico de tabú sexual.

El cuidado del pelo

Los malayos no se cortan el pelo mientras dura el embarazo de su mujer y los cuarenta días que siguen al alumbramiento. Creen peligroso el corte de pelo de los padres para el feto (1).

(1) Cuando la necesidad obliga a cortar el pelo, se toman precauciones para disminuir los riesgos de la operación. El jefe de Namosi, en Fidji, se come siempre un hombre, a guisa de precaución, cuando se hace cortar el cabello. Un consejo decide cuál ha de ser la víctima. Y los cabellos cortados se entierran en lugar sagrado.

Frazer. *Tabou et les périls de l'âme*, 1927.

CAPITULO XXXIX

El cordón umbilical

Rito de separación de la madre

En «*Les Rites de passage*», el famoso etnógrafo Van Gennep, clasifica entre los de separación, el corte del cordón umbilical, el primer corte de pelo, etc. Sin que suscribamos su opinión, porque mucho antes que el hombre anduviera vertical y que hubiera ritos, ya se cortaba el cordón —y le muerden otros mamíferos obedeciendo a su instinto—nos extenderemos un poco en la exposición de sus razonamientos por tratarse de una obra célebre y agotada.

En Marruecos, los rehamna consideran al niño no sólo «sagrado», sino «que no puede nacer sin el previo asentimiento de todos los presentes». Es una actitud análoga a la que adopta la colectividad frente a un extranjero. Y como si se tratara, en efecto, de un extranjero, el niño tiene que ser separado de su medio anterior, esto es, de su madre. De ahí la costumbre de entregar el niño los primeros días a otra mujer, práctica que no guarda relación de tiempo con la subida de la leche, y que nosotros explicaremos de modo distinto al hablar de las nodrizas. La principal separación se expresa por la sección ceremonial del cordón y por los ritos relativos al trozo cortado. El primer baño, el rito de frotar al niño, aparte su alcance higiénico, cree Van Gennep que son ritos de separación de la madre.

El corte del cordón

A veces se utilizan las herramientas adecuadas al sexo de la criatura. Los penjab cortan el cordón de los niños varones con el cuchillo de un hombre maduro; los oraibi de Arizona, con una flecha. Tratándose de niñas, los primeros se va-

len de un hueso y los segundos de un bastón de moler grano. Cree Van Gennep que se pretende con esto fijar el sexo de la criatura, y lo que ellos quisieran, muchas veces, no es fijarle, sino cambiarle. A mi juicio, lo que hacen es mantener el apartamiento sexual que de mayores divide el trabajo, no exponiendo a trastornos mágicos las faenas de uno y otro sexo con equivocaciones de las herramientas respectivas.

En el Tibet oriental cortan el cordón con la hoz que siegan las mieses. En ello ha visto Bacot (1) un símbolo profundo, porque compara al hombre con las mies, la cual tan pronto como se la separa de la tierra, que la ha dado vida, comienza a morir.

Ritual del corte

La comadrona mora, al cortar el cordón, murmura entre dientes: «Loado sea Dios que me hace poner en el mundo a un musulmán». Después larga un discursito al niño: «Creceás, y olvidarás, serás dichoso y aprenderás a leer», y le pone un poco de azúcar en la lengua para que la vida le sea dulce.

Este ritual no encaja entre los ritos de separación, y en muchos pueblos el corte del cordón se celebra con banquetes y fiestas de familia, que son ritos de agregación.

¿Qué se hace del cordón?

En algunos sitios se conserva lo mismo que los pelos y las uñas cortadas, para evitar toda disminución de la personalidad

(1) Bacot. *Les populations du Thibet oriental*. (Revue d'Ethnographie, 1912)

del niño o para que nadie los coja y pueda hacer un maleficio.

En otras partes, un pariente o amigo guarda el cordón para proteger la personalidad del niño y mantener vivo el lazo de parentesco entre éste y su familia, representada por el guardián de su cordón. Entre los Narrinyerri (australianos), el cambio de los cordones umbilicales de dos niños, equivale a la permuta de sus almas. Si pertenecen a tribus diferentes, se les emplea de mayores como agentes de comercio intertribal.

Son numerosos los pueblos que entierran el cordón umbilical. En el antiguo imperio mejicano, los padres le entregaban a los primeros soldados que salían a campaña con encargo de que le pusiesen bajo la tierra del primer combate. Se quería así dar ánimo guerrero al niño (1).

Uso medicinal del cordón

Los Tahuantinsuyus (peruanos antiguos) guardaban el cordón umbilical para dárselo a chupar al niño en cualquier indisposición que sintieran; y para cerciorarse de la indisposición, cuenta Garcila-

so, que «le miraban la pala de la lengua y si la veían desblanquecida, decían que estaba enfermo; y entonces le daban la tripilla para que la chupase. Había de ser la propia, porque la ajena decían que no le aprovechaba (1)».

En Bulgaria, la comadrona liga y corta el cordón umbilical, y mojado el dedo en la sangre, frota las encías del recién nacido. En Modica (Sicilia), lavan la cara del niño con esta sangre. En los Vosgos, le pasan dos veces por los ojos el cordón.

Prueba de legitimidad

Los Bayandas comprueban la identidad del niño de la siguiente manera. Se llegan las mujeres con sus críos a casa del jefe, llevando cada una el cordón umbilical cuidadosamente conservado. En medio de la habitación hay un vaso de agua, en el cual la abuela paterna sumerge el cordón; si sobrenada, el niño es reconocido legítimo; si se hunde, es adulterino. Resulta evidente la substitución del niño por su cordón umbilical.

Onfalomanía

En Bu'acan (Filipinas) pretenden averiguar el número de hijos que puede tener una mujer, contando los nudos o asperezas que se noten en el cordón umbilical del primero.

(1) En Morvan (Francia), se guarda el cordón y el primer objeto que debe cortar el niño cuando empieza a jugar con tijeras, debe ser éste.

(1) En ciertas tribus de Australia occidental creen que un hombre nada bien o mal, según que su madre tirara o no al agua el cordón umbilical.

En Europa se conservan creencias análogas. Pondremos un ejemplo. En Menorca, las parturientas evitan que el cordón se lo coma un perro, porque el recién nacido se volvería animal o loco, y en grado superlativo si en vez de un perro es un gato el autor de la tropelía.

Ballester. *Costumbres populares de Menorca*, 1905.

CAPÍTULO XL

Los hermanos postizos barqueros de almas

El terror que infunden a los primitivos los partos dobles—creyendo traen desgracia a la aldea, y por ello se castigan con la muerte de uno de los gemelos en muchas partes y con un recargo en la reclusión de la desgraciada que da a luz dos mellizos (1)—contrasta con la costumbre de proporcionar a los recién nacidos que vienen al mundo sin acompañamiento, un hermano postizo, con el cual mantienen aquellos de por vida relaciones que pudiéramos calificar de fraternales.

La placenta es un doble

La expulsión de la placenta pudiera haber sugerido el invento de los dobles. Porque el primitivo considera esa masa sanguinolenta, que sigue los mismos pasos del feto, como un segundo feto infortunado, sin acabar de hacer, acaso sacrificado al desarrollo de su hermano gemelo. Levy Bruhl ha recogido muchos testimonios de esta creencia, que explica se haga ofrendas a la sepultura de la placenta—el hermano muerto para que viviera el hermano—(costumbre observada en la isla de Bali); su entierro, entre los Ba Ronga (sudafricanos) en el lugar mismo del parto (2); la costumbre curiosa de medicinar el sitio en que está enterrada la placenta cuando enferma de cólico el crío (costumbre de los Aijeh de Sumatra) y también la de llevarle comida a la placenta y envolverla en ropas de hombre o mujer, según sea el sexo de su hermano vivo, para col-

garle de un árbol alejado del lugar (los Endeh de la isla de Flores) (1).

En las islas Babar (entre Nueva Guinea y Celebes) la placenta es llevada al bosque y suspendida de un árbol, por siete mujeres armadas de sable; llevan sable, dice Fazer, para que los malos espíritus no se apoderen de la placenta y malogren y enfermen al niño.

La preocupación por el hermano gemelo es tan fuerte en Palembang (Sumatra) que ni aun de mayores se acuestan ninguna noche ni salen al trabajo sin recordar su *veri tamboeni* (cordón-placenta).

La placenta del faraón

Seligman y Murray (2) han supuesto que el Khen, insignia de los estandartes egipcios, representaba la placenta del faraón como depósito de la vida y de la fuerza del rey.

El doble de boquilla

Mucha imaginación se necesita para ver en la placenta un hermano frustrado y gemelo del recién nacido, pero todavía se acredita más al crear seres de boquilla, para que sean guardadores de la personalidad miedosa del salvaje.

En la india védica se daba al niño dos nombres; uno conocido de todos, es decir, el nombre social, que no miran como

(1) En las montañas de Glaoui (Marruecos) la estéril que desea tener hijos, asiste a un parto y se precipita sobre las secundinas, y cogiéndolas con los dientes, las saca de la habitación, las deposita en tierra y se sienta encima durante una hora. Cuando la matrona ha terminado de dar sus cuidados a la parida, se acerca a la estéril, la pone en posición de parto, y la compromete a expulsar un hijo, haciéndola hacer el simulacro de un parto.

(2) *Note upon an early Egyptian Standart*. Man. 1911, pág. 165).

(1) El temor a los partos dobles ha hecho aciago el número 2.

En Portugal ninguna embarazada se presta a ser madrina, porque tienen la superstición de que dentro del año morirá la criatura que va a bautizar o la que lleva en el seno.

(2) En Bulacan (Filipinas) entierran la placenta debajo de la escalera de la casa para que el niño no sea callejero.

suyo, puesto que no les obliga a la solvencia, y otro reservado para la familia, que les embarga la persona y les aterraría fuese conocido de los extraños. Es evidente que el nombre usual, de diario, le toman prestado a un ser o a un difunto, cuya responsabilidad hipotecan con sus actos y tal vez por ello se crean obligados al mayor rendimiento con los animales o plantas prestamistas de su nombre, pues que pueden tomar represalias de un mal uso del mismo. Y es indudable también,

hombre y cada mujer poseen un sosia, que llaman Karin y Karina, el cual nace al mismo tiempo que su pareja terrestre, sigue paralelamente su vida en todas sus incidencias y, por último, se extingue con la suya. Como residencia de estos seres, dice Winkler (1), se da la de un reino subterráneo al cual conducen las tumbas y sobre todo las cisternas. Los sosias entran algunas veces en comunicación con sus dobles y les ayudan, son guardas morales de su vida y castigan sus faltas



Bajo-relieve relativo al nacimiento de Amenofis IV, que representa el momento de ser presentados el niño y su doble a Amón.

que el nombre propio, el sagrado (1) lleno de potencias ocultas, tiene existencia independiente de la persona con la que habita, como si fuera un doble, puesto que pueden esconder el nombre sin ocultar la persona. Con esta estratagema resulta la persona inaprensible para la magia, por ignorarse su verdadero nombre.

El sosias de los egipcios

En Egipto y Norte de Africa se encuentra muy extendida la creencia en que cada

con enfermedades. Algunos han visto a sus sosias en figuras de animal como serpientes o burros y en ocasiones se les aparecen a los que van a morir para anunciarles la muerte, *puesto que mueren antes que ellos*.

El nagualismo

Los indígenas de Colombia, cuando nace un niño le asignan como *nagual* por el sacerdote o mago, un animal determinado, que en lo sucesivo será su espíritu

(1) Larock: *Essai sur la valeur des noms des personnes dans les sociétés inférieures*, (Revue de l'Histoire des Religions, 1930).

(1) *Karina, la doble alma de las creencias populares de los mahometanos de lengua árabe*.— Investigación y Progreso, 1951.

protector y de cuyo estado, enfermedad o muerte es dependiente (1). La fuerza y el destino del hombre, dice Preuss, está en su doble, en el animal correspondiente.

El tondi

Los battaks creen en el *tondi*, especie de doble del que depende la existencia del individuo vivo, y que no confunden con el begu o espíritu de los muertos. El tondi es el ángel tutelar del hombre, del que aleja la muerte (2).

El tona

Hablando Carlos Macías de los Tehuan-tepecanos actuales, decía (3): «Algunos creen todavía en el tona de los antiguos indios, designando a un animal para que sea el mejor amigo y protector de la criatura durante su vida, estando ambos ligados en todas las desgracias, al grado de que cuando alguno encuentra muerto su tona, cree que él también debe morir inmediatamente».

Crianza de cerditos

Los Kunis matan a los hijos habidos en los tres o cuatro primeros años de matrimonio, y crían, es decir, dan de mamar a cerditos. De las abiponas se cuenta algo parecido. No se negará que así preparan a los espíritus a la idea que los hijos que crén más tarde son de animales y no suyos.

En ciertas leyendas (Mélusine IX, página 62), la mujer voluntariamente estéril después de muerta se aparece a los vivos seguida de siete gorrinillos, que son los chicos que debió tener y que no tuvo.

(1) Preuss: *La importancia de Colombia para la arqueología y prehistoria de América*.—Investigación y Progreso, 1930, pág. 73.

(2) J. Warneck: *Die Religion der Batak*, 1909.

(3) *Boletín del Museo Nacional de México*, 1912, pág. 18.

Se dibuja el doble

El marido zapoteca (pueblo del itismo de



Un guerrero con el «otro yo» encima.

De San Agustín (Colombia).

Tehuantepec), cuando su mujer sentía los dolores del parto, dibujaba en el suelo, una tras otra, figuras de diferentes animales, que, luego de concluídas, borraba. Del animal cuya figura tenía trazada o estaba trezando en el momento del alumbramiento, hacían el *alter ego* del recién nacido (1).

La vaca protectora

Los niños ruanda de baja edad son ofrecidos al espíritu de un muerto, que en adelante vela por ellos. A este espíritu ofrendan una vaca, con la cual el niño, ya hombre, se procura esposa. De esta suerte, el espíritu del muerto se convierte en protector también de la futura mujer y de la vaca. Si la vaca enferma hay que ofrecerle al espíritu protector un sacrificio, cerveza, alimentos, lo mismo que para el niño, puesto que se ventila su porvenir (2).

Dice Durkeim

Entre el individuo y el animal epónimo existen los lazos más estrechos. El hombre participa de la naturaleza del animal, y tiene sus cualidades y sus defectos. El animal es considerado como un doble del hombre, como su *alter ego*. Sus destinos se solidarizan; nada puede ocurrirle a uno sin que el otro sienta el contragolpe.

El animal protege al hombre y éste tiene tanta confianza en su ayuda que realiza las proezas más desconcertantes con serena intrepidez; la fe le da coraje.

El churinga, doble de piedra

En Australia, apenas nace un niño, bus-

(1) Alfonso Toro dice en *El México antiguo*, II-1924, que al venir al mundo un niño zapoteca el sacerdote le impone el nombre de un animal, que es su *tona*, su amigo. Todo será común entre ellos, padecerá los mismos sufrimientos y morirán el mismo día.

(2) Delmas: *La vache au Ruanda*. (Anthropos, 1950).

can los padres la piedra redonda, oval o alargada, que ha de ser residencia de su espíritu y graban sobre ella signos totémicos. El nuevo churinga se deposita en el Ernatulunga (santuario del grupo totémico, arca santa del clan, le llama Durkheim), excavación o gruta cerrada con piedras y maleza, que es un verdadero registro de nacimientos de los miembros del clan; cada churinga es una fe de vida (1).

En las islas Nias, de Oceanía, hay delante de cada casa el padrón de sus habitantes, que son otras tantas piedras que les representan.

En el ágora, en las puertas de la ciudad delante de las casas particulares de Grecia antigua había piedras semejantes, los hermes, que por su emplazamiento especial llegaron a ser dioses vigilantes de los caminos.

Costumbre de plantar un arbolito al nacer un niño

En los cuentos populares, dice Frazer (2), es corriente que la vida de una persona esté en relación estrecha con la vida de una planta, y que la muerte de una planta preceda o siga de cerca a la muerte de una persona

En media Europa está generalizada la costumbre de plantar un arbolito cuando nace un niño, manzano si es varón y peral si es hembra, en Alemania; en Roma, un ciprés (3). Esta costumbre debe proceder de la India, porque allí se estilaba adoptar un árbol por hijo e invocándole como tal, adorarle y suplicarle. En la Indochina (Annam) plantan delante de la

(1) Saintyves: *Les grottes dans les cultes magico-religieux et dans la symbolique primitive*, 1918.

(2) Frazer: *Rameau d'or*, vol. II, pág. 492.

(3) Foucart dice que la inscripción del nombre del rey sobre la corteza del árbol divino de Heliópolis (capital sagrada de Egipto), tenía por objeto confundir y mezclar las sustancias del rey y del árbol.

puerta de la casa donde ha dado a luz una mujer un bambú con un leño medio quemado en la punta. Basta una mirada sobre el bastón para saber el sexo del recién nacido, pues si es varón la extremidad quemada tiene una dirección y opuesta si es hembra. En Babí plantan un cocotero el día que nace un niño; es su árbol de vida, y en todas las islas índicas se encuentra la misma costumbre (1).

En Sierra Leona se planta un aligustre cuando nace un niño, que es su genio tutelar (2). Los papuas establecen la relación entre el niño y el árbol hundiéndolo en la corteza. Es evidente que el destino del niño queda ligado al del árbol. Los maoris plantan en la sepultura del cordón umbilical un arbolito; si muere, mala señal; si arraiga, buena. Entre los negritos de Perak el árbol de nacimiento es una especie de totem.

Es evidente la intención de procurarle al hijo un sustituto que pague el censo a la muerte, tan alto en la primera infancia, pero hay que desechar la primitividad de este propósito toda vez que no interesó la vida del hijo antes que la de la madre y considerar más lógico que se trate de una estratagema de ésta, que pensaría eludir las responsabilidades del parto dando gato por liebre a los espíritus, haciéndoles creer nace un árbol o un animal para que no se les ocurra buscar en la especie humana los progenitores.

Tizones por el aire

Entre los Tewan, de América, al hacer la presentación del niño al sol, la madre lanza, apuntando al astro, junto con una ofrenda de alimentos, un carbón encendido. A

ese doble del niño, el sol ha de reconocerle por hijo, puesto que flama.

Junod ha descrito un rito de presentación a la luna de los Bantu (sudafricanos) (1). Una noche de luna nueva, la madre coge un tizón; le sigue la abuela con el bebé. Van a las afueras a tirar las cenizas del hogar. La madre echa a lo alto, en dirección a la luna, el tizón, y la abuela diciendo: «Esa es tu luna», deposita el niño sobre las cenizas.

La estrella que guió a los Reyes Magos

Los Reyes Magos fueron guiados hasta el portal de Belén por la estrella que apareció en el firmamento al nacer el hijo de Dios. No se crea extraordinario el hecho por estar relacionado con el Salvador, pues los Evangelios chicos (dictado justiciero de los refranes), aseguran que cada cual nace con su estrella y de antiguo se relaciona la progenitura con el zodiaco y se basa el horóscopo en la astrología, probando el interés que ha tenido el hombre en buscarse valedores en la esfera celeste para el trance angustioso del alumbramiento (2).

Estatuas que son dobles de las criaturas

Los chinos confeccionan un muñeco, que representa al niño, y le colocan junto a la imagen de la diosa Madre, en la alcorba. Si el niño fallece, se le entierra con la estatuilla.

Por miles se encuentran las estatuas en las casas antiguas de Egipto, en las tumbas y en los templos, hechas de materia-

(1) En las islas Marquesas, al nacer un niño se planta el *hiapo* y el *ante*, de cuya corteza se hacen los vestidos que llevará de casado. Dr. Toutain: *Etude sur le mariage chez les polynesiens*. L'Anthropologie, 1895, pág. 640.

(2) Para la plantación del árbol *doble* véase Hartland—*The Legend of Perseus*—II, pág. 1 a 55.

(1) Henri Junod: *Conceptions physiologiques des Bantou*. (Revue d'Ethnographie).

(2) Conde Goblet d'Alviella: *Intervention des astres dans les destinées des morts*. Bulletin de la Société Folklore wallon) demuestra con leyendas que hay correlación entre los destinos de los astros y los de los hombres.

les muy diversos que las ponían al alcance de todas las fortunas. Se ha supuesto que estas estatuas eran el domicilio terrenal de las almas de los dioses y de los hombres divinizados; pero no es lógico que las primeras se fabricasen con este objeto. Nosotros, sin entretenernos en impugnar una interpretación que acaso convenga a tiempos posteriores, de ningún modo a los fundadores de la costumbre de doblar los nacimientos, haremos indagaciones por otro lado. En Malabar, del techo de casi todas las casas de los Nayars, cuelga la efigie de un mono o de una figura humana, destinada a desviar el mal de ojo. He aquí una finalidad más atrasada en su evolución que la alcanzada en Egipto, y ribetes de semejanza tiene con los dioses lares, protectores permanentes del hogar.

En los templos de las divinidades fecundadoras se han hallado infinidad de muñecos fajados como recién nacidos, ofrecidos, según se dice, en acción de gracias por un parto feliz. Demostrado el interés de los primitivos en guardar el secreto sobre esta materia, lo más verosímil es que, lejos de delatarse la parturienta, quisiera que recayesen sospechas sobre la estatua.

Lo que fueron en su ori-
gen los exvotos de las
paridas

La presentación del muñeco, contemporánea del nacimiento del hijo, dejó de serlo, adelantándose a él, cuando la imaginación hubo establecido entre los dos hechos tan estrecho encadenamiento, que por uno se quería conseguir el otro. De esta suerte pasaron a ser las muñecas memoriales de progenitura.

En Grecia, las novias, antes de la ceremonia nupcial, consagraban sus muñecas a una divinidad protectora de su sexo, tal como Artemisa o Afrodita.

En la India meridional, los matrimonios

deseosos de descendencia compran unas figuritas talladas en madera, en estado de desnudez, y las horadan el lóbulo de la oreja, ceremonia que habitualmente se realiza con los recién nacidos, y que creen les proporcionará un hijo.

Dobles de ocasión

Cuando un niño subba fallece durante el bautismo, el sacerdote permanece a orillas del río aguardando que otros sacerdotes le hayan confeccionado un muñeco de pasta de harina de la talla misma del difunto, al que se administra el bautismo como si fuera una criatura viva y luego se entierra el muñeco con el mismo ceremonial que si se tratara de un niño de carne y hueso.

Dioses dobles

Los dioses unánimes de Grecia y Roma eran unas parejas de divinidades que nacían y morían juntas (1); en China veneran a Ho-ho y a Liuhai-ört, divinidades gemelas (2); en Méjico antiguo Xolotl, el dios de los gemelos, era protector de la fecundidad.

Los frutos dobles son tanto en América del Sur como en Europa Central (finlandeses, estonios y eslavos del Norte) representantes de una antigua divinidad de la vegetación, que es a la vez una divinidad de los gemelos (3).

Todos dobles

Los bambaras dotan de almas o dobles no sólo a los vivos, sino a los difuntos, a

(1) Leon Stenberg ha publicado un estudio sobre el culto antiguo de los gemelos: Rendel Harris, *The cult of the heavenly Twins*, 1925, y Eiltren, *Beitrag zur griechischen religion geschichte*, III, 1920.

(2) Alexejew: Culto de los gemelos en China (Baessler Archiv.), 1925.

(3) Uno Holmberg (Anthropos, 1923-24).

los animales vivos y muertos, a los vegetales, a los minerales, a los fenómenos naturales (1).

Resumen

Este muestrario variado de dobles prueba el interés que han tenido los hombres en alojar su alma fuera de su cuerpo mortal, donde estuviera más segura, como si pudiera haber para los bienes de la vida un banco donde guardarlos con más seguridad que llevándolos encima.

Clodd (2) ha publicado una serie de

(1) Tauxier: *La religion bambara*, 1927.

(2) En el grupo de cuentos de esta traza, llamados Punchkin, figuran el nórdico «El gigante que no tenía el corazón en el pecho», el ruso «Koschel inmortal», el egipcio «Los dos hermanos», etc., etcétera. Clodd: *Miths and Dreams*, 1885.

cuentos de distintas procedencias, cuyos héroes tienen alojada su alma o su corazón fuera del cuerpo, escondido en una cosa animada o inanimada, un pájaro, un huevo, un arbusto, un collar, etc. La suerte del individuo está unida indisolublemente a la de su alma desterrada (1).

¿Por qué los hombres se han agenciado hermanos gemelos en el mundo animal, vegetal o mineral?

Como las estrellas de la pantalla tienen dobles para las escenas arriesgadas, al recién nacido le proporcionan sus padres un sustituto animal, planta o piedra, que da la vida por el niño en unos casos y en otros es la caja de caudales del alma del niño.

(1) Los groelandeses cuando se van de viaje dejan su alma en la casa.

CAPÍTULO XLI

Ocultación del recién nacido

Los espíritus malignos especializados en la persecución de las parturientas, cuando son impotentes contra éstas, y el niño viene al mundo sano y salvo, buscan el desquite en el pequeñuelo. El censo entero de espíritus enemigos de las parturientas, tendríamos que volver a empadronarle como enemigos de los recién nacidos, sólo que éstos tienen uno más, temidísimo por cierto, que es el espíritu de su propia madre, cuando muere de sobreparto, pues se la supone interesadísima en llevarse su hijito consigo al otro mundo.

En las sociedades civilizadas los espíritus conocidos con el nombre de hadas (Xanas, de Asturias), aprovechan cualquier descuido de la madre para dar el cambiazco a los niños, sustituyendo los que están rollizos por los suyos canijos. A veces basta darle unos azotes al intruso para que el hada, madre al fin, recobre su hijo y devuelva el robado.

Supuesta la malquerencia de los espíritus a los recién nacidos, es tan racional la ocultación de éstos por algún tiempo, que si algo extrañaría sería no verla practicada universalmente.

También entra por mucho en esa ocultación el miedo al mal de ojo.

Ocultación del parto

Las embarazadas de Fidji se callan su estado «porque si le conocieran más de diez personas, no podrían dar a luz» (1). Calculan, por lo visto, que de cada diez personas una puede maleficarles.

Las antandroy (Madagascar) no permiten asistan a los partos las parientas del marido; tan sólo las de la mujer y en el momento de asomar el niño han de volver

todas el rostro, para que su mirada no pueda dañarle (1).

En Marruecos la mujer no se descubre nunca cuando está en trabajo de expulsión por miedo al mal de ojo. La comadrona es la única que puede mirar.

Los Mossi (africanos) llevan el parto con tal sigilo, que los padres de la puérpera se enteran del sexo de su nietecillo por un gallo o gallina que les deja en su casa, sin añadir palabra, un arrapiezo enviado por el esposo.

Los Ona (de Patagonia) son todavía más reservados. Apenas sale la mujer de cuidado, esconde al recién nacido, envolviéndole en cueros de fino pelaje y bien sobados. Gallardo (2) no se explica por qué lo hacen, pues el marido, aunque se finja ignorante, «debe estar enterado». Y lo estará, qué duda cabe, pero es un encubridor. Por él no se enteran los espíritus.

Se esconde al recién nacido

En China las familias ricas entregaban el recién nacido, al tercer día de abandono en el suelo, a un triunvirato compuesto del ama de cría, una gobernanta y la guardiana, elegidas por la suerte; las cuales tenían encerrada a la criatura en una habitación reservada, donde nadie sin muy grave motivo podía entrar hasta cumplidos los noventa días, en que se hacía la presentación al padre y al abuelo.

El niño bétchuana no puede ser sacado de la cebaña durante el primer mes. Al segundo ya le asoman a la puerta. Después el hechicero esparce polvo sagrado sobre su cabecita, le hace varias incisiones en

(1) E. Rougier. *Maladies et médecins à Fidji autrefois et aujourd'hui*. (Anthropos, 1907).

(1) Dr. Rainavo. *Pratiques des malgaches relatives aux accouchements*.

(2) Gallardo. *Los Ona*.

el cuerpecito, ata una astilla al zurrón donde la madre lleva metido al crío, y cumplidos estos requisitos, puede sacársele al exterior.

Al niño fellah se le tiene encerrado siete días, donde no le vea hombre alguno, ni aun su padre. Al romper su clausura, le meten en un canasto, y en procesión le conducen por toda la casa, llevando los acompañantes cirios encendidos mientras la parida esparce grano y sal destinados a servir de alimento a los malos espíritus.

Cuando una bambara (del Sudán) da a luz en pleno campo, mete al recién nacido en una calabaza, que portea sobre la cabeza hasta su casa. Por el camino, la madre no puede echar mano a la calabaza ni aun para sostenerla en equilibrio, porque el niño estaría advocating a una muerte inmediata. Si está de viaje cuando la ocurrencia, ha de llevar varios días la calabaza (1).

La ocultación del niño los primeros días, le preserva del mal de ojo, lo mismo que de los ataques de los espíritus. Por eso está muy generalizada. Cuando el niño es de sangre azul, su incommunicación se eterniza. Couillard cuenta de un principillo barotse, que con excepción de sus allegados nadie le había visto la cara, ni conocía su nombre, ni su sexo, a pesar de tener dos años.

El paso por la puerta

En Blida, al cumplir el niño los siete días, la comadrona le acerca a todas las puertas de la casa y le balancea siete veces sobre cada umbral. Por supuesto que el crío va blindado de amuletos. Esta ceremonia parece destinada a ganar la voluntad de los espíritus, vigilantes de las puertas.

En China, todos los años o cada dos, según los medios, y mientras no llega el

niño a la pubertad, se verifica la ceremonia del pase de la puerta, construída de bambú con papeles rojos y blancos, colores de fortuna, en el centro del salón. Uno de los sacerdotes recita encantaciones y hace sonar una campana. Personifica la diosa madre, y su misión es alejar de los chicos las influencias perniciosas. Los demás sacerdotes tocan el tambor sagrado y los muchachos pasan procesionalmente por la puerta—en brazos de sus padres los que no saben andar, representados por muñecos los enfermitos—detrás de otro sacerdote que blande un sable y golpea demonios invisibles. Después se traslada la puerta a las cuatro esquinas y se repite otras tantas veces la ceremonia.

Los antiguos no celebraban cumpleaños

Le chocaba a Guillermo Schmidt, que estudió con ahinco si los antiguos celebraban cumpleaños, el no encontrar alusión ninguna a esta fiesta ni en la tragedia griega ni en pieza alguna de la comedia antigua o media (1). Los romanos, no celebraron hasta el siglo VII sus aniversarios, honrando a su genio los hombres y a Juno las mujeres. No tenían natalicios para sus dioses; cuando quisieron celebrarles escogieron la fecha de consagración del templo. Entre los bárbaros tracios, el aniversario del nacimiento era un día de duelo. Todo esto se aviene y concuerda con el plan de ocultación del parto, del que fué una secuela la ocultación de la fecha de nacimiento (2).

Vestigios europeos de la ocultación

En Morbihan (Francia) la comadrona pasa al recién nacido por debajo de la

(1) *Geburststag im Altertum*, 1908.

(2) En Nueva Guinea inglesa casi todos los acontecimientos dan ocasión a jolgorios; cosa extraña, dice Saville, el nacimiento de un niño no se festeja.

(1) Moussa Travelé: *Costumbres de los bambaras con ocasión del parto*. Revue d'Ethnographie, 1924.

mesa del comedor a las manos de la nodriza o de otra mujer presente. Se quiere así despistar a los malos espíritus.

No se da nombre al niño

En otras partes, ejemplo Borneo, dejan innominado al chiquillo hasta que cumple los tres años. Lo que no tiene nombre es como si no existiese y, cuando al fin se deciden a bautizar al niño, escogen un nombre disgustante, que repela a los espíritus malignos.

Los abisinios, pueblo de alta cultura, cuyas tradiciones vienen de Oriente, acostumbra a ocultar el nombre del bautismo y los orientales llévan el sello en un saquito colgado del cuello y escondido entre las ropas.

La ocultación en el lenguaje

En algunos pueblos se abstienen de usar los términos de parentesco los esposos entre sí, y los padres con los hijos.

En China tenían en cuarentena la palabra hijo la friolera de ocho años; es decir, que no empezaban a usarla hasta que cumplía el niño esa edad. El marido se valía de perífrasis para llamar a su mujer, y cuando prescribía ese tabú la llamaba madre de *Corazoncito tierno*, si éste era el nombre del niño.

En el italo céltico y en el albanés estaba eliminado el antiguo nombre de hijo y a menudo el de hija. Esto no es un accidente, eran palabras prohibidas (1).

Los Filipinos, según el Padre Chirino, no se atrevían a pronunciar los nombres de sus padres. Tampoco los alfares de Celebes pueden hacerlo.

(1) Meillet: *Los nombres de hijo e hija* (Bulletin de la Société de linguistique de Paris, I-1916).

Mamá y papá. ¿Qué vocablo de éstos se pronunció primero?

No es ningún disparate suponer sintiera miedo de oirse llamar madre la mujer que pare a hurtadillas y que endosase la denominación al que ocupaba oficialmente su puesto en la escena del alumbramiento. Valga por lo que valiere, daremos la vuelta a una prueba esgrimida por Posada (1) contra la primacía del matriarcado. La palabra padre empieza en casi todas las lenguas salvajes con *p*, *b* o *d*, y sabido es que los niños (lo mismo ha debido ocurrirle a la humanidad en su infancia) pronuncian con más facilidad esas consonantes que la *m*. Desde el momento que se aplican al padre las palabras que primero balbucea la lengua torpe de los niños, es señal para Posada que la relación del niño con el macho es anterior a con la hembra. No lo entiendo así; opino más bien que como los niños aprenden a hablar durante la lactancia, su profesora obligada es la madre (2), quien previsora mente callaría su parentesco hasta tanto no tuviera reafirmado los espíritus el del padre, de la media lengua de los pequeñines.

¿Es la ocultación un rito de margen?

Van Gennep ha demostrado que para pasar de un grupo social a otro, el individuo necesita someterse a ciertos ritos, unos de disgregación de aquel a que pertenecía, y otros de incorporación al grupo nuevo, habiendo un tiempo en que flota entre los dos estados, que es el *período de margen*. La teoría es seductora.

Según ella, el recién nacido es separado del mundo de donde viene mediante el

(1) *Theories modernes sur les origines de la famille*, 1900.

(2) R. Mac Dougall: *The child's speech* (Journal of educational psychology 1912) estudia el papel de la madre en la adquisición del lenguaje por el niño.

corte del cordón umbilical, del pelo, etcétera—(ritos de separación)—y es agregado al culto de sus padres, a la familia y a la sociedad mediante los *ritos de agregación* que estudiaremos más adelante. Entre estas dos clases de ritos se intercala un período de tiempo, durante el cual se *mantiene oculto al niño*; es el rito de margen.

¿No será más bien un período de impureza?

¿Por qué los ritos de separación y de agregación no se tocan? ¿Por qué se establece entre ellos un período de margen? Pues porque el niño nace impuro o se contagia de la impureza de la madre. Donde el niño es entregado a una nodriza, inmediatamente de nacer, son distintos, independientes los períodos de margen

del niño y de la madre. Donde permanezcan juntos es natural se les someta a la misma cuarentena. En Tahiti, por ejemplo, las tres semanas que dura el encierro de la parida en la cabaña construída en terreno sagrado, los pasa el crío en su compañía.

El *Levítico* consideraba necesarios cuarenta días para la purificación de la parida. Pues bien, los antiguos juzgaban también *crítico* ese mismo período para la vida en sus comienzos. Aristóteles no relacionaba las dos creencias. Se limita a decir: «El niño no ríe hasta los cuarenta días. Sólo el sabio Zoroastro se rió al nacer».

En Penjab (India) conviven castas de diversa pureza, y cuanto más puras menos tiempo han de estar encerrados la madre y su hijo. Así los bramanes sólo están 10 días; los Khattris 12; los Vaisyas 15 y los Sudras 30.

CAPÍTULO XLII

Contra los espíritus malignos

Se asusta a los malos espíritus

En el valle de Zeräfschâne (Asia central) ponen un cuchillo y un corán a la cabecera del recién nacido para asustar al *tehtaïne* (diablo productor de enfermedades). En el Tumbuctú (centro de África) ponen también un cuchillo.

Los romanos impedían al terrible *Silvano*, espíritu de los bosques, que entrara en la casa donde paría una mujer, golpeando el umbral con el hacha del leñador.

Vigilancia

Los romanos disponían una cama en la alcoba de la parida para los dioses gemelos *Pilumnus* y *Picumnus*, que vigilaban estrechamente al recién nacido.

En Baviera dos hombres armados velan de noche al niño no bautizado; en Bearn (Francia) una mujer segura de no dormir se tiene sobre sus rodillas al niño la víspera del bautizo, a fin de alejar al diablo con sus oraciones.

Engaños

Los chinos, creyendo que a las niñas los diablos las menosprecian tanto como los padres y que no se entretienen ni en dañarlas, suelen dar a los niños nombres de mujer, o les ponen algún pendiente para que los diablos, en la creencia de que son niñas, pasen de largo (1).

En Melanesia (2), si la mujer muere de parto y el hijo vive, el espíritu no quiere marcharse de este mundo sin llevarse al

pequeño y se le engaña poniendo un leño en el brazo izquierdo de la muerta, apretándolo contra el corazón. El ánima de la difunta piensa que es su hijito y se va contenta, pero cuando llega a descubrir el engaño vuelve a por él, y no le encuentra, porque la familia ha tomado la precaución de mudarle de casa.

Soborno

Los Loeboes de Indonesia, cuando el niño no mama suponen se lo impide el alma de un niño muerto al nacer, celoso porque nunca conoció las delicias de mamar, y para sobornarle, un sacerdote pone un vaso con arroz y golosina delante del pecho de la madre y exhorta al espíritu a que acepte este alimento en cambio.

Extracción de los malos espíritus

Los indígenas venezolanos se valen de procedimientos expeditivos para purificar al recién nacido; el piache (sacerdote), le succiona y cuando supone que le ha extraído los malos espíritus, revoca la fachada, pintándole todo el cuerpecito de rayas coloradas, a fin de equivocarles cuando intenten regresar.

Salazón del niño búlgaro

Al tercer día si el niño es vigoroso y al séptimo si es débil, se le baña bien temprano y después se le salpica con un puñado de sal, al que la matrona añade unos 20 gramos de azúcar. Con esta mezcla le friccionan todo el cuerpo. El niño pasa todo el día así salado, y a última hora de la tarde le dan un segundo baño.

(1) Conferencia del P. Misionero de China, Silvestre Pascual, en la Sala Mozart, de Barcelona (1.º marzo de 1925).

(2) Codrington: *The Melanesians*, 1905.

Purificación del niño moro

El niño moro de siete días es purificado con agua lustral procedente del santuario. La comadrona le vierte el agua primero sobre el costado derecho, luego sobre el izquierdo y por último sobre la cabeza, mientras va diciendo: «Hay en este bajo mundo la viruela, la fiebre, el sarampión, etcétera», con la intención de que los barra el agua y quede el niño inmunizado (1). Los amigos echan monedas, y sal en el barreño donde cae el agua, y ésta se tira al pie de un árbol o en el umbral de la mezquita, a la hora de las oraciones.

Las ropitas que se visten al niño se pasan tres veces por la llama de los cirios multicolores traídos del santuario.

Se ensaliva al niño

De tiempo inmemorial viene considerándose la saliva como un remedio soberano contra el embrujamiento y se le atribuyen muchas propiedades mágicas.

En Bengala, antes que el feto acabe de salir, la madre moja de saliva el dedo índice de la mano derecha y toca la frente de la criatura para protegerla contra el embrujamiento (2).

La madre ona prepara una pasta blanda de greda y saliva, con la cual unta las articulaciones del niño a los cuatro días de haber nacido.

En Roma antigua, la parienta de más edad sacaba al niño de la cuna, y con el dedo de en medio le mojaba de saliva la frente.

La tradición vieja de la Iglesia católica (3) mandaba al sacerdote, cuando bautizaba, humedecer con saliva de su propia

boca la yema del pulgar y tocar sucesivamente la oreja derecha, la izquierda, y las naricillas de la criatura; en lo que se ve una imitación a los milagros contados por San Marcos (1).

La orina desinfectante

Para purificar al recién nacido, los Paris le lavaban tres veces seguidas con orina de buey, y después con agua clara. Quien tocara al niño antes, tenía obligación de purificarse.

Los indios de California barnizaban al pequeño con orina y carbón (2).

Defensas colectivas

Cuando un niño Baumana (Senegambia) muere, todos los de su mismo sexo, y no circuncritos aún, recorren las calles, llevando cada uno tres o cuatro vergajos. Unos entran en las casas para mendigar, mientras otro queda de pie arrimado al muro y un compañero le zurra la espalda y los muslos hasta hacerle sangre. Todos van turnando. ¿Por qué se hace esto? Para impedir—dice Frazer—que el alma del niño difunto (espíritu vagabundo y malhechor) entre en el cuerpo de algún niño (3).

(1) Cristo curó a un ciego escupiéndole en los ojos e imponiéndole sus manos. Plinio cuenta muchas maravillas operadas con la saliva de una persona en ayunas.

(2) John Boule: *Human ordure and human urine in Rites of a Religions or semi-religions character*, 1888.

Recientemente Lublinski (*Eine mythische Urschicht vor dem Mythos*) (Arch. Relig. 1923-24) ha estudiado las supersticiones de los indios de California; ellos creen que los excrementos, orina, saliva, se cambian en seres vivos, y que el principio de la vida reside en las secreciones porque faltan en el cadáver.

(3) En Albaet (Valencia) al entierro de un niño acuden todos los pequeños del lugar conduciendo el féretro sobre una mesa adornada con damascos, toallas, bordados y flores. Les sigue una banda de música. Al regreso los niños son obsequiados con dulces o con un banquete funerario.

(1) En Bretaña las madres sumergen al niño, algunos días después del bautismo, en una fuente sagrada, una fuente lustral.

(2) Bonerjea: *L'Ethnologie du Bengale*, 1927.

(3) Ribeiro de Vasconcelos: *Compendio de Liturgia romana*.

Purificación de la comadrona

La comadrona mora no sale de casa para asistir a un parto sin que coja con la mano derecha sal y alumbre para irlos tirando por el camino y tener alejados a los diablos (1).

En Grecia, en la fiesta *amphidromia* que agregaba el recién nacido al culto doméstico, se lavaban las manos en señal de purificación todas las mujeres que habían asistido al parto.

Las comadronas gozaron en Roma de un privilegio especial para ir en coche. No se atendía, claro es, a la urgencia, sino al interés de la parturienta y de la sociedad, impidiendo que a su paso por las calles se

(1) «Evita el peligro de ser llevada por los genios malos para asistir al doble de la parturienta que está pariendo debajo de la tierra al mismo tiempo que ésta. El doble genio nace al mismo tiempo que el ser humano». Doctora Legey: *Essai de folklore marocain*, 1926. Muy caudaloso en ritos de nacimiento.

rozase con gentes impuras a la ida y fuera motivo de infección para la parturienta, y a su regreso, porque la infectada era ella y había que impedir la retransmisión.

Todavía perdura en Ucrania (1) un rito purificador de la comadrona. Al día siguiente del parto, doce mujeres la conducen al lugar en un carromato de madera que llaman *carro de plata*. Los chicuelos corretean alrededor tirando barro sobre la comadrona (2).

(1) Zurigrodzki: *Die Mutter bei den Voeltern des arischen Stammes*, 1886. Pueden encontrarse detalles de las mujeres encintas, del parto y de los recién nacidos en Ucrania, comparados con los de Cracovia, Baviera y Bretaña.

(2) En los pueblos de religiones mezcladas existieron y existen algunos tabús para la asistencia a partos.

La israelita *no debía*, según el tratado de Aboda Zara, que codifica las reglas a seguir por los israelitas que vivían en contacto con los ídólatras, asistir al parto de una pagana, a fin de no tomar parte en el nacimiento de un gentil. La pagana, por el contrario, podía asistir a una judía, a condición de operar al exterior, por miedo a que aplastase al niño en el seno de la madre.

CAPITULO XLIII

Contra el mal de ojo

El progreso social no ha conseguido disipar el miedo al mal de ojo, que perdura en las capas bajas de la sociedad moderna, manteniendo vivas una porción de supersticiones tan antiguas como el hombre.

El recién nacido es muy débil y no puede resistir la mirada ponzoñosa de un hechicero. Por fortuna, la maldad de éstos se dispara como un tiro; lo que hay que temer es su primera mirada; se cuenta que un *gettatore* siciliano, de gran marca, como si dijéramos, se mató inadvertidamente al echar una mirada asesina a una vidriera que le reflejó la figura como un espejo. Descargada la ponzoña, el aojador necesita tiempo para volver a cargar de maldad su mirada; como el pez torpeda no puede repetir seguidamente sus descargas eléctricas, ni la víbora sus mordeduras mortales. Así es que para defenderse del mal de ojo, lo indicado es provocar la descarga sobre un falso blanco, que sirva de pararrayos a la persona. Este es el papel del amuleto (1).

Amuleto fálico

En la antigüedad estuvo muy en boga esta clase de amuletos. Marillier creyó ver en el falo un talismán que por razón de su virtud fecundante presta un suplemento de fuerza a su portador y le pone en estado de resistir las influencias nocivas del exterior; pero es más verosímil pensar que obre como una pistola que inspira respeto aun estando descargada.

(1) Las obras clásicas sobre esta materia son: Jahn. *Der böse Blick bei den alten*; Tuchmann. *La fascinación*, encuesta hecha en «Melusine», tomo IX y siguientes; Selgmann: *Der böse Blick*; Heim: *Incantamenta magica graeca et latina*. Ewhorthy: *The evil eye*, 1896.

La higa

En un trabajo muy erudito sobre la higa (1) Leite de Vasconcellos consagra un capítulo a la higa en España, con aportación propia, pues el autor recogió personalmente muchos ejemplares para el Museo Etnológico Portugués.

Madama D'Aulnoy vió la higa colgada del cuello de las criaturas raquílicas, cuando realizó su famoso viaje a España (2).

El cuerno

Los amuletos en forma de cuerno gozan fama de rechazar los ataques de los diablos (3).

En el Museo Etnológico de Figueira (Portugal) se guarda un amuleto en forma de estrella pentagonal que lleva la representación de un cuernecito. Este amuleto le colgaban las madrinas del cuello de sus ahijados para desviar el mal de ojo.

Anillo del matrimonio

En Cornouaille (Bretaña) las vecinas que asisten al parto le quitan a la parida el anillo de matrimonio y le sumergen en vino, haciendo beber unas gotas al recién nacido. Como el anillo es bendito preservaba al niño del mal de ojo.

(1) Leite de Vasconcellos: *A Figa*, 1925. Véase también *La fascinación en España* (1905) de Sallillas, y *Supersticiones de Galicia* (1910) del doctor Rodríguez López.

(2) *Relation du voyage en Espagne*, II, páginas 66 y 143.

(3) Scheffelowitz ha estudiado el motivo del cuerno en las religiones. (Arch. Relig. XV). En la cabeza de los dioses son restos de su forma animal y símbolo de fuerza sobrehumana. Sobre la cabeza de reyes y sacerdotes simbolizan su poder divino. Sobre el altar son símbolo de castidad.

Amuletos múltiples

El miedo a perder el niño multiplicó los amuletos, que le hacen inexpugnable al asalto de los espíritus perversos y a las miradas de hechiceros; a este cargamento de amuletos se sumó otro de talismanes para asegurar la subsistencia de la criatura y procurarle un dichoso porvenir.

En la Alberca (Salamanca) prenden en la mantilla de los pequeñuelos un amuleto compuesto de seis dijes, de los cuales penden las siguientes cosas (1):

1.^a cadenita. Un trocito de coral que protege contra el rayo y el vómito; una piedra poliédrica de ágata, que llaman piedra del flujo y sirve para normalizar estos accidentes en la madre; tiene el aspecto de sangre coagulada y los antiguos creían daba la victoria a los atletas y la fertilidad a los campos.

2.^a cadena. Una cajita con dos tapas. En una está grabado el anagrama de Cris-

tó con una cruz en lo alto y tres clavos abajo; en la otra el anagrama de María; dentro de la caja una cruz grabada en papel y la sábana santa colgada de los brazos. Aparte, las garras de la gran bestia con sus uñas, piel y pelo verdad, engarzada en plata.

3.^a cadena. Un cuernecito y un creciente lunar. Este tiene en la parte más ancha el anagrama de María. En el centro del semicírculo una higa. (En Salamanca, dice Morán, emplean medias lunas para que la luna no coja a los niños, esto es, que no caigan enfermos sin saber por qué).

4.^a cadena. Piedra de la leche, de alabastro, amarillenta, sirve para que no se le retire la leche a la madre antes de tiempo, y una mano de cristal, figurando la higa.

5.^a cadena. Un chupador de vidrio, cilíndrico, ensanchado al extremo, con vetas de colores, para que el niño chupe y se entretenga creyendo mamar.

6.^a Cadena. Un grifo, medio caballo y medio pez, con alas parecidas a las del murciélago. De él penden seis cascabeles de plata y en la parte trasera del grifo hay un silbato. Es un juguete.

(1) Tomamos esta descripción de César Morán. *Datos etnográficos*. (Memorias de la Sociedad Antropológica española, 1931).

CAPITULO XLIV

Agregación del recién nacido a su familia y a la sociedad

Denominación

El rito más simple de agregación social consiste en dar nombre al pequeño en una fiesta pública en que toma parte todo el lugar o la sociedad restringida de la familia, en sus dos ramas ascendentes o en una sola, según sea la sociedad de tipo patriarcal o matriarcal. Las variaciones de detalle son infinitas.

Ejemplo de agregación a la familia:

Entre los carib de Surinam la familia se junta en torno al recién nacido. «Sus ojos, dice uno de los presentes, parecen una flor». No, opina otro, su nariz se asemeja al pico de un aguilucho. Su mentón es como la hoja del tabaco, agrega la abuela. Y su opinión prevalece. Al niño se le llama «hojita de tabaco».

Ejemplos de agregación a la sociedad:

Entre los bakongo (1), el hechicero alza por tres veces al niño ante todo el pueblo, convocado para el acto. Y a cada alzamiento pregunta: ¿Conoceis el nombre de este niño? Y la asamblea responde: No le conocemos. A la tercera vez dice: Su nombre es *tal*. Y todos lo repiten, estableciéndose así un lazo místico entre el niño y la concurrencia.

Antiguamente en el Gabón, un pregoneiro anunciaba los nacimientos y reclamaba para el niño un nombre y un puesto entre los vivos. Desde la otra punta del lugar le contestaba uno que se daba por enterado y prometía en nombre del pueblo que el niño sería recibido en la comunidad con los mismos derechos que tenían los demás. El pueblo se congregaba en la calle; traían al recién nacido y le exponían a la vista de todo el mundo. El jefe le bautizaba, rociándole con agua.

El nombre que se da

Tan pronto se da al niño un nombre genérico que indica solo su sexo (en Borneo llaman a todos los niños Ukat y a las niñas Owing), o que hace el tres o el siete de la familia, como se toma de una circunstancia cualquiera; los indios black-foot de Norteamérica llaman al niño «el que grita de noche» o «el que grita de madrugada» o «el que nace con dientes». Los filipinos tomaban el nombre de las circunstancias atmosféricas del momento de venir el niño al mundo; y en consecuencia le llamaban despejado, nublado, lluvioso, etcétera. Otras veces se tomaba el nombre de las cualidades de la criatura, como Ilorona. En Persia se buscaba al azar el nombre en el Corán.

Asisten representantes de la naturaleza

A la ceremonia de imponer el nombre a un niño osage concurre un grupo representando al cielo, con el sol, la luna y las estrellas, y otro grupo representa la tierra, con sus montañas, sus aguas; de suerte que la casa donde se celebra el acto es un símbolo del universo, que contiene al cielo y la tierra, y toda la ceremonia expresa el deseo de que el soplo todopoderoso de la naturaleza anime al pequeño que va a ser bautizado.

El padre manda regalos a los circunstantes, y el que recibe un ramo de cedro, recita el himno del cedro rojo (el cedro rojo posee y confiere el poder de resistir la muerte), y el que recibe una copa de grano, recita el himno de la vegetación, fuente eterna de vida, y así sucesivamente. Y cuando llega el último regalo, los oficiantes comienzan a recitar sus himnos en

(1) Van Wing: *Etudes Bakongo*, 1921.

alta voz, todos distintos y en tonos diferentes. La algarabía es indescriptible.

Terminado el coro, ponen delante del jefe del clan a que pertenecen los padres de la criatura una copa de agua conteniendo ramitos de cedro rojo y un tazón de granos de trigo. Luego le llevan el niño, y el jefe humedece su mano derecha en la copa, la pasa al tazón y toca dulcemente con las puntas de los dedos los labios, la cabeza, los brazos y el cuerpo del pequeño. En seguida le presenta a cada uno de los jefes de clan presentes.

Es decir, que primero le presentan a las potencias naturales y luego a los grupos humanos. A la madre se le da a escoger entre dos nombres: uno del cielo y otro de la tierra.

Un rito de agregación a la familia

Los tchwi del Golfo de Guinea muestran al recién nacido diferentes objetos que hayan pertenecido a parientes difuntos, y aquel que parezca escoger le identifica con el antepasado a quien pertenecerá el objeto. Este rito basta para crear la agregación a la familia.

El paseo por la localidad

A los siete días de nacer, el niño Sihanake (tribu de Madagascar) es paseado alrededor del villorrio en brazos de un niño o de una niña de la familia, según sea su sexo. En el primer caso le escoltan los hombres del lugar blandiendo hachas, haciendo votos para que el niño sepa más tarde servirse de ella con vigor; y en el segundo caso, el acompañamiento se compone de mujeres, que llevan enseres femeninos.

En Marruecos, al séptimo día de nacimiento se forma un cortejo o procesión con la comadrona, parientes, músicos, amigos, esclavos y siete niños que llevan

saquitos llenos de paja sobre la cabeza, y representan productos de la tierra.

La madre los despide desde el umbral con un cirio en la mano. Descubre su pecho y lo exprime contra el suelo en ofrenda a los genios. Delante de la comadrona va una mujer armada de cuchillo arrancando tierra de todos los muros, umbrales, pilares de los puentes, etc., y llena un saquito que luego se cose al almohadón del nene, como si fueran obsequios de los genios del lugar. Finalmente, se presenta el niño a siete umbrales, haciéndole tocar con la frente el suelo. Los procesionarios van todo el camino haciendo votos por que el niño sea hermoso, rico, afortunado, etc.

Intercambio de regalos

Al nacer un niño en Samoa, los padres del marido aportan cochinos, canoas, hachas, etc., y los de la mujer artículos fabricados por mujeres. Los de aquél se distribuyen entre el clan de la mujer y los de éste benefician al clan del esposo. El matrimonio no participa, por decirlo así, y no sale ni más rico ni más pobre; pero está muy orgulloso de servir de pretexto a este intercambio de riqueza, que agrega el recién nacido a la sociedad.

Los regalos son impresionables

En Servia miran como una gran desgracia que un niño no reciba regalos el día de su bautizo. Creen que le será imposible casarse, y para evitarlo, proceden a un segundo nacimiento. La madre se mete en cama e imita el alumbramiento, y le llueven los regalos (1).

En China los padres mandan regalos a los parientes y amigos al finalizar el segundo y tercer mes, a cambio de los que

(1) Lerine y Madones: *Mœurs et croyances du peuple serbe*. (Revue Anthropologique, 1927.)

recibieron con ocasión del parto y al terminar el primer mes.

El nombre amonedado

Los kwakiult dan al recién nacido un primer nombre provisional y cuando cumple diez meses celebran la gran fiesta de la denominación. El padre invita al clan entero; quema las puntas del pelo del chiquillo con un blandón de madera de cedro. Después le frota la cabeza con ocre rojo y le pone un pañuelo de seda. En seguida, los hombres se pintan la cara con ocre rojo y el padre les regala un pañuelo. «Es mi hijo, dice, quien os regala este pañuelo».

Lo que da importancia a la fiesta es el valor de los regalos que distribuye con este motivo el padre, tan valiosos que a veces necesita pedir prestado al 100 por 100. Pero su puntillo de honor es sobrepujarse en la distribución de riqueza (1).

Cuando el niño cumple los doce años, se le da el tercer nombre y se procede a una nueva distribución de regalos.

Después siguen comprando nombres como si fueran títulos nobiliarios, porque consideran un gran honor tener *nombres de peso* que hayan costado un dineral.

El convite

La comida es el rito de agregación por excelencia y no podía faltar en la ceremonia de agregar el niño a la sociedad.

En el bautizo extremeño todo el rumbo está en la *convidáa*. En la comida es la partera la que lanza la primera saeta cuando se trata de improvisar coplas al recién nacido, a los padres y a la madrina. Los invitados se acercan al lecho de la parida, y después de besar por primera vez al recién cristianizado, depositan sobre la cama el regalo que hacen a la madre, el cual guarda ésta como reliquia.

En Suecia la palabra *barnsol*, que significa la libación de cerveza al nacer un niño, de simplificación en simplificación ha llegado a significar «alumbramiento», y se usa aun cuando la familia sea pobre de solemnidad y no pueda esperarse que festeje el nacimiento del niño (1).

Los hijos atan a los padres

En algunos pueblos no consideran concluyente la unión sexual, ni las ceremonias nupciales, y para que el matrimonio se consolide y obtenga la consagración social, es preciso nazca o esté próximo a nacer su primer fruto.

En Circasia, Monte Sinaí y Patagonia, los esposos no se juntan definitivamente hasta que ella está en meses mayores. En el Camerón, las mujeres van desnudas hasta el nacimiento de su primer hijo, que es cuando terminan para ellos los ritos nupciales. (Van Gennep supone que embarazo y parto son los últimos actos de la ceremonia nupcial en estos matrimonios *clandestinos*.) Los Todas no reconocen oficialmente el matrimonio, sino al séptimo mes de embarazo, cuando en un alegre banquete la esposa se pavonea de la transformación experimentada por su talle. En Abisinia no es amada la mujer más que con un certificado de embarazo. En Escocia el *handfast* (apretón de manos) era un matrimonio *per usus*, de un año y un día de duración. Si al expirar este plazo la esposa quedaba embarazada, el matrimonio era valadero en derecho y por tiempo ilimitado, sin necesidad de ninguna ceremonia religiosa, y de no haber señales de embarazo, el contrato quedaba nulo y sin efecto.

Los lolos del Yunán chino no consienten que los esposos se entrevisten en un

(1) Cahen: *Etudes sur le vocabulaire religieux du vieux scandinave*, 1921.

En Marruecos, en la ceremonia de imponer el nombre, sacrifican un cordero, que en pedazos y cocido se lo comen los concurrentes.

(1) Lenoir. *Sur l'institution du Pottatch*. (Revue Philosophique, 1924, I).

modo público hasta el nacimiento del primer hijo, y los igorotes de Luzón no esiman formal ningún compromiso hasta ese momento (1).

Entre los Banaros de Nueva Guinea los esposos no se juntan hasta que la mujer tenga un hijo (fruto de sus relaciones con un amigo del clan del suegro), que llaman el niño de los espíritus.

En algunos pueblos (aleutianos, abipones, etc.) la pareja matrimonial no puede abandonar el domicilio de los padres de la mujer, hasta que nazca el primer hijo y se lo dejen a éstos.

El padre compra el hijo

Cuando el marido ha satisfecho hasta el último céntimo de la dote a los padres de su mujer, le está permitido llevarse su hijo; pero si conviene pagarle a plazos, mientras no finiquite su deuda, los suegros le retienen el chiquillo.

Excepcionalmente—(es el caso de los Takelma del Oregón (Norteamérica)—el marido ha de pagar a los suegros un suplemento al tener el primer hijo, que es «el precio de compra del chico» dice Hartland (2).

El eminente etnógrafo Boas, que ha estudiado las costumbres singularísimas de los kwakiult (Norteamérica) asegura que el suegro devuelve con réditos muy crecidos el dinero recibido del yerno al casarse, cuando la mujer tiene hijos. Si después quiere el marido continuar con la misma mujer, es preciso que deposite una nueva fianza, que le será devuelta por el suegro con un 300 por 100 de interés al nacer otro niño (3).

Agregación simultánea de todos los nacidos en el transcurso del año

Los atenienses tenían una gran fiesta, llamada *Apaturias*, para presentar a los miembros de la fratria los niños nacidos en el año, y los que no hubieran sido inscritos todavía, sacrificándose un cordero o una cabrita por cada niño presentado en rescate de su vida.

También los peruanos de la antigüedad celebraban una gran fiesta, en la cual las madres presentaban los hijos que hubiesen dado a luz desde la anterior cosecha de papas. El tío de cada niño pintaba a su sobrino una raya a través de la cara, de oreja a oreja, con la sangre de las vicuñas cazadas por él y la carne de estos rumiantes se distribuía entre las madres.

Los Ngente, de Anam (África), celebran todos los años, por otoño, una fiesta de tres días en honor de los niños nacidos en el transcurso del año. Durante las dos primeras noches, los adultos se juntan para beber y comer (ritos de agregación por excelencia) y la tercera noche se disfrazan de mujeres y van casa por casa visitando a las madres del año, que les dan de beber y les hacen pequeños obsequios, en cambio de lo cual ellos bailan.

Los Wyandott (Norteamérica), en la fiesta del trigo verde, el consejo de mujeres (se trata de una tribu matriarcal) escoge nombres para los niños nacidos en el año y el jefe proclama estos nombres en la fiesta y son los definitivos.

Bibliografía

Miller Nathan: *The Child in Primitive Society*, 1928. Chamberlain: *The Child and Childhood in Folk Thought*, 1896. Max Rehm: *Das Kind in der Gesellschaft*, 1925. George Payne: *The Child in Human Progress*, 1916.

(1) Aulnaye y Gregoire: *Ceremonies et coutumes religieuses de tous les peuples du monde*. Trece grandes volúmenes, 1807-1810.

(2) *Primitive Paternity*.—1911.

El Código de Manú permite dar un hijo en prenda.

(3) Boas. *Ethnology of the kwakiult* (37 Annual Report of the Bureau of American Ethnology, 1913-14).

CAPITULO XLV

Agregación religiosa

Este capítulo lo hemos empobrecido con repetidos saqueos. Ritos que nosotros traspasamos, en la creencia de que tendrían mejor emplazamiento, a la primera parte, donde tratábamos de los engaños a que recurre la parturienta, podrían encontrar aquí colocación y su traslado obedecerá a la necesidad de fortalecer documentalmente la demostración de nuestra teoría de los orígenes de algunas creencias y costumbres relacionadas con el nacimiento. Mas prestado este servicio, podríamos cogernos de nuevo y traerlos aquí, sin que en su mudanza perdieran oportunidad. Y la razón es sencilla. Los ritos de la parturienta quedaron traspasados por el amor materno al niño. Mirando a lo que fueron están bien puestos, donde los pusimos, pero de cerca parecen ser y son ritos de agregación religiosa.

Vaya un ejemplo aclaratorio:

El sacrificio de un animal, efectuado al nacer un niño, se interpreta como una ofrenda a los dioses, un modo de recomendar al pequeñuelo e introducirle en su gracia. El sitio de este rito es aquí. Pero remontándonos a los orígenes, la cosa varía. El animal es un sustituto del niño, que paga con su vida el rescate de éste. Y cuando el niño era sacrificado, no se pretendía evidentemente congraciarse con los dioses, agregarle a un culto, sino ocultar el parto. Luego la estación de salida del rito es la protección de la parturienta; la de llegada, la protección del niño.

El niño elige su dios

En las islas Samoa, cuando la mujer está de parto se invoca la ayuda de los dioses, uno tras otro, y el invocado en el momento de nacer el niño es su dios de por vida. Por regla general se invoca primero a los dioses de la familia del padre,

y por esto suele heredar el chico el dios de su padre. Pero si se resiste a salir de su clausura, le toca un dios materno.

Agregación por el nombre

En Egipto (1), Grecia y Roma fueron corrientísimos los nombres teóforos, que



JAPON.—Presentación del recién nacido al templo.

se tomaban de las divinidades, a las cuales quedaba consagrado el pequeño. En Grecia antigua no existía el nombre de familia. Del dios Marte sacaron los romanos el nombre de Marcus, y los galos el de Marialis. A veces formaban nombres

(1) Groof: *Etude sur les noms propres chez les Egyptiens*. (Revue Egyptologique, 1887).

compuestos de dos divinidades o de una divinidad y un atributo.

Santos patronos

Ciertos negros del Sudán le dan al niño el nombre del fetiche de semana cuando él nace. Piensa Dauzat (1) que depurada por el cristianismo esta creencia, se ha perpetuado hasta nuestros días por la institución de los santos patronos.

A la inversa, ciertos genios malos podrían ejercer una influencia nociva o sentirse ofendido un dios celoso por que se atribuye su nombre a un hombre; de ahí los tabús que apartaron el nombre de Jehová de la antropomía hebrea, y el de Jesús de la de Edad Media.

Los niños chinos tienen una diosa madre que les protege mientras son menores de dieciséis años, y a la cual se hacen ofrendas y sacrificios anualmente; los primeros al tercer y cuarto día del nacimiento.

En el Níger los papás tallan de madera un dios (cornudo para los varones, sin cuernos para las hembras), para cada chico cuando cumplen cinco años y este ángel guardián, dice Alvez-Correia, que ya no abandona al muchacho.

En Roma antigua, apenas salía el niño del claustro materno, un batallón de dioses se encargaba de acompañarle y protegerle hasta en los actos más insignificantes

Vagitanus es el dios del primer vagido; *Cunina*, protege la cuna; *Rumina*, le acostumbra a la teta; *Nundina*, es la diosa del noveno día, en que el niño purificado recibía el nombre y los amuletos que le preservaban del mal de ojo. Luego venían una carretada de dioses: para el primer sonido, para el cántico; las primeras palabras y las primeras frases; para endurecer sus huesos y fortalecer sus músculos; para guiar sus primeros pasos y que se tuviera de pie; para darle la razón, la vo-

luntad, la inteligencia; dioses de sus esperanzas, de sus alegrías, de sus pasiones, de sus actividades, de sus instintos ardientes, de su salud. La retahíla sería interminable.

Agregación al culto

El padre toda envuelve al crío en su manto y le lleva al gran establo, y sin entrar, manteniéndose a respetuosa distancia, saluda al santuario, desenvuelve al chico, le encara bien con el cobertizo y lo inclina despacio hasta que toque con la frente al suelo. En este preciso momento le pone el nombre, tomado de cosas divinas para ellos, como los establos y las fuentes, y eleva sus preces al establo: «Que descienda la bendición sobre nuestros hijos. Que prosperen los bueyes, las vacas y el pueblo entero».

En Atenas, en la fiesta *andromia*, la nodriza daba la vuelta al fuego del hogar con el recién nacido en brazos y le presentaba simbólicamente a Hestia, la diosa del fuego doméstico, virgen que encarnaba la perpetuidad de la raza.

Los cristianos, en terminando la ceremonia bautismal que hace pasar al niño del mundo profano al religioso, acostumbra a ponerle bajo la protección de la Virgen, con un ademán de entrega ungado de devoción. En Amarante (Portugal), al terminar el bautismo, el padrino deposita el niño sobre el altar de San Gonzalo y la madrina lo coge (1).

En la India (Dharivar), el niño bramín de tres meses es llevado a los pozos para la adoración de las aguas. En Orissa, las madres adoran los pozos después de nacer el niño, dando vueltas en el sentido de rotación del sol (2).

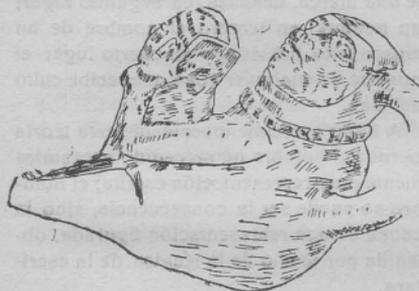
(1) José de Pinho: *Sur les survivances du culte phallique dans les fêtes en l'honneur de St. Gonzalo de Amarante* (Congreso de Antropología de Lisboa, 1930.)

(2) Masani: *Le folklore des puits dans l'Inde* (Revue de l'Histoire des Religions, 1931.)

(1) Albert Dauzat: *Les noms de personnes. Origine et evolution*, 1925.

Deformaciones producidas para acreditar el parentesco con los animales

Para sostener la ficción de parentesco con animales, se sacrifica en innumerables pueblos la conformación de la cabeza de los niños (1), encunándoles dentro de



Ejemplar de cerámica peruana en que se ve el aparato destinado a deformar la cabeza del niño. Consiste en una tabla rectangular (seguramente sería de madera), provista de una faja destinada a fijarla en la cabeza de la criatura.

verdaderas prensas que moldean los huesos todavía cartilaginosa del cráneo, para asemejarla a la de un animal, supuesto antepasado de la criatura (2).

Según La Vaulx, los patagones lingo- tan al chiquiñín meses y meses en esta especie de poltro, donde permanece con los pies más altos que la cabeza y apoyándo-

(1) Gosse: *Essai sur les déformations artificielles du crâne*, 1855. (Describe 16 de las que 10 son de América).

Lumier: *Déformations artificielles du crâne*, 1896.

Imbolloni: *Die Arten der Künstlichen Schidel deformation* (Anthropos, 1930, pág. 793).

Erle John Dingwall: *Artificial Cranial Deformation*, 1931. Se basa en la tradición oral, escrita e iconográfica.

(2) Algunos autores creen que se trataba de una previsoría medida de gobierno; achicándoles la cabeza a los súbditos se les hacía sumisos, dóciles, gobernables. Falta saber si escapaban de la medida las cabezas gobernantes.

se ésta sobre madera dura que la deforma y aplasta por el occipucio.

Los sartes, de Asia Central, deformaban de un modo análogo la cabeza de los pequeños.

Cuenta López Gomara, que las mujeres de Cunana apretaban a los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón para ensancharles la cara. Entre los Guayaki, de América meridional, apenas nace el niño le aprietan la cabeza y la coronilla, y al tercer día, que consideran duros los huesos, le dejan ya. Los lapones escandinavos con vendas, gorras y masaje, exageran la braquicefalia natural que responde al gusto estético de la raza. Según Hatt, tratan de dar a la cabeza la conformación de un globo. La moda en el Senegal, según Magito, es hociocar la cabeza (el deseo de parecerse a los animales no puede ser más evidente).

Los adornos completan el parecido animallesco

Para completar el parecido, están los adornos de gran gala.

En las sociedades totémicas de Norteamérica, todas las ceremonias de nacimiento, dice Besson, están basadas en el disfraz del niño de manera que se le identifique un momento con el totem de su clan.

Poco a poco fué el individuo rescatando su físico de la servidumbre estética a que le sometiera el espanto de sus madres. Contentase con copiar con esmero en sus peinados algún detalle saliente del animal totémico. Así, el clan de los búfalos de Yowa, y de Omaha, llevan dos bucles de cabellos que imitan cuernos; el clan de los pájaros deja un mechón en la frente como el pico de un ave, sendos tufos en las sienes que parecen o quieren parecer alas y una frencita para imitar la cola; el subclán de la tortuga se rapa la cabeza dejando

seis bucles que semejan las patas, cabeza y cola del animal (1).

Los mongoles de Ourga llevan sus peinados en forma de orejas de elefante y los beduínos todavía se peinan simulando cabezas de esfinge.

La partida de bautismo es estampada sobre la piel

En muchos pueblos se estampan la partida de bautismo sobre la piel con caracteres indelebles; no otra cosa es el tatuaje totémico, calificado por Réville de *librea divina* y que es la marca del dios sobre la epidermis del fiel. El polinésico piensa que los espíritus de los antepasados o de los seres divinos, se incorporan a los signos tatuados y aguantan la dolorosa y larga operación (en las islas Marquesas no se termina en menos de quince años en los hombres, más breve en las mujeres) «como una mortificación agradable a los dioses» (Wundt). Las cicatrices en relieve de los australianos, se colocan formando dibujos que representan el totem (2).

Origen atribuido al tatuaje

Recientemente Durkheim rejuveneció la teoría pictográfica de Pickler y Somló (3) con su emblema «Las figuras de todas clases que representan el totem son rodeadas de un respeto sensiblemente superior al que inspira el ser mismo cuya forma reproducen tales figuras... se llega a este

sorprendente resultado, que las imágenes del ser totémico son más sagradas que el ser totémico mismo..., en realidad, no es al animal totémico al que se rinde culto, sino al emblema, a la imagen del totem.»

Durkheim (1), siguiendo los pasos de Pickler y Somló, no ha hecho más que modificar ligeramente la teoría de Max Muller, que decía es el totem primeramente una marca, después, en segundo lugar, un nombre, en tercero el nombre de un antepasado del clan, y en cuarto lugar el nombre de cualquier cosa que recibe culto del clan.

A Lang parecía inaceptable esta teoría porque el nombre ha precedido necesariamente a su representación escrita; el nombre no puede ser la consecuencia, sino la causa de una representación figurada, obtenida por medio de la técnica de la escritura.

Véase el paralelismo establecido por Van Gennep entre los esquemas de formación del totemismo, según Durkheim y según Lang:

Durkheim

1.^{er} estadio: El clan se da un emblema.

2.^o estadio: El clan figura más o menos groseramente la imagen que le ha sugerido este emblema, por ejemplo, cinco o seis rasgos que se cortan irregularmente, como sobre los churinga.

3.^{er} estadio: El clan interpreta este dibujo informe; reconoce, por ejemplo, un kanguro.

4.^o estadio: Como este emblema es sa-

(1) En Egipto, en la época prehistórica, la cola de chacal era un adorno de príncipes y sacerdotes, y con posterioridad le usaron los guerreros y labradores.

(2) En los siglos XVI y XVII los jacobitas, abisinios y etíopes, imprimían la señal de la cruz con un hierro al rojo sobre la frente de los niños antes o después de la sumersión bautismal.

(3) J. Pickler y F. Somló: *Der Ursprung der Totemismus ein Beitrag zur materialischen Geschichtetheorie*, 1910.

(1) Durkheim: *Formes elementaires de la vie religieuse*, 1912. (Se basa en el totemismo australiano).

Críticas a este libro:

Sidney Hartland: *Ritual and Belief studies in the history of religion*, 1914, pág. 124. Alfred Lolsy. *Sociologie et religion*. (Revue d'histoire et littérature religieuses, 1913, pág. 45).

Goldenweiser: *Religion and Society en The Journal of Philosophy*, 1917. G. Matisse: *Revue des Idées*, diciembre 1912.

grado, todos los kanguros se convierten en sagrados, porque se parecen a su imagen.

5.º *estadio*: Y como un cuerpo humano se parece menos a este dibujo que un kanguro, el hombre es menos sagrado que el kanguro.

6.º *estadio*: El carácter sagrado es contagioso en el más alto grado; se extiende, por tanto, del ser totémico a todo lo que tiene cerca o lejos.

Lang

- 1.º El clan se da un nombre.
- 2.º Con preferencia un nombre de animal, rara vez de planta.

3.º Considera los animales de este nombre como venerables.

4.º Y, por consiguiente, inventando leyendas y ritos, crea el lazo de parentesco y dependencia mágico religiosa.

Nosotros hemos pasado por alto la evolución del principio totémico, pero puede acoplarse al proceso esquematizado por Lang. Imputada falsamente la paternidad de los hombres a los animales, plantas, etcétera, se acaba por creer son éstos sus engendradores, y el motivo primario de la falsedad—aun cuando no hubiera interés en ocultarle—se va perdiendo de vista escondido en las interpretaciones de los tiempos posteriores.

CAPITULO XLVI

El horóscopo. Orientación profesional

Los astrólogos tenían la pretensión de leer en los cielos los destinos de los hombres. Sus pronósticos errancaban del conocimiento exacto del día, de la hora y del minuto del nacimiento, pues en ninguna otra ocasión se franquea el cielo con los hombres y les revela el porvenir. Para otros astrólogos el momento único de leer la biografía del niño, escrita en el firmamento, es el de su concepción, dato mucho más incierto y que sólo puede calcularse por aproximación.

El nacimiento de un niño podía infor-

mar sobre el destino pasado, presente y futuro de sus padres. Si el astrólogo predecía que quedaría huérfano a tal edad, implícitamente predecía la muerte de sus padres (1).

(1) Hasta en los pueblos no dados a la astrología existe la superstición de los días de nacimiento. Los moros creen que los niños nacidos durante las fiestas de Ramadán tendrán suerte envidiable, y los que nacen en las fiestas lúgubres de Achoura, suerte perra. A las niñas nacidas estos días no se les considera vírgenes, y se levanta acta para que no haya cuestiones el día que se casen si faltara el testimonio quebradizo de su castidad.



«El hombre que nace en domingo, el día del sol, ilustrará su casa con grandezas y adquirirá renombre; estará sujeto a dolores de cabeza, de dientes, fiebres; correrá peligro de quemarse. ., y vendrá a vivir 63 años». (*Nouvelles oeuvres du sieur de Conac, 1656*)



«El hombre que nace en martes, está bajo la influencia de Marte, y será atrevido, arrogante, pendenciero, colérico... Su vocación le llevará a ser buen cirujano, anatómico, arquero, panadero, cocinero... Será aficionado al juego, mentiroso y violento».. (*Nouvelles oeuvres du sieur de Conac, 1636*).

Las embarazadas solían consultar, poniendo en grave aprieto al adivino por el peligro de ser desmentido en seguida, el sexo que tendría el niño. En la antigüedad y en la Edad Media se le pedía al astrólogo que calculase la duración de la vida y que indicase el género de muerte prefijada por los astros. Se le preguntaba también el temperamento del niño, las enfermedades que padecería (1) su capacidad

(1) Nadie, decía Hipócrates, debe confiar su salud y su vida a quien no sepa astronomía. Este precepto dominó la medicina medieval, y al que no consultaba a los astros en toda ocasión se le tenía comparado con un ciego que caminara sin bastón, que con dificultad consigue encontrar el buen camino.

Tolomeo admitía que los signos animales del Zodíaco producían la escrófula y la elefantiasis;

intelectual, etc., y así, tan pronto como nacía, casi, casi podían escribir su biografía. Todo el mundo, pobres y ricos, consultaban su zodíaco y las tablas de natividad tomaban sitio en las enseñanzas universitarias, junto a la cábala y la geomancia. Los reyes solicitaban el horóscopo de sus hijos, mantenían a su servicio

que Sagitario y los Gemelos causan ataques de epilepsia. Para los astrólogos el Zodíaco es un hospital. En Cirugía, los astros sólo se meten a contraindicar la operación. Cuando la luna está en los signos trópicos, y cuando está en Toro o Capricornio o en contacto de Marte o Saturno (lo primero porque habrá hemorragias, lo segundo por las consecuencias) estaba contraindicado operar.

Se aconsejaba purgar cuando la enfermedad comenzaba estando la luna en Leon (Bouché Leclercq: *L'astrologie grecque, 1899*);

astrólogos de fama, y les consultaban en las ocasiones graves como si fueran sus médicos (Alfonso X de Castilla era un ch flado por la astrología) (1).

El certificado prenup- cial de los chinos

En China los novios no necesitan conocerse personalmente, ni gustarse; su boda la arreglan los padres, y lo único que puede desbaratarla es el certificado *negativo* del adivino, a quien entregan escritos en sendos papeles encarnados, color de suerte, las fechas de nacimiento de los contrayentes. El adivino mira en el calendario si los futuros nacieron en días fastos. Después determinan qué elementos corresponden al día de su nacimiento, porque los hay de influencia favorable y desfavorable, y es menester comparar estas influencias y sacar las conclusiones apropiadas al caso, favorables o desfavorables a la unión proyectada. Cuando uno de los elementos destruye al otro, la respuesta es negativa.

Estos impedimentos astrológicos han sido, aparte los de parentesco, los únicos que conoció la humanidad en su largo pasado y es de sentir, que a sus auspicios se sometieran el poder paternal y las con-

(1) En el siglo XVII alcanzó inmensa boga en Alemania el calendario astrológico de Thurnelsen, para quien todo ser vivo tenía su estrella, presidiendo su suerte. Aconsejaba este autor que se combatiera las malas influencias utilizando los objetos, las comidas, bebidas, habitaciones, ropas, sometidos a la influencia de planetas dotados de poder contrario y de virtudes benéficas, para neutralizar la influencia estelar nefasta.

Para la historia de la astrología es muy importante: Bezold: *Stern Glaube und Sterndeutung* (tercera edición 1926). Para la astrología antigua: Bouché Leclercq: *Histoire de la Divination dans l'antiquité*, 1879 (extensísima y de mérito). Virolleaud: *L'astrologie chaldéenne*, 1905. Dobson y Wilde: *Natal Astrology*, 1893; Bennett: *Astrology*, 1894, Wedel: *The Mediaeval attitude toward astrology*, 1920. Para la astrología moderna: Bayer: *Die Grund-probleme der astrologie*, 1928. Cholsnard: *Le langage astral*, 1920.

veniencias de familia y, en cambio, se resista el europeo a la implantación del certificado médico prenupcial. Que el matrimonio sea dichoso o desgraciado, fecundo o estéril, no han de decirnoslo los astros, a los cuales se ha prestado un crédito que se niega a la higiene. El zodíaco del hombre está en sus glándulas de secreción interna.

Orientación profesio- nal

En los pueblos atrasados no se aguarda a que el niño tenga formadas sus aptitudes para averiguar la profesión que le convendrá. Desde que nace, valiéndose de procedimientos mágicos, le adivinan o le determinan la profesión.

Los romanos tenían costumbre de bañar a los recién nacidos en una concha de tortuga, semejante a un escudo. La tortuga protegió a Zeus, el dios guerrero, de recién nacido; la tortuga, por su escudo, hace un guerrero del niño.

Cuando nace un niño varón en la tribu Zafihoro (Madagascar) su padre toma las armas y mima una escena guerrera al este de la cabaña (1).

En algunos pueblos el padre se somete a toda suerte de prácticas dolorosas para transmitirle valor a su hijo. En la isla de Célebes se deja fustigar, y en acabando esta prueba, que sufre estoicamente, tira tres flechas por encima de su cabaña, gritando: «Que mi hijo llegue a ser un guerrero valiente».

En las sociedades atrasadas la profesión más aristocrática es la de guerrero; por esto abundan las supersticiones encaminadas a dotar de temple esforzado a los que nacen varones.

A los cuarenta días de nacer, el niño morito es presentado a los santos tutela-

(1) Raymond Decary: *Quelques pratiques magiques relatives aux accouchements* (Bulletin Société d'Anthropologie de Paris, 1930).

res. Se le lleva al santuario con una hoz, una reja o un arado, si se quiere que sea labrador; una mesita de escolar para que sea instruído; una brida y estribos para que sea caballero; un poco de lana y un huso, si es niña, para que adquiera habilidad en hilar, etc., etc., y estos objetos quedan en prenda de su futura vocación en el santuario.

En Morvan (Francia) la comadrona pone en la lengua del niño una moneda de plata

para que sea un buen abogado, y en su mano un centimito horadado.

Los chinos averiguan las inclinaciones del niño poniéndole delante, el día de su nacimiento, diversos objetos que simbolizan sus futuras ocupaciones y la alegría de los padres no reconoce límites cuando lo primero que toca la criatura es papel y pincel o una balanza de oro, pues esto quiere decir que será un sabio o un comerciante.

CAPÍTULO XLVII

Enmiendas del destino.—Talismanes

La sangre, reconstituyente infantil

Antiguamente, los Dayeks de la región de Apokajan (Borneo) lavaban a los niños débiles, con la intención de fortalecerles, con agua en la cual habían escurrido una cabeza cortada. Los toradja de Célebes, dan de beber a los niños enfermizos caldo hecho con una cabeza cortada (1).

Los Guarani (de América) cuando tienen enfermos a sus nenes, se pinchan con una lancita de hueso la lengua; la sangre sale a borbotones y la esparcen con la mano por todo el cuerpo del enfermito. Esta sangría la repiten a diario hasta que el niño sana o muere.

Los Dieri (australianos) cuando le ocurre un accidente a un niño, sus padres procuran aliviarle golpeándose la propia cabeza hasta hacerse sangre.

Otro reconstituyente es el hierro

Los toradja celebran una fiesta al séptimo día del nacimiento, en el curso de la cual ponen los pies de la criatura sobre hierro. Pretenden con esto que el alma vacilante del niño se vuelva fuerte como el hierro.

La fuerza del álamo

Los lapones tienen después del bautismo cristiano otro bautismo no administrado por la madrina cristiana y para el que se sirven de agua caliente, en la cual han echado dos astillas de álamo, una en bruto y otra en forma de anillo. La madrina le dice al niño: «Que seas tan fecundo y

fuerte como el árbol de donde se han sacado estos anillos». Y después de arrojar al agua unos objetos de cobre, le bautiza de nuevo, diciendo: «Serás más dichoso por esta agua que por la que te echó el cura». Entonces le da el nombre de un muerto, conjurándole a que entre en el cuerpo del recién nacido. Este rito es anti-quísimo.

Otros procedimientos

Ciertos nombres revelan el deseo de dotar al niño de una cualidad. Fortis está en este caso. Por una especie de operación mágica se quería que la palabra trajese la realización del deseo (1).

En la India antigua el padre respira tres veces sobre el recién nacido, infundiéndole su aliento poderoso.

En Altmark, en la fiesta del bateo, la madre come a reventar para que su hijo eche carnes.

Transmisión directa de fuerza

En China, al serle presentado el niño a sus padres, éste le cogía de la mano y le daba nombre. Cada diez días repetían el gesto. Granet supone que padre e hijo se ligaban por la palma de la mano, creando un parentesco artificial, pero ese gesto es más bien mágico, de transmisión de fuerza magnética.

El don de la hermosura

Ningún pueblo ha tenido más amor a la belleza que el griego. La belleza daba derecho al sacerdocio (los jóvenes premia-

(1) Kleiweg de Zwaan: *De la coloration en rouge de crânes humaines dans l'archipel indien* (Congreso de Antropología de Lisboa, 1930).

(1) C. Jullian; *Quelques remarques sur l'anthroponymie gallo-romaine*. (Revue Etudes anciennes XXI, pág. 40).

dos por su hermosura eran sacerdotes del Júpiter de Egea) y a la gloria (muchos hombres de la época son célebres por un rasgo bello; Demetrio Phalerens por sus pestañas) (1). Tener un hijo hermoso era la aspiración suprema de las madres, y se comprende que en las alcobas de las lacédemonias fuvieran una imagen de Nerea, Narciso o Jacinto, a fin de concebir hijos hermosos.

Ignoramos si la precaución de poner ante los ojos de las mujeres encinta formas puras y figuras escogidas era eficaz; pero lo que no tiene duda es la influencia perniciosa que la vista de las monstruosidades chocantes tiene sobre al conformación del feto. La madre de Lenti-



Sello de las Dos Sicilias.
(Una cabeza central irradia tres piernas).

ni, el fenómeno de las tres piernas, tenía en su alcoba el emblema siciliano de las tres piernas (2). El organismo parece dis-

(2) Winckelmann: *Historia del arte*.

(1) La teoría de la imaginación arroja la responsabilidad de procrear monstruos, a los trastornos psíquicos que modifican el carácter de la mujer encinta, a veces hasta el punto de convertirla en esclava de la «loca de la casa» y forjan en su cerebro depauperado y agobiado por el trabajo gravídico quimeras de todas clases. «Damasceno atestigüa haber visto una niña velluda como un oso, a la cual parió su madre tan disforme y feucha por haber mirado con demasiada fijeza una estampa de San Juan, peludo, que pendía sobre su lecho, en el momento que concebía...»

puesto a reproducir las formas que sorprenden a la vista; la madre, ya hecha, no se modifica, pero el hijo se moldea como cera (1).

Consultado Galeno por un pintor fefsi-



Frank Lentini, el fenómeno de las tres piernas, que se exhibió no hace muchos años en el Circo nuevo de París, atribuya su deformidad a la impresión producida sobre su madre, estando encinta de él, por alguna estampa con el emblema de Sicilia (antiguamente llamada Tierra triangular).

mo inconsolable por una primogenitura que le mejoraba, aconsejóle rodease su lecho nupcial de tres estatuas de Venus.

Talismanes de salud

La camisita que lleva puesta el niño moro los siete primeros días se mete den-

(1) Feré ha probado la facilidad con que pueden ser provocados los movimientos del feto por excitantes sensoriales que obran sobre la madre (por ejemplo, ruido de un campanillazo). El influjo de la excitación psíquica de la madre no es menor; bajo el de cólera, los movimientos fetales son intensísimos. También las representaciones mentales de la madre provocan reacciones motoras en el feto.

tro de su almohada y no se saca más que cuando enferma para aplicársela al pecho. Es un talismán porque conserva intactas todas las posibilidades de vida que trae el niño al nacer. También en la Baja Bretaña se conserva cuidadosamente, a guisa de talismán, el gorrito del niño (1).

En Aunis y Saintonge (Francia), al terminar la ceremonia bautismal, ruedan al niño de un borde al otro del altar, como si fuera una barrica, «para que no se rompa nunca los miembros» (2).

La madre oseta guarda la raya del pelo los cuatro días que siguen al bautismo, con el fin de proporcionar a su hijo una vida larga y fecunda.

En China se funde el collar del recién nacido con las cien monedas pedidas a otras tantas familias. Al niño moro le ponen un pendiente en la oreja derecha, construido con monedas regaladas por siete madres de hijos vigorosos. Son seguros mágicos de vida.

En la India védica se ponía al niño de diez días un talismán de madera resinosa, diciéndole: «Toma posesión de este talismán de inmortalidad... Yo te doy el aliento y la vida».

Talismanes de crecimiento

En España y Portugal hay costumbre

(1) Sauv : *L'enfance et les enfants en Basse Bretagne* (Melusine III).

(2) Barraud: *L'enfant en Aunis et Saintonge* (Esculape, 1927).

de prender en los pañales media luna de plata o de cobre. Se tiene como vestigio del culto a los astros, pero su papel es empujar el crecimiento del niño con la ayuda mágica de la luna creciente.

En Marruecos se pone al recién nacido sobre la amasadera de pan, los 21 días primeros, para que crezca como la levadura.

Otros talismanes

Al niño chino se le envuelve con ropas que hayan usado personas viej simas, para que le transmitan el don de longevidad.

En el Morvan (Francia) la comadrona recibe al niño en una camisa vieja del padre. Cualquier otro lienzo no vale, porque estará desprovisto de las virtudes preservadoras de la camisa del padre. En los Vosgos, el padre se quita la camisa para que envuelvan al crío las primeras horas. Con esto le transmite su calor vital y su fuerza.

Opoterapia

Los bosquimanos de Heckun practican incisiones a los niños en la parte alta del muslo y en el pecho, vientre y espalda, y le introducen trozos de carne de antílope debajo de la piel para que iguallen a este animal en correr.

CAPITULO XLVIII

El padre hace de niño

El marido que simula el parto, para provocar la atención de los espíritus y desviarla de su esposa, que está efectivamente dando a luz, suele continuar la farsa en favor de su hijo, fingiendo ser él mismo un recién nacido con el fin de preservar a éste de los peligros que le amenazan.

El principal proviene de la alimentación. Percatados de los estragos que causan las enfermedades gastro-intestinales en la primera infancia, los papás salvajes se alimentan con papillas, como los bebés; si ellos comieran con exceso, sus hijos, por magia simpática, podrían sufrir un cólico. Estamos enfrente de una covada alimenticia, de área mucho más extensa que la del parto, pues se reduce a templar la gula, no comiendo el padre nada que pueda dañar al niño ni a su mujer que lo está criando.

Es de suponer que a este régimen dietético no se sometería el salvaje espontáneamente por amor paterno. En las sociedades de tipo matriarcal los abuelos maternos están pendientes de la salud del chico y de la madre; que enferme cualquiera de ellos y ya está nuestro hombre con carne de gallina viéndose venir la responsabilidad subsidiaria con las multas consiguientes, y como es el primer convencido de su culpa si la enfermedad tuviera término aciago, fraga sin chistar las póci-mas que pueden ponerles Buenos.

En Nueva Pomerania, cuando un niño muere, el padre viene obligado a indemnizar al ffo materno del pequeño con conchitas-monedas y brazaletes, por la pérdida de un miembro de su grupo. En efecto; el niño corresponde al clan de la madre; este clan ha perdido una unidad y el responsable es el padre.

Cuando un niño fang (africano) fallece a tierna edad, el padre es culpable por haber violado algún tabú y tiene que de-

jarse desplumar por los suegros o devolverles su esposa para que se case con otro.

La covada, en su doble aspecto dietético y de empolladura, no podía tener en su origen la pretensión de desbancar a la madre; acredita el miedo de la misma y la sumisión del marido, que abnegadamente ocupa el puesto de peligro, del cual aquélla deserta (1). De haberse instituido para certificar la paternidad, el llamado en las sociedades matriarcales a reinedar el parto y mascar sopas, sería el hermano de la madre, a quien la opinión considera autor de la criatura, aun cuando en realidad sólo sea padre de boquilla. Como el hermano mayor era entonces el brazo derecho de la madre, no iba a entregarle ésta a la venganza de los espíritus; de ahí que hiciera de cabeza de turco el único miembro advenedizo del clan: el marido.

Simbiosis del padre
y el niño

En algunas tribus, el padre se conduce como si le siguiera el recién nacido. La primera semana ni se mueve; la segunda va al bosque, pero sin alejarse, porque fatigaría al niño, y cuando llega a una bifurcación del camino borra la entrada, del que no sigue para que el niño no se extravíe. Sin embargo, le consta al padre caribe que el pequeñuelo está en brazos de su madre, y él ni siquiera lo ha visto aún.

(1) Rivière, famoso tratadista de las religiones de los pueblos salvajes, creía que la covada es el *punctum saliens* de todo el conjunto de precauciones que se tomaban al nacer un niño para preservarle de enfermedades y asegurarle un feliz desarrollo.

Para Quatrefages la covada es un resto de la barbarie que fué el estado inicial del hombre. El sitio de éste era cerca de lo más precioso que tenía, su hijo, a quien mejor que la madre podía defender de las fieras.

Cuando un indio guianas acaba de tener un hijo, no atraviesa un curso de agua sin antes flotar una corteza o un cascarón, que permita embarcarse a su hijo.

Levy Bruhl acumula muchos ejemplos de esa simbiosis del padre y el hijo recién nacido, que en el fondo es un caso particular de magia simpática.

Flagelación por endoso

El niño es impuro al nacer, y tiene que ser sometido a diversos ritos purificados. Pero su cuerpo tan tierno no podría resistir la expulsión violenta de los diablos; y en su lugar se deja flagelar al padre. Como ellos suponen que están identificados, los golpes que le propinan al padre, los reciben los diablos albergados en el cuerpecito del niño.

Fray Pedro de Aguado (1) ha descrito esta costumbre, tal como la practicaban los guayupes, de Colombia: «Cuando nace un niño, a su padre le llevan a encerrar a una casa que para este efecto tienen

diputada, y al tiempo de entrar le azotan los muchos indios apostados en la puerta con manojos de ortigas vivas, y pasada esta flagelación, llegan a él doce indios, y cada cual le da un repelón y le arranca los cabellos que puede y se los guarda. Y con esto encierran al padre, donde no ve el sol, ni a su hijo nacido, ni a su mujer por espacio de un mes, en el cual tiempo come por tasa o dieta, como una escudilla de gachas y de cinco a cinco días un pan y vino.

Pasado el mes de encierro y ayuno, vienen los doce indios con los cabellos que repelaron y arrancaron al padre, atados a una lanza, y todos los demás del pueblo sacan al ayunador y le llevan a la plaza, y enmedio hincan los doce viejos sus lanzas y se sientan. Llega entonces el sacerdote con un manajo de ortigas en la mano, coge una lanza y reta al que quiera quitársela. El ayunador se levanta y se va para donde está el sacerdote, haciendo ademanes de hombre feroz, y el sacerdote le azota con las ortigas. Después le lavan con salmuera y le llevan a ver a su mujer e hijo. Tan en estima tienen la ceremonia, que creen que perecería la criatura si se faltara a ella.»

(1) *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, 1917.

CAPITULO XLIX

Endoso de la lactancia

No siendo en sí peligrosa la lactancia, no había necesidad de proveerla de sustitutos. Si los tiene, como probaremos a renglón seguido, es por el valor representativo de esta función fisiológica, que cierra marcha al alumbramiento. Puede decirse no queda otro testimonio más evidente del mismo que la lactancia; por esto es una institución viejísima la de las amas de cría. La primitiva se sustrafa por miedo, no por comodidad, a la obligación que cumplen las hembras de todos los mamíferos de dar el pecho a sus hijos.

Ahora bien, el gesto de dar el pecho es uno de los fundamentales de la adopción; ese gesto no necesita repetirse para que su eficacia sea permanente, ligando por siempre a sus autores con los vínculos de un parentesco místico tan fuerte como el natural. La madre tenía que renunciar al cariño de su hijo y dejar sin empleo las ternuras que rebosan de su corazón.

Planteadó este problema a infinitas madres, lo resolvieron con la invención de la nodriza, que se obliga a amamantar al crío, sin adquirir derecho alguno sobre él. Solución sencillísima, pues se limita a separar la adopción de la lactancia; pero estos tajos son difíciles de dar cuando el cerebro se acostumbra a ver dos cosas solidarias, tal como si fuese imposible que vivieran una sin otra; y esta dificultad explica que no se encuentre la institución de nodrizas en las bajas culturas. Estas resolvían el problema de un modo brutal entregando el crío a una familia amiga o extranjera para que lo prohijasen.

Era, ciertamente, difícil quitarle a la lactancia su carácter de rito de agregación y se le quitó (1), porque para el amor de

madre no hay imposibles; pero los prejuicios y miedos del parto seguían actuando y ellos impedían que la madre recobrase inmediatamente su más augusta función,



Mujer de Barguirmi (región del lago Tchad-Africa) que lleva los pechos recubiertos de arcilla blanca—color para ellas de luto—por habersele muerto un niño de teta (1).

que es criar a sus hijos. Por ella misma, tal vez hubiera arrojado pronto y valerosamente todos los peligros; mas esos prejuicios miedosos se habían corrido de

corresponder. Plinio legó a su ama una casita con esclavos y rebaños. Domiciano dió a la suya una casita. A su vez, la nodriza es fiel hasta la muerte. Cuando todo se derrumba y huyen los amigos, queda la nodriza para recoger el cadáver de Nerón o de Flavio y llevarlos furtivamente a la tumba de sus antepasados. (Duruy: *Histoire des Romains*, tomo V).

(1) El doctor Muraz cree que ese emplasto de arcilla comprime las mamas y evita los peligros de una lactancia interrumpida de repente.

(1) Sin embargo, conserva residuos de ese carácter en Roma, donde la nodriza era la persona importante de la familia y guardaba hasta la muerte el cariño al niño que había criado. Y éstos sabían



El Museo de Antigüedades de Ruán posee una rica colección de biberones de la época galorromana, hallados en sepulturas normandas de niños de pecho. Son todos de 140 centímetros cúbicos de capacidad, aunque su forma varía, y dentro de algunos se encontró un líquido blancuzco de aspecto lechoso (1).



Loba romana dando de mamar a Rómulo y Remo (bronce antiguo).

la madre al hijo e instaurada ya de antiguo la crianza de los hijos por mujeres extrañas (2), la madre dedujo que sería conve-

niente hacerlo así para la vida del niño, porque su pecho estaba más expuesto al maleficio que el de una extraña.

Nosotros sabemos que esta deducción

(1) Jean Lecaplain. *Biberons antiques* (Aesculape, 1912, pág. 112).

(2) En Irlanda el padre confiaba sus hijos a otra persona, quien se encargaba de darles educación mediante un precio que variaba según el rango de

aquel entre tres y treinta bovinos. Los celtas y germanos practicaron también la crianza de hijos en el extranjero, costumbre no desaparecida aún entre los Osetas del Cáucaso.



La diosa-vaca Hator con Amenhetep II. Escultura sagrada del antiguo Egipto (cuenta más de 3.000 años).

es falsa, pero ellos no estaban en condiciones de ver su falsedad y temiendo por la vida de su hijo respetaban todas las prácticas heredadas como la suma de las seguridades imaginables.

Supone, pues, un adelanto la institución de las nodrizas. En Grecia (1) y Egipto

criaban en casa de los padres, y conocemos un contrato hecho con un ama egipcia, de fecha anterior a la era cristiana (1), cuyas estipulaciones son de un rigor tal, que excluye toda idea de abandono desprecupado de la criatura. Las madres no entregaban sus hijos a la lactancia merce-

(1) En la edad homérica estuvo extendidísimo en Grecia el uso de nodrizas; se sabe hasta el nombre de las nodrizas de Ulises y Alcibiades.

(1) O'Schreiber reproduce este contrato en «*La nourrice dans l'antiquité*» (Presse Médicale del 22 junio 1910).

naría sin tomar muy serias garantías, y ello contrasta con la facilidad con que hoy

Nodrizas de índole animal



Mujer dando el pecho (escultura de Creta, ¿600 años antes de J. C.?)

se confía un niño para que le críen fuera de casa (1).

(1) A los Hak-ka (China) les duele gastarse dinero en nodrizas para las niñas, y a las pocas que dejan con vida, las casan al nacer con un recién nacido del sexo masculino y se entienden las dos familias para sostener una nodriza común, que lacte a los dos niños.

Es evidente que la lactancia por animales daba resuelto el problema de criar al niño junto a sus padres, sin comprometer la seguridad de la madre ni del hijo, y no creemos necesite otra justificación el advenimiento de esta costumbre, bastante extendida en la antigüedad, como atestiguan la arqueología y la mitología, apoyándose mutuamente.

La primera nodriza que tuvo el hombre, después de la mujer, fué la vaca, dice el doctor Baudóin (1).

La diosa Hathor, descubierta en las ruinas de Tébas, con hechuras de vaca y una luna entre los cuernos, da de mamar al rey Amenofes II, al que se representa aparte, hombre hecho, bajo las ubres del animal. Furtwängler (2) reprodujo un barro cocido coleccionado por un particular en Munich, que representa a Sileno con un niño en brazos. Sileno, antes de ser protector del pequeño Dionisios, había sido el genio tutelar de todos los niños.

La mitología nos enseña que una yegua compasiva crió al hijo de Alopes, violada por su abuelo Neptuno, la cual había abandonado la criatura. El hijo de Hércules, expuesto en el Monte Partenion, fué criado por una cierva, y una loba dió de mamar a los gemelos Rómulo y Remo, fundadores de Roma, abandonados al nacer. La tradición, según la cual Esculapio fué amamantado por una perra, acaso explique el papel del perro en su culio (3).

Diosas nodrizas

Uno de los tipos plásticos más populares en la antigüedad, es el de la madre

(1) Marcelo Baudóin: *Prehistoria de las nodrizas de índole animal*, 1920

(2) *Zwei griechischen Terra-Kotten*, en *Archiv für Religionswissenschaft*, 1907, pág. 321.

(3) Reinach: *Les chiens dans le culte d'Esculape* (*Revue Archeologique*, 1884).



LA VIRGEN NODRIZA

Pintura antigua, de artista desconocido, que se conserva en el Museo de Tulle. La particularidad de este cuadro es el vestido de la Virgen, especie de dalmática, que la cubre desde el cuello hasta los pies, con tres ventanillas ovales.

dando el pecho a su hijo. Nos llevaría demasiado espacio seguir la evolución y las variantes de este tipo, desde los ejemplares procedentes de Creta hasta las representaciones paganas y cristianas, y nos reducimos a ilustrar estas líneas con algunos modelos poco conocidos, que son suficientes para apreciar no existe oposición ni solución de continuidad entre unas obras y otras.

Las más antiguas diosas nodrizas tenían más de dos mamas. Meurer ha visto en ello un claro indicio de abolengo animal (1); en efecto, las hembras de los mamíferos tienen mayor número de mamas que la mujer para poder alimentar a sus numerosas crías.

(1) Meurer: *Die mamee der Artemis Ephesia* (Mitt. des K. deutschen Archäologischen Institut, XXIX).

Según esto, se trataría de un signo animal no perdido en la antropomorfización; pero yo me inclino a creer que es un refuerzo del carácter protectorio de estas imágenes. Porque en su origen debieron éstas tener, lo mismo que las del parto, el papel de pararrayos de las lactantes.

Ya dijimos que mientras la mujer recata el parto, las estatuas lo exhiben con cinismo, retando a los espíritus y encubriendo a las parturientas. Igual miedo se ha tenido a la lactancia, el mismo interés ha existido en encubrirse y las diosas nodrizas no vinieron al mundo del arte sino para prestar este servicio.

CAPÍTULO L

La cuna

Pueblos que desconocen la cuna

En muchos pueblos primitivos y hasta civilizados (los japoneses), ignoran el uso de la cuna. Falta también en el continente africano y en la zona intertropical de América. Indudablemente, en los pueblos cálidos no se siente la necesidad de la cuna; al niño se le deja en el suelo y se le transporta sobre la espalda o sobre la cadera (los negros). En los países muy fríos el niño necesita la calefacción materna, y los esquimales meten al frío en una capucha de su traje de pieles.

Formas de cuna

Los partidarios del origen autóctono, hacen la siguiente distribución geográfica de los diversos tipos de cuna.

1.º Australia septentrional. Usan la forma más rudimentaria, de artesa, excavando un leño y poniéndole una cuerda para que pueda colgarse del cuello de la madre. No se distingue de los recipientes para el transporte del agua y de los víveres.

2.º Parte del archipiélago malásico. La cuna se compone de varias piezas y se lleva horizontal como en Australia, y con aparato de deformación craneana en Célebes.

3.º Asia. La cuna primitiva tiene forma de artesa aplanada; las poblaciones nómadas del Asia Central se distinguen de las del Norte por sus cunas en forma de caja que se prestan mejor a la vida errante que las de forma redonda. Pflug cree que la cuna de forma de cuba tuvo origen en las tribus sedentarias turcas.

4.º En América la forma más sencilla, extendida y característica de cuna, es la plancha (se ha comprobado su existencia

lo mismo en Méjico que en América Central y Meridional). Esta forma ha ejercido una influencia capital sobre la deformación craneana. Al niño se le lleva atado en posición vertical, espalda contra espalda de la madre.

Esta cuna vertical se usó en tiempos en las regiones andinas de Patagonia y son célebres por sus adornos, así como por la protección de la cabecita del niño las de los Sioux. Cuando no la portean a la espalda, la clavan de pie en el suelo.

Los Comanches usan un sencillo saco de piel rígido, el cual atan los habitantes de las praderas a la plancha-cuna.

En el Brasil oriental, Guayana, indios del N. E., se encuentra la hamaca.

5.º En Europa el tipo distintivo es la cuna en forma de cesta, pero no falta la cuna portátil, ni la de forma de cuba. Puede decirse que en Europa ha perdido la cuna casi por completo el carácter y las propiedades del recipiente portátil.

La cuna usada en Grecia, según un jarrón pintado que existe en el Museo del Vaticano, era una especie de canastilla cerrada, dejando al descubierto la parte superior del cuerpo del niño. A juzgar por la etimología de la palabra con que se la designa, esta cuna debería tener la forma de una artesa o de un pequeño barquichuelo, fácil de hacer oscilar.

En los antiguos pueblos romanos, la cuna también tenía la forma de una barca. Rodeábanla multitud de cordones en forma de red, que impedían la caída de la criatura en el caso de que la nodriza que la mecía se descuidase, distraída por cualquier motivo. Complemento de la cuna eran mantillas, almohadas y mantas en gran número; el nene romano poseía todos los objetos de cama.

En Laponia el niño duerme en una especie de zueco construido de abedul, ancho



1 Cuna de saco de los cafres. 2 Cuna de los sojoti, 3 Cuna de corteza de abedul de los tunguses. 4 Cuna de los sojoti, 5 Cuna de suspensión de Giattarrana (Siracusa). 6 Cuna de Turquestán. 7 Cuna italiana en forma de cesta. 8 Antigua moda popular de cuna mecible de Suiza. 9 Cuna italiana de balanceo. 10 Cuna de las Guayana. 11, Cuna de una sola pieza con aparato para deformar la cabeza de los chinook. 12 Cuna de mimbre de los Hupa (América del Norte). 13 Modo típico de transporte de la cuna entre los apaches (Norteamérica). 14 Cuna de los Lite (Nevada). 15 Cuna de los indios de las praderas.

de entrada y relleno de hojas secas, que le sirven de mantilla suave, así como algunas finas pieles de renos recién nacidos. Una capota de cuero protege al niño contra la nieve, la lluvia y el sol, y de ella penden cuentas de cristal y cadenas que alegran su vista. «En Laponia el arte está re-

ducido a cubrir un solo objeto: la cuna», ha dicho Michelet. La laponesa, que acompaña a su marido en las cacerías, carga esta cuna sobre sus espaldas, y al llegar a los puntos de descanso, la suspende con una correa de la rama de un árbol, de manera que la criatura, balanceada por su

propio peso, no se aperciba de que ya no la lleva su madre (1).

Evolución de la cuna europea en el transcurso de los siglos

Durante todo el período de la Edad Media debieron servirse de la cuna romana, apenas modificada por las exigencias del clima. Miniaturas del siglo XV nos enseñan diversas variaciones de este mueble. En una se compone del cajón o barquilla en que reposa el niño, muy semejante a las que usaban los romanos, y de una especie de percha, que servía de soporte. Por medio de dos anillas se colgaba la cuna en las escarpas fijas de las columnas del soporte. La otra forma, más común y sencilla, consistía en un cajón cuadrado que descansaba sobre dos traviesas en forma de media luna. Con el pie, como todavía se efectúa en la mayoría de los pueblos, la madre podía balancear la cuna, entregada al mismo tiempo a la confección de labores necesarias en el interior del hogar.

En el siglo XVII las cunas de los grandes fueron más bien muebles de ostentación que artefactos fáciles de balancear.

En el siglo XVIII, por el contrario, el uso de pequeñas y graciosas mecedoras tendió a reproducirse una vez más: era una especie de navetilla oval, suspendida por dos montantes y protegida por una colgadura ligera y transparente».

Difusión de la cuna

Opina Pflug que la forma primitiva de cuna es la artesa, y sitúa su único centro de origen en el sudeste de Asia.

En Asia Central tuvo su origen la cunacuba y los hunos la introdujeron en Alemania y continuó su camino pasando por los turcos a Siria y los balcanes. Supone

que al continente americano llegó este tipo de cuna por la lengua de tierra entre Siberia y Alasca.

Evidentemente, los agricultores primitivos



Modo de transportar los niños en Nueva Guinea.

vos sólo por excepción han conocido la cuna, que debe su desarrollo a los pueblos nómadas y pastorales y a los de mayor cultura agrícola (1).

Protección de la cuna

En ciertos pueblos del Norte de Rusia, cuando acaba de nacer un niño, se coloca

(1) *Enciclopedia italiana*, en publicación, vocablo, *Culla*.

(1) «El Nuevo Diario», de Caracas.

en su cuna una ramita de abeto. También entre los Pieles Rojas está arraigada la superstición de que una breña o zarza,

colocada en la cunita, aleja los malos espíritus.

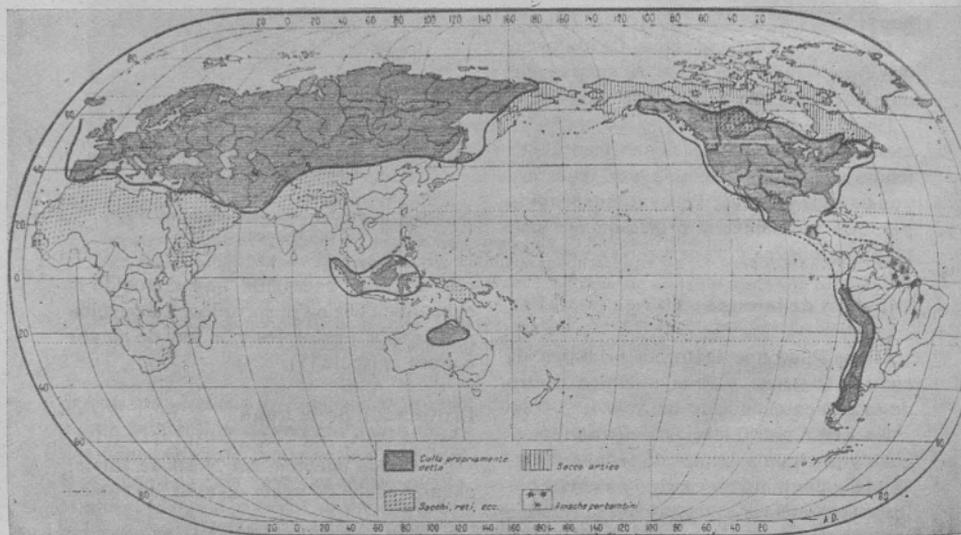
Horror al vacío

En Marruecos no puede quedar vacía la cuna, porque los espíritus malignos podrían posesionarse de ella, y cuando se saca al niño se deja un cuchillo abierto o la madre vierte algunas gotas de su leche alrededor. El tiempo que permanece la cuna inservible, a espera de otro hijito, tampoco puede estar vacía y se la llena de trigo «para que la madre sea fecunda», dicen los moros.

Cuando la cuna se carga a la espalda, el horror al vacío obliga a llevar un muñeco de madera que representa al niño fallecido. Es lo que hacían las indias peruanas cuando perdían un hijo pequeñín, prefiriendo ir cargadas sin necesidad a inutilizarse las espaldas para llevar a sus futuros hijos, por haberlas ocupado los espíritus.



La cuna en las Pampas.



Distribución de la cuna y de los otros medios usados para el transporte y descanso de los nenes, según W. Pflug.



Transporte de niños en China.

Las peruanas no tenían al niño en brazos ni aun para darles teta

Categoricamente dice Garcilaso, que las peruanas no tomaban a los pequeñuelos en el regazo ni en brazos, para darles de mamar, «ni en otro tiempo alguno, porque se hacían llorones y no querían estar en la cuna, sino siempre en brazos.

«La madre se recostaba sobre el niño y le daba el pecho, y al dárselo era tres veces al día. Por la mañana y al medio día y en la tarde, y fuera de estas horas no les daban leche aunque llorasen, porque decían que se habituaban a mamar todo el día y se criaban sucios con vómitos; y que cuando hombres eran comilonos y glotonos. Decían que los animales no estaban dando leche a sus hijos todo el día ni toda la noche, sino a ciertas horas.»

«Ya cuando el niño andaba a gatas, llegaba por el un lado o el otro de la madre a tomar el pecho y había de mamar de rodillas en el suelo; empero no entrar en el

regazo de la madre; y cuando quería el otro pecho le señalaban que rodease a tomarlo, por no tomarlo la madre en brazos» (1).

Canciones de cuna

Asegura el profesor Chamberlain (2) que en todas partes se arrulla a los pequeñines con canciones y que la poesía popular de todos los países es rica en melodías imaginadas y compuestas por las mamás para incitar al sueño. En el *Cancionero popular español*, de Rodríguez Marín, volumen I, pueden verse muchas.

(1) La señorita Rebeca Carrión ha estudiado esta curiosa costumbre en la cerámica. En un vaso procedente de Pacasmayo, la madre tiene sobre la falda la cuna y la criatura succiona el pecho izquierdo. Este ejemplar ilustra sobre la manera de alimentar al niño sin separarlo de la cuna. *La mujer y el niño en el antiguo Perú* («Inca», tomo I, 1925).

(2) Comunicación a la *American Association*, 1895.

En Burgos cantan:

Ea, mi niño
se me va a dormir;
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir (1).

En Salamanca duermen a los niños con esta canción:

Duérmete mi niña
que tengo que hacer;
lavar los pañales,
ponerme a coser (2).

No conocemos ningún estudio del origen de estas canciones y es forzoso llenar este vacío documental con una hipótesis.

(1) Federico Olmeda: *Folklore de Castilla*, 1903.

(2) Ledesma: *Cancionero salmantino*, 1907.

Estas canciones debieron ser en su origen mágicas; fórmulas para alejar a los diablos de la cabecera de las cunas (1) y después se transformarían en reclamos de sueño.

Esta finalidad ha sido alcanzada por una educación auditiva de siglos, y las canciones monorrítmicas producen sueño.

Bibliografía

Ploss: *Das Kind im Brauch und Sitten der Völker*, 1884. Mason: *Cradles of the American Aborigines* (Smithsonian Reports, 1889). Karuz: *Ursprung und Formen d. Wiege* (Globus, 1899). Pflug: *Die Kinderwiege ihre Form und ihre Verbreitung* (Archiv für Anthropologie XIX).

(1) Leemos en un libro antiguo de viajes que había en Mississippi un pueblo salvaje que llamaban llorones porque lloraban sin cesar en torno a la cuna de los chicos.

APENDICE

CAPITULO LI

Amor filial

«En la naturaleza no existe ningún vestigio de amor filial. Es penoso consignarlo, pero es así. En ningún animal se encuentra este sentimiento que ha llegado a ser tan fuerte en las civilizaciones superiores: el amor al padre y a la madre.»

Carlos Richet.

Asegura Fink que el verdadero amor que se ve crecer en los tiempos modernos es el de los hijos por sus padres. En Suecia todavía se conservan las cachiporras de madera, llamadas mazas de familia, con las cuales, en los tiempos primitivos, la parentela daba muerte solemne a los ancianos y enfermos incurables. En lo que ahora es Alemania, los wends practicaban el odioso rito de condenar a muerte a los valetudinarios y a los viejos guisándoles para comérselos. En las viejas tradiciones germánicas es posible seguir el tránsito de esta bárbara costumbre a la más apacible de dividir el padre la hacienda entre sus hijos cuando llega a la decrepitud y éstos le invitan a sentarse desde entonces en el sitio que ocupaba el gato en el hogar. Por los mismos patrones están cortadas las costumbres de muchos pueblos salvajes, como puede apreciarse en el resumen que hizo Metchnikoff en su famosa obra «La Vejez». En esta casi universalidad del parricidio encontró base el vienés Freud para su singular teoría del origen del totemismo (1). Procuraremos extraerla.

La horda primitiva (2) está formada por el padre, jefe rudo, fuerte y celoso, al cual rodean las hembras y que expulsa a todos los machos en cuanto alcanzan la pubertad. Un día los hijos adultos se reúnen y

entienden para matar a su padre. Lo hacen. Después se lo comen para asimilarse su fuerza. Es la primera comida de comunión (1). Tan alto hecho, que significa la liberación de los machos jóvenes y la posibilidad de constituir el clan y la familia, ha debido conmemorarse; y, en efecto, se le ha conmemorado comiendo periódicamente a otro hombre, sustituido andando el tiempo por un animal. Pero la idea central de la ceremonia ha sido siempre la conciencia del parentesco de los participantes en el culto con la víctima. Por más que se le haya deificado, hasta en las religiones evolucionadísimas, el sacrificio es una identificación genealógica por la comunión ceremonial.

El primer parricidio debió despertar remordimiento, que es el segundo factor im-

(1) Los clanes que de ordinario se abstienen de comer carne de ciertos animales porque les tienen por sagrados, en circunstancias solemnes inmolan y devoran un representante de estas especies, que es despedazado en vida y cuyos cachos crudos se disputan los comensales. A estos sacrificios condujo una doble creencia: la de que la carne y sangre calientes aún de un dios, procuran a quien las come un hábito de vida divina cuando las come en unión de otros. El sacrificio de la comunión establece un lazo orgánico entre el dios y sus adoradores, que refrenda anualmente los creados por las ceremonias de que hemos hecho mención.

Robertson Smith: *The Religion of the Semites*, 1890. F. B. Jevons: *An Introduction to the History of Religion*, 1897. Obra clásica que desarrolla las ideas del glorioso historiador de los semitas. Para la refutación Marilhier: *La place du totemisme dans l'évolution religieuse*, XXXVI y XXXVII. E. Reutsköld: *Der Totemismus* (Archiv. für Religionswissenschaft XV-1912.) Alfred Loisy: *Essai historique sur le sacrifice*, 1920 (de gran erudición). Preserved Smith: *A Short History of christian Theophagy*, 1922.

(1) *Totem y Tabú* (Volumen VIII de las obras completas de Freud).

(2) El inventor de la horda primitiva fué Atchinson, quien gracias a su parentesco con Lang, intercaló sus lucubraciones entre las obras de éste, adquiriendo una solvencia que él no hubiera tenido. Freud no ha podido levantar su teoría sobre terreno más falso.

portante de la evolución hacia el totemismo. Una de las leyes fundamentales del psico-análisis es la «ambivalencia de cada complejo emocional», que se cumple en este caso, toda vez que «los hijos odian al padre que se opone a sus necesidades sexuales y a su ambición de poderío, y, sin embargo, le aman y admiran porque con su fuerza les ha protegido cuando eran débiles y continúan amándole después del parricidio, porque esta misma fuerza asimilada en la comida de comunión, sigue siendo la verdadera causa de su propia fuerza individual y colectiva». El odio y el amor, el temor y el remordimiento, el sentimiento de subordinación y el de la victoria, constituyen las «ambivalencias totémicas». Porque habiendo matado a su padre para comer a placer y usar de las mujeres a discreción, promulgaron ellos mismos la prohibición severísima de estos actos, estableciendo el tabú alimenticio y el exogámico (1).

Es una hipótesis sin fundamento

El eminente etnógrafo P. Schmidt ha combatido la hipótesis de Freud con sólidos argumentos.

Según él no presenta base etnológica real y cierta; los argumentos sobre los cuales se asienta son puras suposiciones de aficionados a la etnología; hechos aislados y excepcionales.

Los pueblos de estructura social pre-totémica (pigmeos, samoyedos, fueginos y esquimales) que tienen la forma más primitiva de familia, etnológicamente hablan-

do, ni son caníbales, ni matan a los padres, ni constituyen hordas poligámicas (1).

Gerontocracia

Por otra parte, Thurnwald ha demostrado que en el Centro de Australia (pueblos reputados de muy primitivos) los viejos disfrutaban de ciertos privilegios; y forman parte de una sociedad secreta. «Los gerontes, dice George Grey (2), se oponen a toda innovación y ejercen una influencia represiva continua sobre el espíritu de la juventud y del progreso. El viejo es el depositario de la herencia social y el gobierno de los ancianos es el más apropiado a la vida en el desierto».

Los viejos, dice Goldenweiser (3), son los depositarios de la tradición, los portavoces del conservadurismo, los mantenedores del *statu quo*. Conociendo el pasado, saben todo lo que se puede saber y cuidan de que estos conocimientos se transmitan sin mermas ni adiciones. Constituyen el gran volante regulador, estabilizador de la mecánica de la civilización.

En Australia parece imposible que la comunión totémica derive del parricidio, y en otras islas de Micronesia y Polinesia también los grandes jefes se reclutan entre los ancianos de castas, clanes o familias gobernantes (dinastías). A veces encarnan los dioses y son tabú, pero su poder, asegura Thurnwald, que no es despótico, consultan a las Asambleas, a otros ancianos y a los jefes de las aldeas.

Indecisiones del amor filial explicadas por el psico-análisis

Opina Rank que en la imaginación de los niños se encuentra la mentalidad pri-

(1) Reik supone que el remordimiento del parricidio es temor a la represalia. El salvaje ve en el hijo al antepasado renacido. Como él mató a su padre, su hijo le matará más tarde a él, porque en su hijo renace el abuelo. Y en previsión, la madre mata y devora nuevamente en el primogénito al padre inmortal. (*Probleme de Religions psychologie*, 1919.)

Para el parricidio psicoanalítico véase Money-Kyrle: *The Meaning of Sacrifice*, 1930.

(1) *Der Oedipus-Komplex*, 1926.

(2) *Northwest and Western Australia*, 1841.

(3) *Early Civilization*.

mitiva de los pueblos, y es posible por esto que el mito del nacimiento de los héroes tenga origen en los sentimientos confusos de los niños con respecto a sus padres. Al principio gozan éstos de un prestigio sin límites; el deseo más vivo de los hijos es parecerse a ellos. Pero más tarde, cuando aprenden a conocer las diferencias de posición social y se comparan con otras familias, ese prestigio sufre quebranto. El nacimiento de un hermanito completa esta desilusión y el chico se

sorprende de soñar que no es la que le rodea su verdadera familia, que algún día encontrará a sus verdaderos padres, que serán tan buenos y poderosos como los de su primera edad. La ingratitude que parece revelarse aquí no es más que aparente, porque aquellos con quienes sueña tienen los mismos rasgos que sus padres, actuales, sino ennoblecidos por la imaginación. Las leyendas enumeradas en el capítulo XXXI (pie de página) reviven en este estado del alma infantil.

CAPITULO LII

Renacimiento

La iniciación es la muerte del adolescente y el nacimiento del hombre

En muchos pueblos del occidente de Africa la iniciación tiene el carácter de renacimiento, pues el joven es sustraído de la familia de la madre, muerto y sepultado simbólicamente y al fin resucitado por los sacerdotes en la organización masculina y dedicado al dios de su padre. En las sociedades totémicas australianas el novicio pasa por muerto todo el tiempo que dura su noviciado y se le resucita y enseña a vivir de nuevo. Tan a conciencia miman el papel de recién nacidos en el Bajo Congo los muchachos que se inician, que figen por unos meses no conocer a nadie, no saber andar ni comer, y sus amigos les mascan los alimentos. Hablan una jerga ininteligible y se les da nombre nuevo.

Puesto que Attis murió para renacer, es natural que sus ritos de iniciación hicieran morir y renacer a su futuro adorador. En efecto, le bajaban a una fosa, donde recibía la sangre de un toro que se sacrificaba encima de él; y de la fosa salía todo ensangrentado tal como al nacer del vientre de su madre. Durante muchos días se le alimentaba con leche lo mismo que si fuera un recién nacido (1).

Levy Brulh, Van Gennep y otros autores han confirmado la idea que la iniciación comprende una muerte aparente (2) y un nuevo nacimiento.

(1) Cuando la Iglesia cristiana iniciaba adultos, les daba a beber una bebida consagrada, análoga en su composición a la que se daba a las recién paridas.

(2) El simbolismo de muerte ha pasado a nuestras órdenes religiosas. Los benedictinos, al profesar, verdadera iniciación, menos la obligación del secreto, se tienden en el suelo entre cuatro cirios; se les cubre con el sudario, la asistencia entona el miserere. Después el novicio se incorpora, abraza a los circunstantes y va a comulgar.

La escena culminante de los misterios es el engendramiento del neófito

No necesitaba, sin embargo, el pilotaje de tan eximios autores para llegar felizmente a puerto, pues en monografías modernísimas encuentro ejemplos ípicos, indudables de covada en la iniciación, emparejables con los que creo hayan probado su existencia polimorfa en el nacimiento. Entre los Kikuyus del Africa oriental inglesa, el neófito de diez años es dado a luz de nuevo por su madre, si vive, o en otro caso por otra mujer en una pantomima del parto.

El segundo drama místico de Eleusis (1) era la hierogamia de Zeus, representado por el hierofante, y Demeter, representado por su sacerdotisa. Una muchedumbre inmensa esperaba su salvación de lo que ocurría en la obscuridad entre estos dos personajes. De noche, en medio de bengalas, cumpliendo grandes e inefables misterios, el hierofante gritaba: «La divina Brimo, ha tenido a Brimos; la fuerte, ha dado a luz al fuerte» (2). En el culto frigio de la madre de los dioses (Cibeles) (3) adoptado por griegos y romanos, ciertas ceremonias se desarrollaban alrededor de una alcoba, en que se representaba probablemente la unión de la diosa con Attis,

(1) Paul et George Foucart: *Les drames sacrés d'Eleusis* (Comptes-rendus de L'Académie d'Inscriptions, 1912, pág. 123).—S. Reinach: *Quelques renseignements des mystères d'Eleusis* (Revue Archéologique II, 1913, pág. 173).

(2) Alfred Körte: *Zu den eleusinischen Mystereien* (Archiv fuer Religionswissenschaft, 1915, 1.º), supone que el objeto que llevan en el canasto místico no es un falo, sino la representación del seno materno, que el mista hacia se deslizase sobre su cuerpo para simbolizar una especie de alumbramiento.

(3) P. L. Warner: *Osiris and the Egyptian resurrection*, 1911.

esta parte del santuario se llamaba *cubiculum*. Cuando uno de los fieles sufría las pruebas de iniciación, tenía que pasar por la alcoba sagrada, y antes de salir del templo, recitaba esta fórmula: «Yo me deslicé por debajo de la cortina».

Ceremonias en que el iniciado repasa el estado de embrión

Por una aplicación muy pronunciada de la idea de regeneración—dice Goblet d'Alviella en el artículo «Iniciación», publicado en la *Encyclopaedia of religion and Ethics*, vol. VII—, el iniciado repasa el estado de embrión. Entre los Nosairis de Líbano la iniciación se asemeja a un alumbramiento, y el neófito recibe el calificativo de feto «alakali». En Egipto, el faraón, santificado solemnemente en el curso de una ceremonia que tenía por objeto asimilarle a Osiris, debía envolverse en la piel de un animal, intitulada «piel cuna», la cual servía de mortaja temporal en los funerales egipcios.

Según Moret (1), una ceremonia análoga se celebraba en provecho de ciertos

personajes privilegiados, de los que se simulaba así el retorno al estado embrionario, conforme a la leyenda de la resurrección de Osiris; es lo que se llamaba «pasar por la piel». También Anubis pasó por la piel tomando la actitud del feto en la matriz.

Encontramos el mismo simbolismo en la India; el joven bramín, en el curso de su iniciación, debe adoptar la actitud del embrión, colocándose sobre una piel de antílope negro que representa la matriz. Después de esta ceremonia se le denominaba *divi-ja* «dos veces nacido» (1). Notemos que los latinos emplean un término análogo para designar al que ha pasado por el baño de sangre, en la ceremonia del tauróbolo o crióbolo: *in aeternum renatus* (2).

(1) Sylvain Lévi explica así este ritual védico, verdadero nido de ritos primitivos. Los sacerdotes transforman en embrión al que dan el diksa; le rocían de agua; el agua es la simiente viril; le hacen entrar en el *hangar* especial, que es la matriz, le ponen encima una piel de antílope, es el corión; tiene los puños cerrados como en el claustro materno; suelta la piel para entrar en el baño, como los embriones vienen al mundo despojados de corion.

(2) Sayons: *Le taurobole* (Revue Histoire des Religions XVI).

(1) A. Moret. *Mystères égyptiens*, 1913.

INDICE DE MATERIAS

PRIMERA PARTE

El interés de la madre

CAPITULO PRIMERO

CREENCIAS PATOLÓGICAS DE LOS SALVAJES

La causa mística de las enfermedades.—Espíritus especializados en malograr partos.

Pág. 5.

CAPITULO II

LO QUE ENTIENDEN POR PROFILAXIS LOS SALVAJES

Su aplicación a los partos.—La confesión.—Soborno.—Desfiguración.—¡El trousseau!—Baño purificador.—Cámaras de desinfección.—A estacazos con los espíritus.—Otras prácticas.

Pág. 7.

CAPITULO III

TABÚS ALIMENTICIOS

Pág. 10.

CAPITULO IV

AL AIRE LIBRE O EN LA CABAÑA DE MATERNIDAD

Cabañas para las puérperas.—Parto dentro del templo.

Pág. 11.

CAPITULO V

CÓMO DESINFECTAN LOS SALVAJES LA CABAÑA DE LA PARTURIENTA

Pág. 13.

CAPITULO VI

LA FALTA DE ASISTENCIA Y LA ASISTENCIA POR COMADRONAS

Sin asistencia médica.—El abandono de los enfermos graves.—Explicación ingenua.
Asistencia por mujeres.—Asistencia por hombres.

Pág. 15.

CAPITULO VII

AYUDAS MÁGICAS A LA PARTURIENTA

Amuletos y talismanes.—Magia simpática.—¡Fuera nudos!—¡Cuidado con cruzar las piernas!—La rosa de Jericó.—¡Fuera los impuros!—Otras ayudas mágicas.

Pág. 18.

CAPITULO VIII

DESINFECCIÓN POST-PARTUM

Origen de la cuarentena de las paridas.—Purificación.—Desfiguración.—Importancia de estos ritos.—La parida se reincorpora al grupo social.

Pág. 21.

CAPITULO IX

LA COVADA

¿Qué es la covada?—Área de la covada.—Centro de irradiación.—¿Hubo, hay covada en España?—Sustitución por la ropa.—Paro absoluto.—El marido ayuna.—Residuos literarios de la covada.

Pág. 24.

CAPITULO X

TEORIAS EXPLICATIVAS DEL ORIGEN DE LA COVADA

Legitimación de la paternidad.—Solidaridad en el dolor.—El marido sirve de pararrayos a su mujer.

Pág. 28.

CAPITULO XI

EL PARTO EN LA ESTATUARIA

Monumentos que representan escenas de parto.—Significación de estos monumentos.—Las múltiparas sirven de escudo.—El embarazo por transparencia en el arte cristiano.—Gesto inexpresivo que resulta expresivo.—Simplificaciones en la representación.

Pág. 32.

CAPITULO XII

DIVINIDADES OBSTÉTRICAS

Diosas de Babilonia.—Dioses egipcios.—Diosas griegas.—Grito religioso de las parturientas griegas.—La importancia de la mano en la asistencia a partos.—Diosas romanas.—Santos y Vírgenes abogados de parturientas.—Oraciones de la parturienta judía.

Pág. 56.

CAPITULO XIII

LA MADRE TIERRA

El niño es depositado en el suelo.—No es un gesto de reconocimiento del niño.—Una explicación de conjunto.—El parto de rodillas.—Origen de la geofagia.

Pág. 40.

CAPITULO XIV

EL PARTO DE LAS PIEDRAS

El parto de las piedras.—Las sillas obstétricas.—Las piedras paren dioses y hombres.

Pág. 45.

CAPITULO XV

EL BAUTISMO

Lo que significa el gesto de sumergir al niño en el río.—Afrodita personifica el parto de las aguas.—Carácter originario de las ninfas.—Las ninfas, diosas que dan la vida.—¿Quedan vestigios en el bautismo?—Los padres no asisten a la ceremonia bautismal.—Explicación de las carreras de los padrinos dentro del templo.—Evolución forzada.—¿Por qué se saló el agua del bautismo?—El bautismo borra el pecado original.

Pág. 45.

CAPITULO XVI

BAUTISMO POR EL FUEGO

Además de entrega de los hijos al Sol.—Los aerolitos y el fuego asisten como apoderados del sol al alumbramiento.—Bautismo por el fuego.—Cómo se operó la transferencia del carácter sagrado de este bautismo al del agua.

Pág. 49.

CAPITULO XVII

LA LUNA EN EL PARTO

Además de entrega de los hijos a la luna.—La diosa Lucina del parto, personificaba la luna.—La diosa Juno, divinidad de nacimiento, ¿es de origen lunar?

Pág. 51.

CAPITULO XVIII

EL PARTO DE LOS ÁRBOLES

El mito de Mirra.—Artemisa es la diosa protectora de las mujeres.—El recién nacido es llevado al bosque.—La cuna de los niños en el árbol.—Cribado de los niños entecos.

Pág. 52.

CAPITULO XIX

LOS ANIMALES Y EL PARTO HUMANO

Los eslavos vocean que ha parido un lobo.—El niño depositado sobre pieles.—El niño es envuelto en pieles.—La sangre de los animales sirve para bautizar personas.—Al nacimiento de los personajes asisten animales.—El patronato de parturientas a cargo de animales.

Pág. 54.

CAPITULO XX

IMPOSICIÓN AL RECIÉN NACIDO DEL NOMBRE DE UN ANIMAL O DE UNA PLANTA

La importancia del nombre.—El sino modificable por la palabra.—Dar nombre es como dar existencia.—El totemismo.—Área del totemismo.—Lo que es el lazo del nombre para Durkheim.

Pág. 56

CAPITULO XXI

TEORÍAS NOMINALISTAS

Del mote se saca el apellido.—Enmienda de Reuterskiöld a la explicación utilitaria. ¿El mote se dió por pobreza de lenguaje?—Objeciones de Lalo y Van Gennep.

Pág. 60.

CAPITULO XXII

LUCINA SINE CONCUBITO

La presunta ignorancia de los australianos sobre la causa de la concepción.—Prohibición de matar al animal totem.—Crítica de la teoría concepcional.—La ruina de la teoría concepcional.—Lo que no se explica por la teoría concepcional se explica por la nuestra.

Pág. 62.

CAPITULO XXIII

LAS VÍRGENES MADRES

Siempre el miedo al parto.—Alumbramientos sobrenaturales.—El nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Pág. 66.

CAPITULO XXIV

LA REENCARNACIÓN

Tumbas aéreas.—Toma directa de las almas de los muertos.—Personificación de la muerte.—Estaciones de salida de los embriones en Australia.—El humo libertador de almas.—Las almas pueden entrar por la respiración.—El agua, vehículo de almas. La pesca de almas en los pozos.—Embarazos por el agua del río.—El agua sucia y las almas.—Fecundación por el sol.—Los hijos del fuego.—Fecundación por la luna. El animal totem generador.—La metempsicosis.—El árbol como instrumento generador.—Espíritus alojados en los árboles.—La noción del alma no es primitiva.—Origen de la reencarnación.—Engarce con nuestra hipótesis.

Pág. 68.

CAPITULO XXV

IMPOSICIÓN A LOS NIÑOS DEL NOMBRE DE UN ANTEPASADO

¡Ojo con lo que se dice!—El nombre del muerto en cuarentena.—Resurrección del nombre de un difunto.—Cómo se averigua el nombre del antepasado que debe ponerse al niño.—Los mismos muertos proponen su candidatura.—La toma del nombre está reglamentada por el uso.—Equivocaciones.—¿Cuándo reencarnan los muertos en un ser humano?—Reencarnación temporal.—El culto a los muertos.

Pág. 76.

CAPITULO XXVI

LA ADOPCIÓN

Fórmulas de adopción.—La adopción, contrapartida del abandono.—Sociedades inescrituradas de salvamentos de expósitos.—La adopción en Grecia antigua.—Significación primaria.

Pág. 79.

CAPITULO XXVII

ANIMALES Y PLANTAS SON REPRODUCIDOS POR EL COMERCIO SEXUAL HUMANO

Reproducción de los animales totémicos.—Los seres cuya multiplicación se provoca son tabú alimenticios.

Pág. 85.

CAPITULO XXVIII

RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE COMO INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA

Pág. 86.

SEGUNDA PARTE

Sacrificio y redención de la infancia

CAPITULO XXIX

EL ABORTO CRIMINAL

Los primitivos han sido difamados.—Moralidad increíble de los pigmeos.—¿En qué capa cultural se propagó el aborto?—Orígenes de las restricciones del aborto.—Miedo a los derramamientos de sangre.—El miedo a los espíritus de los fetos.—El aborto y las malas cosechas.—La legislación contra el aborto.—¿Se adelanta o se atrasa?

Pág. 95.

CAPITULO XXX

EL INFANTICIDIO

Se mata a los niños intermediarios.—Los tres primeros hijos son los únicos que se matan o los únicos que se conservan.—Días aciagos para nacer.—La desgracia de nacer hija.—Hipótesis insostenibles.—Distinta acogida que se hace a los recién nacidos.—Vida por vida: la del hijo es sacrificada para salvar la del padre.—Unos hermanos se sacrifican por otros.—Motivos primarios del infanticidio.

Pág. 98.

CAPITULO XXXI

EL ABANDONO, ATENUANTE DEL INFANTICIDIO

Abandono en el agua.—Rastros mitológicos de esta evolución.—Abandono en el suelo.—Muestras de interés por el niño abandonado.—Motivos a que se atribuye el abandono.—Por qué motivo se sustituyó el infanticidio por el abandono.—El abandono carga la responsabilidad del infanticidio al azar.—Los nacidos en día aciago.—Niños de mala estrella.—El abandono en abreviatura, rito de nacimiento.—Por todas partes se va a Roma.—¿Qué origen tuvieron las cesáreas post mortem?

Pág. 104.

CAPITULO XXXII

INFANTICIDIO DE UTILIDAD PÚBLICA

Juicio equivocado.—Por razón de Estado.—Regresiones.—Ceremonias de fundación.—Sacrificios periódicos.—Sacrificio de los primogénitos.—Comunión con la carne y sangre de los recién nacidos.—Sacrificio de los monstruos.—Presagios.—Nada de Eugenesia.—Para el culto doméstico no valían los contrahechos.

Pág. 110.

CAPITULO XXXIII

REGATEO DEL INFANTICIDIO

La expatriación.—Infanticidio simulado.—Sentimentalismo bárbaro.—Consagración del niño.—Sacrificio Pascual.—Fiesta de inocentes.—Un ejemplo bien demostrativo de sustitución.—En el sitio mismo que ha nacido un niño se mata un animal.—El sacrificio se hace al imponerle nombre al niño.—Sacrificio aplazado.—Sustitución por piedras y plantas.—¿Qué significación tienen los carniceros andrógenos?—Rescate a metálico.—Sacrificio del dedo.—Sacrificios sexuales.—La primera tonsura.

Pág. 114.

CAPITULO XXXIV

EL PROGRESO SENTIMENTAL HA TRAÍDO LA SELECCIÓN AL REVÉS

Legislación contra el infanticidio.—La Iglesia de Cristo contra el infanticidio.—La selección al revés.—La ética nueva será incompasiva.

Pág. 119.

TERCERA PARTE

El interés por los hijos

CAPITULO XXXV

EUGENESIA

El razonamiento príncipe.—El verdadero precursor.—Tendencias modernas.—Instrucción sexual.—Certificado prenupcial.

Pág. 125.

CAPITULO XXXVI

MALTUSIANISMO

Moral matrimonial antigua.—Maltusianismo.—Esterilización de los indeseables.—Control de los nacimientos.

Pág. 128.

CAPITULO XXXVII

DETERMINISMO DEL SEXO

Procedimientos diversos para determinar el sexo.—Signos pronósticos.

Pág. 133.

CAPITULO XXXVIII

CUIDADOS DURANTE EL EMBARAZO

Tabús alimenticios.—Origen de la veda.—Las embarazadas y la caza.—Antojos. Tabú sexual.—El cuidado del pelo.

Pág. 137.

CAPITULO XXXIX

EL CORDÓN UMBILICAL

Rito de separación de la madre.—El corte del cordón.—Ritual del corte.—¿Qué se hace del cordón?—Uso medicinal del cordón.—Prueba de legitimidad.—Onfalomanía.

Pág. 139.

CAPITULO XL

LOS HERMANOS POSTIZOS BANQUEROS DE ALMAS

La placenta es un doble.—La placenta del Faraón.—El doble de boquilla.—El sosias de los egipcios.—El nagualismo.—El tondi.—Eltona.—Crianza de cerditos.—Se dibuja el doble.—La vaca protectora.—Dice Durkheim.—El churinga, doble de piedra.—Costumbre de plantar un arbolito al nacer un niño.—Tizonas por el aire.—La estrella que guió a los Reyes Magos.—Estatuas que son dobles de las criaturas.—Lo que fueron en su origen los exvotos de las paridas.—Dobles de ocasión.—Dioses dobles.—Todos dobles.—Resumen.

Pág. 141.

CAPITULO XLI

OCULTACIÓN DEL RECIÉN NACIDO

Ocultación del parto.—Se esconde al recién nacido.—El paso por la puerta.—Los antiguos no celebraban cumpleaños.—Vestigios europeos de la ocultación.—No se da nombre al niño.—La ocultación en el lenguaje.—Mamá y papá. ¿Qué vocablo de éstos se pronunció primero?—¿Es la ocultación un rito de margen? ¿No será más bien un período de impureza?

Pág. 148.

CAPITULO XLII

CONTRA LOS ESPÍRITUS MALIGNOS

Se asusta a los malos espíritus.—Vigilancia.—Engaños.—Soborno.—Extracción de los malos espíritus.—Salazón del niño búlgaro.—Purificación del niño moro.—Se ensaliva al niño.—La orina desinfectante.—Defensas colectivas.—Purificación de la comadrona.

Pág. 152.

CAPITULO XLIII

CONTRA EL MAL DE OJO

Amuleto fálico.—La higa.—El cuerno.—Anillo del matrimonio.—Amuletos múltiples.

Pág. 155.

CAPITULO XLIV

AGREGACIÓN DEL RECIÉN NACIDO A SU FAMILIA Y A LA SOCIEDAD

Denominación.—El nombre que se da.—Asisten representantes de la naturaleza.—Un rito de agregación a la familia.—El paseo por la localidad.—Intercambio de regalos.—Los regalos son imprescindibles.—El nombre amonedado.—El convite.—Los hijos atan a los padres.—El padre compra el hijo.—Agregación simultánea de todos los nacidos en el transcurso del año.

Pág. 157.

CAPITULO XLV

AGREGACIÓN RELIGIOSA

El niño elige su dios.—Agregación por el nombre.—Santos patronos.—Agregación al culto.—Deformaciones producidas para acreditar el parentesco con los animales.—Los adornos completan el parecido animalesco.—La partida de bautismo es estampada sobre la piel.—Origen atribuido al tatuaje.

Pág. 161.

CAPITULO XLVI

EL HORÓSCOPO.—ORIENTACION PROFESIONAL

El certificado prenupcial de los chinos.—Orientación profesional.

Pág. 166.

CAPITULO XLVII

ENMIENDAS DEL DESTINO.—TALISMANES

La sangre, reconstituyente infantil.—Otro reconstituyente es el hierro.—La fuerza del álamo.—Otros procedimientos.—Transmisión directa de fuerza.—El don de la hermosura.—Talismanes de salud.—Talismanes de crecimiento.—Otros talismanes.—Opoterapia.

Pág. 170.

CAPITULO XLVIII

EL PADRE HACE DE NIÑO

Simbiosis del padre y del niño.—Flagelación por endoso.

Pág. 173.

CAPITULO XLIX

ENDOSO DE LA LACTANCIA

Nodrizas de índole animal.—Diosas nodrizas.

Pág. 175.

CAPITULO L

LA CUNA

Pueblos que desconocen la cuna.—Formas de cuna.—Evolución de la cuna europea en el transcurso de los siglos.—Las peruanas no tenían al niño en brazos para darles teta.— Canciones de cuna.

Pág. 181.

A P E N D I C E

CAPITULO LI

AMOR FILIAL

Es una hipótesis sin fundamento.—Gerontocracia.—Indecisiones del amor filial explicadas por el psicoanálisis.

Pág. 189.

CAPITULO LII

RENACIMIENTO

La iniciación es la muerte del adolescente y el nacimiento del hombre.—La escena culminante de los misterios es el engendramiento del neófito.—Ceremonias en que el iniciado repasa el estado de embrión.

Pág. 192.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

CEREMONIAS NUPCIALES

Ritos de agregación, encubrimiento, desfloración, tránsito, mágicos, de circunvalación, fecundación y fortuna.

SEGUNDA EDICIÓN aumentada y
corregida de 300 págs., **12 ptas.**

EL ORIGEN DEL PUDOR

Crítica de las teorías emitidas.—Empalme de las épocas de celo.—Reacción fisiológica en la mujer.—Idem ídem en el hombre.—El Conservatorio de los miedos sexuales.—Pudor del tacto.—Idem de la vista.—Idem del olfato.—Idem del oído.—Idem de los pies.—Idem de la mano.—Idem del seno.—El fin del matriarcado.

200 páginas.—**8 pesetas**

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLE-
RES DE LA «EDITO-
RIAL CATOLICA TO-
LEDANA», EL
DIA 21 DE NO-
VIEMBRE
DE 1932

